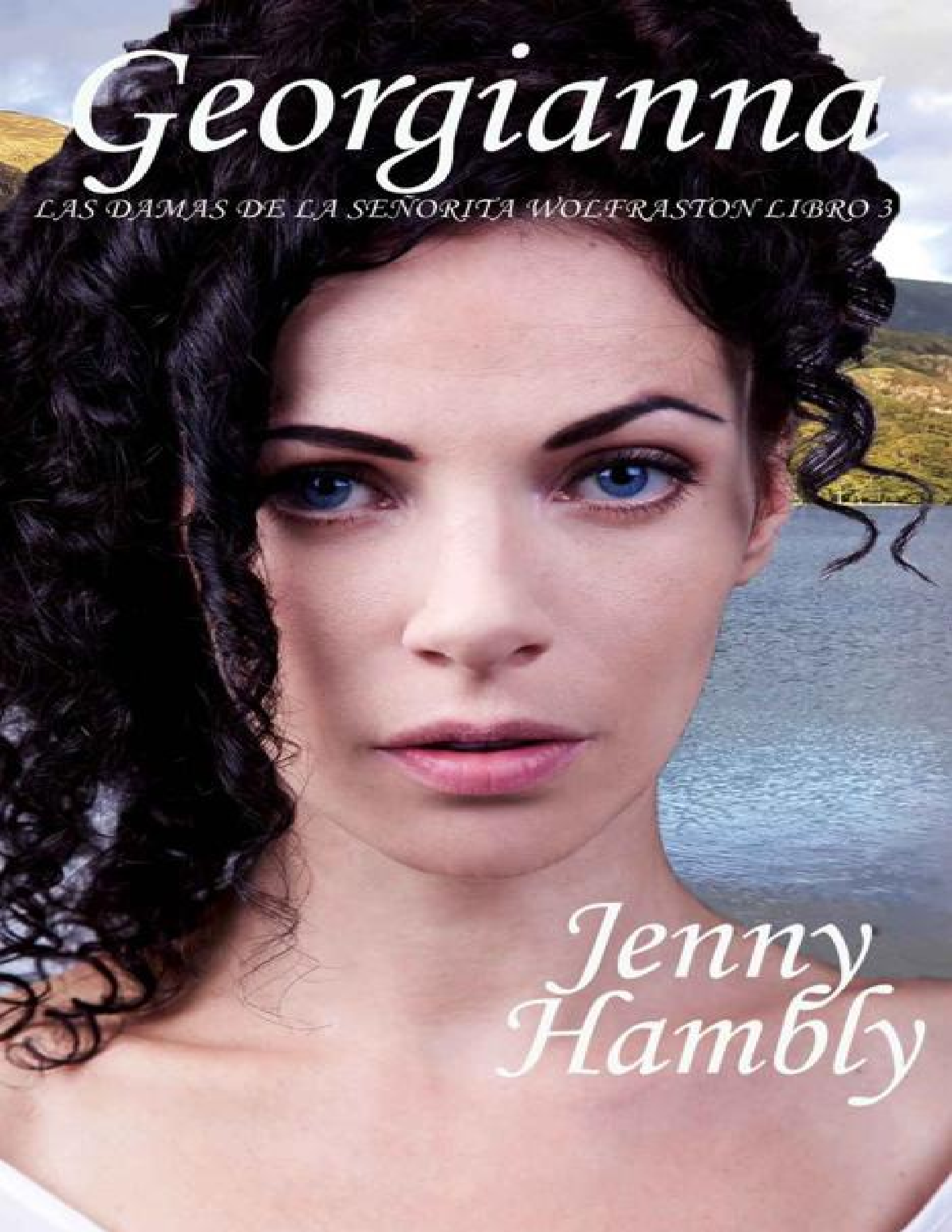




Georgianna

LAS DAMAS DE LA SEÑORITA WOLFRASTON LIBRO 3

*Jenny
Hamblly*

GEORGIANNA

UN ROMANCE DE LA REGENCIA

LAS DAMAS DE LA SEÑORITA WOLFRASTON LIBRO 3



JENNY HAMBLY

Traducido por
L M GUTEZ

Copyright © 2024 por Jennifer A Hambly

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito del autor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

El derecho moral de Jenny Hambly ha sido reconocido.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos que no sean claramente de dominio público son producto de la imaginación de la autora o ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Para Annie

Agradezco tu apoyo y que formes parte de mi mundo. Mi vida es más completa gracias a ello.

ÍNDICE

1. [Capítulo 1](#)
2. [Capítulo 2](#)
3. [Capítulo 3](#)
4. [Capítulo 4](#)
5. [Capítulo 5](#)
6. [Capítulo 6](#)
7. [Capítulo 7](#)
8. [Capítulo 8](#)
9. [Capítulo 9](#)
10. [Capítulo 10](#)
11. [Capítulo 11](#)
12. [Capítulo 12](#)
13. [Capítulo 13](#)
14. [Capítulo 14](#)
15. [Capítulo 15](#)
16. [Capítulo 16](#)
17. [Capítulo 17](#)
18. [Capítulo 18](#)
19. [Capítulo 19](#)
20. [Capítulo 20](#)
21. [Capítulo 21](#)
22. [Capítulo 22](#)

[Otras Obras de Jenny Hambly](#)
[Acerca del Autor](#)

CAPÍTULO 1



Georgianna abandonó Cranbourne con sentimientos encontrados. Aunque la tía de Marianne, lady Brancaster, había cuidado muy bien de ella, la había controlado poco. En las últimas semanas había disfrutado de más libertad y se había divertido más que en ningún otro momento de su vida. También había desarrollado un estrecho vínculo afectivo con Marianne; había sufrido un gran dolor separarse de ella. Vivaz, amable y simpática casi de manera exagerada, Marianne tenía el don de hacer amigos con facilidad, algo que a Georgianna le resultaba muy difícil.

Estaba segura de que la madre de Georgianna, de haber conocido la historia de Marianne, la habría llamado marimacho. Desde luego, no habría fomentado su amistad, pero Georgianna no perdió las esperanzas; la señorita Montagu de la residencia real Harwich podía haber pasado desapercibida para lady Westbury, pero a una condesa se le podía perdonar mucho. Si Marianne no se convertía en lady Cranbourne en el plazo de unas pocas semanas, Georgianna se sentiría muy sorprendida.

Por supuesto, se alegró de que su hermano se hubiera recuperado de su enfermedad, pero ella regresó a Avondale sin saber muy bien cómo la recibirían. Le había dicho a Marianne que la carta de lord Wedmore a su padre, en la que la absolvía de toda culpa por no haberse unido a él, y la misiva de lady Strickland a su madre elogiándola, podrían dejar a sus padres con muy poco que decir. Pero no estaba tan segura de ello como se lo había insinuado a su amiga.

Menos aún lo estuvo cuando, casi nada más entrar en el carruaje, su criada con cara de agria le dijo:

—Así que esto es lo que sucede cuando a uno le dejan hacer lo que le plazca. Parece que sus modales se han relajado un poco, señorita. Apenas podía creer lo que veían mis ojos cuando la vi *abrazando* a esa joven. Su madre se escandalizará al oírlo; ya sabe que no aprueba las muestras de emoción. Como si no estuviera lo suficientemente agotada por la enfermedad del señorito Rupert. No es que ella se queje, por supuesto. Soporta todas sus dificultades con mucha dignidad.

Georgianna había estado estirando el cuello para ver por última vez a Marianne antes de que el carruaje doblara en una curva del camino, pero al oír esto se volvió y levantó las cejas, con ojos glaciales.

—Y veo que *tus* modales son lo que siempre han sido, Stokes. Insolentes.

Su criada jadeó. Cuando lady Westbury la había contratado, le había dejado claro que no formaba parte de sus obligaciones hacerse amiga de lady Georgianna. Le había informado de que se había visto obligada a despedir a la criada anterior precisamente por violar su confianza. También le había dejado claro que esperaba que ella que le diera informes periódicos sobre el comportamiento y las actividades de lady Georgianna y, que si descubría que le había estado

ocultando algo, correría la misma suerte en la otra criada. Lady Georgianna siempre la había tratado con fría indiferencia, pero nunca antes le había hablado de esa manera.

—En cuanto a mamá —continuó Georgianna—, si ha pasado tan sólo cinco minutos junto a la cama de Rupert, me sentiré asombrada.

El pecho de Stokes creció.

—Lady Westbury se enterará de esto, milady.

Georgianna soltó una risita áspera.

—De eso no tengo ninguna duda. Siempre has sido su informante. Pero piensa en esto Stokes; ya no soy una niña, y una vez que me case o encuentre otra ocupación, ella ya no te necesitará, pues no puedes esperar que te lleve conmigo. Puedes ser la espía leal de mi madre, pero no esperes que ella te devuelva esa lealtad cuando ya no te necesite.

Pasaron nueve largas horas en gélido silencio antes de llegar a Avondale, que se encontraba en un fértil valle a pocos kilómetros de Bristol. Georgianna tuvo tiempo de sobra para reflexionar sobre el buen juicio de apartar a su criada de una manera tan precipitada. Pero sólo ahora que había sido testigo de la relación de Nancy, la criada de Marianne, con su ama, comprendió plenamente la perfidia y la falta de respeto de la suya.

Sintió que se le hacía un nudo en el estómago cuando por fin cruzaron las puertas de su casa. Avondale, un gran edificio cuadrado construido con una cálida piedra de color miel, era un buen ejemplo de la arquitectura isabelina. Georgianna reflexionó que era una lástima que muy poca calidez impregnara sus paredes. Sólo cuando Rupert se escapaba de la habitación de los niños, la atmósfera severa y formal que reinaba en la casa se veía alterada.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la impresionante entrada, Georgianna se sintió aliviada al comprobar que el parpadeo de una vela no iluminaba ninguna de las grandes y numerosas ventanas divididas con parteluz de la planta baja. Al menos, parecía que esta noche se libraría de un interrogatorio con su madre.

Un lacayo abrió la puerta del carruaje y le tendió la mano para ayudarla a bajar. Ella la aceptó rápidamente, deseosa de escapar por fin del constante balanceo del carruaje y pisar tierra firme una vez más. Mientras caminaba hacia la casa, sentía como si siguiera balanceándose. Incluso cuando se detuvo frente a los grandes pilares del pórtico, la grava parecía moverse bajo sus pies. Respiró lenta y profundamente, deseando que sus repentinas náuseas se apaciguaran.

—Bienvenida a casa, lady Georgianna.

Ella levantó la mirada rápidamente al oír estas palabras, y una sonrisa genuina curvó sus labios. Adams había sido mayordomo de Avondale durante veinte años. Aunque desempeñaba sus funciones con toda la fría altivez que su amo podía desear, él y su esposa, que era ama de llaves en Avondale, siempre le habían tenido cariño a lady Georgianna. En una ocasión, Adams había asumido la culpa cuando ella había roto accidentalmente uno de los jarrones favoritos de su madre. Ella se había sentido terriblemente culpable cuando lady Westbury lo había reprendido por su torpeza y asegurado que el costo del objeto se descontaría de su sueldo. Georgianna habría admitido que la culpa era suya si no hubiera sabido que el intento del mayordomo de protegerla se habría considerado una falta mucho más grave. La señora Adams había sido igual de amable, y con frecuencia se las había arreglado para entregarle a escondidas un trozo de tarta o pastel en las numerosas ocasiones en que había sido recluida en su habitación por haber disgustado a mamá de una forma u otra.

—Gracias, Adams —dijo, y la sonrisa se le borró de la cara cuando Stokes se acercó a ella.

La solemne máscara del mayordomo descendió una vez más y les entregó a ambas una vela.

—A lady Westbury le gustaría que subiera a su habitación —le dijo él a la criada en tono

helado.

El hombre esperó a que las largas sombras proyectadas por la vela de Stokes desaparecieran en la primera curva de la gran escalera antes de decir en voz baja:

—Parece cansada; le sugiero que vaya a acostarse. La señora Adams le enviará algo de cenar a su habitación.

—Gracias. Me iré a la cama, pero no tengo nada de hambre. Me siento un poco mareada a decir verdad.

Adams frunció el ceño.

—Ella le pidió a la cocinera que le preparara su bizcocho con fruta confitada favorito, señorita, y se disgustará mucho si no prueba un poco.

—Eso nunca sucedería —dijo Georgianna—. Por supuesto, dile que suba un poco de pastel.

La señora Adams llevó el pastel. Encontró a Georgianna desplomada en una silla junto a la chimenea apagada, con la cabeza caída y apoyada en su mano.

—Luce exhausta —dijo, sacudiendo la cabeza—. No pretendo entender por qué a Stokes se le concedió el lujo de alojarse en una posada para hacer una pausa en su viaje a Wiltshire, y a usted no se le concedió la misma cortesía. Supongo que le duele la cabeza.

Georgianna se enderezó y sonrió.

—Sí, pero estoy segura de que un trozo de bizcocho con fruta confitada no tardará en levantarme el ánimo.

—Eso espero, señorita. Le he traído un pequeño vaso de vino. Le ayudará a dormir, y sospecho que eso es lo que más necesita.

—Es usted muy amable, señora Adams.

—Tonterías. No estoy haciendo nada que no haría cualquier cristiano decente. ¿Ha disfrutado de su tiempo con su amiga, milady?

—Oh, sí —dijo suavemente Georgianna—. Nunca me había divertido tanto.

—Bueno, eso no es decir mucho —dijo secamente la señora Adams—. Pero puedo ver que ha puesto un *poco* de carne en sus huesos, por fin. No sé si alegrarme o sentirme insultada. No sabe lo desalentador que es intentar tentarla con sus platos favoritos sólo para que Adams me informe de que apenas ha probado un bocado de su cena.

Georgianna suspiró con cansancio.

—Ya conoce el miedo mórbido que tiene mamá a engordar. Tener una hija gorda la mortificaría casi con la misma intensidad.

—No hay posibilidad de eso en su caso. Usted se parece a su padre y poco importa cuánto coma él; sigue estando delgado como un palo.

Georgianna se llevó el pastel a los labios y lo mordió agradecida.

—Delicioso. Le aseguro, señora Adams, que me comeré hasta el último bocado.

—Asegúrese de hacerlo, lady Georgianna, y luego deberá irse a la cama.

Como Stokes no apareció, Georgianna se preparó para ir a la cama. Mientras se peinaba sus largos mechones negros, se miró al espejo con aire crítico. Se percató de que la señora Adams tenía razón. Aunque sabía que la combinación de su pelo oscuro y sus profundos ojos azules era llamativa, su cara era demasiado delgada. Su mirada se dirigió a sus hombros y pensó que los delicados huesos que tenía sobresalían demasiado. Se acentuaron aún más cuando se encogió de hombros.

¿Qué importaba si su figura no gozaba de las suaves curvas redondas que tanto parecían admirar los caballeros? Si su madre se salía con la suya, la casaría con el siguiente caballero que mostrara interés por ella. La respetabilidad y la fortuna serían lo único a considerar por ambas

partes. Se levantó y se dirigió a la cama. Al meterse entre las sábanas, suspiró y sus pesados párpados se cerraron. Sus pensamientos se dispersaron y, en pocos instantes, un profundo sueño se apoderó de ella.

Georgianna se despertó temprano. Sintióse somnolienta y aletargada, no intentó levantarse. Sus ojos vagaron sin rumbo por su habitación y acabaron posándose en una pequeña silla escondida en un rincón. Sobre ella yacía una pequeña muñeca de madera apoyada en un cojín. Solía tener las mejillas y los labios de un rojo intenso, pero se habían desteñido hasta convertirse en una mancha rosada. Su pelo pintado de negro también había perdido brillo, pero la mayor parte estaba oculta bajo una pequeña capota de encaje. Sus ropas eran elegantes; Georgianna reponía con frecuencia su guardarropa, cosiendo muchos vestidos pequeños con retazos de terciopelo o seda. La muñeca había sido su compañera y confidente durante años. Había deseado fervientemente llevársela al seminario, pero pensó que las otras chicas se reirían de su apego a algo tan infantil.

—Buenos días, Peggy —dijo suavemente—. Me alegro mucho de verte.

Se incorporó al oír unas pisadas rápidas en el rellano. Se detuvieron bruscamente y la puerta se abrió de golpe. Un niño de unos seis años entró en la habitación y se detuvo junto a la cama. Tenía rizos dorados, un suave brillo rosado calentaba sus mejillas suaves y pálidas, y los ojos que se posaron en Georgianna eran tan azules como los suyos. Tenía un aspecto angelical, pero ya iba por su segunda niñera. La señora Flannel se había marchado muy enfadada poco después de que él cumpliera cinco años. Había soportado estoicamente sus rabietas y su desobediencia, pero había puesto el límite en cuanto a las ranas en su cama y a las arañas en sus zapatos.

—Buenos días, diablillo —dijo Georgianna, con una pequeña sonrisa en los labios—. Me alegra verte tan bien.

Su hermano frunció el ceño y sacó su estrecho pecho.

—No deberías llamarme diablillo —dijo con la nariz en alto—. Algún día seré conde y seguiré los pasos de una larga estirpe de condes, ininterrumpida durante cientos de años.

—En efecto, lo serás —reconoció Georgianna, alargando una mano y pellizcándole suavemente la nariz—, si nadie te estrangula antes.

Stokes eligió ese momento para entrar en la habitación. Su boca se frunció y se irritó con desaprobación.

—Si el señorito Rupert le dice a su madre que usted ha dicho eso, lo tendrá bien merecido. Lady Westbury desea verla en cuanto se haya vestido.

La mujer desapareció en el vestidor con estas severas palabras.

Rupert hizo una mueca.

—No te preocupes, no te delataré.

Georgianna alzó las cejas. Su hermano había acudido con frecuencia a su madre con patrañas sobre ella.

—Gracias, Rupert. No esperaba tanta consideración de tu parte.

Se encogió de hombros y sonrió.

—Te he echado de menos, y no me agrada Stokes.

Una voz aguda y estresada chilló por el rellano.

—¡Señorito Rupert! ¡Señorito Rupert!

Un fruncimiento petulante marcó la frente del muchacho.

—Y no me agrada la señora Tremlow —dijo con un tono de aversión.

—No te agrada nadie que se te cruce —dijo secamente Georgianna.

Rupert le sacó la lengua y salió corriendo de la habitación. Georgianna suspiró y apartó las

mantas. El comportamiento de Rupert era escandaloso, pero estaba mimado en exceso. Aunque lady Westbury nunca dudaba en castigar a su hija por cualquier falta que percibiera, era ridículamente indulgente con su hijo. Pero como pasaba muy poco tiempo con el niño, no se veía afectada por sus travesuras. Georgianna sentía lástima por la señora Tremlow, su actual niñera; no entendía cómo se podía esperar que ejerciera autoridad alguna sobre su pupilo lleno de vida cuando Rupert sabía que sus actos no tendrían consecuencias desagradables.

Un grito estridente la puso rápidamente en pie. Salió corriendo al rellano.

—Lady Georgianna —graznó Stokes desde su puerta—. ¡Aún no se ha vestido!

Ignoró a su criada y corrió hacia lo alto de la escalera. Jadeó al ver a la señora Tremlow desplomada en el primer rellano. Rupert estaba de pie a su lado, pálido.

—No quería que se cayera —dijo él en voz baja mientras ella bajaba las escaleras a toda prisa—. Yo sólo quería bajar a los establos, pero ella me persiguió y se cayó.

La señora Tremlow gimió.

—Mi tobillo —jadeó.

—Rupert, ve a buscar a Adams. Él sabrá qué hacer.

El niño asintió y bajó corriendo el resto de la escalera. Georgianna se arrodilló junto a la señora Tremlow y sus ojos se abrieron de par en par al ver que el pie de la niñera sobresalía en un ángulo muy extraño.

—Creo que está roto —dijo en voz baja.

La señora Tremlow abrió los ojos y susurró con amargura:

—¡Supongo que debería estar agradecida de que sólo sea mi tobillo y no mi cuello!

Cuando la mujer se incorporó y apoyó sobre sus codos, gotas de sudor brillaron en su piel grasosa.

—Quédese quieta, señora Tremlow —la instó Georgianna.

Una mirada al ángulo antinatural de su pie hizo que la pobre mujer se desmayara. Georgianna la cogió por los hombros mientras caía hacia atrás y la bajó con más suavidad.

—No intente moverla, señorita —dijo Adams, subiendo rápidamente las escaleras.

Echó un vistazo al pie de la señora Tremlow y se volvió rápidamente hacia el lacayo que merodeaba detrás de él.

—Levántala con cuidado, Marcus, y llévala a su habitación. Luego debes ir a buscar al doctor.

—Georgianna, vuelve a tu habitación y vístete. Puedes dejarme a señora Tremlow.

Una dama muy elegante estaba en lo alto de las escaleras. Rizos dorados sobresalían bajo su encantador gorro de encaje. Su tez era clara y aún tersa, quizá debido a las aplicaciones regulares del zumo de piñas verdes. Era de estatura media, pero su porte era muy orgulloso. Su rostro era inexpresivo y sus ojos, trozos de hielo. Stokes merodeaba detrás de ella.

—Sí, por supuesto, mamá —dijo Georgianna, ruborizándose, pues la presencia del lacayo le recordó que solo llevaba su camisón y, además, estaba descalza.

Cuando llegó hasta su madre, lady Westbury alargó la mano y le pellizcó el brazo.

—Parece que te has atiborrado. No había carne de sobra antes de que te fueras. Ven a mi salón dentro de media hora; tengo mucho que decirte.

Al observarla más de cerca, Georgianna notó que dos finas líneas se habían grabado permanentemente en la frente de su madre, como si hubiera fruncido mucho el ceño últimamente. Tal vez había estado más preocupada por Rupert de lo que había creído.

Stokes sacó un vestido de muselina blanca lisa con mangas cortas abullonadas. Sintiendo la necesidad de algo que reforzara su confianza, Georgianna dijo:

—Preferiría mi muselina bordada con mangas largas y completas, Stokes.

—Puede ser, señorita, pero me temo que aún no ha sido desempacada.

—Ya veo —dijo suavemente Georgianna—. ¿Y eso por qué, Stokes?

La criada hizo una pausa en el acto de anudar la cinta azul que marcaba la alta cintura de su vestido.

—Porque, señorita, después de mi conversación con lady Westbury anoche, ella dijo que no debía tocar sus baúles. Ahora, si me disculpa, tengo que hacerme cargo del señorito Rupert mientras la señora Tremlow está indispuesta.

Georgianna suspiró cuando su criada salió de la habitación. No estaba segura de quién le daba más lástima, si Rupert o Stokes. Se acercó a la silla de la esquina y cogió su muñeca.

—Deséame suerte, Peggy —susurró.

Mientras caminaba por el rellano hacia las habitaciones de su madre, pensó en las críticas que podría recibir y en cómo debía comportarse. El consejo de Marianne cuando se había sentido un poco abrumada por la grandeza de Cranbourne y sus ocupantes susurró en su mente; *si algo me has enseñado, es que la riqueza o la historia familiar no te elevan por sí solas por encima de los demás. Tanta importancia y engreimiento es despreciable. Frena tu lengua rebelde, por supuesto, pero no seas nada más que tú misma con cualquier persona con la que nos encontremos. Creo que lo que más me ha impresionado en todas nuestras interacciones es tu honestidad y tu fuerte sentido de lo que eres.*

Se detuvo ante la puerta del salón de su madre y asintió brevemente con la cabeza. Georgianna se percató de que no tenía una idea muy clara de quién era, y mucho de lo que sí sabía no le gustaba. Había pasado tanto tiempo intentando convertirse en la persona que su madre deseaba que fuera, con la esperanza de obtener finalmente su aprobación y tal vez incluso su afecto, que no había desarrollado su carácter tanto como debería haberlo hecho. Sin embargo, un rasgo que sí compartía con Marianne y que sabía que la caracterizaba era una lengua a veces demasiado afilada. Siempre había tenido tendencia a expresar su opinión. Ni las palizas ni la reclusión la habían curado de ese defecto, si se podía llamar defecto.

Golpeó ligeramente la puerta antes de entrar en la habitación. Daba al sur y debería haber estado bañada por el sol, pero a Georgianna no le sorprendió descubrir las cortinas entreabiertas; su madre siempre tenía cuidado con el daño que el sol podía hacerle a su piel.

—No te quedes parada ahí de esa manera tan extraña, Georgianna. Siéntate antes de que me des tortícolis.

Georgianna se sentó en el borde de la silla frente a su madre, cruzó las manos cuidadosamente sobre el regazo y esperó.

—Estoy muy disgustada contigo, Georgianna —dijo lady Westbury, con tono frío.

—¿Qué he hecho para ganarme tu disgusto, mamá? —dijo con calma.

Su madre la miró con asombro.

—No finjas que no lo sabes, niña. Hemos recibido la carta de lord Wedmore. Tu padre está de viaje y la he abierto por si era algo importante. Siendo siempre un caballero, no ha dicho nada contra ti, sólo que ambos acordasteis que no encajaríais. Pero me gustaría que me explicaras por qué se ofrecería por la hija de un simple vizconde si no has hecho nada que le provoque disgusto por ti. La señorita Ponsonby difícilmente podría haber sido más hermosa que tú.

—Es muy amable por tu parte decirlo, mamá —dijo secamente Georgianna.

—No seas impertinente, hija. Que seas hermosa es un accidente de nacimiento, no un logro.

—En efecto —coincidió Georgianna—. La señorita Ponsonby es muy bonita y rubia, mientras que mi pelo es negro. Quizá fue eso lo que cautivó a lord Wedmore.

—O tal vez fue su voluntad de agradar —dijo su madre con cierta aspereza—. Lady Strickland me ha hablado de tu dignidad y reticencia.

—Yo habría pensado que eso te agradaría —dijo serenamente Georgianna—, cuando te has esforzado tanto en inculcarme esas cualidades.

Un destello de ira brilló en los ojos de lady Westbury.

—Éstas pueden salirse de control. Dime, ¿hiciste algún esfuerzo por atraer a lord Wedmore?

—No —admitió Georgianna—. Pero no debería sorprenderte; ya te había informado de que no consiguió gustarme.

—¿Y eso qué tiene que ver? —espetó su madre—. El gusto no es necesario en un matrimonio. Es mucho más importante estar establecida de manera holgada y respetable.

—Pero yo no estaría cómoda en un matrimonio así.

—Eso lo decide tu familia. ¿Dónde está tu sentido del deber? ¿No me digas que albergas ideas de *amor*? —dijo mordazmente lady Westbury.

—No. ¿Qué sé yo de amor? Pero no me parece inaceptable desear sentir cierto grado de respeto y afecto hacia mi futuro marido.

Lady Westbury se puso en pie y, en una rara muestra de agitación, se paseó de un lado a otro frente a Georgianna.

—Sabía que nunca debería haberte permitido ir con Fanny Brancaster. Supongo que ha sido ella quien te ha metido esas tontas ideas en la cabeza, o tal vez haya sido su sobrina, la señorita Montagu. Lady Strickland escribió que ella le había estado lanzando miraditas insinuantes a lord Cranbourne —soltó una pequeña carcajada—. Eso le hará mucho bien. Ella tiene muchas más probabilidades de perder su reputación.

—Marianne no es culpable de ninguna de las acusaciones contra ella —dijo lady Georgianna en voz baja—. Y lord Cranbourne siempre se comportó con el mayor decoro hacia ella.

Lady Westbury no pareció haberla oído. Se detuvo frente a su hija. Georgianna sintió que se le revolvía el estómago al ver el brillo amargo, casi malévolo, en los ojos de su madre. Empezó a levantarse, pero lady Westbury le colocó una mano en el hombro y la empujó con firmeza hacia el asiento.

—Y luego está la debacle de esta mañana.

—Pero, ¿qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó Georgianna, perpleja.

—Tiene todo que ver contigo. Amenazaste con estrangular a tu hermano y lo hiciste salir corriendo de tu habitación, demasiado asustado para oír las llamadas de la señora Tremlow. ¡Podría haber sido Rupert y no su niñera quien se hubiera caído por las escaleras!

Georgianna se preguntó si su madre se había vuelto loca. Su comportamiento siempre había sido frío con ella, algunos incluso dirían que cruel, pero rara vez había mostrado una ira tan frágil. Lady Westbury se enorgullecía de controlar sus emociones en todo momento.

—Por favor, cálmate, mamá —le dijo suavemente—. Eso no es verdad. Estaba bromeando con él y yo no dije que lo estrangularía. Él no estaba molesto en absoluto, sino que salió corriendo de la habitación porque deseaba escapar de la señora Tremlow y bajar a los establos. Fue su desobediencia lo que provocó el accidente, aunque creo que ahora está muy arrepentido.

Su cabeza fue lanzada hacia atrás cuando lady Westbury le propinó una sonora bofetada. Se mordió el labio decidida a no gritar y se puso en pie, consolándose un poco con el hecho de que era más alta que la amargada mujer frente a ella.

—Mientes. ¿Cómo te atreves a culpar a tu hermano? —dijo su madre entre dientes apretados. Georgianna se irguió, resistiendo el impulso de llevarse la mano a la mejilla dolorida.

—He dicho la verdad y diré más. Si le hubieras dado a Rupert semejante bofetada o hubieras

permitido que lo hiciera alguna de sus niñeras, lo de hoy nunca habría ocurrido. ¿Por qué, mamá, él no puede hacer nada malo a tus ojos y yo no puedo hacer nada bueno? Actúas como si me odiaras.

—¡Lo hago! —siseó lady Westbury.

Georgianna se sintió aliviada al oírla admitirlo por fin.

—¿Te importaría decirme por qué? —dijo sin emoción.

La frialdad de Georgianna pareció avivar las llamas de la ira de lady Westbury. Sus ojos ardieron.

—¡Porque no eras un niño! Tuve que pasar por el horrible dolor y la indignidad del parto sólo para presentarle a tu padre una niña. ¡Luego tuve que soportar durante años sus maltratos antes de concebir de nuevo y presentarle por fin un heredero! Nadie puede decir que no he cumplido con mi deber. Cuido a Rupert con esmero para no tener que volver a soportar las atenciones de tu padre y poder permitir que encuentre su placer en otra parte. Está en la ciudad mientras hablamos, visitando a su última amante, sin duda.

Una vez que hubo asimilado la conmoción de estas francas palabras, Georgianna dijo suavemente:

—Lo lamento por ti, mamá.

—Guarda la compasión para ti —espetó lady Westbury.

Finalmente, agotada su ira, se hundió de nuevo en su silla y dijo en voz baja y trémula:

—Has ido directamente en contra de mis deseos y podrías haber causado graves heridas a tu hermano con tus malvadas palabras. También has sido muy grosera con Stokes; es indigno de ti ser grosera con los sirvientes. No tenía muy claro qué hacer contigo, pero los acontecimientos de esta mañana me han hecho tomar una decisión. Te enviaré con la hermana mayor de tu padre. Partirás mañana.

Georgianna sintió que su corazón se hundía. No era sólo la perspectiva de otro largo viaje en carruaje lo que la consternaba; apenas conocía a lady Colyford, pero lo que recordaba de ella no le hacía albergar muchas esperanzas de un recibimiento amable. Sólo había tenido doce años cuando su tía la visitó por última vez, y se había peleado tanto con su hermano como con la mujer de éste antes de marcharse muy enfadada, diciendo que no volvería a pisar su antigua casa.

—Creía que la tía Hester se había desentendido de toda la familia y se había mudado a algún lugar remoto del norte.

—Así es. Cumberland. Se ha instalado en una cabaña o algo así. Te hará bien aprender algo de humildad, Georgianna. Unas semanas en su compañía te darán una idea de lo desoladora que puede ser la vida cuando no tienes un hombre que te proteja. Puede que incluso te haga darte cuenta de cómo he intentado cuidar de tus intereses. Tu tía se casó imprudentemente con un hombre de pocos recursos. Ahora es una viuda empobrecida que apenas puede permitirse alguna de las elegancias de la vida. Pensó que Westbury le permitiría venir a vivir aquí, pero yo dejé claro que ella debía vivir con las consecuencias de sus actos. Quizás cuando hayas experimentado su situación, serás más susceptible con el próximo hombre que consideremos una elección deseable para ti. Irás sin Stokes; la necesito ahora que la señora Tremlow está herida. Enviaré a una de las otras criadas contigo por razones de decoro, ya que estarás algunos días viajando. Ahora, déjame.

CAPÍTULO 2



Un silencio tenso flotaba en el aire del estudio en la residencia Rushwick. Dos caballeros, uno de veintitantos años y el otro cerca de los setenta, estaban sentados en los amplios sillones de cuero colocados a ambos lados de la amplia chimenea. Los leños de la rejilla ardían irregularmente, como sofocados por la densa atmósfera.

Aunque muchos años separaban a los dos hombres, el parecido entre ellos era evidente. Los ojos que se enzarzaban en una batalla de voluntades eran de un tono dorado poco común. También compartían una nariz aguileña y una barbilla fuerte y con hoyuelos, pero la piel del mayor estaba profundamente estriada y pálida, mientras que la del más joven era oscura y morena debido a los años en el campo. Sus temperamentos eran tan parecidos como sus rasgos; ambos tenían una voluntad de hierro y el deseo de salirse con la suya.

Alexander Knight, marqués de Somerton, fue el primero en romper el silencio.

—Apenas llevo tres meses en casa, señor. ¿Realmente cree necesario que busque a una esposa a mi alrededor tan pronto?

El duque de Rushwick frunció las cejas.

—Tu hermano falleció hace nueve meses. La razón por la que has tardado seis en volver es asunto tuyo, pero no protestes por la premura respecto a tus acciones. Has sido un soldado muy leal a Wellington, ¡pero ya es hora de que seas un hijo leal a mí!

—Siempre he sido un hijo leal para usted, señor, si tan solo se diera cuenta —dijo Alexander en voz baja—. Pero no volveré hasta que estemos a salvo de Bonaparte.

Su Alteza resopló.

—Si tu idea de la lealtad era discutir conmigo en cada aspecto y persuadir a tu hermano para que te ayudara a comprar tus rangos directamente en contra de mis deseos, entonces nuestra comprensión de ese término difiere mucho.

Una sonrisa irónica torció los labios finamente esculpidos de Alexander.

—Pero me fui porque discutíamos en todos los aspectos, señor. No deseaba causarle una muerte prematura.

El duque soltó una risita reacia.

—No te habría dado esa satisfacción. Somos demasiado parecidos, Somerton, ése es el problema.

—Entonces, ¿por qué desea encadenarme a un matrimonio tan pronto? Usted tenía más de cuarenta años cuando se casó.

Aunque la pregunta le pareció razonable, Alexander deseó poder retractarse. Su padre pareció encogerse en la silla, con su edad pesándole profunda y repentinamente.

—Me preguntaba cuándo me echarías eso en cara —dijo con cansancio.

—Lo siento —dijo Alexander con suavidad. Cogió el decantador con brandy que había sobre la mesa, sirvió una pequeña copa y se la entregó a su padre—. No debería haberle recordado a mamá.

Su padre cogió el vaso y lo bebió de un solo trago. Pronto se recuperó y se sentó un poco más erguido.

—¿Por qué no? Debería ser recordada. Todo se desmoronó después de su muerte —dijo bruscamente—. Una casa necesita una mujer —una pequeña sonrisa melancólica curvó sus labios—. Y qué mujer era Eliza.

Alexander sonrió.

—Nunca he conocido a nadie como ella. No había nada de maldad en su persona y, sin embargo, era exasperantemente honesta. ¿Recuerda cuando gasté una buena parte de mi subsidio en ese chaleco azul y dorado del que estaba tan orgulloso?

Rushwick soltó una carcajada seca.

—Sí, lo recuerdo. Te creías un chaval a la moda.

—No por mucho tiempo —dijo Alexander con tristeza—. Mamá me informó, muy amablemente, de que si deseaba parecer un fantoche, había logrado admiración por ello.

Su Alteza suspiró.

—Tu madre nunca levantó la voz ni armó un escándalo, pero siempre supo manejarte mejor que yo.

—Nos manejaba a todos —dijo Alexander—. Incluso a usted.

—Tal como dices. Tenía una sagacidad inusual y una lengua mordaz. Soy plenamente consciente de que enloquecí durante un tiempo tras su muerte. No estoy orgulloso de ello; James y tú sentisteis su pérdida tanto como yo. Debería haber sido más comprensivo.

—Todos deberíamos haberlo sido, señor. Ninguno de nosotros se comportó bien.

—Tal vez no. Pero si no os hubiera gritado y gruñido como a un animal herido, ¿no habríais huido a Portugal y tu hermano no se habría convertido en un libertino!

—¿Tan malo era él, señor?

—Sí —dijo francamente el duque—. Se desbocó durante un tiempo, pero al final logré que obedeciera. Estaba mejorando mucho hasta que, hasta que... —sus ojos se oscurecieron por un momento.

Alexander se sentía aliviado de que por fin salieran a la luz los temas que ambos habían evitado deliberadamente durante los últimos tres meses.

—Bueno, alistarme en el ejército fue lo mejor que pude hacer, señor. Me sentó bien. Nunca tuve grandes deseos de ir a Oxford, ¿sabe? No habría soportado la idea de encerrarme en un libro o disfrutar de tontas diversiones cuando había verdaderas aventuras que vivir en el continente.

Una pizca de orgullo iluminó los ojos del duque.

—Debiste haber aprendido algo de disciplina, al menos, para ascender al rango de comandante.

—No habría durado ni cinco minutos sin ésta —reconoció Alexander. Frunció el ceño—. Que yo haya salido relativamente ileso de seis años de acción mientras que a James se lo haya llevado un estúpido accidente parece absurdo. Y que se ahogara en una excursión de pesca cuando había sobrevivido a locas carreras de carruajes y salidas a algunos de los antros más sórdidos de la ciudad cuando había estado borracho. Se estaba quedando con su amigo Allerdale, ¿no?

Su padre asintió.

—Él no me agradaba en absoluto; Allerdale era una mala influencia. Siempre ha sido

escandalosamente libertino y se rumorea que ahora es incluso peor. Pero James señaló que le sería complicado alguna travesura en Lakes y prometió que buscaría una esposa a su alrededor cuando comenzara la temporada.

—Y así volvemos al punto de partida —murmuró Alexander.

—No estoy rejuveneciendo, hijo mío —dijo su padre con tono quejumbroso—. ¡Mi deseo es verte casado sin ningún percance y tener un montón de nietos que acaben con la paz de este mausoleo antes de que yo reciba el aviso de renuncia!

Alexander enarcó una ceja irónica.

—¡Ya siento lástima por mi futura esposa!

El duque parecía más esperanzado.

—Entonces, ¿al menos lo considerarás?

—Lo pensaré, señor.

—¡Eso es todo lo que pido! No espero que te cases sólo por deber. Elige a una chica a la que admires no sólo por su aspecto, sino también por su carácter.

Rushwick cogió el bastón de mango negro que descansaba en su silla y empezó a levantarse. Alexander se puso en pie, resistiendo firmemente el impulso de tenderle una mano. No era la primera vez desde su regreso a casa que sentía una rápida punzada de tristeza porque su padre ya no podía mirarlo a los ojos sin alzar la vista hacia él. Siempre había sido un hombre inusualmente alto, con un cuerpo fuerte a la altura —otro rasgo que compartían—, pero ahora el duque estaba delgado y encorvado.

—Tendrás que cortarte esa melena antes de ir a la ciudad.

Alexander sabía que, en opinión de su padre, él ya se había rendido. Supuso que lo había hecho. Haría feliz al viejo si podía.

—Eso no ocurrirá hasta dentro de algún tiempo. ¡Y no puede culparme por este loco alboroto de rizos leonados cuando es gracias a usted que los tengo!

El duque sonrió.

—Me recuerdas a mi yo de hace cuarenta años. Pero yo siempre llevaba peluca, muchacho, o llevaba el pelo bien atado. Sin embargo, no estás a mi altura; ni siquiera has pasado una temporada en la ciudad, así que déjame darte un consejo. Habrá un montón de jovencitas que caerán rendidas ante ti, pero no te dejes engañar. Todas te sonreirán y te mostrarán sus bellos modales sociales, pero tienes que profundizar un poco más. Eres un tipo bien parecido, Alexander, pero la que tú quieres es aquella que no se deja impresionar por tu estatus y tu aspecto. Tu madre no quería saber nada de mí al principio, ¿sabes?

Alexander enarcó una ceja.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Mi reputación no era límpida —admitió su padre.

—Me sorprende, señor.

—¡Jovenzuelo insolente! Admito que de joven fui un bueno para nada como Allerdale —dijo el duque sin rodeos—. No estoy orgulloso de ello ahora, pero no puedo lamentarlo; nunca habría encontrado a tu madre si hubiera sentado cabeza antes. Pero no creas que eso te exime de culpa. Dejando mi reputación a un lado, ella estuvo a punto de no aceptarme, ¡yo era dieciocho años mayor que ella!

—¿Qué la hizo cambiar de opinión? —preguntó Alexander.

Los ojos de su padre perdieron el enfoque mientras miraba al pasado.

—Tuvimos una conexión —dijo en voz baja.

—La atracción es ciertamente importante...

—No me refiero a eso. También tuvimos eso, pero fue mucho más. Ella vio a través de mi elegancia y pose. De hecho, destruyó eso con su lengua imprudente. Me dijo, con la objetividad que la caracterizaba, que si intentaba cortejarla con cumplidos ridículos y baratijas caras, la mataría de aburrimiento. Ella quería conocer mi pasado, mis opiniones, mis aspiraciones, cómo veía yo el papel de mi esposa en mi casa... en resumen, quería conocer a Sebastian Knight más que a Su Alteza, el duque de Rushwick.

Su padre había dado mucho que pensar a Alexander. No fue sólo su deseo de asegurarse de que los últimos años del duque fueran más felices que los ya transcurridos lo que lo llevó a rendirse en el asunto de su matrimonio; los últimos años de Alexander habían sido un mar de muerte y sangre que estaría encantado de olvidar. Quizá necesitaba traer a este mundo una nueva vida que pudiera proteger y guiar.

A la mañana siguiente, Alexander se alegró de ver a su padre servirse un buen desayuno.

—He estado pensando —dijo Rushwick cuando estuvo por fin saciado—. ¿Por qué no invitamos a tu tía Miriam a quedarse? Podríamos celebrar una cena o dos...

—¡Alto el fuego! —dijo Alexander, exasperado—. ¡No es propio de usted bajar la guardia de su oponente y luego atacar! Si cree que deseo tener a cualquiera que posea una hija en edad de casarse desfilando delante de mí durante los próximos dos meses, está muy equivocado.

—No *cualquiera* —protestó su padre—. Tendrían que ser adecuadamente respetables.

—¡No! Dije que lo pensaría, pero no quiero ser forzado de ninguna manera.

—Justo como yo —refunfuñó el duque.

Alexander se sintió aliviado al ver al mayordomo entrar en la habitación con una bandeja de plata. Como su administrador estaba de viaje de negocios, su padre había empezado a abrir él mismo el correo antes de que fuera examinado. Solo esperaba que esta misiva ayudara a distraer los pensamientos de su padre; no tenía ningún deseo de estar discutiendo constantemente con él.

—Gracias, Benson —dijo Su Alteza, aceptando la carta y abriéndola rápidamente.

Alexander se terminó el café, miró a su padre y frunció el ceño. Los ojos del duque estaban fijos en las palabras frente a él, y su tez tenía una palidez gris poco saludable.

—¿Señor?

Le entregó la carta en silencio, con una expresión atónita en el rostro.

El Reverendo R L Simpson

Buttermere, 4 de agosto de 1814

Milord Duque,

Espero que perdone por tomarme la libertad de escribirle. Lo hago con cierta vacilación, pero cualquier timidez que yo pudiera sentir ante el atrevimiento de comunicarme con alguien de tan elevada posición como usted, y lo que es más, alguien completamente desconocido para mí, debe ser superada en beneficio de la caridad cristiana.

No deseo causarle dolor, pero debo referirme a los tristes acontecimientos del pasado mes de octubre, cuando su hijo encontró un final prematuro al ahogarse accidentalmente. Esa tragedia vivirá mucho tiempo en la memoria de los que aquí habitamos, pero hay otro desafortunado suceso que hará que él no sea olvidado fácilmente.

Molly Tweddle, una chica del pueblo, ha dado a luz recientemente a un niño. Finalmente, ha considerado oportuno confiar en mí y ha nombrado a su hijo como el padre del recién nacido. Su familia no la ha desterrado, pero son muy pobres y no les será fácil mantener al niño a medida que crezca. Como nadie de la familia sabe escribir, me han pedido que le informe de la existencia del niño y que le pregunte si estaría dispuesto a ofrecerles alguna ayuda. Molly no desea renunciar al niño, pero necesita urgentemente ayuda para hacer frente a los gastos de su

crianza.

Mi preocupación por la familia, así como mi deber para con mi rebaño, me han persuadido de procurar su bienestar. No lo presionaré más sobre este asunto, sino que dejaré que sea su conciencia la que dicte sus acciones. Si no tengo noticias tuyas en las próximas semanas, conoceré su respuesta.

Su humilde servidor,

R L Simpson

Alexander soltó un silbido lento y grave.

—Entonces James sí se las arregló para hacer alguna travesura, después de todo.

—Eso parece —dijo sombríamente el duque.

—¿O no fue así? —musitó Alexander.

—Creo que el señor Simpson difícilmente intervendría en el asunto si no creyera que la historia de esta chica es cierta.

—Puede creer en esta, pero eso no significa que sea cierta. He aprendido a manejar con cautela los rumores no verificados.

—Supongo que lo has hecho —reconoció Rushwick—. ¿Y qué medidas tomaste para verificarlos?

—Envié a alguien a averiguar la verdad, o yo mismo llevé a cabo un reconocimiento de la posición del enemigo.

—Sí, de acuerdo, pero sin James aquí para validar la verdad de este asunto, nosotros no podemos hacer mucho. Si la chica está mintiendo, es poco probable que te diga la verdad sólo porque se la preguntes. No tiene nada que ganar y todo que perder.

—No me subestime, señor. No iré como el marqués de Somerton, sino como el simple señor Knight, un caballero sin importancia. James se parecía a mamá; era de estatura media y ojos de un marrón poco llamativo, así que no hay ningún riesgo de que alguien haga la conexión. Llevo tanto tiempo fuera y el lugar es tan remoto que es muy poco probable que me cruce con alguien que pueda reconocerme. Además, tengo deseos de visitar el lugar donde murió mi hermano y presentar mis respetos.

—¡Puedes presentar tus respetos en nuestra capilla! No quiero arriesgarme a perder otro hijo en ese lugar olvidado de Dios.

—No lo hará, señor. Soy un hombre muy difícil de matar. Y si no voy, ¿cómo descubrirá la verdad del asunto? ¿Realmente quiere pagar para criar al hijo de otro hombre?

—Por supuesto que no. Si el niño resulta ser de James, lo traeré aquí.

—Pero Molly no desea que usted lo haga —le recordó Alexander.

—Ella no opinará al respecto. Además, si la familia es tan pobre como afirma el señor Simpson, estarán encantados de librarse del niño.

—Probablemente —coincidió—. Pero eso es irrelevante hasta que haya descubierto los hechos del asunto. Iré mañana.

—¡Oh, muy bien! Pero no te quedes allí más tiempo del necesario, ¡y no te acerques al lago!

Alexander entró en su habitación, se desató rápidamente el pañuelo y la colocó sobre el respaldo de una silla.

—Por favor, prepara ropa suficiente para llenar dos alforjas, Johns.

El ayuda de cámara recogió el pañuelo y dirigió a su amo una mirada cómplice. Habiendo servido como su ordenanza, lo conocía mejor que nadie.

—Pensé que usted no tardaría en salir a buscar travesuras. Lleva unas semanas tan inquieto como un león enjaulado. ¿Adónde vamos?

—Iré a The Lakeland, Johns, a descubrir si mi hermano ha dejado un legado inesperado.
El ayuda de cámara silbó.

—Así son las cosas, ¿no? Quizá debería llevarme con usted, señor. Podría ser capaz de averiguar la verdad con un poco más de facilidad que usted.

—Iré de incógnito, Johns, y lo haré muy bien sin ti.

Alexander sonrió mientras su ayuda de cámara parecía decepcionado.

—¿Te sientes un poco acorralado, Johns?

—Admito que no me importaría un poco de aventura, señor.

—En otra ocasión —prometió Alexander—. Quiero que te quedes aquí y vigiles a mi padre.
No tenía buen aspecto esta mañana y confiaré en ti para que me avises si se pone enfermo.

CAPÍTULO 3



Después de ocho días de viaje, Georgianna pudo vislumbrar las montañas que le indicaban que se acercaba por fin a su destino. Estaba exhausta. Aunque la presencia de Kate, la joven criada elegida para acompañarla, le resultaba mucho más agradable que la de Stokes, el abismo que las separaba hacía que su conversación tuviera un alcance muy limitado. Sin embargo, Georgianna estaba muy agradecida de que estuviera aquí. Kate no sólo estaba muy dispuesta a complacerla y ansiosa por aprender sus nuevos deberes, sino que su presencia en su habitación cada noche era reconfortante.

El viaje de hoy había sido más duro que la mayoría; los caminos parecían haber sido inundados de surcos y agujeros que sacudían sin piedad a los ocupantes del carruaje. Georgianna estaba sentada en un rincón, dormitando a ratos. Finalmente, los gruñidos de su estómago la despertaron de su letargo. Arriesgándose al polvo del camino, bajó la ventana del carruaje y asomó la cabeza. Fue recompensada por la vista de una pequeña pero limpia posada. Asomándose un poco más, giró la cabeza y llamó a su cochero.

—Por favor, paremos aquí, Jack. No puedo recorrer otra kilómetro.

El cochero redujo la velocidad de los caballos y exclamó:

—¿Qué ha dicho, señorita?

—Deseo parar aquí.

—Pero, milady, solo quedan un par de kilómetros hasta Lancaster. Allí encontrará una posada de mejor calidad.

—No me importa —dijo Georgianna con cansancio—. Tengo calor, estoy cansada y hambrienta. Tú debes estar igual de fatigado.

—Debo admitir que he estado soñando con una gran jarra de ale durante no sé cuántos kilómetros —dijo melancólicamente Jack.

—Y estoy segura de que te la has ganado —dijo Georgianna. Sentía cierta compasión por el viejo cochero. Su madre había adquirido un carruaje mucho más nuevo y un hombre más joven para conducirlo, pero, al parecer, no se le había ocurrido que un viaje de diez días, veinte si se incluía el tramo de vuelta, podría ser demasiado para Jack.

—Pararé y veré qué clase de lugar es éste, señorita. Si está limpio y es respetable, nos quedaremos, de lo contrario iremos a Lancaster. No puedo decir algo más justo que eso.

Entró en el pequeño pero ordenado patio detrás de la posada, bajó de su asiento y entregó las riendas a un muchacho que llegó corriendo de los establos.

—Espero que él lo encuentre adecuado —suspiró Georgianna.

—Yo también, milady —coincidió la criada—. Si alguien me hubiera dicho alguna vez que estar sentada todo el día era agotador, le habría dicho que estaba diciendo tonterías. No sabe lo

emocionada que estaba por hacer un viaje largo; nunca había viajado más allá de Bristol. Pero, después de todo, no es tan emocionante, y espero que lleguemos pronto porque no puede ser bueno para el estómago sufrir sacudidas hora tras hora. Juro que nunca volveré a quejarme de un duro día de trabajo.

Ambas ocupantes del carruaje se sintieron aliviadas cuando el cochero reapareció con una sonrisa en su curtido rostro.

—Esto servirá, señorita. Tienen dos habitaciones para huéspedes y ambas están libres, así que usted puede elegir. No hay salón privado, pero hay una sala de café que se reservará para su uso. Cuando haya atendido a los caballos, estaré en la taberna de enfrente hasta que usted haya cenado y subido a su habitación.

Una señora pechugona de mejillas sonrosadas la esperaba al pie de una estrecha escalera.

—Señorita —dijo, haciendo una reverencia—. No solemos tener alojamiento de primera calidad en nuestra posada, pero encontrará nuestras habitaciones tan limpias y cómodas como cualquier otra, y mucho más tranquilas, se lo aseguro. Y no tiene que preocuparse por nuestros clientes; el señor Florry no deja entrar la chusma.

—Gracias, señora Florry. Una comida caliente y una cama blanda es todo lo que necesito.

Eligió la habitación que daba al patio del establo, ya que era la más grande de las dos y ya tenía una segunda cama más pequeña debajo de la ventana.

Al ver que la señora Florry la miraba con cierta expectación, dijo:

—Es una habitación muy agradable y servirá perfectamente.

Al ver la amplia sonrisa que se dibujó en el rostro de la esposa del posadero, se convenció de que había dado en el clavo.

—Es usted muy amable, milady —adoptó un tono maternal—. Ahora quítese la capota y la pelliza y la acompañaré a la sala del café. Enviaré a mi chica a buscar a su criada a la cocina cuando la cena esté lista.

Había una gran mesa redonda sumamente pulida en la sala de café, se había encendido un fuego en la chimenea y se habían cerrado las cortinas florales que había sobre el asiento de la ventana para proporcionarle más privacidad.

—Está claro que es usted una excelente ama de llaves, señora —dijo Georgianna cuando la señora Florry volvió a mirarla inquisitivamente.

—No soporto el desorden —le aseguró la mujer—. Ahora, tengo un delicioso pollo y un jamón asado, si le parece bien.

—Eso estaría muy bien —le aseguró Georgianna.

No dispuesta a sentarse todavía, se acercó al asiento de la ventana y apartó un poco las cortinas. Una bruma lila se posaba sobre las colinas a lo lejos. Pensó en lady Colyford. Cuando había llegado a Avondale, había disfrutado muy poco de la conversación con ella. En las dos ocasiones en que había estado en su presencia, su madre la había mirado fijamente y Georgianna había sabido que no debía dar su opinión ni responder a las preguntas que le hicieran con algo que no fueran monosílabos. Esperaba que su tía no rechazara de inmediato a su inesperada visitante, pues la perspectiva de tener que emprender de nuevo el viaje de regreso a casa no le agradaba en absoluto. Pero no entendía por qué la tía Hester iba a acogerla cuando su madre se había negado a ofrecerle un hogar.

La señora Florry no tardó en entrar de nuevo, con dos enormes bandejas llenas de una gran variedad de platos en cada mano.

—Creo que aquí encontrará algo tentador, milady —dijo, colocándolas sobre la mesa y comenzando a distribuir trozos de carne, una sopera y platos trincheros de verduras humeantes.

—La sopa se ha hecho hoy. Yo misma recogí los guisantes esta mañana.

Los ojos de Georgianna se abrieron de par en par ante el festín ofrecido.

—No me comeré ni la mitad, señora Florry.

—Tonterías. Comience a comer; ¡parece que el viento fuera a derribarla!

Georgianna se puso a cenar con un deleite que su madre habría deplorado. Acababa de terminar un tazón de la deliciosa sopa de guisantes cuando oyó voces en el pasillo que separaba las salas del bar y del café.

—Pero, señor, si espera media hora, ¡la señorita habrá terminado de cenar y podrá disponer de la sala del café para usted solo!

—¡No! ¡Ni de coña! ¡Mi estómago se siente como si me hubieran cortado la garganta!

La puerta se abrió de golpe y un hombre entró en la habitación. Llevaba el pelo oscuro peinado hacia atrás, sobre un rostro que podría haber sido atractivo si no fuera por la expresión petulante que lo estropeaba. Mientras se despojaba de su polvoriento gabán, unos ojos tan oscuros que parecían casi negros recorrieron la habitación antes de posarse en Georgianna.

Ella bajó la mirada, dejó la cuchara y se puso en pie. Ignorando al recién llegado, se dirigió al hombre rechoncho que estaba de pie en la puerta con el ceño fruncido por la preocupación.

—Usted debe ser el señor Florry —dijo ella con calma—. No se preocupe por mí. He terminado mi sopa y eso es todo lo que necesito.

Su ceño se suavizó y la miró con cierto alivio.

—Bueno, si está segura, señorita.

Fue empujado bruscamente cuando la señora Florry entró a toda velocidad, con un rodillo de amasar todavía cubierto de harina en una mano.

—¿Qué es todo esto? Te dije que no había que molestar a la señorita, ¡grandísimo zoquete!

—Pero, Becky, este caballero ha aparecido y quiere su cena.

La señora Florry observó al intruso. El corte de su abrigo morado profundo, y de dos colas largas y estrechas, era muy elegante, y su pañuelo estaba atado con exquisita precisión en un estilo que cualquier hombre a la moda habría reconocido inmediatamente como la cascada. Aunque la señora Florry podía desconocer este detalle de sastrería, sabía reconocer la calidad cuando la veía. Su expresión, más bien feroz, se apaciguó un poco y se suavizó aún más cuando el caballero sonrió repentinamente, con los ojos brillantes de diversión.

—Mi buena señora, ¡espero que no pretenda echarme con su rodillo de amasar! Dejando a un lado mi reticencia a sufrir semejante indignidad, sería lo más cruel del mundo que usted lo hiciera cuando los inconfundibles olores de una deliciosa cena han estado asaltando mis fosas nasales durante los últimos minutos. Tengo mucha hambre, ¿sabe?

—Pero le he prometido a la señorita que cenaría sola —dijo ella, claramente en conflicto.

—He terminado —dijo Georgianna, empezando a moverse hacia la puerta.

—No, milady —dijo severamente la señora Florry, agitando el rodillo de amasar y haciendo que finas partículas de harina se arremolinaran a su alrededor—. ¡Sólo ha tragado un bocado de sopa!

—¿Puedo sugerir que compartamos la mesa? —dijo el caballero, haciendo una reverencia—. Soy Allerdale. Le aseguro que esta noche estará segura en mi compañía.

Georgianna enarcó una ceja.

—¿Sólo esta noche, señor Allerdale?

Sus ojos se iluminaron con repentino interés.

—No prometo más —dijo él con una sonrisa diabólica—. Y es lord Allerdale.

Georgianna inclinó la cabeza cortésmente.

—Lady Georgianna Voss.

—Así que de aquí vienen los deliciosos olores.

Todos los ojos se volvieron hacia un caballero modestamente vestido pero claramente respetable que ahora se inclinaba en la puerta.

—Sí que es un hombre grande —dijo el señor Florry.

El recién llegado sonrió.

—Y mi apetito es grande, señor, así que espero que quede algo de cena para mí.

—Bueno, esto lo resuelve —dijo la señora Florry, volviéndose hacia Georgianna—. Es seguro ahora que sois tres, señorita. Dejaré la puerta entreabierta y sólo tendrá que llamar y seguro que la oiremos.

El estómago de Georgianna emitió un estruendo muy poco propio de una dama. Se sonrojó cuando un par de ojos dorados se volvieron hacia ella, brillando con diversión. El alto caballero le hizo una pequeña reverencia.

—Señor Knight a sus órdenes, señorita. Parece que tiene tanta hambre como yo.

Él caminó hasta la mesa y le ofreció el asiento.

—Gracias, señor —dijo, volviendo a su silla.

Sería una grosería, por no decir un acto de cobardía, seguir discutiendo, y Georgianna se dio cuenta de que no sentía miedo de ninguno de estos desconocidos. Aunque lord Allerdale debía de ser diez años mayor que ella, de algún modo le recordaba a su hermano pequeño; malhumorado en un momento, encantador al siguiente. El señor Knight, aunque enorme, parecía tener modales amables.

—Bien, será mejor que vaya a por unos cubiertos más —dijo la señora Florry, saliendo a toda prisa de la habitación.

El señor Florry miró de un caballero a otro con cierta perplejidad.

—Me temo que sólo me queda una habitación por si alguno de vosotros, caballeros, pensaba quedarse.

—Esperaba encontrar una cama, debo admitir —dijo el señor Knight, mirando a lord Allerdale—. Sin embargo, estoy encantado de compartir, milord.

Su señoría no parecía muy entusiasmado con esta idea a juzgar por sus cejas levantadas.

—No se preocupe por mí, señor Knight. Iré a Lancaster después de cenar.

El señor Florry sonrió.

—Eso está bien, entonces. Estará más cómodo allí, me atrevo a decir.

—Como usted diga —dijo lord Allerdale, una leve mueca curvando sus labios—. ¿Supongo que no tenéis vino decente por aquí?

—No, señor. Pero tengo muy buena ale. Enviaré un poco.

—¿Todavía estás aquí? —dijo la señora Florry, corriendo con más platos y cubiertos—. ¡Será mejor que vuelvas al bar antes de que ellos mismos empiecen a servirse!

No fue el señor Florry, sino Jack, quien entró poco después con dos jarras de ale espumosa. Las dejó sobre la mesa y miró a Georgianna.

—¿Todo bien, señorita?

—Sí, Jack.

Cogió la moneda que lord Allerdale envió girando descuidadamente en su dirección y la colocó de nuevo sobre la mesa, enviándole una punzante mirada desde debajo de sus peludas cejas.

—Bueno, solo grite si me necesita —dijo severamente antes de salir de la habitación.

—Que extraños sirvientes tienen aquí —dijo lord Allerdale, guardando la moneda en su

bolsillo.

—Es mi cochero, señor —dijo Georgianna con frialdad—. Y si es extraño que él se preocupe por mi bienestar, entonces supongo que es culpable de la acusación.

—Un buen criado al que no se puede sobornar vale su peso en oro —dijo el señor Knight, poniéndose en pie y cogiendo el cuchillo trinchante—. ¿Puedo servirle un poco de pollo, lady Georgianna?

—Sí, gracias, señor.

Sintió los ojos negros de lord Allerdale sobre ella.

—Me parece que no la he visto en la ciudad, señorita?

—Difícilmente podría haberlo hecho, señor, cuando aún no he debutado.

Una ceja negra se alzó.

—Perdóneme. He creído que era mayor. Es usted muy segura de sí misma para ser tan joven. ¿Quién es su padre, si no le importa que se lo pregunte?

—Lord Westbury.

Una sonrisa curiosa torció los labios del hombre.

—No me diga. Me lo encontré en la ciudad la semana pasada. Usted está muy lejos de casa.

—Sí. Voy a visitar a mi tía, lady Colyford.

Ella le sonrió con delicadeza al señor Knight mientras éste le entregaba un plato abundantemente cargado.

—Usted tiene mi compasión —dijo lord Allerdale en voz baja.

Georgianna lo miró sorprendida.

—¿La conoce?

Él hizo una mueca.

—Sí, la conozco. Es muy amiga de mi madre, lady Brigham. También es mi madrina. Es extremadamente directa y siempre dice la verdad sin rodeos, tanto si uno desea oírla como si no.

—Ya lo creo —dijo ella, con sus ojos sosteniendo los de él con un interés especulativo—. Pero entonces, si ella dice la verdad, ¿qué tiene uno que objetar?

Lord Allerdale soltó una dura carcajada.

—La verdad es subjetiva.

El ceño de Georgianna se arrugó al considerar estas palabras.

—No, eso no puede ser cierto. La verdad es la verdad. Sólo se vuelve subjetiva cuando alguien desea tergiversarla a su conveniencia.

Lord Allerdale frunció el ceño.

—Usted da su opinión libremente, pero es demasiado joven para saber de lo que habla.

—Qué respuesta tan conveniente —dijo Georgianna con una pequeña sonrisa—. Puede que sólo haya vivido diecisiete años en esta tierra, señor, pero ya he aprendido que si alguien encuentra la verdad desagradable, yo incluida, a menudo es porque no desea enfrentarse a sus propias acciones.

El señor Knight había estado consumiendo en silencio una porción abundante de cada plato, pero al oír esto, levantó la cabeza de su plato y dijo:

—Hay algo de sabiduría en sus palabras, lady Georgianna, pero debe tener en cuenta la disparidad de edad y experiencia entre usted y un hombre cosmopolita. Su comportamiento está prescrito por las estrictas reglas de la sociedad, el camino de él está a menudo plagado de elecciones más difíciles.

—Eso puede ser cierto —concedió ella—. Pero si su conciencia está tranquila, ¿qué puede temer de la verdad un hombre cosmopolita? Seguramente su libertad respectiva, si se usa

sabiamente, es una oportunidad de hacer algo bueno en el mundo.

Los ojos del señor Knight pasaron del dorado al color ámbar.

—Pero a veces hacer el bien en el mundo, como usted dice, implica enfrentarse a verdades desagradables. Me pregunto, lady Georgianna, si ha leído alguna vez *El Príncipe* de Maquiavelo.

—De hecho, sí —reprimió una sonrisa ante la expresión de sorpresa del hombre—. Siempre he pensado que el estudio de la historia podría ayudarme a comprender mejor el carácter humano. No me basta con formar parte de este mundo; también deseo comprenderlo.

—¿Y cree usted que el fin justifica los medios? —preguntó suavemente el señor Knight.

Georgianna se sintió un poco fuera de lugar.

—No puedo darle una respuesta definitiva, señor. Depende de los fines. Si son nobles y no pueden alcanzarse por otros medios, tal vez. Si no lo son, entonces no.

Lord Allerdale no hizo ningún esfuerzo por disimular un bostezo.

—Percibo que tenemos una intelectualoide en ciernes entre nosotros.

El desprecio se extendía por cada palabra. Georgianna se puso de pie y le clavó su gélida mirada.

—Gracias, señor. Si ha tratado a mi tía con tan malos modales como me ha tratado a mí, no es de extrañar que usted haya oído algunas verdades mordaces. Ha sido una velada interesante, pero os deseo buenas noches.

Alexander se levantó e hizo una reverencia cuando ella salió de la habitación; lord Allerdale se limitó a inclinar la cabeza.

—Qué jovencita tan orgullosa e impertinente. Le convendría más aprender el arte del flirteo que intentar comprender las motivaciones de la humanidad a partir de un libro de historia. Si supiera que su padre pasea alegremente por la ciudad con su última amante, quizá no sería tan tediosamente aburrida en su discurso y sermoneadora.

—Resultaría bastante escandaloso que ella se enterara de eso —dijo Alexander con calma—. Y si la encuentra tediosamente aburrida en su discurso y sermoneadora, me temo que, sin darse cuenta, ella debió haber tocado una de sus fibras más sensibles, señor.

Las cejas de lord Allerdale se alzaron altivamente.

—¿Ella ha captado su interés, señor Knight? Sin duda es una belleza, pero demasiado fría para mi gusto. Prefiero una más cálida y amable.

—Y una menos desafiante, sospecho —murmuró Alexander.

Lord Allerdale soltó una carcajada cínica.

—Muy cierto. ¿Adónde se dirige, señor Knight?

Los ojos de Alexander se clavaron firmemente en su compañero mientras decía:

—Buttermere.

El caballero frunció el ceño, sus ojos bajaron a la mesa y algo que podría haber sido dolor o desagrado torció sus labios. Al cabo de un momento dijo:

—¿Pintor o poeta?

—¿Qué le hace pensar que soy alguna de esas cosas?

Allerdale se encogió de hombros.

—Parece que estamos inundados de ellos.

—¿No admira sus obras?

—No. Lo idealizan todo. Hace un siglo, Lakes eran un lugar salvaje y desolado sin nada que ofrecer al viajero, pero ahora decenas de personas aparecen con un espejo de Claude en el bolsillo y una guía en la mano. Les dicen adónde ir y qué pensar de las vistas. Creo que salvaje y desolado lo describen mucho mejor.

—¿No aprecia su hogar?

Lord Allerdale bebió el último trago de su ale y se puso de pie.

—Lo visito lo menos posible, pero a veces es necesario.

—Ya veo —dijo Alexander—. Ha estado gastando demasiado dinero, ¿eh?

—Precisamente. Le deseo buenas noches, señor Knight.

Alexander se sentó junto al fuego y dedicó unos momentos a observar las llamas titilantes. Había querido pasar desapercibido, y habría cenado en un rincón tranquilo de la taberna si no hubiera oído a Allerdale pronunciar su nombre de camino hacia allí. Quería pasar desapercibido y habría cenado en un rincón tranquilo de la taberna si no hubiera oído a Allerdale pronunciar su nombre de camino hacia allí. Podría haberse conformado con echar un vistazo al último hombre que vio a su hermano con vida si no hubiera visto a la llamativa joven de pie, un poco insegura, en medio de la habitación. Su instinto de caballero se había sobrepuesto a su cautela natural; difícilmente la dejaría cenar sola con un hombre de la reputación de Allerdale.

Lo buscaría y revelaría su propia identidad cuando hubiera descubierto la verdad de las afirmaciones de Molly Tweddle, pues deseaba escuchar de primera mano el relato de la muerte de su hermano. Era una lástima que Allerdale hubiera bajado los ojos cuando mencionó Buttermere; le habría gustado mucho ver si su expresión contenía culpa o arrepentimiento.

CAPÍTULO 4



Kate se levantó de un salto de su angosta cama cuando Georgianna entró en su habitación.

—Espero que haya disfrutado de la cena, milady —dijo, bajándose apresuradamente la falda y parpadeando para quitarse el sueño de los ojos.

—En efecto, Kate. Pero debo admitir que estoy más que lista para dormir.

—Eso me parece —dijo la criada, ayudándola a quitarse el vestido—. Lo tengo todo preparado y hay agua caliente en la palangana.

Georgianna se lavó y se sentó en la única silla de la habitación. Cerró los ojos mientras Kate le quitaba las horquillas que le sujetaban el pelo.

—He oído que ha tenido una compañía inesperada, milady. Estaban diciendo tonterías en la cocina. Espero que fueran caballeros respetables. He oído que uno iba muy bien vestido.

—Mmm —murmuró Georgianna, disfrutando de cada movimiento del cepillo a través de su espesa y oscura cabellera—. Pero tengo la sensación de que él pudo haber sido el menos respetable de los dos.

Los ojos de la criada se abrieron de par en par.

—Espero que no la haya insultado, señorita.

—Nada importante, y me aseguró que estaría segura en su compañía, al menos esta noche.

Kate soltó una carcajada.

—¡Qué malvado descarado!

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Georgianna.

—Mejor un pícaro honrado que un caballero deshonesto. Pero no corrí ningún peligro una vez que descubrí que no sólo soy muy sincera con mis opiniones, sino, lo que es peor, ¡una intelectualoide! Tengo la sensación de que no le agrado.

—Mejor así, por lo que parece.

Georgianna negó con la cabeza mientras la criada cogía su gorro de dormir.

—Esta noche no, Kate. Dejaré mi pelo suelto por una vez.

—Como desee, señorita.

El sonido de cascos sobre adoquines flotó a través de la ventana ligeramente abierta. Georgianna se arrodilló en la cama de la criada y se asomó entre un hueco de las cortinas justo a tiempo para ver a lord Allerdale subir a su carruaje. Mientras agitaba su látigo, levantó la mirada. Tal vez sólo fue el reflejo de la lámpara que iluminaba el patio, pero ella creyó ver un brillo salvaje en sus ojos y retrocedió, avergonzada. Se estremeció, alegrándose repentinamente de que el señor Knight se hubiera unido a ellos para cenar.

—Aléjese de esa ventana, milady. Prácticamente no lleva nada puesto y cogerá un resfriado.

—Por supuesto —murmuró distraídamente.

Se despertó con un cielo gris del que caía una ligera y constante ventisca. Georgianna agradeció el clima más fresco y, aunque el camino más allá de Lancaster seguía siendo desigual en algunas partes, una vez que hubieron pasado Kendal, la visión de valles boscosos, cimas rocosas y largas franjas de agua, lo compensó. Pasaron la noche en Keswick. Detrás de la pequeña ciudad se alzaba una cima imponente y, frente a esta, se hallaba un lago rodeado por un grupo de montañas más pequeñas.

El aire estaba cargado con la amenaza de lluvia, pero Georgianna, deseosa de estirar las piernas, se colocó una gruesa capa de lana y paseó hasta la orilla, seguida de cerca por Kate. Desde la distancia, el agua tranquila había parecido una lámina opaca de color gris, como si le hubieran puesto una tapa de peltre, pero al acercarse a la orilla, descubrió que el agua era clara y pura. Bajo la superficie vidriosa se extendía un mosaico de guijarros de diferentes tonalidades. Un repentino soplo de viento hizo que olas pequeñas se deslizaran por el agua, oscureciéndolos. Al levantar los ojos, Georgianna vio que unas nubes oscuras cubrían las cimas de las colinas de la orilla opuesta y que una densa niebla se deslizaba por el lago hacia ella.

—Es realmente espeluznante, milady —dijo Kate, temblando—. La naturaleza está perfecta, pero yo diría que aquí hay demasiada y no parece agradable.

Georgianna sonrió.

—La naturaleza no es la intrusa, sino nosotras. Si hay que atribuirle cualidades humanas, supongo que el panorama tiene hoy un aire melancólico y ligeramente amenazador, pero es sólo el clima. En un día soleado, creo que encontrarías muy poco que objetar.

—Bueno, no está soleado, señorita. Y si no estoy muy equivocada, esas nubes negras están a punto de soltar su carga.

Incluso mientras hablaba, una fuerte ráfaga de viento apartó la capucha de la capa de Georgianna, pequeñas olas blancas y espumosas empezaron a correr por el lago, y algunas gotas de lluvia comenzaron a caer. La mente de Georgianna fue invadida con la idea de que el clima inhóspito podía ser un presagio de lo que estaba por suceder, pero la silenció sin contemplaciones. La reacción de su tía a su llegada dependería únicamente de su carácter, no de los cambios de los elementos.

El cielo se había despejado por la mañana. Mientras se dirigían hacia las colinas al final del valle, Georgianna miró hacia el lago y vio que reflejaba los árboles y las montañas que lo rodeaban con toda la eficacia de un espejo pulido. A medida que avanzaban, los signos de civilización disminuían y sólo alguna cabaña de pastores evidenciaba la incursión del hombre en este antiguo paisaje. El camino ascendió abruptamente durante algún tiempo, y los ojos de Georgianna se abrieron de par en par con asombro cuando llegaron a la cima y vio la belleza salvaje frente a ella. Ahora estaban rodeados de montañas a ambos lados y un río blanco y agitado atravesaba el profundo y ensombrecido valle bajo ellos. Ni un solo árbol o arbusto suavizaba el árido paisaje, sólo grandes trozos de roca, algunos casi tan grandes como el carruaje, cubrían el suelo a ambos lados del estrecho y serpenteante camino. Cuando se acercaron al fondo del desfiladero, el río rugió y silbó alrededor de las rocas como si se enfadara por su presencia.

—Es como si hubiéramos llegado al fin del mundo —dijo Kate—. Este lugar me resulta insólito.

Georgianna no discrepó, pero tras otra empinada subida, iniciaron el descenso hacia el valle de Buttermere y el panorama se suavizó. Aunque el valle seguía rodeado de montañas, era lo suficientemente amplio como para estar inundado de sol. Dos lagos, separados por una fértil franja de tierra, brillaban bajo el sol. Un grupo de casas se interponía entre ellos. Al llegar al

fondo del valle, llegaron a una granja y Jack se detuvo para pedir indicaciones.

Avanzaron por el camino que bordeaba el agua y giraron por un sendero irregular que apenas era lo bastante ancho para permitir el paso del carruaje. Siguieron por él a través de un pequeño bosque durante unos cuatrocientos metros y luego redujeron la velocidad al pasar entre dos pilares de piedra con sólo unos centímetros de sobra. Un cartel bastante desgastado mostraba el apropiado, aunque poco original, nombre de Cabaña del Lago.

Se detuvieron en un camino circular de grava. A su izquierda había un gran granero y a su derecha una larga casa encalada de dos plantas. Georgianna se sorprendió; había esperado encontrar una vivienda más modesta.

Al acercarse a la casa, la puerta se abrió. Una mujer bajita con gafas la miró con ojos entornados.

—Veo que has pasado de ser un torpe revoltijo de extremidades a una hermosa jovencita, Georgianna.

—Gracias, lady Colyford —dijo, con una pequeña sonrisa bordeando sus labios—. Puede que ya no sea un revoltijo de extremidades, pero sigo siendo torpe, se lo aseguro.

Su tía enarcó una ceja finamente delineada.

—¿En qué sentido eres torpe?

—No se me dan bien las conversaciones triviales, ni tengo el don de resultar agradable a los demás —dijo Georgianna con sinceridad.

—No es de extrañar. Tanto el arte de la conversación como los modales agradables no se heredan como la estatura o el color de los ojos, Georgianna, son habilidades que hay que aprender y practicar. Dime, ¿también eres orgullosa como tu padre y engreída como tu madre?

Georgianna no se inmutó, pero consideró la pregunta con detenimiento, sintiendo que su acogida aquí podía depender de su respuesta.

—No creo que yo sea engreída, lady Colyford, pero a veces he pecado de orgullosa. Sin embargo, estoy intentando corregir ese defecto, ya que me he dado cuenta de que no es el nacimiento de una persona, sino sus logros, lo que provoca semejante sentimiento.

Lady Colyford asintió.

—Muy cierto. Será mejor que entres, pero puedes dejar tu orgullo en la puerta; somos una casa humilde. También puedes dirigirte a mí como tía Hester.

Georgianna siguió a lady Colyford hasta un largo y estrecho vestíbulo. Una criada estaba puliendo las barandillas de la escalera hasta dejarlas relucientes.

—Sally, lleva a la criada de mi visita a la cocina y pídele a la cocinera que prepare un vaso de sidra para su cochero.

La criada hizo una torpe reverencia.

—Sí, señora.

Lady Colyford bajó la mirada hacia su cesta y la dejó sobre la mesita al pie de la escalera.

—Llévate esta cesta de huevos. La cocinera estará encantada; la puesta de las gallinas están siendo muy buena en este momento. Ah, y lleva una bandeja de té al salón.

Entró en una gran sala cuadrada bañada por el sol. Tenía una hermosa vista del lago, las montañas del otro extremo parecían caer directamente al agua. Rocas lisas rozaban el cielo en su cima, pero las laderas más bajas estaban cubiertas de densos bosques, interrumpidos ocasionalmente por espumosas cascadas que caían por las grietas de la roca.

—Hermoso —murmuró Georgianna—. Ni la casa ni el lugar son lo que esperaba, tía Hester. Esperaba que ambos fueran mucho más humildes cuando mamá me dijo que vivías en un lugar remoto, en una casita de campo.

—¿Esperabas encontrarme viviendo en un cuchitril? —dijo, con un brillo divertido en los ojos—. Mis circunstancias no son tan apremiantes. Tengo una cocinera, una criada que vive en casa aparte de la mía y dos chicas del pueblo que desempeñan todas las tareas domésticas. Un lugareño ayuda con los jardines, pero casi todo lo hacemos nosotros. Supongo que estás de viaje por Lakes y has aparecido aquí para satisfacer tu curiosidad. No me sorprende que tu madre no te haya acompañado; no congeniamos. ¿Dónde te alojas?

Georgianna sacó una carta de su reticule.

—Será mejor que leas esto.

Lady Colyford la cogió y se sentó, pero antes de que pudiera abrir la misiva, fue interrumpida por la dama que había saludado primero a Georgianna, con una sombrilla que colgaba alegremente de su mano, una capota de paja sobre sus mechones grises y un chal alrededor de sus delgados codos.

—Aquí estás, Lydia. ¡Gracias a Dios! Pensé que te habías ido cuando no vi señales de tu carruaje. Me pareció bastante extraño, porque estoy segura de que no te he hecho esperar más que unos minutos.

Lady Colyford puso los ojos en blanco.

—No es Lydia, señorita Ravenchurch, sino mi sobrina, lady Georgianna Voss. Usted ya no está en la ciudad, sino en Lakes, ¿recuerda?

De pronto, la mujer pareció muy decepcionada.

—Oh, sí, por supuesto, lo había olvidado. Qué tonta soy.

Se dio la vuelta y salió de la habitación con pasos lentos, arrastrando tras de sí el chal que se había deslizado de uno de sus hombros.

—La señorita Ravenchurch es una pariente lejana nuestra y mi acompañante. Se confunde fácilmente y parece vivir en el pasado cada vez con más frecuencia.

—¿Quién es Lydia? —preguntó Georgianna.

—No tengo ni idea —dijo Lady Colyford—. Probablemente alguna amiga de su juventud. Creo que pasó una temporada en la ciudad cuando era niña, y es a esa época a la que vuelve con más frecuencia.

Georgianna observó a su tía con ansiedad mientras leía la carta, resistiendo el impulso de inquietarse. Parecía que no era una misiva muy larga, pues lady Colyford no tardó en llegar al final. Soltó una carcajada un tanto amarga, la dobló y se quedó mirando a lo lejos, como sumida en sus pensamientos.

—¿Tía? —dijo al cabo de un momento, ansiosa por conocer su destino.

Lady Colyford le dirigió una mirada escrutadora.

—Intento leer entre líneas, pero no es fácil. Tu madre nunca fue de las que malgastan las palabras.

—Tal vez si la leo, pueda ayudarte —sugirió Georgianna en voz baja.

La criada se apresuró a entrar en la habitación y dejó la bandeja sobre la mesa, junto a lady Colyford, con las tazas traqueteando en sus platillos y un poco de leche cayendo sobre la bandeja. La madre de Georgianna la habría regañado por su descuido, pero su tía no parecía preocupada.

—Gracias, Sally —dijo, entregándole la carta a Georgianna—. Por favor, prepara el dormitorio contiguo al mío para lady Georgianna. Y otro para su criada en el desván.

Georgianna sonrió agradecida y miró la clara letra de su madre.

Querida Hester,

Hace tiempo que quería escribirte, pero últimamente he estado muy distraída; Rupert ha

estado muy enfermo con una tos ferina. En un momento, su fiebre subió tanto que temí que no sobreviviera. Afortunadamente, Georgianna no corrió ningún peligro, ya que la enviamos al seminario para señoritas de la señorita Wolfraston para que completara su educación. También ha disfrutado de una estancia de unas semanas con su amiga, la señorita Montagu.

Mis problemas me han hecho pensar en los tuyos. Estoy segura de que no puede ser cómodo estar tan lejos de tu familia y amigos. Aunque acaba de volver conmigo, te he enviado a Georgianna de visita con la esperanza de que pueda ofrecerte algo de compañía. Por supuesto, he enviado con ella suficiente dinero para cubrir su sustento; está en posesión de Jack el cochero. Como es poco probable que puedas alojarlo a él o a la criada que he enviado con ella, volverán a Avondale.

No dudes en poner a Georgianna a trabajar en lo que te sea útil.

Con cariño,

Tu hermana Serena

Georgianna enrojeció de vergüenza.

—No te preocupes, Georgianna; no te pediré nada que yo misma no haría, ni enviaré de vuelta a tu criada o a Jack —le aseguró lady Colyford—. Aparte de que es ridículo esperar que un hombre de su edad intente el viaje de regreso tan pronto, él será muy útil. No puedo justificar el gasto de mantener un carruaje, ya que rara vez salimos del pueblo.

—Lo siento, tía Hester —dijo Georgianna con cierta mortificación—. No sé cómo mamá puede escribir semejantes cosas cuando gracias a ella estás tan lejos de tu familia.

Lady Colyford pareció un poco sobresaltada.

—¿Qué te ha dicho?

—Sólo que tú deseabas vivir con nosotros, pero ella no lo aceptó. Dijo que te habías casado de forma imprudente y que debías vivir con las consecuencias.

Georgianna no se habría sorprendido si su tía hubiera parecido un poco enfadada por esta afirmación tan brusca, pero fue alivio y no enfado lo que iluminó brevemente sus ojos.

—Ya veo. Al menos en eso ella dice la verdad. Sin embargo, yo no deseaba quedarme en Avondale para siempre, sino sólo durante unos seis meses mientras me reorganizaba y pensaba adónde quería ir después. No podía quedarme en la casa de la viuda en Colyford; había que venderla para pagar las deudas de mi marido. Todavía tenía algo de dinero, pero no quería malgastarlo alquilando habitaciones, así que fui a Avondale. Nada me habría convencido de quedarme allí permanentemente; mi hermano es un tonto pomposo y tu madre... bueno, no importa. Afortunadamente, recibí una carta de mi amiga lady Brigham, que me trajo aquí. Le tengo cariño a Lakes, y su marido, el marqués de Brigham, accedió a alquilarme esta casa por una suma muy razonable. La señorita Felsham y yo compartimos los gastos.

—¿La señorita Felsham?

—Sí. Soy mucho más afortunada en cuanto a mis amigos que a mi familia. La señorita Felsham era mi vecina en Colyford. Ha sido una fuente constante de apoyo para mí durante muchos años. Cuidaba la casa de su padre, el vizconde Turridge, pero cuando él murió, no mucho después de que yo me mudara aquí, ella vino de visita. Se enamoró de Buttermere y nunca se fue. Es un arreglo que nos conviene a ambas.

—Así que, después de todo, no necesitas compañía —dijo Georgianna, un poco triste.

—Tal vez no, pero creo que tú sí. ¿Qué diablos has hecho para que tu madre te envíe conmigo? Creo que debes haberla disgustado mucho.

—Sí —dijo Georgianna con voz monótona—. Mi primera transgresión fue haber nacido niña, la última es haber frustrado sus planes de casarme con un caballero por el que yo no sentía

ningún aprecio.

Lady Colyford frunció el ceño al ver brillar en los ojos de su sobrina una frialdad glacial que le recordó a su madre.

—Que Serena se moleste por la segunda falta, es quizás comprensible, aunque no veo por qué tiene tanta prisa por verte casada, pero difícilmente puede culparte por ser mujer.

—Te aseguro que lo hace —dijo Georgianna—. Mi madre me odia por ello y desea librarse de mí en cuanto pueda.

El hielo de esos ojos azules, grandes y profundos, se derritió repentinamente y se llenaron de lágrimas. Georgianna se limpió apresuradamente una o dos que se le escaparon y cayeron sobre sus mejillas cenicientas.

—Debes estar equivocada, hija mía —dijo lady Colyford con suavidad—. Estás cansada después de tu viaje y quizás te has tomado demasiado a pecho algunas duras palabras.

Para sorpresa y horror de Georgianna, sus lágrimas cayeron tan rápido como las aguas de las cascadas que había admirado recientemente.

—No estoy equivocada —logró decir—. Yo lo sospechaba desde hace tiempo y ahora por fin lo ha admitido.

Cegada por las lágrimas, Georgianna no vio la mirada de profundo asombro que mantuvo momentáneamente inmóvil a su tía. Oyó un susurro de faldas y se puso rígida cuando dos largos y delgados brazos la rodearon.

—Ven, llora y luego me lo cuentas todo.

Su tono cálido y comprensivo derritió la reticencia de Georgianna. Dejó caer la cabeza sobre el hombro de lady Colyford y se entregó a unos sollozos desgarradores, bastante alarmantes, que hablaban de años de infelicidad y soledad con más elocuencia de lo que hubieran podido hacerlo las palabras.

CAPÍTULO 5



Tres días después de la llegada de Georgianna, Alexander atravesó el desfiladero que tanto la había impresionado por su belleza salvaje. Él no estaba tan asombrado por el paisaje como ella, pero había pasado años luchando en terrenos montañosos, algunos de ellos mucho menos acogedores que los de Cumberland. Su caballo, un robusto semental de casi dos metros, tenía tanta experiencia como él y superaba sin problemas las abruptas cuestas.

Al llegar al lago, Alexander desmontó y lo condujo hasta una pequeña playa pedregosa. Su mirada recorrió las aguas tranquilas y suaves. Reconocía que era una escena pintoresca y tranquila, pero las apariencias solían engañar. Aunque el lago tenía una circunferencia razonable, su experiencia con los lagos de montaña le decía que probablemente su centro sería muy frío y profundo.

Se agachó, cogió un guijarro y, con un movimiento de muñeca, lo hizo saltar por la superficie. Observó cómo se extendían las ondas con cada salto, y frunció el ceño cuando su mente fue invadida por la imagen de su hermano agitándose en el agua. Se arrodilló y sumergió las manos en el líquido fresco y transparente, recogió una gran cantidad y se humedeció la cara. Su mente le estaba jugando una mala pasada; según todos los testigos, James se había zambullido en el agua y no había vuelto a salir. Habían encontrado su cadáver unos días después. Deslizó los dedos por el agua un momento y murmuró en voz baja:

—Descansa en paz, James.

Cabalgó hasta el pueblo situado en el otro extremo del lago y encontró una pequeña posada junto a un arroyo de corriente rápida. Entró en un oscuro bar, agradecido de no estar bajo el sol abrasador. Aunque la posada era modesta, estaba limpia y funcionaba bien. Le sorprendió ver que algunas mesas estaban ocupadas por caballeros elegantemente vestidos. No había esperado encontrar este remoto lugar frecuentado por visitantes. Un rápido vistazo a la habitación le aseguró que todos eran forasteros. Había esperado quedarse en la posada, pero se llevó una decepción.

El posadero sacudió la cabeza y suspiró.

—Lo siento, señor, pero no hay nada disponible. Desde que John Hatfield, ese pícaro sinvergüenza y embustero, se casó con Mary, nuestra belleza local, haciéndose pasar por el coronel Hope, hermano de un conde; deben haber pasado doce años desde entonces, recibimos hordas de visitantes deseosos de ver dónde ocurrió todo. Fue ahorcado por su fraude; no importa que ya tuviera esposa y dos hijos.

—Pobre Mary —dijo Alexander con una pequeña sonrisa.

—Sí, fue una mala acción. Pero a buen fin, no hay mal principio, y ahora está debidamente casada y vive en Caldbeck. En cualquier caso, sólo tenemos dos habitaciones, y entre los

interesados en la historia de Mary y los que vienen a pescar; porque el lado de montaña está lleno de truchas y salvelinos de la mejor calidad que se pueda encontrar, siempre estamos llenos en verano.

—¿Hay algún otro lugar en los alrededores que pueda tener una habitación?

—Bueno, podría intentar en Lorton, al otro extremo de Crummock.

Alexander frunció el ceño.

—Esperaba quedarme en Buttermere.

—Lo único que puedo sugerirle es que vuelva por los caminos del lago de montaña y pregunte en la granja. Se sabe que acogen a algún que otro visitante.

Alexander aceptó esto de buen grado, disfrutó de una rápida una jarra de ale y fue a buscar su caballo. Necesitando estirar las piernas, guio al semental por el camino. Si los miembros de la alta burguesía visitaban Buttermere con frecuencia, quizá era mejor que la posada estuviera llena. Una humilde granja le serviría igual de bien y le proporcionaría mucho más anonimato. Se detuvo al llegar a un sendero que conducía hacia el lago y se beneficiaba de la sombra de un pequeño robledal. Había supuesto que el posadero se había referido a la granja por la que había pasado en la parte alta del lago, pero tal vez existía otra.

La sombra lo tentó a adentrarse. Pronto llegó a la casa, y si bien era un poco más grande y elegante de lo que había esperado encontrar, el granero lo animó a creer que sus instintos no se habían equivocado. Condujo su caballo hacia el edificio; no tenía sentido molestar a nadie hasta que se hubiera asegurado de que podía albergar adecuadamente a su montura. Lo que vio allí lo hizo reflexionar. Ya había dos caballos estabulados y un anticuado carruaje que no podía imaginar como propiedad de ningún granjero local. Una serie de escalones apoyados en una pared conducían a otra planta, donde supuso que se alojaban los mozos de cuadra. Mientras pensaba en ello, los escalones crujieron bajo el peso de las pisadas de un hombre.

Sus cejas se alzaron cuando el hombre se volvió hacia él.

—Jack, ¿verdad? ¿El cochero de lady Georgianna?

—Tiene buena memoria, señor. Tiene un buen caballo.

Alexander le dio una palmadita a su montura.

—No hay otro mejor.

—¿Ha venido a visitar a milady?

Alexander bajó la mirada hacia su polvoriento abrigo.

—No —dijo con ironía—. No tenía ni idea de que ella se alojaba aquí.

Un leve cosquilleo comenzó en la base de su cuello, y el instinto lo hizo mirar por encima de su hombro. Dos damas estaban de pie frente a la casa, con los brazos entrelazados. Le pareció evidente el parentesco entre ellas; no sólo eran inusualmente altas, sino que compartían una delicada estructura ósea con pómulos altos, narices perfectamente rectas y una barbilla estrecha. Ofrecían una imagen sorprendente: una con el pelo del blanco más puro, la otra con mechones negros como el ala de un cuervo; una con la piel tan morena como una bellota, la otra muy alabastrina; una con los ojos del aguamarina más claro, la otra de un azul zafiro profundo.

—¡Señor Knight! —dijo lady Georgianna—. ¿Cómo sabía que estaba aquí?

—No lo sabía. No pudieron alojarme en la posada y me sugirieron que probara suerte en una granja. Pensé erróneamente que podría haber encontrado una aquí.

Alexander lamentó haberla avergonzado, pero pensó que el delicado matiz rosado en las mejillas de lady Georgianna le sentaba bien.

—No pretendía parecer engreída, señor. Es una extraña coincidencia que haya venido a la misma casa que estoy visitando.

—No creo que sea engreída —dijo él con dulzura—. Si hubiera encontrado una habitación en la posada y hubiera descubierto que usted también se alojaba en el pueblo, puede estar segura de que la habría visitado.

Georgianna se volvió hacia la mujer que estaba a su lado.

—Conocí al señor Knight en una posada de camino hacia aquí. Estuve en una posición bastante incómoda hasta que llegó él.

Alexander se encontró con una mirada atónita y se preguntó si no estaba más desaliñado de lo que pensaba. Allerdale se había referido a lady Colyford como directa, pero estaba muda, mirándolo como si hubiera visto un fantasma.

—¿Tía? —dijo lady Georgianna, estrujándole suavemente el brazo.

Lady Colyford se sobresaltó y esbozó una sonrisa trémula.

—¿En qué incómoda situación te encontrabas, niña?

—Me habían prometido la sala del café para mí sola, pero lord Allerdale insistió en cenar conmigo. No me sentía muy cómoda, pero entonces llegó el señor Knight.

Los ojos de lady Colyford se agudizaron.

—Le estoy muy agradecida, señor Knight. No me habría gustado que mi sobrina cenara sola con un extraño, y menos con Allerdale.

Alexander esbozó una sonrisa ladeada.

—Ella no corría peligro, señora. Entre Jack, el posadero, y su esposa, la señora Florry, estaba mucho mejor acompañada que muchas jóvenes en un baile.

—Me complace oírlo. ¿He oído que buscaba alojamiento, señor Knight?

—Sí, señora.

—No puedo permitirle dormir en la cabaña —dijo lady Colyford—. Somos una casa sólo para mujeres.

—No pensé ni por un momento...

—Sin embargo —interrumpió lady Colyford—, hay una habitación libre en el granero por si desea utilizarla.

—No quisiera imponer...

—No será una imposición, señor Knight. Aparte de cobrarle por su alojamiento y comida, ya que puede, por supuesto, acompañarnos en las comidas, esperaré de usted que lleve a cabo cualquier tarea que requiera un brazo más fuerte en comparación con el nuestro.

—Pero, tía —protestó lady Georgianna—, seguramente no puedes esperar que un caballero duerma en el granero con Jack —miró rápidamente a su cochero—. Sin ánimo de ofender, Jack.

—No me ofendo, señorita. Estoy de acuerdo con usted.

—Tampoco puedes esperar que el señor Knight realice tareas domésticas más propias de un criado.

—¿Por qué no? Todos en esta casa contribuyen a su mantenimiento.

—Acepto su ofrecimiento, lady Colyford —dijo Alexander, dedicándole una pequeña reverencia—. He sido soldado y he dormido en lugares mucho peores, se lo aseguro. Además, la apartada ubicación tan cerca del lago compensará con creces un simple alojamiento.

Lady Colyford echó un vistazo a sus abultadas alforjas.

—Entonces, está decidido. Cenaremos a las seis, señor Knight. Veo que no tiene ayuda de cámara, y como ha sido tan complaciente, puede enviar a la casa la ropa sucia que tenga.

—Es usted muy amable, lady Colyford —dijo Alexander.

Una sonrisa sardónica se dibujó en el rostro de la dama.

—Cuando usted haya cortado leña, reparado vallas y movido unas cuantas piedras muy

incómodas, por no decir enormes, de mi jardín, usted quizá cambie de opinión.

Él sonrió.

—Se necesitaría mucho más que eso para intimidarme.

Mientras las damas desaparecían en la casa, Jack sacudió la cabeza.

—Lady Colyford siempre ha sido excéntrica.

Alexander condujo su caballo a los establos.

—Mientras el lugar esté seco, estaré contento.

—Oh, está bastante seco —dijo Jack, cogiendo las riendas—. Déjeme su caballo, señor. Hay una escoba en el rincón de ahí; querrá barrer su habitación y deshacerse de las telarañas.

A Alexander le gustó bastante su habitación. Era grande, espaciosa y tenía una ventana que daba al lago. El único inconveniente era la cama; era bastante estrecha y sus pies seguramente colgarían por el extremo. No era algo insólito; su padre había tenido que encargar camas especiales hechas a medida tanto para él como para su hijo.

Se presentó en la casa puntualmente a las seis, llevando con ropa limpia, bombachos beige y un abrigo azul oscuro. Se sorprendió un poco cuando lady Georgianna abrió la puerta.

—Buenas tardes, señorita —dijo, haciendo una reverencia—. ¿Ha asumido usted el papel de ama de llaves en esta inusual casa?

Ella dio un paso atrás para permitirle la entrada.

—No estoy cualificada para ello —dijo con frialdad—. Lady Colyford organiza la casa, pero todos ayudamos en lo que hace falta.

Cuando ella cerró la puerta, él se dio cuenta de que un largo y rizado mechón de pelo se había escapado de su sitio, y ahora serpenteaba a lo largo de su esbelto cuello y se alojaba en el hueco entre sus omóplatos. Sintió el impulso de alargar la mano, enroscarlo en su dedo y descubrir si era tan suave y sedoso como parecía.

Alexander llenó el estrecho pasillo y, mientras lady Georgianna se daba la vuelta, tropezó contra él. Dos ojos grandes y asustados volaron hacia los suyos, y él la alcanzó y estabilizó. Incluso al comprobar la piel cálida y suave bajo sus palmas, sintió que ella se estremecía, como si el contacto le resultara desagradable. Le soltó inmediatamente los brazos y retrocedió a toda prisa. Su talón chocó con el último peldaño de la escalera, su rodilla se dobló y su peso lo hizo caer hacia atrás. Agradeció que las escaleras estuvieran alfombradas, pero aun así se estremeció cuando su espalda entró en contacto con los duros bordes.

—Que torpe soy —dijo con una sonrisa triste, poniéndose en pie.

Lady Georgianna bajó los ojos al suelo y, por segunda vez en su corto tiempo de haberse conocido, un delicado rubor se apoderó de sus mejillas.

—No creo que la casa se diseñara pensando en alguien de su tamaño, señor. Venga por aquí, por favor.

Él la siguió hasta el salón.

—Buenas tardes, señor Knight —dijo lady Colyford—. Permítame presentarle a la señorita Felsham y a la señorita Ravenchurch.

Se inclinó cortésmente ante las dos damas que se habían levantado al verlo entrar.

—Es un placer conocerlos.

La señorita Felsham se limitó a sonreír y asentir, pero la señorita Ravenchurch soltó un discurso incoherente e intenso.

—¿Cómo está usted, señor? Espléndido tener compañía, ¿sabe? Porque no recibimos muchas visitas. Vaya, qué grande es usted, si fuera más alto su cabeza casi rozaría el techo. Noté que tuvo que agacharse al entrar por la puerta; debe ser un triste inconveniente para usted.

—En absoluto, señorita Ravenchurch. Uno se acostumbra.

—Me alegra oírlo, señor, porque sería muy malo que usted no lo hiciera; estar permanentemente golpeándose la cabeza sería muy perjudicial para la salud. Una vez conocí a un hombre...

—¿Cenamos? —dijo lady Colyford.

Alexander le ofreció el brazo.

—Espero que me perdone por venir en botas, señora. No esperaba tener compañía en este viaje.

—No se preocupe —dijo ella, aceptando su brazo—. Aquí somos muy informales.

Ella misma demostró la veracidad de sus palabras a los pocos minutos, cuando sirvió la sopa y repartió los cuencos por la mesa.

Alexander no se había dado cuenta de lo hambriento que estaba hasta que dio el primer sorbo al caldo. Tuvo que vencer el impulso de devorarlo, y fue ayudado por las frecuentes y disimuladas miradas de lady Colyford en su dirección. Cuando él terminó, ella le preguntó:

—¿Qué lo ha atraído a Lakes, señor Knight?

—He oído que aquí se puede disfrutar de buenos paseos, señora.

—Entonces no se decepcionará, aunque sería prudente llevar un guía. El clima puede cambiar con mucha rapidez en estas zonas, y las colinas se cubren de niebla antes de que uno se dé cuenta. El año pasado tuvimos un caso así. Afortunadamente, el caballero fue descubierto por un pastor y regresó sano y salvo.

—Lo tendré en cuenta, lady Colyford.

Después de la sopa, hubo un poco de trucha fresca.

—Delicioso —dijo Alexander—. Supongo que es del lago.

—Por supuesto —confirmó lady Colyford—. Si alguien pesca más de lo que necesita, suele traernos el resto de sus capturas. Por lo general, aquí tenemos todo lo que necesitamos; cultivamos la mayoría de nuestras verduras y criamos unos cuantos cerdos y gallinas, y en estas colinas abundan las ovejas, así que la carne de carnero nunca escasea. También hay un lugareño, el señor Peeks, que reparte el correo en Cockermouth, además de recoger cualquier paquete destinado a Buttermere y Lorton, y se encarga de hacer las compras que necesitamos.

—Entonces, parece que no os falta de nada. He visto un bote de remos escondido en la parte trasera del granero y una caña de pescar. Estaré encantado de capturar algunos peces.

—Es muy amable de su parte —dijo la señorita Felsham.

Él volvió la mirada hacia su rostro familiar.

—En absoluto. Lo disfrutaré.

—Oh —jadeó la señorita Ravenchurch—, tenga cuidado. Hubo un pobre caballero que se ahogó en el lago el año pasado.

Alexander bebió un lento sorbo de vino.

—¿Es muy peligroso?

—No suele serlo en los meses de verano si se queda cerca de la orilla —dijo lady Colyford—. Pero el agua más adentro debe de estar muy fría en invierno.

Le habría gustado preguntar más, pero no encontró ninguna excusa razonable para hacerlo. No se sentía del todo cómodo con su engaño y, por un momento, consideró si debía confiar en ellas. Desechó la idea casi de inmediato; dudaba de que pudiera confiar en la señorita Ravenchurch para guardar su secreto y, si iba a descubrir la verdad de las afirmaciones de Molly Tweddle, él debía permanecer en el anonimato. Además, se percató de que estaba disfrutando de la agradable falta de deferencia con la que lo trataban. El respeto que sus hombres le profesaban

se lo había ganado con mucho esfuerzo y merecimiento, y aún no se había acostumbrado a la atención más bien adulatora que le otorgaba su nueva posición. No podía moverse en Rushwick sin que un lacayo se apresurara a abrirle la puerta y, en las pocas ocasiones en que había acompañado a su padre a una cena ofrecida por una de las familias locales, todos se habían mostrado excesivamente deseosos de complacerlo.

—Me temo que no podemos encargarnos de entretenerlo por la noche —dijo lady Colyford—. Generalmente leemos o cosemos después de cenar.

—No se me ocurriría interrumpir su rutina —dijo Alexander con cierto alivio. No le agradaba la idea de tener que responder a preguntas sobre su historia ni de tener que escuchar las divagaciones de la señorita Ravenchurch. Cuando las damas se retiraron, él se despidió.

—Puede irse —dijo lady Colyford—. Y no se moleste en tocar el timbre cuando venga a desayunar o a cenar; la puerta siempre está abierta hasta que nos retiramos por la noche. Le pediré a la cocinera que le prepare algo para tus paseos.

—Gracias, señora. Pero, por favor, no me espere en el desayuno, me gusta salir temprano.



—Debo decir que estoy muy impresionada con el señor Knight —dijo la señorita Ravenchurch, mientras se acomodaban en el salón—. Tiene unos modales encantadores, y parecía muy complacido con nuestra sencilla cena.

—¿Y por qué no iba a estar complacido, Agnes? —dijo suavemente la señorita Felsham—. No hay duda de que es un caballero, pero sospecho que es de recursos modestos.

—Puede que tengas razón, Leticia —coincidió la señorita Ravenchurch—, pero hay algo en él que denota buena crianza. A menudo he observado que eso no siempre está presente en personas de rango muy superior. Recuerdo cuando debuté...

Georgianna ignoró la suave cháchara de la señorita Ravenchurch. Se sentó un poco apartada en el asiento de la ventana para poder aprovechar la luz menguante del exterior mientras decoraba el dobladillo de un pequeño vestido. Era para un bebé que había dado a luz recientemente una chica de la localidad fuera del matrimonio. Georgianna se había enterado de su difícil situación cuando el vicario, el señor Simpson, las había visitado al día siguiente de su llegada para informar a lady Colyford de que había descubierto la identidad del padre del niño.

—¿Y puede ser persuadido para que se case con ella? —había preguntado.

—Me temo que eso es imposible. Él es de alta cuna. Sin embargo, he escrito a su familia con la esperanza de que la chica pueda recibir alguna ayuda para el niño. La parroquia no puede permitirse mantenerlos.

La señorita Ravenchurch se había sentido muy afectada por la noticia.

—Muy bien hecho por su parte, señor —había dicho en tono de admiración—. Esa pobre chica está arruinada. Es culpa suya, por supuesto, pero aun así, uno no puede evitar sentir lástima por ella y por su pobre hijo. Y no me parece justo que ella cargue con todas las consecuencias de su estupidez cuando el caballero en cuestión tiene exactamente la misma culpa.

Cuando lady Colyford le había preguntado con naturalidad por la identidad de ese caballero, él le había dedicado una sonrisa un tanto condescendiente y le había dicho:

—Estoy seguro de que usted comprenderá si le digo que, por el momento, no puedo darle su nombre. Si la familia pretende ayudar, es posible que ponga ciertas condiciones, entre ellas el anonimato.

—Entonces, ¿supongo que son una familia importante?

El vicario había sacudido un dedo y dicho en tono indulgente:

—No me confundirá tan fácilmente, milady. Admito que es una familia muy distinguida, pero usted no debe presionarme más.

—Dudo que haya necesidad de que yo lo haga —había dicho secamente lady Colyford—. Es muy difícil guardar un secreto en una comunidad tan pequeña.

Georgianna dio la última puntada a la prenda. Esperaba que el padre cumpliera con sus obligaciones para con la señorita Tweddle; en su opinión, un hombre cosmopolita, educado y entregado a su propio placer tenía mucha más culpa que una joven pueblerina e ignorante, quien probablemente había tenido visiones de un futuro mucho más prometedor para sí misma.

—Está terminado —dijo, sosteniendo la prenda frente a ella.

La señorita Felsham sonrió.

—Es precioso. Tus puntadas son muy prolijas.

—Visitaremos a los Tweddle mañana, Georgianna —dijo lady Colyford—. Estoy segura de que estarán encantados con tu regalo.

Había anochecido, y Georgianna se levantó y cerró las cortinas.

—Creo que me retiraré.

La señorita Ravenchurch había estado roncando suavemente, pero sus ojos se abrieron repentinamente.

—Estaba pensando lo mismo —dijo, poniéndose en pie—. Todas estas fiestas me están agotando. Me pregunto quién nos visitará mañana.

Georgianna sonrió y la cogió del brazo.

—¿A quién le gustaría visitar, señorita Ravenchurch?

Se rio como una niña.

—Oh, Lydia, deja de burlarte de mí. Sabes que es al señor Antsy a quien deseo ver por encima de todos los demás.

—¡Agnes! Estás soñando otra vez. No es Lydia sino lady Georgianna. Debes hacer un esfuerzo para superar este hábito de escapar al pasado o un día te encontrarás atrapada allí.

La brusquedad de la voz de lady Colyford devolvió a la señorita Ravenchurch al presente.

—Por supuesto —dijo, un poco nerviosa—. Solo estaba teniendo un sueño muy agradable y creo que no me había despertado del todo.

Lady Colyford dirigió a Georgianna una mirada un tanto severa.

—Y no debes animarla, Georgianna.

Georgianna se sonrojó.

—Muy bien, tía.

La señorita Felsham le sonrió amablemente y le tendió el libro que había estado leyendo.

—No sé si ha leído esta novela, lady Georgianna. Es muy buena.

Georgianna cogió el libro y le dio las gracias.

—Siento que la hayan regañado —dijo la señorita Ravenchurch en voz baja mientras subían las escaleras—. No es mi intención hacerlo, pero comienzo a soñar despierta y entonces creo que lo que veo es real por unos momentos.

—¿Quién era el señor Antsy? —preguntó Georgianna.

La señorita Ravenchurch suspiró.

—Era un auténtico caballero. Yo no solía atraer la atención de muchos caballeros durante mi temporada. Era la hija de un vicario, bastante ordinaria y sin fortuna. Nunca habría tenido una temporada si mi tía no me hubiera invitado. Por alguna razón, Lydia Horston se hizo amiga mía; era muy alta como usted, una belleza, y muy amable. Siempre estaba rodeada de caballeros que

la admiraban. La mayoría de ellos me prestaban poca atención, pero el señor Antsy me dedicaba con frecuencia esas pequeñas atenciones extra que siempre son bien recibidas.

—¿Como cuáles?

—Oh, siempre me ayudaba a subir al carruaje o a atravesar los terrenos accidentados, y siempre notaba si yo llevaba una capota nueva.

—Parece un caballero muy agradable —dijo Georgianna—. ¿Estaba enamorada de él?

—Oh, sí —dijo suavemente la señorita Ravenchurch—. Pero se casó con Lydia.

—Lo lamento.

La señorita Ravenchurch sonrió.

—No lo lamente. Nunca tuve verdaderas esperanzas de que él sintiera lo mismo, y me alegré mucho por Lydia. Recibió varias propuestas, algunas de caballeros de rango muy superior al del señor Antsy, pero ella siguió a su corazón y fue muy feliz en su elección.

—¿Y los padres de ella no se opusieron?

—En absoluto. Su padre, sir Graham Horston, sólo deseaba su felicidad. El señor Antsy era pudiente y tenía una finca en algún lugar de Somerset. Ella me escribió durante algún tiempo, pero yo siempre estaba mudándome de un pariente a otro y terminamos por perder el contacto. He sido muy afortunada con mis parientes, lady Georgianna, y no debería quejarme, pero debo admitir que a veces me pregunto cuán diferente habría sido mi vida si me hubiera casado y tenido un hogar propio. Buenas noches, querida.

—Buenas noches, señorita Ravenchurch.

Georgianna se había acostumbrado a dormir con las cortinas abiertas, pues había descubierto que una luz suave y muy especial iluminaba el valle temprano por la mañana. Estaba tumbada en la cama mirando distraídamente cómo se desvanecían los últimos minutos del día, pero su mente estaba lejos de estar quieta.

Su madre había pensado castigarla enviándola con su tía, pero estaba contenta. Una combinación de cansancio y emociones reprimidas durante demasiado tiempo había provocado su indecoroso ataque de llanto a su llegada, pero de algún modo la había purificado. Había sido invadida por sentimientos de incompetencia, dolor y desconcierto que nunca antes había reconocido abiertamente, creando una sensación de calma a su paso.

Le gustaba la sencillez de su vida y la novedad de sentirse útil. Tanto si estaba ayudando en el jardín, zurciendo sábanas o cosiendo un vestido para una de las familias locales, como había hecho esta tarde, se sentía como un miembro aceptado y útil de esta casa.

Todos los logros que su madre se había asegurado de que adquiriera habían tenido un único fin: conseguir un marido. Así era el mundo, por supuesto, y Georgianna lo reconocía. Entonces, ¿por qué había sido tan terca al negarse a seguir los planes de su madre? Georgianna suspiró. Había temido ser tan fría como su madre, pero a diferencia de ella, la perspectiva de vivir la vida con un hombre que no le gustaba le había resultado repulsiva. Georgianna no deseaba seguir el ejemplo de sus padres; estaría sustituyendo una vida miserable por otra.

A excepción de las ocasiones en que se entretenían, sus padres llevaban vidas muy separadas. Se toleraban con fría cortesía. ¿Siempre había sido así? Los comentarios de su madre sobre las desagradables atenciones de su padre sugerían que sí. Georgianna ciertamente no deseaba un marido que la tratara sólo como a una criatura cuyo único propósito en la vida era engendrar.

Pero, ¿qué otras opciones tenía? Ahora conocía de primera mano a tres damas, aparte de su antigua institutriz, quienes no se encontraban en una situación tan afortunada como la suya. La acompañante de lady Brancaster, la señorita Bragg, había pasado su vida como la señorita Ravenchurch, yendo de un pariente a otro sin haber conocido nunca un hogar propio. La señorita

Hayes, su profesora favorita en el seminario de la señorita Wolfraston, era claramente una dama que había pasado por tiempos difíciles, ya que alguien con su gracia, elegancia y belleza no estaría enseñando en un seminario. Siempre había tenido buen humor y paciencia, pero Georgianna había percibido una inquietud en ella, y una vez la había sorprendido sentada en el jardín con los pensamientos muy alejados y una expresión de profunda tristeza en los ojos. ¿Ésa era la vida que deseaba para sí misma?

Una sonrisa irónica curvó sus labios mientras observaba cómo la luna se abría paso desde detrás de una nube; aunque esta visita no era el castigo que su madre había previsto, sí había logrado su objetivo. La próxima vez que se le presentara un posible pretendiente no juzgaría precipitadamente como había hecho con lord Wedmore —quien había resultado ser un mejor hombre de lo que ella había creído—, sino que se daría tiempo para conocerlo. Obviamente, las primeras impresiones no eran un indicador fiable del valor de una persona.

Hizo una mueca. ¿Quién era ella para juzgar a alguien por una primera impresión? Era posible que el orgullo y la reticencia con que se había comportado hasta entonces en sociedad atrajeran precisamente al tipo de hombre que deseaba evitar. Lord Cranbourne había tenido el ingenio de discutir con ella y a Georgianna le había agradado más por ello, pero él había preferido el carácter más abierto de Marianne. Su tía tenía razón; debía practicar el arte de ser más agradable tanto en sus modales como en su conversación.

Se mordió el labio. Sólo estaba el señor Knight. Cuando él había sujetado sus brazos para estabilizarla, ella había experimentado una sensación muy extraña. Era tan alta como la mayoría de los hombres, más que algunos, pero cuando había mirado esos extraños ojos dorados y sentido esas enormes manos rodeando sus delgados brazos, se había sentido femenina, incluso delicada. Se había sobresaltado y sorprendido por su proximidad y él la había soltado como si fuera un carbón caliente, había tropezado hacia atrás y caído sobre las escaleras. Su torpeza había provocado esa reacción, pero él no había mostrado ninguna. En lugar de eso, se había reído y culpado a su propia torpeza.

Después de todo, tal vez podría practicar con el señor Knight. Georgianna no tenía por qué preocuparse si sus intentos eran lamentables; él era totalmente inelegible. Sus padres nunca aceptarían su unión con un don nadie.

Contenta con este plan, cerró los ojos e intentó dormir. La noche era incómodamente cálida y, tras sacar primero los pies de debajo de las mantas y luego apartarlas por completo, Georgianna se levantó y se acercó a la ventana. La empujó hacia arriba, apoyó los brazos en el alféizar y contempló la tranquilidad del agua azul oscuro. Sus ojos siguieron el rastro dorado de la luna creciente hasta la orilla más allá de la casa. Se ensancharon cuando algo emergió súbitamente de la tranquila superficie. Un hombre estaba de pie con el agua hasta su cintura, y su silueta interrumpía ahora la trayectoria de la luna. Mientras él caminaba lentamente hacia la orilla, Georgianna jadeó y se alejó un paso de la ventana. Sus ojos no eran tan disciplinados; recorrieron los anchos hombros y descendieron por el torso bien definido hasta su estrecha cintura. Sólo cuando el agua alcanzó sus caderas, ella se apartó.

Se llevó la mano a la boca, ocultando una sonrisa secreta. Siempre había pensado que las representaciones de los dioses griegos que había visto eran idealizadas, exageradas. Quizá el señor Knight era un don nadie, ¡pero no se vería fuera de lugar al lado de ninguno de ellos!

Georgianna se metió en la cama y cogió el libro que le había prestado amablemente la señorita Felsham. *Sensatez y sentimiento; una novela en tres volúmenes escrita por una dama*. La biblioteca de su padre no contenía ninguna novela, y Georgianna pronto se quedó absorta en la historia. Sólo cuando su vela empezó a consumirse, marcó la página y la cerró, sintiendo una

punzada de culpabilidad por haber sido tan desconsiderada. No había tenido ni idea del costo de las velas, pero estaba segura de que su tía podía prescindir de cualquier gasto extra. La hermana menor de los Dashwood le recordaba a su propia Marianne en su impulsividad, franqueza y honestidad, pero no era tan amable y considerada con los demás. Esperaba que su amiga hubiera recibido la carta que le había escrito antes de marcharse de Avondale; le gustaría saber si era feliz.

CAPÍTULO 6



Alexander se levantó con la luz, se vistió y bajó las escaleras con la mayor delicadeza posible para un hombre de su tamaño. Su consideración resultó innecesaria; Jack ya estaba barriendo el suelo del granero.

Sin volver la cabeza, le dijo:

—Ha madrugado, señor. Hay una olla de café calentándose en el brasero, por si quiere una taza.

Alexander se rio.

—Estaba intentando no despertarte, Jack.

—Hay pocas probabilidades de eso —dijo el cochero, apoyando la barbilla en su escoba y sonriendo—. Cuando uno lleva tantos años de servicio como yo, levantarse temprano es tan natural como respirar. Aparte de eso, a medida que uno envejece se da cuenta de que no necesita dormir tanto como cuando era joven.

Junto al brasero había dos tazas de hojalata. Alexander sirvió el café, le entregó una a Jack y se sentó en una caja de madera volcada.

—Se nota que ha sido soldado, señor Knight. ¡Parece usted tan a gusto en este granero como una rata!

Alexander levantó rápidamente la mirada.

—Me han comparado con muchas cosas, Jack: un elefante, un gigante, un buey, pero nunca con una rata. Espero que no pretendas decir que soy un intruso inoportuno.

Jack le dedicó una mirada interminable y reflexiva.

—No estoy diciendo eso, señor. Me halago a mí mismo de ser un buen juez de carácter y no he visto nada hasta ahora que me haga sospechar que usted es un mal hombre. No sé qué está tramando, pero llevo toda la vida rodeado de alcurnia y diría que usted no es un don nadie.

Alexander miró su café por un momento y sus labios esbozaron una sonrisa irónica.

—¿Qué me ha delatado?

Jack asintió con aprobación.

—Si hubiera intentado embaucarme, habría reconsiderado mi opinión.

—Soy un veterano —dijo Alexander en voz baja—. Sé cuándo he sido pillado.

—Sí, sé que lo es, señor. La forma en que desempacó sus alforjas y organizó su habitación tan rápido como un parpadeo me lo dijo, sin importar la calidad de su caballo. Y si no ascendió por lo menos a capitán, ¡puede llamarme bobalicón!

—Comandante, Jack. Pero no pretendo decirte más que eso por el momento, y espero que te lo guardes para ti. Mis asuntos aquí no conciernen a ninguna de las damas de la Cabaña del Lago y no corren peligro por mi culpa.

—Estoy dispuesto a creerle. Sólo espero que sea la verdad, ya que tanto lady Colyford como lady Georgianna han tenido situaciones difíciles y no me gustaría ver a ninguna de las dos con más problemas.

Alexander pareció sorprendido.

—Que lady Colyford viva en un hogar tan apartado y extraño, puedo creerlo. Pero lady Georgianna apenas ha salido del aula.

—Eso no significa que ella no haya sufrido —dijo Jack, emotivo—. Lo mejor que hizo su madre por ella fue enviarla con su tía; siempre ha estado por encima del resto de la familia. Son un grupo frío; pues, usted muestra más afecto a su caballo que el que esa joven ha conocido, y eso se lo diría cualquier sirviente en Avondale.

—Lamento oírlo. No me extraña que sea un poco inusual.

Jack terminó el último sorbo de su café y se puso de pie.

—Puede ser inusual, pero es una buena chica a pesar de todo. No sé por qué le he contado estas cosas, señor Knight, pero hay algo en usted que me inspira confianza. No diré nada por el momento, pero si me da alguna razón para dudar de usted, no vacilaré en hacerlo. ¿Quiere que le ensille el caballo?

Alexander negó con la cabeza.

—No, hoy caminaré por las colinas.

El cochero señaló con la cabeza un paquete envuelto en muselina.

—La cocinera me lo dio para usted cuando fui a buscar el café.

Alexander lo cogió y lo metió en su pequeña alforja.

—Nos vemos luego, Jack.

—Lo hará si el buen Dios lo desea —dijo, recogiendo su escoba—. Y si realmente desea permanecer de incógnito, señor, le sugiero que se quite ese anillo del dedo. No puedo decir que yo lo reconozca, pero no hay duda de que lady Colyford lo hará.

Alexander levantó la mano y miró su anillo de oro. El heliotropo tenía un león tallado y sus iniciales grabadas debajo. Su padre había mandado diseñar su propio sello de rubí tras enemistarse con el abuelo de Alexander, pero había nombrado a su segundo hijo como él y le había regalado el anillo en sus dieciocho años. Lo consideraba un talismán de la suerte. No se lo quitó, sino que lo giró para que sólo la banda de oro mirara hacia delante.

Alexander no sabía muy bien cómo iba a proceder en su búsqueda para averiguar más cosas sobre los Tweddle, pero los viejos hábitos eran difíciles de perder, y su primer impulso fue conocer su ubicación. Comenzó a caminar por la orilla más alejada del lago y luego se dirigió hacia las colinas que se alzaban detrás de Buttermere.

Sus ojos escudriñaron automáticamente el terreno mientras su mente pensaba en lo que había averiguado de lady Georgianna. Había sido muy franca en su primer encuentro y, sin embargo, se había mostrado mucho más torpe y callada la última noche. Ya la había visto sonrojarse dos veces; la primera, cuando se había creído engreída, y la segunda, cuando se había tropezado con él. Empezaba a sospechar que no era tan segura de sí misma como había parecido al principio. ¿Cuál era la persona real: la chica lógica y de mentalidad literal, sin miedo a desafiar, o la chica que se avergonzaba con facilidad y rehuía como una potra nerviosa?

Desde luego, no se parecía a ninguna otra joven hermosa que él hubiera conocido. Tal vez no había pasado una temporada en Londres, pero no había vivido como un monje y había asistido a suficientes actos sociales en el extranjero como para entender a qué se refería su padre cuando hablaba de modales de sociedad. Lady Georgianna no parecía tenerlos; ni las trivialidades aburridas ni los falsos halagos brotaban de sus labios. Se encogió de hombros. Lady Georgianna

Voss no era asunto suyo y no debía dejarse distraer de su principal propósito al venir aquí.

Ascendió hasta que sólo estuvo rodeado de derrubios y rocas antes de sentarse en un peñasco junto a un arroyo de montaña y sacar el paquete de su alforja. Había una gruesa loncha de cerdo entre dos rebanadas de pan untadas generosamente con mantequilla. Lo comió rápidamente antes de beber de las claras y frías aguas del arroyo. Levantó la mirada cuando una serie de breves y agudos chillidos surcaron el aire. Un águila real volaba hacia los pastos de verano debajo de la colina.

—Tal vez tengas razón —murmuró, mientras unos dedos fríos hechos de niebla se deslizaban desde la cima.

Siguió la corriente y no tardó en oír el sordo tintineo de los cencerros de las ovejas. La áspera hierba suavizaba ahora la tierra bajo sus pies, y no tardó en divisar a los robustos animales bajo él, dispersos a ambos lados del arroyo. No eran de la especie que había visto antes; sus caras y patas eran blancas, pero sus vellones variaban del marrón oscuro al gris, y los machos ostentaban unos impresionantes cuernos en espiral. A cierta distancia del arroyo había una burda cabaña cobijada bajo un saliente rocoso. El pastor, que estaba sentado en un banco fumando una pipa, se puso en pie cuando Alexander se acercó.

—Yo que usted bajaría al valle. El clima está cambiando; pronto no podrá ver su mano frente a su cara.

Alexander asintió.

—Ya me lo imaginaba. ¿Usted bajará?

Una serie de profundas marcas se extendieron por la frente del hombre mientras fruncía el ceño.

—No, pregúntele a cualquiera y le dirá que John Tweddle se sienta aquí arriba sin importar el clima que haya. Saco a las ovejas justo antes del anochecer, ceno un poco y me acuesto. Me levanto con el amanecer y las traigo aquí arriba a pastar. La rutina es la misma todos los días, en verano.

—Lo felicito por tu dedicación al deber —dijo Alexander, mientras su mente buscaba una forma de convertir este encuentro fortuito en una ventaja para él.

—Sí, conozco bien mi deber. Nadie me quitará mis tierras de pastoreo ni el agua bajo mi vigilancia.

—¿Hay peligro de que ocurra algo así? —preguntó Alexander, sorprendido.

—Ya ocurrió en tiempos de mi abuelo —señaló el arroyo con la cabeza—. Jacob Mossop bloqueó el arroyo y lo envió a sus tierras. El abuelo fue a discutir con él y lo arreglaron a puñetazos. El abuelo fue derribado y se rompió el cráneo contra una roca, o eso dicen *ellos*. Nuestras familias han sido enemigas desde entonces.

—Ha pasado mucho tiempo para seguir guardando rencor, señor Tweddle.

—Tenemos buena memoria aquí arriba. Como sea, el arroyo dejó de estar bloqueado y me aseguraré de que siga así.

—Perdone que se lo diga, señor Tweddle, pero usted no es un hombre joven. Si hubiera algún problema, ¿cómo conseguiría ayuda?

—Dios te bendiga, muchacho —dijo, cogiendo el largo cayado que descansaba contra la pared de la cabaña—. Puede que tenga cincuenta años, pero aún puedo infligir algo de daño con esto si es necesario. Además, te sorprendería lo lejos que llega un silbido en estas colinas. Mi hijo lo oiría en Lane End Farm, sin problemas.

—Me alegra oírlo —dijo Alexander—. Le deseo un buen día, señor Tweddle.

—Si se cruza con una jovencita subiendo lentamente la colina, será mi Molly trayéndome el

almuerzo. Le agradecería que le dijera que he dicho que se apresure.

Alexander siguió un sendero muy trillado montaña abajo, pero no se cruzó con nadie. Sin embargo, cuando aún se encontraba a unos cincuenta metros más arriba en el camino, llegó a un pequeño sendero angosto excavado en la ladera. En efecto, el camino, áspero e irregular, conducía a dos edificios de poca altura pero largos, uno junto al otro, ocultos del camino por una arboleda. Al acercarse a la casa, una puerta se abrió. Lady Colyford y lady Georgianna salieron, seguidas de una joven morena con un bebé en brazos.

Él se acercó a ella y sonrió.

—Tú debes de ser Molly.

—Lo soy —dijo ella, vacilante.

—Es un niño muy apuesto.

La muchacha estrechó al niño contra sí como si temiera que él se lo arrebatará.

—¿Cómo sabe mi nombre? Estoy segura de que nunca lo había visto.

Alexander sonrió de manera reconfortante.

—Conocí a tu padre en la colina. Me pidió que te recordara que está esperando su almuerzo.

Una señora corpulenta de pelo canoso apareció en la puerta.

—Ten, dame al niño —cogió al niño y colocó un paquete en sus manos—. Date prisa o sus quejas no tendrán fin.

Molly frunció el ceño.

—¿Por qué no puede ir Ada? ¡Ahora yo también tengo un niño!

Recibió un rápido pellizco en la oreja por su protesta.

—¿Y de quién es la culpa, señorita? Tienes suerte de tener un techo sobre tu cabeza. ¡Ahora haz algo útil y sube la colina!

Mientras la joven se alejaba, la señora Tweddle miró a Alexander.

—Ha sido muy amable por su parte entregar el mensaje del señor Tweddle, pero él debería haber sido más sensato y no pedirle a un extraño que se tomara la molestia.

—No ha sido ninguna molestia —le aseguró.

Una niña persiguió a un cachorro blanco y negro mientras salía de la casa.

La señora Tweddle frunció el ceño.

—¡Martha! ¡Cuántas veces te he dicho que los perros se quedan en el patio o en el granero, no en la casa! ¿Dónde la has estado escondiendo esta vez?

La niña bajó la cabeza.

—Debajo de mi cama.

—Veo que está muy ocupada, señora Tweddle —dijo lady Colyford con una sonrisa comprensiva—. No le quitaremos más tiempo.

—No puedo tener ni un momento de paz. Ha sido muy amable por su parte visitarnos y que la señorita le hiciera un vestido a la niña.

La niña había recogido el cachorro y ahora miraba a Georgianna con sus grandes ojos marrones.

—Es una cinta muy bonita, señora.

Georgianna sonrió a la niña y levantó la mano para desenredar la fina cinta de raso azul que Kate había enrollado en su pelo esa mañana de forma un tanto inexperta. Se la tendió a la niña.

—Ten, cógela.

—Baja primero al perro —dijo bruscamente la señora Tweddle—. O la hará pedazos.

Martha soltó abruptamente al cachorro, cogió la cinta y entró corriendo en la casa, gritando por encima del hombro:

—¡Gracias! ¡Debo enseñársela a ma!

La señora Tweddle negó con la cabeza.

—No debería habérsela dado, milady.

—¿Por qué no? —dijo Georgianna—. Tengo muchas más. De haber sabido que había dos niños en la casa, habría traído otro regalo de todos modos; no me parece justo favorecer a uno más que a otro.

La señora Tweddle suspiró.

—Pronto serán tres, pues mi Ada está preñada otra vez y apenas tenemos espacio para movernos tal y como están las cosas.

—Supongo que Molly ha sufrido una desgracia —dijo Alexander mientras volvían por el sendero.

—Era de esperar —dijo lady Colyford—. No es inaudito que una campesina esté encinta antes del matrimonio si la pareja está prometida, pero si quiere evitar la desgracia, ella debe casarse antes de que nazca.

—¿El padre no es lugareño? —preguntó Alexander.

—No —dijo lady Colyford—. Si lo fuera, con toda probabilidad ya habría sido arrastrado al altar. Al parecer, es un caballero, pero la familia guarda silencio sobre su identidad.

Alexander asintió. Parecía que él no había progresado mucho. Cualquier esperanza de poder reconocer al niño como un Knight a primera vista había sido firmemente descartada. Reconocía que había sido ridículo esperarlo; un bebé era muy parecido a otro.

El señor y la señora Tweddle parecían honrados, trabajadores y directos, pero su hija había sido silenciosa y amargada. Esto podía deberse a la atmósfera de desaprobación a la que estaba sometida, por supuesto, pero aun así se sentía reacio a aceptar su historia. Tal vez se debía a que no le gustaba pensar que uno de los últimos actos de su hermano en esta tierra había sido descuidado y poco honorable.

Molly Tweddle apenas había salido de la infancia; si tenía más de dieciséis años, él se sorprendería. Además, pertenecía a una respetable familia local y, desde luego, no era ninguna ramera. De algún modo, él dudaba de que hubiera renunciado a su inocencia a menos que le hubieran prometido algo a cambio, y se negaba a creer que James la hubiera engatusado de ese modo, sobre todo cuando había decidido casarse por fin y sentar cabeza.

—¿Señor Knight?

Alexander había estado tan sumido en sus pensamientos que ni siquiera se había dado cuenta de que se había detenido al final del camino.

—Perdóneme, lady Georgianna. Estaba soñando despierto.

—Claramente —dijo secamente—. Sin embargo, no lo habría considerado un soñador. Seguramente un soldado debe mantenerse cuerdo, ¿no es así?

—Pero ya no soy soldado.

—No creía que las viejas costumbres fueran tan fáciles de olvidar —dijo ella, con cierta brusquedad.

—Ciertamente no lo son en lo que a ti respecta, Georgianna —dijo lady Colyford con severidad.

Alexander observó con interés el encuentro de sus miradas. La de lady Georgianna fue la primera en caer. Lady Colyford se volvió hacia él.

—¿Qué planes tiene para su futuro, señor Knight?

Él sonrió con tristeza.

—Si mi padre se sale con la suya, me casaré y tendré un montón de nietos para su

entretenimiento.

La risa de lady Colyford no ocultó el resoplido poco femenino de su sobrina.

—Así que ha decidido pasar un buen rato viniendo a las colinas. Está huyendo, señor Knight. Su sonrisa se ensanchó.

—No lo admito, lady Colyford. Más bien estoy poniendo en pausa las hostilidades y preparando el terreno para futuras negociaciones.

—Un plan astuto —reconoció ella—. ¿Y dónde tendrán lugar esas negociaciones? ¿Dónde está la casa de su familia?

—Cerca de Malvern Hills, señora —deseoso de cambiar de tema, extendió ambos codos—. Por favor, coged un brazo, damas, el camino es muy empinado aquí.

Una vez que las condujo al camino de forma segura, él miró a lady Georgianna.

—¿Qué fue lo que me dijo mientras soñaba despierto?

—Nada importante —dijo ella, soltando su brazo—. Solo le pregunté si había disfrutado de su paseo, pero ahora me pregunto si usted tenía la cabeza en otra parte todo este tiempo.

—No en el sentido al que se refiere, señorita. Pero la niebla empezó a descender; por eso bajé enseguida.

Lady Georgianna y lady Colyford levantaron la mirada y comprobaron la verdad de sus palabras. La niebla, cada vez más espesa, ya había descendido hasta la mitad de la montaña.

—Usted fue prudente al hacerlo —dijo lady Colyford—. Puede que descienda o no hasta el valle, pero es probable que se mantenga en las colinas todo el día. Debo admitir que es el clima que menos me gusta; me deprime.

—Siéntase libre de asignarme las tareas desagradables que desee, si eso las aligera un poco —dijo él.

Cuando lady Colyford rio, él vislumbró a la muchacha que un día había sido. En su juventud debió haber dejado a muchos hombres postrados a sus pies. Era una pena que su sobrina no compartiera su sentido del humor.

—Hecho. Como el clima ha refrescado, puede cortar algunos troncos para el fuego.

CAPÍTULO 7



—¿E l señor Knight ha hecho algo para ofenderte, Georgianna? —preguntó lady Colyford cuando entraron en la casa.

—¿He sido muy grosera?

—Si no grosera, ciertamente irritante. Una joven educada no debe mostrar a un caballero que está molesta, especialmente cuando él no le ha dado ninguna causa real.

Georgianna frunció el ceño.

—Tienes toda la razón, tía Hester. Es solo que...

Lady Colyford levantó las cejas.

—Soy demasiado sensible —dijo Georgianna, ruborizándose—. Cuando estuve en Cheltenham, lord Cranbourne me impresionó bastante, pero él no mostró ningún interés por mí. No era de extrañar, porque yo era rígida e... irritable, mientras que Marianne era natural y atractiva. Fui intencionadamente grosera con lord Wedmore en Cranbourne para frenar su interés por mí y, sin embargo, cuando transfirió ese interés a otra con notable facilidad, aunque me sentí aliviada, no pude evitar sentirme un poco desanimada. No puedo interesarme por el señor Knight, ya que tanto mamá como papá lo considerarían inelegible, pero anoche decidí que intentaría ser más agradable y practicar mis modales de sociedad con él. Pero cuando intenté entablar conversación con él, ni siquiera pareció darse cuenta de mi existencia. Soy un caso perdido. Me había destrozado la cabeza para encontrar un tema de conversación adecuado, ¡y él eligió ese momento para estar soñando despierto!

—Entiendo que eso te haya resultado un poco molesto —concedió lady Colyford—. Pero cada caballero que conozcas no debería ser visto como alguien a quien debes repeler o atraer. Debes aprender a gustarte y aceptarte por lo que eres y entonces serás más natural ante cualquier compañía. Si tienes que practicar algo con el señor Knight, practica ser tú misma. Tienes muchas cualidades, hija mía.

—¿Cómo cuáles?

—Tu mente es rápida, tienes un humor ingenioso y eres honesta, para empezar. Aparte de eso, tienes un corazón bondadoso cuando no estás a la defensiva. Mira con qué rapidez le diste a la pequeña Martha Tweddle tu cinta, y has mostrado muchas pequeñas bondades con la señorita Ravenchurch. También has aceptado cualquier tarea que te he encomendado; todo ha sido digno de tu atención.

—He disfrutado sintiendo que sirvo para algo.

—Y así ha sido. Le das demasiadas vueltas a las cosas, Georgianna. Nunca sufrí mucho de dudas sobre mí misma cuando era niña; ¡supongo que recibí mi parte del abominable orgullo de Voss!

—Sospecho que estabas rodeada de un montón de admiradores, tía Hester.

—Lo estaba —admitió—. Y, sin embargo, tomé algunas decisiones muy equivocadas.

—¿Te refieres a lord Colyford?

—Oh, no —dijo lady Colyford en voz baja—. Para entonces ya no me quedaban opciones en absoluto.

Una docena de preguntas pendían de los labios de Georgianna, pero la señorita Ravenchurch eligió ese momento para bajar corriendo las escaleras.

—Me ha parecido oír voces. Me alegro mucho de que hayáis vuelto. La pobre Leticia no está nada bien; tiene un terrible dolor de cabeza.

—Probablemente sea el cambio de clima —dijo lady Colyford.

—Le he echado vinagre en la cabeza; mi madre siempre lo recomendaba, ¿sabe? Pero no parece haberle ayudado en absoluto.

Una puerta fue abierta parcialmente al final del vestíbulo. Sally la empujó con la espalda y se volvió. En sus manos sostenía con equilibrio una pequeña bandeja con una tetera y una taza, mientras la punta rosada de su lengua sobresalía por un lado de su boca y se concentraba en no derramar ni una gota. Al ver a lady Colyford, hizo una reverencia y el contenido de la bandeja comenzó a deslizarse. Lady Colyford avanzó rápidamente y liberó a la criada de su carga.

—La cocinera ha preparado un poco de té de corteza de sauce para la señorita Felsham —dijo Sally, haciendo otra reverencia.

—Dale las gracias de mi parte, por favor —dijo lady Colyford—. Es justo lo que yo misma habría sugerido.

—Tu pelo está muy bonito, Sally —dijo Georgianna.

La criada sonrió e hizo girar uno de sus rizos alrededor de su dedo.

—Gracias, señorita. No se puede convertir una cosa fea en algo atractivo y así se lo dije a su Kate, pero hizo que me levantara al amanecer de todos modos; dijo que tenía que practicar —miró rápidamente a su ama—. Después me ayudó a ponerme al día con mis tareas, milady. Espero haberlo hecho bien.

—Mientras tus tareas hayan sido hechas, no tengo quejas, Sally.

La señora Ravenchurch bajó el último escalón y cogió la bandeja.

—Se la llevaré a Leticia; sé cómo le gusta que la traten en momentos como éste.

Al darse la vuelta, los ojos de Georgianna se cruzaron con los de su tía. Ambas sonrieron repentinamente.

—Totalmente —dijo lady Colyford en voz baja—. Confiamos en que, si el té no hace efecto, las suaves divagaciones de la señorita Ravenchurch la hagan dormir. Ahora, debo hacer un inventario del almacén.

—¿Puedo ayudar?

—Por supuesto. Puedes hacer una lista de lo que más necesitamos.

Georgianna siguió a su tía hacia la cocina. Antes de llegar, entraron en una habitación larga y estrecha que ella aún no había explorado. Se quedó un momento mirando las estanterías repletas de frascos y las hierbas secas que colgaban del techo antes de pasearse lentamente por la habitación, cogiendo y examinando los objetos que estaban colocados ordenadamente sobre la gran mesa de madera.

Lady Colyford la miró con cierta sorpresa.

—Georgianna, cualquiera pensaría que nunca has estado en el almacén.

—Es verdad.

—¿No me digas que tu madre nunca te ha enseñado a hacer una cataplasma, un líquido

salino, agua de lavanda, oh, o una docena de cosas más?

—No. ¿Es tan importante? La señora Adams siempre se ocupaba de esas cosas.

—Eso está muy bien, pero la señora de cualquier establecimiento debería ocuparse de saber no sólo cómo hacer todo eso, sino qué remedios aliviarán mejor una dolencia específica, ya sea un dolor de cabeza, un sarpullido, una picadura de insecto...

—¿Qué es esto? —preguntó Georgianna, sosteniendo un cuenco con bordes curvos en una mano y un objeto con forma de garrote en la otra.

—Un mortero y mano para moler raíces, semillas y hierbas.

—¿Y esto? —preguntó, señalando con el mortero una olla volcada con una extraña boca que estaba en otro cuenco.

—Es un alambique.

Los ojos de Georgianna brillaron de interés.

—¿Para qué sirve?

—Para destilar la esencia de las cosas.

Georgianna la miró de modo inexpresivo.

—Te lo mostraré —lady Colyford cogió una cesta larga y poco profunda que colgaba de un gancho junto a otra puerta—. Por aquí se llega directamente a la huerta. Llena la cesta de lavanda.

Cuando Georgianna entró en el jardín, se estremeció. El aire era notablemente más fresco pero pesado; la niebla había continuado su descenso, envolviendo los árboles del otro lado del lago con sus finos bucles, al tiempo que un silencio melancólico se cernía sobre el valle. Georgianna esbozó una sonrisa. Sin duda, Kate le diría que era antinatural y espeluznante, pero ella se sentía envuelta y protegida de algún modo.

Mientras caminaba hacia el macizo de lavanda, un ruido sordo y repetitivo perturbó la paz. Curiosa, se dirigió hacia el sonido, el cual la condujo al bosque que había detrás del granero. Apenas se había adentrado unos metros entre los árboles cuando descubrió qué y quién era el responsable del alboroto. Había varios troncos apilados en el extremo de un pequeño claro y, en el centro, un tocón ancho y circular sobresalía de la tierra.

El señor Knight había colocado un tronco en posición vertical sobre éste, y lo estaba atacando vigorosamente con un hacha. Se había despojado de su abrigo, pero aun así, sus esfuerzos habían hecho que su camisa blanca se ciñera a su ancha espalda. Parecía que cortar leña era un trabajo duro. Esta impresión fue confirmada cuando, tras el siguiente golpe descendente, dejó el hacha clavada en el tronco, se pasó el antebrazo por la frente y se quitó la camisa.

Georgianna alzó las cejas y se colocó rápidamente detrás del tronco de un viejo roble que bordeaba el claro. Ya había sido testigo del esplendor de su musculoso cuerpo, pero ahogó un grito al ver la gruesa rugosidad de la abultada cicatriz que se extendía desde un hombro y atravesaba diagonalmente su espalda hasta la cadera. Ella esperó a que levantara el hacha una vez más y luego se apresuró a huir.

Georgianna tenía la piel tensa y caliente y se sentía extrañamente inquieta. Se apresuró a volver a la huerta, se arrodilló e inhaló el dulce y fresco aroma de la lavanda. Dudaba mucho que el señor Knight hubiera olvidado sus instintos de soldado; esa herida debía de ser un recordatorio constante de que había que estar alerta. No pudo evitar preguntarse sobre los pensamientos que él había tenido antes. Mientras empezaba a cortar la lavanda, decidió que si algo así volvía a ocurrir, simplemente se lo preguntaría.

Cuando Georgianna volvió a entrar en el almacén, lady Colyford colocó un frasco en un

estante, se acercó a un pequeño escritorio y anotó algo.

—Sólo necesitamos los capullos —dijo sin levantar la mirada—. Ponlos en el cuenco que he preparado y luego añade un cuarto de litro de agua por cada taza de capullos.

Trabajaron en silencio hasta que Georgianna hubo sacado todos los capullos. Luego observó, fascinada, cómo su tía ponía la mezcla en el alambique y encendía un pequeño fuego bajo él.

—El agua se convertirá en vapor y, cuando se enfríe, tendremos nuestra primera destilación. Después repetiremos el proceso una segunda vez y verteremos el agua en un frasco y lo cerraremos bien. Es muy útil para aliviar picaduras de insectos y heridas leves o como perfume ligero.

—Qué maravilla que algo tan bello y natural sirva para tantas cosas.

Lady Colyford sonrió.

—Parece que tu imaginación ha sido cautivada, Georgianna. Tengo un diario lleno de recetas y sus usos; debes leerlo.

—Puedes estar segura de que lo haré.

—Recoge tu cesta, querida —dijo lady Colyford, alcanzando otra—. Tardará un poco y debemos recoger un poco de lavanda para secarla mientras los capullos aún están firmes.

Con todos sus esfuerzos llenaron sólo dos pequeños tarros. Lady Colyford los etiquetó y fue a colocarlos en un estante. Hizo una pausa y volvió a levantar la mano para coger uno. Se acercó a Georgianna y se lo tendió.

—Como este año tenemos una buena cosecha, seré generosa. Coge esto y úsalo para enjuagarte el pelo, no sólo le dará brillo y lo dejará suave, sino que le proporcionará un delicado y encantador aroma.

—Gracias, tía Hester —dijo, con un nudo en la garganta—. Eres muy amable.

Lady Colyford le cogió la mejilla.

—Niña ridícula. Cualquiera pensaría que te he dado un gran obsequio. Me recuerdas a la lavanda; esbelta y hermosa, delicada pero fuerte, aunque aún no seas consciente de ello.

—Tu pelo huele de maravilla —dijo Kate mientras cepillaba la larga cabellera de Georgianna—. Sólo espero poder hacerle justicia; me mortifiqué mucho cuando usted apareció anoche con parte de éste cayéndole por la espalda.

—Lo estás haciendo muy bien teniendo en cuenta que te estás adaptando a un nuevo rol. Hazlo simple —sugirió Georgianna—. Un nudo en la parte superior y algunos rizos serán perfectamente aceptables. Sólo asegúrate de sujetarlo bien.

Kate siguió sus instrucciones al pie de la letra y Georgianna necesitó toda sus fuerzas para no hacer una mueca mientras le raspaba el cuero cabelludo una y otra vez con las horquillas.

Sólo hubo tres personas en la cena, ya que la señorita Felsham tenía sopa en su habitación y la señorita Ravenchurch se negó a separarse de ella hasta que se recuperara por completo.

—No estoy seguro de aprobar su costumbre de dejar la casa abierta, lady Colyford —dijo el señor Knight cuando el primer plato fue retirado.

—Que usted lo apruebe o no es irrelevante. Somos una comunidad pequeña, señor Knight. Aquí no hay delitos.

—Sin embargo, el señor Tweddle me ha informado hoy mismo de la enemistad entre su familia y los Mossop.

—Historia antigua —dijo ella—. Puede que las familias no se lleven bien, pero que yo sepa no ha habido ningún problema desde que estoy aquí.

—Pero, de haberlo habido, ¿usted lo sabría? —preguntó él.

Lady Colyford sonrió.

—Nuestro vicario me mantiene bastante bien informada de los acontecimientos locales. Es un tonto pomposo, pero vigila a su rebaño, y son un grupo temeroso de Dios. ¿Vendrá con nosotros a la iglesia mañana?

—Lo haré. Me gustaría ver este pilar de la comunidad por mí mismo —cogió el vino—. ¿Le sirvo?

—Por favor.

—Si no desea cerrar su casa, tal vez debería al menos considerar la posibilidad de contratar a un lacayo.

Lady Colyford enarcó las cejas.

—Qué decepción. Había pensado que usted no era como todos los demás, señor Knight, pero ahora veo que es como tantos otros de su género; no cree que un grupo de mujeres pueda sobrevivir sin un hombre. Si hubiera deseado un lacayo, ya habría contratado a uno.

—Salvo el jardinero, el cartero que le hace las compras y los pescadores que le traen su pesca extra, si usted había deseado demostrar que puede sobrevivir sin un hombre, creo que ya ha demostrado su punto. Pero, ¿por qué seguir trabajando en ello cuando un lacayo sólo podría aumentar su comodidad?

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse? —preguntó apresuradamente lady Georgianna, notando el destello de enfado en los ojos de su tía y deseando, por alguna extraña razón, proteger al señor Knight de su ira.

—Oh, todavía un tiempo. Estoy seguro de que aún quedan muchos paseos por hacer.

Ella sonrió con tristeza.

—Envidia su libertad para vagar por donde quiera.

—¿Le gusta dar caminatas, señorita?

—Sí. Nuestros terrenos son extensos en Avondale, pero aunque son muy agradables, están muy cuidados y son aburridos.

—No hay razón para que no pasees alrededor del lago si vas con tu criada —dijo lady Colyford—. No me gustaría que fueras sola en esta época del año porque es probable que te cruces con visitantes.

Georgianna sonrió.

—Creo que lo haré.

—Estaría encantado de pasear con usted alrededor del lago si lady Colyford no se opone —dijo el señor Knight—. Si no teme ascender un poco, hay un lugar encantador junto a una de las cascadas.

—Gracias, señor Knight. Quizá mañana después de misa.

Sally se apresuró a entrar en la habitación con una bandeja. La colocó a un lado y empezó a trasladar los platos a la mesa.

—No los amontones, Sally —espetó lady Colyford.

Era la primera vez que Georgianna oía a su tía mostrar cierto grado de impaciencia con la criada. La muchacha se sonrojó y empezó a separarlos un poco más y, con las prisas, volcó la copa de vino del señor Knight. La joven se quedó inmóvil, viendo cómo el líquido rojo intenso se esparcía por la tela y goteaba sobre su regazo.

—Lo siento mucho, señor —jadeó, cogiendo una servilleta y secando la tela en un intento de contener el líquido. Luego se apresuró hacia el aparador y cogió otra. Volvió a la mesa, la dobló en forma de almohadilla y se dispuso a hacer lo mismo con sus pantalones.

El señor Knight la cogió del brazo y le quitó la servilleta de las manos.

—Gracias, Sally —dijo, desplegándola con un movimiento de muñeca y colocándola sobre la

mancha.

—Eso es todo —dijo lady Colyford, con voz un poco entrecortada.

Tan pronto como la joven abandonó la habitación, lady Colyford se llevó la mano a la boca, sin conseguir reprimir un ronco bufido.

—Le pido disculpas, señor Knight —jadeó—. Es una buena chica, de verdad.

—Me alegro de que el incidente le haya parecido muy divertido —dijo él, un poco rígido.

—Lo siento —dijo ella, levantando la servilleta para secarse las lágrimas que le brotaban de los ojos—, pero si hubiera visto su cara cuando ella intentó limpiar el vino de su regazo...

Georgianna sintió que sus propios labios se crisparon, pero deseosa de restablecer cierta armonía, se levantó impulsivamente y alcanzó la jarra de cristal que contenía el vino.

—Permítame que le rellene el vaso, señor.

Parecía que el entusiasmo con el que Kate le había perforado el cuero cabelludo no había servido para nada; el agua de lavanda había hecho demasiado bien su trabajo. La brusquedad de su movimiento, combinada con la suave sedosidad de su cabello, hizo que éste se escapara de las horquillas que habían sido colocadas de forma un tanto desordenada en el gran espiral de pelo detrás de su cabeza. Sin trenzas que lo sujetaran, caía en mechones aleatorios sobre sus hombros.

Cuando un rubor de mortificación comenzó a iluminar sus mejillas, Georgianna miró a su tía, quien ahora había estallado en carcajadas desenfundadas.

—Lo siento, querida —respiró con dificultad, sujetándose los costados—. Pero t-tal vez el señor Knight tiene razón, d-después de todo; parece que estamos alojando a un grupo de s-sirvientes m-muy ineptos.

Los ojos de Georgianna se encontraron con los de su invitado. Cuando los hombros del hombre empezaron a temblar, ella sintió que las comisuras de sus labios se inclinaban hacia arriba. Volvió a colocar la jarra en su sitio con una mano temblorosa mientras ráfagas de risa la recorrían, se hundió de nuevo en su silla y se entregó a la alegría colectiva.

CAPÍTULO 8



Alexander estaba tumbado con las manos detrás de la cabeza, observando la suave y dorada luz que anunciaba el nuevo día, con una sonrisa perezosa en los labios. Qué casa tan extraordinaria era esta; ¡la hermana de un conde que evitaba a los hombres y permitía que la atendiera la más torpe de las muchachas, la hija de un conde cuya criada no sabía peinarla bien, una solterona que vino de vacaciones y nunca volvió a casa, una acompañante parlanchina y ahora el hijo de un duque que viajaba de incógnito y vivía en el granero! ¡Su padre no creería ni la mitad de esto!

Se rio entre dientes cuando su mente fue invadida con una imagen de lady Georgianna, con sus ojos azules, ridículamente profundos, abiertos de par en par por la sorpresa, mientras el pelo le caía sobre los hombros. Con su propio regazo empapado de vino, la cena se había convertido en una farsa estruendosa y lady Colyford había disfrutado de cada momento. Su risa desenfadada había sido escandalosa, pero contagiosa. Casi había esperado que lady Georgianna saliera corriendo de la habitación confundida o lo paralizara con una mirada glacial y fulminante por atreverse a reírse de ella, pero lo había sorprendido; no la había creído capaz de reírse de sí misma. La transformación había sido impresionante. La luz de la risa en sus ojos los había encendido y él había descubierto dos encantadores hoyuelos junto a sus labios delicadamente curvados cuando se extendieron en una amplia sonrisa.

Se levantó de la cama al oír a Jack moverse en el piso de abajo. El anciano había insinuado que lady Georgianna había conocido muy pocas alegrías en su vida, y Alexander descubrió que se sentía bastante privilegiado por haber sido testigo del cambio que se había producido en ella la última noche. Fue consciente de que le gustaría volver a ver esos hoyuelos.

Fue recompensado con esta imagen más pronto de lo esperado. Lady Colyford guiaba el camino hacia la iglesia con la señorita Felsham, quien se había recuperado de su indisposición, a un lado y la señorita Ravenchurch al otro, dejando a lady Georgianna y Alexander detrás.

—Me alegra ver que tiene un par de pantalones de repuesto, señor —dijo en voz baja lady Georgianna, con una sonrisa en los ojos, aunque no en los labios.

Él respondió con fingida solemnidad.

—En efecto, soy afortunado, señorita. Y esperemos que, con la protección adicional de su hermosa capota, su pelo no se escape de su sitio.

Su sonrisa se ensanchó y sus hoyuelos se asomaron con amabilidad.

—No se atrevería a escapar. Esta mañana he disfrutado de los servicios de Grantley, la criada de mi tía.

—¿Y su propia criada no intervino?

—En absoluto. Kate observó con mucha atención, y ha aceptado agradecida el amable

ofrecimiento de Grantley de enseñarle. Ella era criada general en casa y sólo estaba destinada a acompañarme en el viaje.

—Entiendo —dijo Alexander.

Pero no lo entendía. Aunque las palabras de lady Georgianna habían explicado la incompetencia de su criada, no podía entender por qué lady Westbury había estado a punto de enviar tan lejos a una muchacha que apenas había salido de la escuela, con sólo una joven criada igual de ignorante del mundo que su ama, y un cochero que ya debería estar jubilado. Era una negligencia espantosa por su parte.

El señor Simpson leyó tanto el sermón de la mañana como el de la tarde de un domingo de verano, pues aunque la población local no era numerosa, la capilla era de tamaño sumamente modesto. Lady Colyford había alquilado un banco para su pequeño séquito, pero no era lo bastante largo para acomodar a Alexander, como ella le explicó cuando entraron en la capilla.

—No se preocupe, señora —sonrió él—. Ocuparé un banco vacío al fondo, pues necesitare sentarme de lado si no quiero fracturarme las rodillas.

No había ningún obstáculo para este plan, ya que no podía haber más de veinticinco en la congregación. Los Tweddle estaban situados a un lado del pasillo e intercambiaban saludos con algunas de las personas del otro lado. Le llamó la atención que el pequeño grupo apiñado en un banco justo enfrente de ellos mantuviera la mirada fija al frente durante estos saludos. Sus cejas se alzaron cuando los Tweddle se volvieron hacia el frente y la familia, que había evitado saludarlos deliberadamente, se giró e intercambió algunas sonrisas y asentimientos de cabeza con varios conocidos sentados en la otra mitad de la capilla. Era como mirar un baile en perfecta sintonía. Sólo podía suponer que la familia desconocida eran los Mossop.

Su mirada se desvió hacia el atril cuando el señor Simpson subió los escalones y colocó un libro sobre él. Parecía tener unos cuarenta años, pero su cabello color arena ya se estaba cayendo, lo que acentuaba su cara redonda y rosada. Una vez abierto el libro, miró a la congregación y asintió repetidamente, haciendo que su cuello, más bien corto, desapareciera tras una impresionante papada.

—*Padre omnipotente y misericordioso: Nosotros nos hemos desviado de tus senderos, y como ovejas perdidas hemos andado descarriados fuera de tus caminos. Hemos desordenadamente seguido los designios y deseos de nuestro propio corazón. Hemos quebrantado tus santos mandamientos...*

La atención de Alexander empezó a desviarse y, mientras sus ojos recorrían a las personas frente a él, vio que Molly Tweddle, quien estaba sentada al final de su banco, inclinaba la cabeza hacia un lado y alzaba la mano para alisarse el pelo. Simultáneamente, el joven de enfrente levantó la mano para frotarse la mejilla y, al bajarla, Alexander lo vio alzar brevemente cuatro dedos. No le cabía duda de que se habían comunicado algo. Una sonrisa voraz curvó sus labios. Aún no estaba seguro de lo que significaba la señal, pero intuía algo. ¿Era posible que se hubiera encontrado con un caso de amor prohibido? Después de todo, era una historia tan antigua como las colinas que rodeaban este valle. ¿Acaso Molly estaba demasiado aterrorizada para admitir que se había acostado con un Mossop y así culpar a alguien que no podía contradecirla?

—*Y cuando el impío se aparta de la maldad que ha cometido y practica el derecho y la justicia...*

Alexander observó al chico Mossop bajar la cabeza ante estas palabras. Observó atentamente a la pareja durante el resto del sermón, pero no sucedió nada más entre ellos y empezó a dudar de lo que había visto. Sin embargo, cuando el joven abandonó su banco, dirigió una rápida mirada de reojo a Molly antes de alejarse por el pasillo, con el ceño fruncido y las facciones oscuras e

inquietantes.

El grupo de lady Colyford fue el último en levantarse. El vicario acompañó a lady Colyford por el pasillo. Ella se inclinó y le dijo algo al oído. Alexander pensó que la sonrisa que se dibujó en la boca de la mujer cuando se levantó era bastante maliciosa. Cuando el señor Simpson lo miró con sorpresa y una pequeña mueca arrugó su frente, que por lo demás era lisa, quedó claro que ella había estado hablando de él. Era un hombre de baja estatura y, cuando se detuvieron frente a Alexander, éste se vio obligado a ladear la cabeza e inclinarse ligeramente hacia atrás para encontrarse con su mirada.

—Me alegro de verlo hoy aquí, señor Knight. No es frecuente que los visitantes que transitan por Buttermere dediquen tiempo a honrar al Señor.

—No me habría gustado perderme su sermón, señor Simpson. La última hora me ha parecido de lo más esclarecedora.

El ceño fruncido del señor Simpson fue sustituido por una sonrisa presumida.

—Me gusta pensar que mis observaciones sobre la condición humana son a la vez instructivas y oportunas. Debo admitir que cuando lady Colyford me informó de que un hombre que no era miembro de su familia se estaba hospedando en su casa, me alarmé un poco.

—Sería más exacto decir que me estoy quedando en su granero o establo, señor Simpson.

Por un breve instante, el vicario enmudeció, algo poco frecuente, Alexander estaba seguro.

—¿El granero? —su mirada asombrada se volvió hacia lady Colyford—. Aunque comprendo y apruebo plenamente su reticencia a recibir a un extraño en su casa, señora, habiendo conocido ahora al señor Knight, no puedo sino pensar que se merece algo mejor. Es claramente un caballero con cierto discernimiento.

Lady Colyford levantó las cejas, con la sonrisa aun jugueteando en su boca.

—Pero seguramente era mi deber cristiano ofrecer socorro a un viajero cansado cuando la posada estaba llena. ¿Acaso Jesús no nació en un establo? Seguramente, si fue lo bastante bueno para el hijo de Dios, también lo es para el señor Knight.

El vicario se irritó con desaprobación, pero como no quería ofender a alguien del rango de lady Colyford, esbozó una sonrisa poco convincente.

—Muy divertido, lady Colyford —se volvió hacia Alexander—. Tal vez sería mejor que viniera a quedarse en la casa parroquial, señor. Tengo espacio más que suficiente.

—Gracias, señor Simpson, es usted muy amable, pero estoy bastante contento con mi situación actual. Creo que es bueno que un hombre experimente de vez en cuando condiciones más humildes que las que acostumbra.

El vicario asintió con aprobación.

—Muy cierto, señor Knight, muy cierto. Parece usted un joven muy sensato. Espero que al menos me visite antes de abandonar la zona.

—Puede estar seguro de que lo haré, señor.

Mientras volvían por el camino, él le dijo a lady Colyford:

—Parece que le encanta burlarse del vicario, señora.

—Debo divertirme siempre que pueda, señor Knight. Si él se abstuviera de ofrecernos su compañía y consejo tan a menudo, me sentiría menos tentada a hacerlo.

—Ah —dijo con una sonrisa de arrepentimiento—. Ahora lo entiendo. Anoche me di cuenta de que había dado un paso en falso al ofrecerle un poco de ello.

—Efectivamente. Pero al menos luego admití que usted tenía razón.

—Pero sólo, creo, porque Sally me lo demostró.

Lady Colyford sonrió con arrepentimiento.

—Es usted muy perspicaz, señor Knight; siempre he sido una criatura testaruda.

—¿Necesita descansar antes de dar nuestro paseo por el lago, lady Georgianna? —preguntó él cuando llegaron a la casa.

—En absoluto, señor. Iré a cambiarme los zapatos por algo más resistente y estaré con usted en un momento.



Kate apareció con las solicitadas medias botas sin entusiasmo.

—Me parece, señorita, que ya ha hecho todo el ejercicio que cualquier dama podría desear hoy.

La criada retrocedió con sorpresa al encontrarse con una mirada gélida.

—Hasta ahora te he dado mucha libertad de acción, Kate. Veo que tal vez he sido demasiado indulgente. No forma parte de tus obligaciones informarme de si he hecho o no suficiente ejercicio, es más, cualquier otra cosa.

Kate se inclinó inmediatamente en una rápida reverencia.

—No, milady. No pretendía ofenderla.

Se precipitó para arrodillarse a los pies de Georgianna.

Georgianna suspiró.

—Levántate, Kate. Puedo ponerme mis propias botas. No quiero ser demasiado dura contigo, pero no toleraré ni impertinencias ni faltas de respeto. Soy consciente de que no sientes gran afición por las actividades al aire libre, y no te pediría que vinieras si no fuera necesario. El señor Knight va a mostrarme un hermoso sitio local y no puedo ir con él sola.

La criada pareció arrepentida.

—No, no puede, señorita. Siento haber parecido irrespetuosa cuando ha sido muy paciente conmigo.

—Has sido empujada a un papel para el que no estabas preparada y me han impresionado mucho tus intentos de aprender. Me he enterado de que te has levantado al amanecer para practicar con Sally.

Kate puso los ojos en blanco.

—Y no ha servido de mucho.

—Ha servido para más de lo que crees, Kate —dijo Georgianna en voz baja—. Me ha hecho reír, y la risa no ha desempeñado un gran papel en mi vida.

La joven criada frunció el ceño, se arrodilló y empezó a atar las botas de Georgianna.

—No hay sirviente en Avondale que ignore eso, señorita.

Las cejas de Georgianna se alzaron con sorpresa. Aunque sabía que el mayordomo y el ama de llaves eran sus aliados, no había sabido que contaba con la compasión del resto de los sirvientes.

Malinterpretando su expresión por una de desaprobación, Kate enrojeció.

—Lo siento, señorita. Otra vez estoy hablando de más. Por favor, no le diga nada a lady Westbury; podría echarme.

—No debes temer, Kate. No estoy enfadada. Aunque no me gusta ser objeto de cotilleos en Avondale.

—Cotilleos no, señorita, eso nunca. Puede que nos digan que somos invisibles, ¡pero eso no nos hace sordos y ciegos! Puede que yo no lleve más de dos años en Avondale, pero hasta yo me di cuenta de cuánta compasión merecía usted. No es correcta la forma en que ha sido mantenida

en el aula o castigada por la más mínima cosa. Me alegré cuando me enteré de que usted iba a ir a ese seminario, porque si alguna vez ha tenido un amigo, yo nunca he oído hablar de él. Todo el mundo se alegró de que fuera de visita con otra jovencita, aunque eso puso a la señora de muy mal humor. Y Stokes no es muy querida; nadie aprueba la forma en que acude a ella con habladurías sobre usted.

—Yo misma no puedo decir que le tenga demasiado cariño. Te prefiero como criada, Kate.

La muchacha enrojeció, sintiéndose complacida.

—Puede que hable de más de vez en cuando, señorita, pero complace atenderla, y puede estar segura de que nunca la traicionaré. ¡Antes preferiría cortarme la lengua!

Georgianna se sintió muy conmovida y un poco indigna.

—No creo merecer tanta lealtad, Kate. Dices que llevas dos años en Avondale y, sin embargo, me avergüenza admitir que ni siquiera sabía tu nombre.

Kate se echó a reír.

—¿Y por qué iba a saberlo? En Avondale hay más criados que dedos en sus manos.

Una sonrisa nostálgica curvó los labios de Georgianna.

—Sí hice una amiga en el seminario, Kate. Se llamaba Marianne. En mi lugar, ella habría sabido tu nombre.

—Parece que le tenía cariño, señorita.

—Le tengo —dijo Georgianna—. Esperaba haber recibido ya una carta suya. Le escribí antes de salir de casa.

—Yo no me preocuparía por eso, milady. Dios sabe cuánto tarda una carta en llegar aquí.

—Tal vez estoy siendo impaciente —reconoció, poniéndose en pie—. Ahora ven, ya hemos hecho esperar bastante al señor Knight.

Sin más quejas, la criada la siguió fuera de la habitación. Se iba a retrasar un poco más, ya que su tía la apartó de su camino antes de salir de casa.

—Mantén la cordura, Georgianna. Recuerda que apenas conocemos al señor Knight y que la gente no siempre es lo que parece.

—Creía que te agradaba —dijo, sorprendida.

—Me agrada. No he pasado la edad de apreciar a un joven apuesto. Pero recuerda que no es elegible. Tiene una sonrisa singularmente encantadora y no estaría bien que desarrollaras afecto por él.

—No debes preocuparte, tía. No creo que yo tenga un carácter romántico. Sin embargo, el hecho de que él no sea elegible, sumado al humor que compartimos anoche, me ha liberado de alguna manera de mis inhibiciones. Seré yo misma en su compañía para bien o para mal.

—Muy bien. Ve y disfruta de tu paseo, pero deja tu sombrilla. El lago está rodeado de árboles suficientes para proporcionarte sombra.

La señorita Ravenchurch irrumpió en el vestíbulo.

—Me ha parecido oír voces. ¿Vas a dar un paseo por el parque, querida?

Consciente de lo que pensaba su tía sobre las lagunas de la señorita Ravenchurch, dijo:

—No, voy a dar un paseo alrededor del lago con el señor Knight.

La señorita pareció perpleja.

—Pero, Lydia, no creo que conozcamos a ningún señor Knight.

Lady Colyford lanzó un largo suspiro antes de coger a la señorita Ravenchurch del brazo y llevarla de vuelta al salón.

La primera parte del paseo fue muy agradable, con el suelo relativamente llano. Pero al llegar a la orilla opuesta, cogieron un estrecho sendero que serpenteaba bajo los árboles y que no tardó

en empujarse. Obligada a caminar en una sola fila, no se percató inmediatamente de que Kate se había quedado atrás. Cuando se volvió, la vio sentada en una roca a cierta distancia, con el zapato en una mano.

—Lo siento, señorita —dijo, con voz apenas perceptible por encima de las aguas que aún no eran visibles, pero que estaban claramente cerca—. Tengo una piedra en el zapato y me tiemblan las piernas como no se imagina. Puedo raspar una rejilla o limpiar una alfombra sin sudar, pero subir esta colina me ha dejado sin fuerzas.

Georgianna capturó la esencia de sus palabras y, observando las mejillas sonrosadas y la frente brillante de su criada, dijo:

—¿Cuánto falta, señor Knight?

—Sólo otros cien metros más o menos.

Georgianna asintió con decisión.

—Me parece una pena subir hasta aquí y no ser recompensada con una vista de la cascada —se llevó las manos a ambos lados de la boca y gritó—: Espérame allí, Kate, no tardaremos.

El sonido del agua en movimiento se convirtió en un rugido estruendoso y Georgianna aceleró el paso, ansiosa por ver el torrente. El señor Knight se volvió y le sonrió, y ella tropezó con una raíz que sobresalía. Jadeó cuando el suelo se acercó rápidamente a su cuerpo, segura de que estaba a punto de sufrir la humillación de una caída en la tierra, pero unas manos duras y firmes la sujetaron repentinamente por los brazos y la levantaron antes de que ocurriera ese vergonzoso suceso.

Quedó atrapada un momento contra el cuerpo del señor Knight y descubrió que no podía respirar. Sus sorprendidos ojos volaron hacia los de él y se abrieron de par en par al ver que habían cambiado de color dorado a miel. No estaban iluminados por la diversión, sino por alguna otra emoción que ella no reconoció. Frunció el ceño al sentir alarma y alivio a partes iguales. ¿Cómo podía sentir miedo y seguridad al mismo tiempo? Esta vez él no la soltó, sino que inclinó la cabeza.

—Cuidado, lady Georgianna —dijo, con voz extrañamente ronca—. No quiero que sufra ningún daño en mi presencia.

Su cálido aliento le provocó cosquillas en la oreja y le susurró en el cuello. No era una sensación desagradable, y ella sintió un escalofrío. Decidiendo que analizaría sus extrañas reacciones más tarde, se recuperó y sonrió.

—No he sufrido ninguna lesión, señor, y le agradezco que me haya salvado de una caída.

Él le soltó los brazos y le tendió la mano.

—Venga, sólo son unos pasos más.

Su mano enguantada se perdió en la de él mientras la guiaba hacia un claro entre los árboles. Se quedó boquiabierta al ver la fuerza salvaje de las rápidas aguas blancas frente a ella. Se precipitaban por un profundo barranco, formando espuma de manera despectiva sobre y alrededor de grandes rocas cuyos duros bordes habían sido alisados y bruñidos hasta alcanzar un brillo resplandeciente debido a su clamoroso descenso. Si el señor Knight la hacía sentirse femenina y pequeña, este espléndido ejemplo de la magnificencia de la naturaleza le recordó su absoluta insignificancia en este paisaje.

Ella se volvió hacia su acompañante, con los ojos brillantes.

—Gracias, señor Knight. Desde lejos las cataratas parecen bonitas y bastante inofensivas, me alegro de haber visto su verdadera naturaleza y majestuosidad.

Él se había encorvado para capturar sus palabras, y ella vio que sus ojos también brillaban de alegría. Una lenta sonrisa curvó sus labios y la mirada de Georgianna se posó en ellos. Su tía

había dicho que la sonrisa del hombre era encantadora, y ella suponía que lo era, pero también era inquietante y bastante hipnotizante. Sintió el extraño impulso de levantar el dedo y delinear sus bordes finamente esculpidos.

—Mi corazón está a punto de estallar, milady, ¡pero lo he conseguido!

El extraño hechizo que se había apoderado brevemente de ella llegó a su fin. Georgianna sonrió a su criada.

—¿Y qué opinas de la vista, Kate? ¿Ha merecido la pena?

Kate miró obedientemente la catarata que fluía a borbotones.

—Vaya, cuánta agua. Es una pena que esté tan lejos, porque daría lo que fuera por beber de ella ahora mismo.

Los ojos de Georgianna buscaron los del señor Knight, y se alegró al ver que compartía su diversión ante tan prosaica respuesta.

—La cascada alimenta un arroyo más abajo. La llevaré hasta él para que pueda saciar su sed.

CAPÍTULO 9



Alexander se despojó de su abrigo y su pañuelo antes de dirigirse al claro donde había cortado la leña. Observó un momento los troncos apilados antes de elegir uno largo y no demasiado grueso. Se lo echó al hombro, se dirigió a la huerta y observó los tres trozos de roca que había en los macizos de judías, patatas y coles. No sólo eran antiestéticos, sino que reducían considerablemente la superficie de plantación de macizos.

Dejó caer su tronco junto a una de las peñas, se adentró en el bosque que rodeaba la casa y eligió una roca de tamaño razonable pero que pudiera levantar sin demasiado esfuerzo. La colocó cerca de una de las peñas, y luego encajó el tronco entre ambas piedras. Apoyando su considerable peso en el extremo del tronco, consiguió levantar la roca y darle la vuelta. Cuando la hubo desplazado hasta el borde del bosque, estaba bañado en sudor.

Impávido, volvió a por la segunda roca. La había movido hasta la mitad del jardín cuando levantó la mirada y vio a Jack apoyado en la esquina de la casa, con una jarra de metal en la mano.

—Es usted el hombre más fuerte que he visto, señor, pero deténgase un momento y beba un trago de esta sidra. Puede que no sea a lo que está acostumbrado, pero aun así es refrescante.

Alexander sonrió, dejó caer el tronco y se acercó al cochero.

—Gracias, Jack. Lo beberé con agrado.

Vació la jarra de metal de un par de sedientos tragos.

—¿No me diga que lady Colyford le ha pedido que mueva esas grandes rocas en un día tan húmedo y caluroso, y encima un domingo?

—Ella no me lo ha pedido —confirmó Alexander—. Pero he estado acostumbrado a una gran cantidad de ejercicio físico, Jack. Un paseo hasta la iglesia y una pequeña excursión hasta la cascada me han dejado todavía inquieto.

—¿De verdad? Escuché que usted llevó a lady Georgianna allá arriba. La cocinera dice que Kate se ha estado quejando de que tiene una ampolla tan grande como un huevo de gallina.

—Puedo creerlo. Ella encontró la subida bastante desafiante, creo.

—¿Y lady Georgianna?

—No se quejó, Jack. Y ciertamente disfrutó de la vista. Nunca la había visto tan animada. El cochero asintió.

—Me complace oírlo, señor. ¿Ya ha descubierto lo que vino a buscar?

—No del todo, Jack, pero creo que he progresado un poco.

—Bueno, si hay algo que pueda hacer para ayudar, hágamelo saber.

Alexander consideró sus palabras.

—Puede que haya algo, Jack. Soy un poco reacio a mostrar mi cara en la posada, ya que

parece ser un faro para los visitantes. Si por casualidad te encuentras allí, tal vez podrías estar atento a cualquier cotilleo sobre dos familias locales: los Mossop y los Tweddle.

—Supongo que puedo hacer eso, señor. No tengo mucho más que hacer por la noche y soy proclive a beber una jarra de ale.

Alexander volvió al trabajo, con una sonrisa irónica en los labios. Parecía que tenía la confianza del cochero, pero no estaba seguro de merecerla. Si Jack supiera lo cerca que había estado antes de besar a lady Georgianna, quizá cambiaría de opinión. Su motivación para atraerla contra él había sido pura; solo había deseado evitar su caída y estabilizarla. Casi había esperado que ella se estremeciera como antes, pero no fue así. Esos grandes ojos habían contenido sorpresa y confusión. Cuando le había susurrado al oído, ella había sentido un pequeño temblor que, sin duda, no había sido causado por el disgusto. Su pulso se había acelerado ante su respuesta y sólo la serena compostura con la que ella le había agradecido lo había hecho volver en sí. Sacudiendo la cabeza, se centró nuevamente en su tarea. No debía distraerse de su propósito o su padre empezaría a inquietarse.

Cuando entró en la casa esa tarde, sólo encontró a lady Colyford y a lady Georgianna en el salón.

—Espero que la señorita Felsham no esté indispuesta de nuevo.

—No, goza de buena salud —le aseguró lady Colyford—. Es la señorita Ravenchurch la que no se encuentra bien. La señorita Felsham la está cuidando. La relevaré después de cenar.

—Espero que no sea nada grave, señora.

—Esperemos que no —dijo lady Colyford, pensativamente.

—Si lo desea, puedo ir a buscar al médico —ofreció Alexander.

Lady Colyford sonrió.

—Es usted muy amable, señor Knight, pero espero que no sea necesario —cambiando rápidamente de tema, dijo—: Cuando salí hace un rato, no pude evitar darme cuenta de que había quitado las tres rocas de mi huerta. Gracias.

—Ha sido un placer, lady Colyford. No estoy acostumbrado a no hacer nada.

—No, supongo que usted no lo está. ¿Hace cuánto tiempo que dejó el ejército?

—Un poco más de tres meses, señora.

—¿Y qué puesto ocupaba?

Alexander se mostró reacio a mentir descaradamente a su anfitriona y frunció el ceño.

—¿Quizá no le gusta hablar de esa época, señor Knight? —dijo lady Georgianna—. Supongo que le trae recuerdos dolorosos.

Él le sonrió con agradecimiento.

—Así es, señorita.

Sally entró en la habitación con una carta en la mano.

—Un mozo de cuadra ha llegado cabalgando desde Brigham, señora. Ha traído esto y está esperando una respuesta. La cocinera ha retrasado la cena media hora para que tenga tiempo de contestarle, ya que él desea volver antes de que anochezca. Dice que la luna no estará llena hasta dentro de cuatro días y que no recorrerá estos caminos de noche sin su iluminación completa.

—Gracias, Sally. La contestaré de inmediato —cogió la carta con bastante cautela, esquivando una gran mancha de grasa transferida por los dedos de la muchacha, y se acercó a un escritorio que estaba colocado en un discreto rincón de la habitación. Empezó a examinar su contenido.

Alexander sintió que sus sentidos se agudizaban y su mente daba vueltas. ¡Cuatro días! El muchacho Mossop había levantado cuatro dedos. Dentro de cuatro días habría luna llena y, si la

noche estaba despejada, sería la ocasión perfecta para una cita secreta.

—¿Señor Knight?

Él se rio.

—Me ha pillado soñando despierto otra vez, lady Georgianna. ¡Merezco ser azotado por mi grosería!

Ella sonrió.

—No creo que ese castigo corresponda al delito, señor. Me conformaré con conocer sus pensamientos.

—Georgianna, hemos sido invitadas a visitar a lady Brigham por unos días. Su hijo le ha hablado de vuestro encuentro casual en el camino y desea conocerte. Estoy tentada; soy muy consciente de que tengo poco que ofrecerte en cuanto a entretenimiento, y llevo unos meses sin verla.

Georgianna apartó a regañadientes la mirada del señor Knight.

—Soy muy feliz aquí, tía, y no necesito ser entretenida. Sin embargo, si te proporciona alguna diversión visitar a tu amiga, estaré encantada de acompañarte.

Alexander sintió que su propia burbuja de emoción estallaba.

—¿Usted cree que Allerdale es el hombre adecuado para entretener a lady Georgianna?

Lady Colyford levantó las cejas con altivez.

—Me parece usted presuntuoso, señor.

—No pretendo serlo. Sólo he visto al hombre una vez, pero estoy al tanto de su reputación.

—Él es una criatura muy diferente cuando está bajo la vigilancia de su madre —dijo bruscamente lady Colyford—. No apruebo el modo en que se comporta cuando está en la ciudad, pero le pediría que recuerde que es mi ahijado. No siempre ha sido tan problemático como ahora, pero ha sufrido mucho la muerte del joven que se ahogó en el lago y ha buscado distracción de diversas maneras. Lady Georgianna no correrá peligro ahora que él sabe que es mi sobrina.

—No puedo negar conocimiento superior, señora —dijo con frialdad, convertido repentinamente en un marqués.

Lady Colyford lo miró intensamente durante un momento, con una leve sonrisa curvando sus labios.

—No crea que lo sabe todo, señor Knight, o será un compañero de cena muy incómodo. La verdad es que esta tarde estoy un poco distraída. Me gustaría mucho visitar a lady Brigham; le tenía bastante cariño a Allerdale antes de que se volviera tan salvaje, y lo ayudaría si pudiera. Tal vez lady Brigham y yo podríamos conversar y descubrir una manera de mantenerlo en casa, donde siempre es más manejable. Pero debo admitir que el estado de la señorita Ravenchurch me preocupa.

Alexander se relajó un poco.

—Quizá usted debería llamar al médico.

—No es su salud física lo que me preocupa. A veces viaja al pasado y se cree de nuevo una jovencita. Suelo sacarla de esos pensamientos con un par de palabras mordaces, pero hoy sólo se ha alterado y su confusión ha aumentado. Ahora está sedada, y espero que después de un descanso vuelva a ser ella misma. Si no es así, no estoy segura de que deba dejarla.

—La señorita Felsham cuidará bien de ella, y puede estar segura de que estaré disponible si ella necesita ayuda.

—Gracias, señor Knight, eso me tranquiliza un poco. Leticia es ciertamente más paciente con ella en comparación conmigo, y si usted aceptara acompañar a la señorita Ravenchurch en caso de que Leticia necesite un descanso, me sentiría mucho más feliz.

—Considérelo hecho, señora.

—Y si su condición empeora, ¿podrías ir y avisarme? Brigham está a sólo dos horas.

—Sí, lady Colyford, lo haré.

—Muy bien, escribiré nuestra aceptación.

—¿Cuándo nos vamos, tía?

—El miércoles —contestó ella, con la pluma ya deslizándose por el papel.

Alexander no sabía muy bien cómo había pasado de no gustarle el plan a asegurarse de que se llevara a cabo, pero reconoció que lady Colyford había hecho muy bien en reprenderlo por su presunción; lady Georgianna no era asunto suyo. Además, él estaría mucho mejor sin esa distracción.

—¿Señor Knight?

Miró con arrepentimiento a lady Georgianna.

—Me preguntaba si estaba deseando reconciliarse con lord Allerdale. Después de todo, su primer encuentro resultó menos agradable de lo que podría haber sido.

—Tal vez —reconoció ella—. Pero, sinceramente, no puedo culpar a lord Allerdale por ello. Mis modales no fueron precisamente buenos.

—Sin duda, usted lo puso en su sitio —dijo secamente Alexander.

Georgianna hizo una mueca.

—Sí, y me encantó darle una impresión tan pobre de mí como la que yo tenía de él. Pero creo que todo el mundo merece una segunda oportunidad, ¿no cree?

—¿Se refiere a usted o a Allerdale? —preguntó Alexander, no del todo satisfecho con su respuesta.

—Ambos. Si mi tía le tuvo cariño en algún momento, él no puede ser del todo malo.

—Ya está hecho —dijo lady Colyford, levantándose de la silla—. Llévala a la cocina, Georgianna. Llamaría a Sally, pero preferiría que le llegara a lady Brigham sin grasa de pollo, sopa o cualquier otra cosa que estropee su aspecto.

—Por supuesto, tía Hester.

Habiendo decidido que estaría mejor sin la hermosa distracción que le proporcionaba lady Georgianna, Alexander se destrozó la cabeza en busca otra excusa para estar en su compañía antes de que ella se marchara.

Cuando ella regresó, le dijo:

—Si quiere dar otro paseo mañana, lady Georgianna, podríamos ir a Crummock Water.

—Gracias, señor Knight. Eso me gustaría mucho, pero sólo si es una caminata fácil, ya que los pies de Kate están bastante doloridos.

—Sí, he oído que tiene una ampolla del tamaño de un huevo de gallina.

Lady Georgianna se rio.

—He descubierto que es propensa a exagerar; no es tan grave como ha declarado. He tratado su herida con un ungüento hecho de bifolium que encontré en el almacén.

—Bien hecho, Georgianna —dijo lady Colyford.

—¡No suenes tan sorprendida, tía! ¿No te dije que leería tus recetas?

—Claro que sí, hija, pero lo que la gente dice y lo que hace no siempre es lo mismo.

—Espero cumplir siempre mis promesas. Debo admitir que las recetas me parecen fascinantes. ¿Tienes algún libro que explique por qué funcionan los remedios herbales?

—Me temo que no —admitió lady Colyford—. Me he limitado a copiar las recetas que he ido encontrando, pero hay una extensa biblioteca en Brigham, tal vez allí encuentres lo que buscas.



Georgianna se retiró temprano a la cama, dispuesta a reflexionar sobre los acontecimientos del día. Despidió a Kate en cuanto la ayudó a desvestirse, y se sentó en su tocador a cepillarse lentamente el pelo. Se había sorprendido al descubrir que Marianne no utilizaba gorro de dormir, pero desde esa noche en la posada, ella también había abandonado el hábito. No sólo se sentía más cómoda con su larga cabellera suelta, sino que también la reconfortaba de alguna manera.

Cuando comprobó que ya no tenía nudos en el pelo, dejó el cepillo con cuidado sobre la mesa y se miró en el espejo. Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro. Ya no se mortificaba por la delgadez de su rostro ni por los huesos que sobresalían de sus hombros; habían sido reemplazados por la suavidad de su expresión, el delicado color que había florecido en sus mejillas y la nueva conciencia de sí misma que acechaba en sus ojos.

Siempre se había sentido torpe e insegura; en el seminario había disimulado estos sentimientos manteniendo a todo el mundo a distancia hasta que Marianne y Charlotte habían traspasado de algún modo sus defensas. Había pensado que la terrible timidez de Charlotte era una debilidad despreciable, pero cuando su compañera de estudios había recibido una carta de su tía abuela invitándola a visitarla y había visto la incredulidad, la esperanza y el miedo en los ojos de Charlotte, se había percatado de que compartían la misma enfermedad: falta de autoestima y soledad extrema. Se había sentido avergonzada del manto de superioridad que había echado sobre sus propias debilidades, y la ingeniosa Marianne no había tardado en desenmascarar su hipocresía.

Que lo hubiera hecho con humor y no con crueldad decía mucho de su carácter. Georgianna había descubierto que compartía el humor de Marianne, aunque no la libertad para expresarlo. Pero Marianne había crecido con la seguridad del amor de sus padres y había sido alentada a formar y expresar sus opiniones, por escandalosas que fueran.

Sólo ahora que conocía a su tía, Georgianna podía apreciar realmente el valor de la familia. Entre ellas existía un vínculo innegable. Sus similitudes físicas eran evidentes, pero eso no era lo que las unía. Su tía tenía un espíritu independiente y una franqueza que ella admiraba y reconocía en sí misma, a pesar de que su madre había intentado sofocar esos rasgos en todo momento.

La sonrisa de Georgianna se ensanchó y su expresión se suavizó aún más. No podía negar que el señor Knight también había contribuido a su transformación. Ella había sido testigo de cómo lady Brancaster y Marianne florecían bajo las atenciones de un caballero, pero no acababa de comprender sus reacciones. Desde luego, no las había envidiado; le habían parecido absurdas, incómodas y contradictorias; en un momento eran las mejores amigas y al siguiente apenas se reconocían.

Ahora creía entender un poco mejor esas reacciones. El señor Knight la hacía sentir femenina, atractiva y protegida. Ella era muy consciente de su tamaño, su olor y su virilidad. Reconocía que se sentía atraída por él y que no era una experiencia desagradable, pero sabiendo que él era completamente inelegible, no había permitido que su corazón dominara su cabeza.

Mañana pasearía con él y disfrutaría de su creciente amistad, así como de estas nuevas sensaciones. El miedo que había sentido brevemente cuando él la había sostenido tan cerca se debía a que esas sensaciones eran nuevas y extrañas, pero estaba segura de que eran naturales. Deseaba explorarlas y examinarlas más de cerca. Si podía sentir algo así por un simple don nadie, ¿había alguna esperanza de que encontrara a alguien más idóneo para el matrimonio que también le inspirara esos sentimientos?

Aunque no tenía del todo claro lo que ocurría entre un hombre y una mujer en la intimidad de

su alcoba, estaba segura de que una atracción mutua debía hacerlo mucho más soportable. La repugnancia de su madre ante lo que ella llamaba el maltrato de su padre, debía provenir no sólo de su naturaleza fría, sino de una falta de respeto y atracción hacia él. Georgianna no cometería el mismo error.

CAPÍTULO 10



Georgianna cogió su sombrilla y salió de su dormitorio. No había dado más que unos pasos cuando oyó el ruido de una puerta abriéndose en el rellano. Al volverse, vio a la señorita Ravenchurch salir de su habitación vestida sólo con su camisón.

—Lydia —dijo en tono quejumbroso—. No me importa que cojas prestada mi sombrilla, estoy segura, pero deberías haberme preguntado antes.

Georgianna la apoyó contra la pared, le dijo a Kate que la esperara abajo y se dirigió rápidamente hacia ella, preocupada. Nunca había oído hablar así a la señorita.

—Señorita Ravenchurch, se equivoca, la sombrilla es ciertamente mía.

La cogió del brazo e intentó conducirla de nuevo a su habitación, pero retrocedió rápidamente cuando la señorita Ravenchurch la apartó con sorprendente fuerza, con el ceño fruncido en su rostro habitualmente amable.

—Vas a dar un paseo con el señor Antsy, ¿verdad? No sólo me has robado la sombrilla, sino que también quieres robarme mis sueños y esperanzas.

—¡No! El señor Knight es quien va a acompañarme.

La señorita Ravenchurch parecía confundida.

—¿El señor Knight?

Georgianna la cogió del brazo con más firmeza esta vez, la condujo de nuevo a su habitación y la llevó hasta la ventana.

—No soy Lydia, y no estamos en la ciudad sino en Buttermere. Mire por la ventana y verá el lago.

La señorita Ravenchurch miró sin comprender por la ventana, con miedo y confusión en los ojos. Al cabo de unos instantes, se volvió hacia Georgianna y sonrió.

—Buenos días, querida. Qué amable de tu parte visitarme. Debí haberme quedado dormida esta mañana. Es escandaloso que aún no me haya vestido.

—¿Cómo estás esta mañana, Agnes?

Ambas se volvieron hacia la señorita Felsham, quien estaba de pie en la puerta abierta.

—Estoy muy bien, gracias, Leticia. Aunque no entiendo cómo llegué a dormir tanto esta mañana.

La comprensiva sonrisa de la señorita Felsham contenía algo más que una pizca de alivio.

—Eso no importa, Agnes. Te dejo para que te vistas. Creo que el señor Knight la espera abajo, lady Georgianna.

—Gracias. Iré enseguida.

La señorita Felsham cerró la puerta suavemente tras ellas.

—Lady Georgianna, ¿le importaría decirme qué estaba haciendo en la habitación de la

señorita Ravenchurch?

Georgianna explicó brevemente su encuentro.

—Oh, querida —dijo suavemente la señorita Felsham—. Ella está empeorando.

Georgianna expresó la sospecha que había pensado más de una vez.

—¿Se está volviendo loca?

—Supongo que es un tipo de locura —suspiró la señorita Felsham—. Mi padre también la padeció durante bastante tiempo. Prefiero pensar que es una enfermedad para la que, por desgracia, no hay cura. Sus últimos años fueron muy difíciles y problemáticos. Vine aquí a descansar cuando todo terminó por fin, pero encontré tanta paz que me quedé y, además, me gusta que me necesiten, ¿sabe? Y en ese momento, sentí que Hester necesitaba una amiga.

—¿En ese momento?

—Sí, estoy empezando a pensar, sin embargo, que en lugar de ayudarla, tanto yo como ahora la señorita Ravenchurch, más bien la estamos entorpeciendo.

—No lo entiendo —dijo Georgianna.

La señorita Felsham le sonrió amablemente.

—Tu tía tiene un corazón muy bondadoso y asume sus obligaciones con mucha seriedad. Pero las obligaciones a veces pueden impedir que una persona busque su propia felicidad.

—Estoy segura de que mi tía no la ve como una obligación, señorita Felsham. Me ha dicho que le sienta muy bien teneros aquí.

—Es bueno saberlo, lady Georgianna. Ahora, ya la he entretenido bastante. No deje que el incidente de esta mañana la desanime. Vaya y disfrute de lo que el día le ofrezca.

Georgianna cogió su sombrilla y bajó corriendo las escaleras. Encontró al señor Knight esperándola fuera de la casa.

—Siento haberlo hecho esperar, señor.

—Es el privilegio de una dama, creo —dijo él con una pequeña sonrisa.

Ella arqueó una ceja.

—Suelo ser muy puntual, se lo aseguro.

El incidente con la señorita Ravenchurch la había inquietado un poco y caminaba junto a su acompañante en silencio reflexivo, con los ojos fijos en el sendero frente a ella,

—Es usted una paseante enérgica, señorita. Es refrescante caminar con una dama que no se mueve a paso de tortuga.

Levantó la mirada, sorprendida al descubrir que ya se acercaban al final del camino.

—Debo disculparme de nuevo, señor —dijo con arrepentimiento—. Esta vez he sido yo la que ha estado soñando despierta.

—Parece bastante preocupada —reconoció—. ¿Qué le preocupa?

—La señorita Ravenchurch. Estaba confundida y alterada esta mañana. Creyó que yo le había robado su sombrilla y al caballero por el que alguna vez sintió cariño.

—¿La ha asustado? —preguntó, frunciendo el ceño.

Georgianna se apresuró a negarlo.

—No. Me sentí triste y sorprendida, pero no alarmada.

—He visto a hombres perder un miembro y a otros que han perdido el juicio. Creo que es preferible la primera lesión. La vida no puede tener significado una vez que una persona ha perdido todo el sentido de lo que es.

—¿Alguno de los hombres que perdieron el juicio se recuperó?

—Para algunos fue sólo una locura temporal.

Le sonrió con tanta dulzura que Georgianna, inconscientemente, dio un paso más hacia él,

como si buscara más seguridad.

—Pero fue un tipo de locura diferente a la que sufre la señorita Ravenchurch, creo —dijo suavemente—. Ella no ha sufrido grandes sobresaltos ni ha sido testigo de acontecimientos que puedan perturbar su mente mucho después de ocurridos. El cuerpo se debilita inevitablemente con la edad, ¿no es así?

Georgianna ladeó la cabeza mientras consideraba sus palabras.

—¿Está sugiriendo que la mente también lo hace?

—Ciertamente no es inevitable; mi padre es tan ingenioso como siempre lo fue. Pero he oído hablar de otros dos casos con síntomas similares a los de la señorita Ravenchurch. Uno de los soldados con los que serví, recibió una carta informándole de la muerte de su abuelo. Había empezado a comportarse como si volviera a tener veinte años, en lugar de ochenta. Hacía años que no montaba a caballo, pero una mañana se marchó diciéndole a uno de los mozos de cuadra que se iba de caza. La caza sólo estaba en su mente y terminó en desgracia al intentar saltar un seto.

—Quizá usted tiene razón —dijo Georgianna, pensativa—. Tiene cierto sentido. Si una persona ya no tiene mucho que esperar, no es inconcebible que su mente prefiera rememorar tiempos más felices. ¿Qué pasó en el otro caso?

—Cuando yo estaba en el colegio, tenía un amigo cuya tía abuela estaba alojada en una casa de campo en su finca. Tenía dos asistentes que la cuidaban. Cuando él la visitaba, ella solía confundirlo con otra persona y le presentaba a personas que no estaban allí y las incluía en la conversación. Pero, al parecer, ella era muy feliz mientras nadie intentara contradecirla.

Habían llegado al camino. Mirando por encima del hombro, vio que Kate iba algo rezagada y cojeaba bastante.

—Lo siento, milady, pero no creo que pueda ir mucho más lejos.

Georgianna sintió una punzada de decepción. Su conversación le había parecido interesante y estimulante.

—No, claro que no, Kate. Volveremos a la casa inmediatamente y le echaré otro vistazo a tu talón.

Miró de reojo al señor Knight. Si él también estaba decepcionado, lo disimuló bien. Él miró a la criada un momento y luego bajó la mirada y sonrió.

—Tengo una sugerencia. Hace un rato bajé el bote al agua; aún no he cumplido mi promesa de pescar algo para lady Colyford. Si no le parece aburrida la idea, podría remar un poco hacia el lago y probar suerte. Si su criada se sentara en el banco que hay al final del jardín, podría a la vez apoyar el pie y tenerla a usted a la vista.

—Me parece una idea espléndida, señor Knight. Nunca había estado en el agua.

Cada uno cogió uno de los brazos de Kate para que pudiera aliviar la mayor parte del peso de su pie herido. Avanzaban necesariamente despacio y, al cabo de unos momentos, el señor Knight dijo:

—Yo podría llevarte en mis brazos si tú lo permitieras, Kate.

—Pues no lo permito —dijo bruscamente—. No quiero ser desagradecida, señor, pero prefiero cojear si no le importa. No quiero que me cargue sobre sus hombros como si fuera un saco de patatas. Tengo que considerar mi dignidad ahora que soy una dama de compañía.

Satisfecha por la insinuación de que el señor Knight estaba deseoso de estar solo en su compañía, y divertida por la recién descubierta dignidad de Kate, Georgianna soltó una risita.

—Tienes toda la razón, Kate. Pero, ¿has pensado que, como los dos somos mucho más altos que tú, tus pies se despegan del suelo como si fueras una niña pequeña balanceada entre dos

adultos? Creo que te darás cuenta de que el señor Knight es muy capaz de cargarte delante de él de una manera bastante irreprochable.

Kate graznó cuando, sin esperar más estímulos, él la alzó en sus brazos y aceleró el paso. El día era caluroso, pero cuando la bajó al banco, ni una gota de sudor humedeció su frente. Hizo una elegante reverencia ante la criada y sonrió.

—Me alegra poder informarte, Kate, de que no pareces en absoluto un saco de patatas ni ninguna otra verdura.

Olvidando su dignidad, la chica soltó una risita.

—¡Lárguese, señor!

Georgianna se acomodó en el asiento de proa, colocó la sombrilla sobre su cabeza y sonrió mientras el señor Knight manejaba los remos con eficacia. Señaló con la cabeza el cubo que yacía en el suelo entre ellos.

—Espero que la presencia de ese objeto no signifique que el barco tiene una fuga. Sería indigno para *mí* tener que achicar agua.

—¿Lo sería? —dijo él, con un cálido brillo en los ojos—. Debe perdonarme si me permito dudar de usted, señorita. A mí me parece que usted es feliz poniendo su mano en cualquier cosa que requiera ayuda, ya sea aplicar ungüento al talón de su criada o hacer un vestido para un bebé sin padre. Es amable y práctica.

—Pero me interesa asegurar la pronta recuperación de Kate, e hice el vestido ante la insistencia de mi tía; ella siente cierta compasión tanto por la madre como por el infante.

—Por supuesto, ¿y supongo que le dio a la otra niña su lazo porque no le gustaba el objeto? Debe aprender a aceptar los cumplidos y la admiración con más gentileza, señorita.

Georgianna no pasó por alto la insinuación de un suave reproche en su tono, y se ruborizó. Con incurable honestidad, dijo:

—Tal vez, pero no estoy acostumbrada a ninguna de las dos cosas, señor.

—Entonces debe acostumbrarse. Vamos a jugar a un juego. En este momento no estamos deslizándonos silenciosamente sobre el lago, sino en un salón de baile abarrotado. En este momento estamos disfrutando de un vals...

Georgianna sonrió, pero dijo:

—No conozco el baile, señor, ni la señorita Wolfraston, a cuyo seminario asistí, ni mi madre aprobaban el vals.

—Una lástima, creo que habría disfrutado bailando el vals con usted; habríamos podido mantener una conversación sin que se me formara un calambre en el cuello. Tal vez estemos disfrutando de un cotillón o un reel... no, me he decidido por el vals. Tendrá que usar su imaginación, lady Georgianna.

Georgianna no creía que su imaginación fuera uno de sus puntos fuertes, pero, de algún modo, le resultó fácil imaginarse dando vueltas por la pista en los brazos del hombre.

—Muy bien. Estamos disfrutando de un vals. Acaba de pisarme el vestido y me ha rasgado el volante...

—¡No lo he hecho! Nunca he sido culpable de un movimiento a tan torpe.

—Me temo que se equivoca. Ciertamente acaba de rasgar mi volante. Vamos, vamos, señor Knight, ¡use su imaginación!

—Touché —reconoció, soltando brevemente un remo para levantar la mano. Luego volvió a alzarlo, pero se desentendió de ellos mientras le sostenía la mirada a Georgianna—. Estoy mortificado, señorita. Nunca me había pasado algo así, pero nunca antes había contemplado unos ojos como los suyos. Brillan como el zafiro más fino.

—Lo comprendo perfectamente, señor Knight —dijo cortésmente—. Qué inconveniente debe ser para usted; apenas estoy empezando a apreciar su valentía. Si pierde el control de sus pies cada vez que se encuentra con el brillo de una joya, cada baile al que asiste debe ser una dura prueba para usted.

Él se rio.

—Me merecía esa réplica, supongo. Mi cumplido fue bastante trillado.

—Si —coincidió Georgianna—. Pero trillado o no, estoy segura de que muchas damas lo disfrutarían. Preferí sus primeros cumplidos porque elogiaba algo útil que había hecho en lugar de mi aspecto. Se lo agradezco. Ahora, pongamos fin a nuestro juego; creo que prefiero deslizarme sobre este lago que sobre el suelo de un salón de baile.

—Yo también —reconoció—. El balde no es para achicar agua, sino para meter los peces que capture hasta que vuelva a la orilla.

Georgianna lo vio tirar de los remos y coger la caña que había en el suelo del bote. Mientras él preparaba el sedal, ella cerró los ojos e inclinó la cara hacia el sol. Al cabo de un momento, recolocó la sombrilla para que volviera a estar a la sombra. Le parecía un poco ridículo que una dama tuviera que tener siempre la piel pálida; tanto el señor Knight como su tía tenían un aspecto atractivo y saludable con su piel bronceada. Suspiró. Si volvía a casa habiendo disgustado a su madre una vez más, no le extrañaría terminar encerrada en su habitación sin poder salir hasta que llegara el siguiente pretendiente elegido por su madre.

Se percató de que sabía muy poco de su acompañante y de que le habría gustado preguntarle por su familia, pero eso sólo invitaría a indagaciones inoportunas sobre la suya. Tampoco podía preguntarle por su tiempo como soldado, pues él ya había dado a entender que prefería no hablar de ello. A ella no le gustaban las charlas triviales y, al parecer, tampoco al señor Knight. Permanecieron en un agradable silencio hasta que un gran pájaro llamó su atención mientras planeaba grácilmente en el cielo sobre sus cabezas.

—¿Qué pájaro es ése?

Alexander la miró y una pequeña sonrisa curvó sus labios.

—Siempre tan curiosa. No debería sorprenderme; recuerdo que, cuando nos conocimos, dijo que quería entender el mundo.

—¿Eso es muy extraño?

—No extraño, sino inusual. Mi experiencia con las mujeres no es muy amplia —admitió—. Pero muchas de las que he conocido han estado más interesadas en cómo capturar a un marido o qué color de capota complementaría mejor su vestido, en lugar de averiguar el motivo del funcionamiento de un remedio herbal o el nombre de un pájaro.

—Entonces, acordemos que soy un poco inusual. He decidido aceptarlo en lugar de preocuparme por ello. Ahora, señor Knight, sigo esperando el nombre de ese pájaro.

Alexander miró hacia el cielo.

—Es el enemigo, lady Georgianna.

Ella enarcó una ceja.

—Es un águila pescadora y desea capturar mis peces.

Mientras hablaba, el animal cayó en picado hacia el lago, estabilizándose en el último momento para que sus garras entraran primero en el agua. Se elevó triunfante, con un pez entre sus garras, cuya cola se retorció en un vano intento de escapar.

—Parece que el águila pescadora lo ha conseguido —dijo secamente—. Debe reconocer su derrota, señor.

—¡Nunca! —chilló Alexander, mientras su sedal se tensaba—. Ahora veremos lo práctica

que es, lady Georgianna. Puede que necesite ayuda para capturarlo, ¡ya que no tengo red!

Miró sus guantes blancos con cierta consternación, se encogió de hombros y se los quitó apresuradamente.

Cuando Alexander sacó el sedal del agua, una gran trucha se retorció en su extremo. La balanceó hacia el bote, pero, de alguna manera, el pez se soltó del anzuelo, dio una voltereta en el aire y aterrizó a escasos centímetros de las botas de Georgianna. Respirando hondo, se agachó y lo cogió con ambas manos, hizo malabares con él por un momento y luego lo volcó en el balde.

—Bravo —dijo Alexander—. Y ni un grito ni un chillido.

Georgianna se inclinó sobre el bote y se lavó las manos en el agua.

—No soy propensa a gritar ni a chillar, así que adelante, pesque otro; una trucha no será suficiente para la cena.

Después de capturar su tercer pez, Georgianna cogió sus guantes.

—Será mejor que volvamos.

La brisa había ido en constante aumento y, cuando una pequeña ola sacudió el bote, ella dejó caer uno. Flotó sobre una corriente de aire como una paloma blanca durante unos metros antes de sumergirse grácilmente en la superficie del agua.

Alexander alcanzó un remo y lo sujetó hábilmente por la pala. Lo levantó en el aire como un jinete medieval alzando la prenda de su dama.

—Caballero por nombre, caballero por naturaleza —murmuró Georgianna, cogiendo el objeto mojado del remo.

Él sonrió.

—Puede estar segura de que mataré a todos los dragones que la amenacen, señorita.

Alexander arrastró el bote hasta la playa y ayudó a Georgianna a bajar. No la soltó de inmediato una vez que hubo pisado la orilla, sino que se inclinó y besó el dorso de su mano descubierta. Ella la miró un momento, sintiendo un cosquilleo.

—Gracias por su ayuda, hermosa doncella.

Ella levantó la mirada y se rio.

—No se preocupe, caballero.

La sonrisa de Georgianna se desvaneció lentamente. El cálido brillo dorado de sus ojos la hipnotizó. Expresaba admiración y algo más que ella sospechaba que podía ser deseo. ¿Eso también se reflejaba en sus propios ojos? Si el roce de sus labios en su mano podía provocarle un cosquilleo, ¿qué ocurriría cuando entraran en contacto con su boca? Sospechó que estaba a punto de descubrirlo al ver que señor Knight bajaba lentamente la cabeza hacia la suya. ¿Debería huir o satisfacer su curiosidad? Cuando sus labios estuvieron a un suspiro de distancia, Georgianna dio un paso atrás y sacudió la cabeza.

—Debo ver a Kate —dijo con voz ronca.

Recogió sus faldas y subió a toda prisa por la pequeña orilla que separaba el lago del jardín, con el corazón martilleándole en el pecho. ¿En qué estaba había estado pensando? Le gustaba el señor Knight y había descubierto que disfrutaba de su compañía, pero no podía haber futuro para ellos. No era propio de ella ser tan impulsiva. Estaba claro que la atracción era algo poderoso y peligroso si era capaz de imponerse a todo sentido y razón.

Se sonrojó. Su reticencia siempre había sido su armadura; la había protegido del odio de su madre y había sofocado sentimientos dolorosos que podrían haberla destruido si los hubiera examinado con más detenimiento. Tal vez no era sorprendente que quisiera explorar los agradables sentimientos que el señor Knight despertaba en ella, pero, sin duda, era una tontería. Con sus ojos dorados y sus rizos leonados, él le recordaba a un león manso, pero no era tan

ingenua como para no saber que, cuando se despertaban las pasiones de un hombre, éste podía ser peligroso. Solo necesitaba ver la situación de Molly Tweddle o la de la señorita Eliza Williams en la novela que acababa de terminar de leer. No era que quisiera establecer una comparación entre Willoughby y el señor Knight; estaba segura de que no era un canalla. Sin embargo, ¿un verdadero caballero habría intentado besarla cuando apenas se conocían? Suspiró. Si era un hombre de recursos modestos, ¿la dote de la hija de un conde no sería tan atractiva como ella misma? Frunció el ceño. No, ella no creería eso de él, ese era el pensamiento de la vieja Georgianna. No volvería a ponerse la armadura, pero se aseguraría de que su sensatez habitual prevaleciera sobre su sensibilidad recién descubierta y, además, procuraría no volver a quedarse a solas con el señor Knight antes de que partieran hacia Brigham.



Alexander se pasó la mano por el pelo, se dio la vuelta y arrastró el bote un poco más hacia la playa de guijarros. Estaba innegablemente flechado por lady Georgianna Voss. Era como un capullo de rosa que iba desplegando sus pétalos lento pero seguro. No le cabía duda de que también se sentía atraída por él y, sin embargo, había demostrado tener más control que él por segunda vez. Su inocencia debería haber sido protección suficiente contra un beso robado, y él era un canalla por desear darle uno sin tener intenciones serias hacia ella. No pudo evitar preguntarse si ella habría resistido la tentación con tanta facilidad de haber sabido que él era el hijo de un duque.

Mantuvo la mirada perdida en el fondo del bote. Ese pensamiento era indigno de él; no había nada falso en ella. Su padre había hablado de sentir algo más que atracción por su madre, ¿había algo más entre él y lady Georgianna? Desde luego, le gustaba e incluso la admiraba. No había incomodidad en los silencios que se habían producido entre ellos en el bote, sino una sensación de compañerismo. ¿Debería confiar en ella? Cada vez se sentía más incómodo en su engaño.

Frunció el ceño y se agachó para coger el balde del bote, pero se detuvo cuando algo brilló entre dos tablas de madera. Sus dedos eran demasiado grandes para sacarlo, así que introdujo el extremo de la caña. Después de sacudirla un poco, salió. Lo cogió y se enderezó, consciente del repentino y fuerte latido de su corazón en los oídos. Era unas mancuernillas esmaltadas con el león del escudo de su familia. Se sentó en una roca cercana y las colocó en la palma de su mano. Debieron haber pertenecido a James. La barca de remos de lady Colyford había sido la misma que zarpó ese fatídico día. Supuso que no debería sorprenderse; el padre de Allerdale era el dueño de la propiedad y, después de todo, ella era su madrina.

Sintió un fuerte impulso de dejar de fingir e interrogarla con más detenimiento, pero sabía que no debía precipitarse. Su mano se cerró en torno a las mancuernillas y su mente se aclaró. No había ninguna razón para sospechar que la muerte de su hermano no había sido un accidente, y no tardaría en escuchar el relato completo del propio Allerdale. También tenía que considerar a Molly Tweddle. Tanto lady Colyford como su sobrina sentían cierta compasión por la muchacha. Si él revelaba que había venido a averiguar la verdad de sus afirmaciones de la chica, podrían verlo con cierta hostilidad por dudar de ella. Sólo faltaban tres días para la luna llena y, con suerte, entonces tendría la prueba que buscaba.

Llevó el pescado a la cocina y luego volvió al granero para colocar las mancuernillas en un lugar seguro.

—Me iré mañana para llevar a las damas a Brigham, señor Knight. Lady Colyford ha decidido partir un día antes de lo previsto. Siento no poder serle de más utilidad.

Alexander asintió distraídamente.

—No pienses en ello, Jack.

—No obstante, esta noche bajaré a la posada y estaré atento.

—Muy amable de tu parte, Jack. Solo no bebas ale con demasiada libertad, ¿sí? Aparentemente, sólo son dos horas hasta Brigham, pero los caminos no están en las mejores condiciones.

El viejo cochero frunció el ceño.

—No necesito que me diga lo que tengo que hacer, señor. Nunca he tenido un accidente y no pienso empezar ahora.

Alexander levantó las manos.

—Tranquilo, viejo. Estoy seguro de que eres prudente.

Esa noche cenaron todos juntos. La mayor parte de la conversación giró en torno al viaje a Brigham.

—He decidido que nos vayamos mañana, Georgianna. Ya le he dado instrucciones a Kate para que empaque tus cosas. Brigham está muy cerca de Cockermouth y el señor Peeks entregará una nota por mí informando a lady Brigham de nuestra pronta llegada cuando vaya a buscar el correo.

—Sí, lo sé, tía. Encontré a tu criada instruyendo a Kate sobre cómo empacar. Fue muy amable de su parte. También ha dicho que cuidará de mí en Brigham.

—Creo que ella está disfrutando de la diversión —dijo lady Colyford—. Rara vez entretenemos o visitamos a alguien, por lo que ella suele tener muy poco que hacer. Kate atenderá a la señorita Felsham en tu ausencia.

—No debes preocuparse por la señorita Felsham mientras no estés —dijo la señorita Ravenchurch—. Cuidaré muy bien de ella.

—Gracias, Agnes —dijo lady Colyford.

La señorita asintió.

—Y luego, por supuesto, tenemos a lord Somerton para que nos proteja. Debo decir que es agradable tener a un hombre por aquí.

A pesar de que el corazón le latía a mil por hora, Alexander levantó la mirada luciendo despreocupado y enarcó una ceja. Lady Colyford lo miró atentamente un momento antes de decir:

—Creo que te referías al señor Knight, Agnes.

La señorita Ravenchurch se puso nerviosa.

—Oh, sí, por supuesto. Qué tonta he sido. No sé por qué no se me había ocurrido antes, pero usted, señor Knight, tiene un parecido asombroso con lord Somerton, quien en ese entonces era heredero del duque de Rushwick. No pude haberlo visto más de dos veces, pero sus ojos eran tan inusuales que no era fácil olvidarlo. Debe de ser el duque ahora, si no ha muerto, pues no era un hombre muy joven, ni siquiera en esa época.

Alexander se limitó a sonreír, sin querer mentir todavía más. Entonces, la señorita Ravenchurch se volvió hacia lady Colyford.

—¿Lo recuerdas, Hester?

Lady Colyford negó con la cabeza y se levantó bruscamente, indicando que la cena había terminado.

—Fue hace mucho tiempo, Agnes.

Alexander se levantó con las damas y fue a abrirles la puerta.

—Le deseo un buen viaje y una agradable estancia en Brigham, lady Colyford.

—Gracias, señor Knight. Estoy segura de que puedo confiar en usted para que vigile todo en mi ausencia.

—Por supuesto. Por favor, siéntase libre de asignarme cualquier tarea que considere útil mientras lady Colyford esté fuera, señorita Felsham.

Ella sonrió y coló una mano en el brazo de Alexander.

—Gracias, señor Knight. Puede estar seguro de que lo haré. Es un consuelo tenerlo cerca; hay algo muy tranquilizador y fiable en usted.

Lady Georgianna fue la última en salir de la habitación. Al pasar a su lado, él le dijo en voz baja:

—Por favor, cuídese, señorita. Tenga cuidado con Allerdale. Está en apuros y, según mi experiencia, los hombres que están en serios problemas pueden comportarse de forma impredecible.

Ella enarcó una ceja.

—¿Y usted está en serios problemas, señor Knight?

Él sonrió con arrepentimiento.

—Espero que no, señorita. Pero si lo estoy, me temo que la culpa es suya.

La otra ceja de Georgianna se unió a la primera.

—Entonces tal vez sea mejor, señor, que me vaya.

La frágil armonía que había surgido entre ellos parecía haber llegado a su fin. Alexander regresó al establo, se cambió rápidamente y ensilló su caballo. No quería sentarse cruzado de brazos mientras esperaba a Jack. Aunque el crepúsculo se acercaba, habría suficiente luz de la luna cuando cayera la oscuridad si él no se desviaba del camino.

Atravesó el pueblo y siguió la ruta que bordeaba Crummock Water, dejando que su montura disfrutara del galope. Giró al llegar al extremo del lago y emprendió el camino de vuelta a un trote más tranquilo. El sol se deslizaba detrás de las montañas y el cielo encendido teñía de ámbar el lago. Su padre no había venido aquí después de la muerte de James y se había referido al lugar como uno abandonado por Dios. Se equivocaba. Era sublime. Eso lo reconfortó de cierta manera. Si su hermano había muerto antes de tiempo, mejor aquí que en un sórdido bar de la ciudad o en un campo de batalla.

Jack había regresado cuando cruzó las puertas de La Cabaña del Lago. Salió a su encuentro y cogió las riendas cuando hubo desmontado.

—Estoy preparando café. Vaya y sírvanos una taza mientras me ocupo de esta buena bestia.

Alexander obedeció, se sentó en la caja volcada y sujetó la taza de hojalata entre las manos. La noche había descendido y el aire estaba helado. Jack no tardó en unirse a él.

—En mi opinión, se avecinan problemas. El joven Mossop estuvo allí esta noche; Thomas es su nombre.

—¿Qué te dijo?

—Nada —dijo Jack.

—Entonces, ¿cómo sabes que se avecinan problemas?

—Él no habló con nadie. Sólo se sentó en un taburete junto a la barra, mirando por turnos su jarra y bebiendo de ella con un rostro tormentoso.

—¿Como si estuviera ahogando sus penas?

—Exactamente. Y entonces entró el muchacho Tweddle. Thomas se puso en pie, con los puños apretados como si estuviera preparado para un lance. El casero mantuvo la cordura, lo reconozco. Se inclinó sobre la barra, lo sujetó por el hombro y le dijo que se fuera a casa.

—¿Y lo hizo?

—Sí, pero pateó una silla al salir.

—¿Y qué hay del chico Tweddle?

—Sam Tweddle es un buen tipo —dijo Jack—. Se limitó a sacudir la cabeza y pedir su bebida. Se mostró encantado de hablar en términos generales. Por supuesto, le pregunté qué le pasaba al mocoso infeliz.

—¿Y?

—Me dijo que la vida era demasiado corta para guardar viejos rencores, pero que había algunos insensatos, su padre incluido —Jack se levantó, estiró la espalda y bostezó—. Será mejor que me vaya a la cama si quiero estar en condiciones para mañana.

—Hazlo, Jack. Yo me ocuparé de las tazas y del fuego.

CAPÍTULO 11



Lady Colyford retrasó su partida hasta que estuvo completamente segura de que la señorita Ravenchurch se encontraba bien. Por la tarde, partieron hacia Brigham. Georgianna miraba por la ventana del carruaje, pero no veía nada del paisaje. Se sorprendió al darse cuenta de que estaba deseando volver a encontrarse con lord Allerdale; él había sido bastante divertido hasta que el señor Knight se les había unido y él se había vuelto hosco. Ella imaginó que su propio hermano podría llegar a ser muy parecido a él si no se le disciplinaba y se le permitía pensar sólo en sus propios deseos. Estaba interesada en ver el cambio de comportamiento que su tía le había asegurado al señor Knight respecto a lord Allerdale cuando éste se encontraba en casa.

Se sentía a la vez aliviada y perturbada por dejar atrás al señor Knight. Aliviada porque sabía que era un error alentar la innegable atracción que existía entre ellos, y perturbada porque le gustaba la persona en la que ella se convertía en su compañía.

—Estoy muy agradecida de que el señor Knight se ocupe de todo mientras estamos fuera, pero creo que le pediré que se vaya cuando volvamos, Georgianna.

Ella levantó la mirada rápidamente, y la idea de que su tía pudiera leer sus pensamientos cruzó brevemente su mente.

—¿Oh? —dijo, intentando parecer indiferente—. ¿Por qué, tía?

—No seas hipócrita, Georgianna. Os vi a los dos de pie junto al lago desde una ventana del piso de arriba, del mismo modo que hace muchos años estuve junto a otro lago con un hombre que era la viva imagen del señor Knight. Un hombre que también llevaba el apellido Knight, aunque tenía título.

Georgianna jadeó suavemente.

—¿Lord Somerton?

Su tía asintió.

—Sí, aunque no mucho después se convirtió en el duque de Rushwick. Por una vez, la señorita Ravenchurch no estaba confundida.

Georgianna empezaba a comprender por qué su tía le había pedido a Grantley que se sentara arriba del carruaje con Jack.

—Entonces, ¿el señor Knight está emparentado con este duque?

—Indudablemente. Sólo puede ser su hijo; lo supe en cuanto lo miré.

Georgianna frunció el ceño.

—Pero entonces, ¿por qué no tiene título? ¿Y por qué no has mencionado que conoces a su padre?

Apenas habían salido las palabras de su boca cuando volvió a jadear, esta vez más fuerte.

—Precisamente. La única explicación es que es hijo biológico de Rushwick.

—Pero habla de su padre con cariño.

—No es inaudito que los hijos ilegítimos de nobles de alta cuna sean colocados con un desconocido miembro de la familia y criados como propios. Pero la situación es aún más complicada. El joven que se ahogó en el lago el año pasado era su hermanastro.

Los ojos de Georgianna se abrieron de par en par.

—¿Y no crees que él debería saberlo?

—No, desde luego que no, y no debes mencionárselo. No le harás ningún bien informándole de ello y podrías causarle un dolor innecesario. Te digo todo esto porque no quiero que cometas un error tonto. ¡Nunca me perdonaría que la historia se repitiera!

—¿Qué ha pasado, tía Hester? —preguntó Georgianna en voz baja.

Lady Colyford cerró los ojos un momento.

—Tu madre ni siquiera conoce la historia completa —dijo en voz baja—. Si la conociera, nunca te habría enviado conmigo. Tu padre se horrorizará bastante cuando se entere de que ella lo ha hecho, pero al menos el orgullo del hombre ha garantizado que mi secreto se ha mantenido a salvo.

Georgianna vio indecisión y dolor en los ojos de su tía. Se inclinó hacia adelante y le cogió las manos.

—No dejemos que haya secretos entre nosotras, tía Hester. No pensaré mal de ti hagas lo que hagas. Agradezco que mamá me enviara a ti. Sólo me has mostrado bondad y yo... he llegado a amarte.

Su tía sonrió, y un brillo de lágrimas iluminó sus ojos.

—Y yo a ti, niña. Cuando apareciste en mi puerta avergonzada, herida, desconcertada y oh, muy perdida, me recordaste a mí misma hace muchos años. La única diferencia era que yo merecía ser castigada por mi estupidez. Tener cerca al señor Knight me lo ha recordado todo. Pensaba que lo había superado hace mucho tiempo, pero no pude echarlo. Su encantadora sonrisa me recordó la dichosa felicidad que conocí durante un breve tiempo, así como el doloroso tiempo se produjo después.

Lady Colyford se recostó, apoyó la cabeza contra los cojines y comenzó su relato.

—Fui un éxito durante mi temporada. Nací con privilegios, era hermosa y escandalosamente franca. La *alta* decidió divertirse conmigo. Puede que se me subiera un poco a la cabeza. Aunque tuve muchos pretendientes, me sentía atraída por lord Somerton. No porque fuera el hijo de un duque, sino porque era tentador, escurridizo, salvaje y me hacía sentir aterradoramente, maravillosamente viva. Él podría haber encantado a los pájaros de los árboles, pero era peligroso, y yo lo sabía.

—¿En qué sentido era peligroso?

—Porque aunque a veces se divertía jugando con las últimas bellezas, sobre todo si quería robárselas a un rival, nunca se ofrecía por ellas. Había disfrutado de una serie de amantes y era bien sabido que la viuda lady Jaywick era la última. Pensé que sería un gran triunfo si lograba que él se enamorara de mí.

—¿Y lo lograste? —preguntó suavemente Georgianna.

—Eso pensé. Ciertamente lo divertí, porque no le ofrecí ninguno de los halagos a los que estaba acostumbrado. Intercambiamos insultos ingeniosos en lugar de cumplidos sosos y disfrutamos de unas semanas de emocionante flirteo, aunque siempre me aseguré de evitar que me vieran favoreciéndole por encima de otro. Una noche me convenció para que lo acompañara a un baile de máscaras. Fue un asunto escandaloso y, cuando un caballero desconocido y bastante ebrio me cogió por la cintura, Sebastian se puso furioso y lo derribó. Afortunadamente,

mi disfraz permaneció en su lugar y el hombre nunca supo mi identidad.

—Entonces parece que sí le importabas, después de todo.

—Sí, eso fue lo que pensé. Me llevó a los jardines y se disculpó por exponerme a una multitud tan grosera. Parecía realmente avergonzado de haberme llevado allí. Caminamos un rato a la luz de la luna hasta que llegamos a un lago. Me dijo cuánto me admiraba y prometió enmendarse. Me besó bajo las estrellas y me pidió que me casara con él. Cuando acepté su proposición, volvió a besarme y me avergüenza decir que perdí completamente la cabeza.

—¿Te acostaste con él?

—Sí. Y aunque no debería admitirlo, no puedo arrepentirme. Fue la experiencia más emotiva y maravillosa de mi vida.

—Pero entonces, ¿qué salió mal?

—Prometió visitar a mi padre al día siguiente, pero no llegó. Ni al día siguiente ni al otro. Fui a un baile con la esperanza de que él estuviera allí, y lady Arnsley, quien era una gran amiga de lady Jaywick, tuvo el gran placer de informarme de que su amiga se había ido a París, y ¿no era extraño que lord Somerton también se hubiera trasladado allí?

—Debiste sentirte desdichada.

—Sí, aunque aún no había perdido toda esperanza. Pero las semanas pasaron y él no regresó a la ciudad. Ni tampoco lady Jaywick. Y entonces descubrí que nuestra unión había dado sus frutos.

Los ojos de Georgianna se abrieron de par en par.

—¡Estabas preñada!

—Lo estaba, aunque al principio no fui consciente de ello. Empecé a ponerme enferma por las mañanas y mi criada se lo dijo a mi madre, quien, por supuesto, se lo contó a mi padre.

—Nunca conocí a mi abuelo. ¿Fue algo terrible?

Lady Colyford soltó una amarga carcajada.

—Fue extremadamente desagradable. Tu padre es muy parecido. Era más que una desgracia. La herida en el orgullo familiar fue profunda y él insistió en que le dijera quién era el padre para obligarlo a casarse conmigo. Pero no quise, incluso cuando me amenazó con sacarme la verdad a golpes.

—¡Pero le amabas!

—Sí. Precisamente por eso no podía casarme con él. No se me ocurre nada peor que estar casada con un hombre al que amas y que no te corresponda. Se habría resentido conmigo y actuado como antes del matrimonio. Eso me habría destruido.

—Pero si tu situación se hubiera hecho pública, habrías sido destruida de todos modos.

Lady Colyford sonrió.

—Siempre eres muy lógica, Georgianna. Para entonces me había sumido en un terrible letargo y no me importaba lo que fuera de mí. Mi madre intentó persuadirme para que capturara a uno de mis otros pretendientes, lo presionara para que se casara rápidamente y presentara al niño como suyo. Pero yo no jugaría sucio con ninguno de ellos.

—Entonces, ¿cómo se produjo tu matrimonio con lord Colyford?

—Mi madre inventó que yo estaba enferma, lo cual no era más que la verdad, y alquiló una casa de campo en lo profundo de la campiña en Devon. No quería arriesgarse a llevarme a casa por si alguno de los criados descubría mi estado. Lord Colyford vivía en la gran casa cercana. Yo había salido a pasear y, sin saberlo, había entrado en su finca. Me descubrió llorando —esbozó una sonrisa irónica—. Estaba empapada en lágrimas. Él era unos años mayor que yo y muy amable. De alguna manera, mi triste historia salió a la luz. Me llevó a casa de mi madre y lo

siguiente que supe es que habían llegado a un acuerdo. Su casa necesitaba una reparación urgente, pero su padre le había dejado muy poco dinero. La finca no podía ser heredada por un hombre y él temía tener que venderla —sonrió con cariño—. Él amaba su casa y habría hecho cualquier cosa por salvarla. Aceptó casarse conmigo y aceptar a mi hijo a cambio de un buen pago.

—¿Y fuiste feliz?

—Al principio no. Perdí al niño y no pude tener otro. Supongo que fue mi castigo final. Mi marido siguió siendo amable y acabé por sentirme a gusto con él. Pero sólo las reparaciones de la casa absorbieron la mayor parte del dinero y, cuando él falleció, estábamos muy endeudados. Ahora ya lo sabes todo. La señorita Felsham es la otra persona que sabe quién era el padre.

La cabeza de Georgianna daba vueltas con todo lo que había averiguado, pero sonrió.

—Gracias por confiar en mí, tía Hester. Entiendo por qué me lo has confiado, pero yo ya había decidido que debía mantener al señor Knight un poco a distancia.

—Eres una chica sensata. Pero es tan carismático como su padre. No digo que vaya a seducirte, pero a mí me pareció que estaba a punto de besarte.

Georgianna se sonrojó.

—Sí, lo estaba. Y estuve a punto de permitírselo. ¿Por eso nos has traído a Brigham un día antes?

—Por supuesto —lady Colyford miró por la ventanilla cuando cruzaron una entrada—. Ya hemos llegado.

La casa estaba situada en una llanura, a medio camino entre las montañas de Lakes y el mar. No era tan grande como Avondale, pero sí impresionante. Lady Brigham en persona salió a recibirlas cuando se detuvieron frente a la casa.

—Te he estado esperando, Hester. Me alegro mucho de que hayas decidido venir a tiempo para nuestra cena, después de todo, porque mis números son desiguales.

Georgianna vio que tenía los mismos ojos oscuros que su hijo. Era extremadamente bajita, tenía el pelo oscuro y rizado, sin rastro de canas, y una sonrisa pícara.

—Bienvenida, lady Georgianna. ¡Te pareces mucho a tu tía antes de que su pelo se volviera blanco y renunciara a las capotas!

Lady Colyford se rio.

—Estoy segura de que una larga amistad contigo es suficiente para volver blanco el pelo de cualquiera, Julia, y ya no estoy en edad de interesarme por las capotas. Creo que lo más liberador de ser una viuda que se acerca rápidamente a los sesenta, es que puedo hacer lo que me plazca sin preocuparme en absoluto de las costumbres.

Lady Brigham abrazó a su amiga.

—¿Cuándo te has preocupado por ello?

Soltando a su tía, la mujer cogió a cada una del brazo y comenzó a caminar hacia la casa.

—El marido de tu tía era primo mío, lady Georgianna. Nunca olvidaré la vez que Brigham y yo los visitamos y descubrimos que el techo de nuestra habitación tenía una gotera. ¿Y qué crees que hizo tu tía al respecto?

Georgianna sonrió.

—¿Os trasladó a otra habitación?

—En absoluto. ¡Me sugirió que pusiera una palangana debajo, pues estaba segura de que el agua de lluvia era buena para el cutis!

Lady Colyford se rio.

—Debes aprender a coger con pinzas todo lo que te diga Lady Brigham, Georgianna. Lo que

dice es perfectamente cierto, pero no ha mencionado que, en el momento de su visita, todas las habitaciones de huéspedes en Colyford sufrían el mismo problema. ¡Hubo que cambiar todo el tejado!

Georgianna miró a su anfitriona.

—Todo lo que puedo decir, señora, es que ciertamente no le ha hecho ningún daño a su cutis porque está impecable.

—Presentía que me ibas a agradar.

Las cejas de Georgianna se alzaron con sorpresa.

—¿Qué provocó eso?

—Cuando mi hijo mencionó que había conocido a la sobrina de su madrina en una posada, naturalmente le pregunté su impresión sobre ti. Se limitó a informarme de que eras un poco inusual y no pude estar más encantada. Comprendí de inmediato que debías parecerte a tu tía y nada podría haberme complacido más, pues le tengo un gran afecto.

Ya habían entrado en la casa y se encontraban en un enorme vestíbulo con suelo de mármol a cuadros. Una puerta al otro lado se abrió y lord Allerdale la atravesó, con el ceño fruncido que Georgianna había visto antes estropeando sus hermosas facciones. Éste se disipó al ver a su madre y fue reemplazado por una cálida sonrisa.

—Ven a saludar a nuestros invitados, cariño —su acento fue como una caricia.

Georgianna observó con interés su recibimiento hacia su madrina. Había esperado que su saludo fuera formal y frío, pero no fue así en absoluto. Él le cogió las manos, se inclinó y depositó un ligero beso en su mejilla.

—Si ha venido a criticarme con su lengua cruel, lady Colyford, llega demasiado tarde. Mi padre se le ha adelantado.

Ella no le soltó las manos, pero retrocedió un paso y examinó su rostro con detenimiento.

—Parece como si hubieras estado trabajando sin descanso durante algún tiempo, Miles, pero estoy segura de que una temporada en el campo te restaurará enseguida. En cuanto a criticarte, apenas has tenido tiempo de darme motivos. A no ser que te hayas comportado de forma poco caballerosa cuando te encontraste con mi sobrina en el camino.

Lord Allerdale se inclinó y sonrió con arrepentimiento a Georgianna.

—¿Y bien, lady Georgianna?

Ella inclinó la cabeza y ocultó una sonrisa. El hombre se había puesto la soga al cuello, pero en este estado de ánimo, él era encantador, y ella descubrió que no tenía ningún deseo de tensar la cuerda.

—Sus modales fueron tan buenos como los míos, señor.

—Por supuesto que lo fueron —dijo lady Brigham—. No entiendo por qué todo el mundo está siempre dispuesto a pensar lo peor de mi pobre muchacho. No tengo duda de que la evidente alcurnia de lady Georgianna aseguró que estuviera segura en su compañía.

—Oh, lord Allerdale me aseguró precisamente eso —dijo ella, enviándole una mirada satírica al hombre.

Lady Brigham sonrió a su hijo.

—Fue muy considerado por tu parte hacer que lady Georgianna se sintiera a gusto, Miles. Ahora, permitidme que os acompañe a vuestras habitaciones porque nuestros invitados llegarán dentro de una hora.

Lord Allerdale se colocó junto a Georgianna mientras subían las escaleras.

—Gracias, lady Georgianna —dijo suavemente—. No estaba de muy buen humor la última vez que nos vimos y usted habría estado en su derecho de delatarme. Le agradezco mucho que no

lo hiciera; no me gusta disgustar a mi madre.

Ella le lanzó una mirada de reojo y vio arrepentimiento en sus ojos.

—Tampoco fue mi mejor momento, señor.

Habían llegado al final de la escalera y él se inclinó ante ella.

—Creo que la he subestimado. Ansío conocerla mejor, señorita. Espero que podamos ser amigos. Le tengo bastante cariño a mi madrina.

Georgianna ladeó la cabeza y consideró su sugerencia.

—Quizá podamos —una sonrisa se dibujó en sus labios—. Eso si no se enfada cada vez que digo lo que pienso. Soy tan directa como mi tía.

—Hombre prevenido vale por dos, señorita.

Grantley le proporcionó un nuevo estilo, permitiendo que un largo y rizado mechón de pelo cayera sobre su cuello. Esto suavizó su rostro y la angulosa línea de sus hombros.

—Gracias, Grantley. Eres muy hábil.

La criada sonrió.

—Debería serlo, milady. He sido la criada de lady Colyford durante casi cuarenta años. Su pelo era tan oscuro como el suyo hasta hace diez años. Ella ha tenido suerte, eso sí; el blanco puro le sienta mucho mejor que el gris. Los ojos de usted son mucho más oscuros que los de mi señora, pero cualquiera podría fácilmente considerarla su hija.

Georgianna deseaba con todas sus fuerzas haberlo sido. Fue consciente de un sentimiento de orgullo cuando su tía llegó para acompañarla escaleras abajo. Aunque lady Colyford siempre se ponía un vestido limpio para la cena, Georgianna aún no la había visto ataviada con nada que no le permitiera cuidar del jardín. La seda plateada que llevaba esta noche realzaba a la perfección su esbelta figura. En la cabeza llevaba un turbante negro adornado únicamente con una pluma blanca de avestruz, y alrededor del cuello un collar de oro rosado tachonado de piedras preciosas de topacio azul, cuyo tono combinaba a la perfección con sus ojos.

—Estás preciosa, tía Hester.

Su tía le besó la mejilla.

—No, niña, si puedes mirar más allá de mi piel morena, quizá yo sea hermosa. Pero tú eres preciosa. El tiempo que has pasado fuera te ha conferido un brillo saludable y ese vestido azul pálido te sienta de maravilla.

—¿Va a ser una fiesta grande? —preguntó Georgianna mientras se dirigían al salón.

—No demasiado. Creo que habremos doce cenando. Lord y lady Farr, su hijo el vizconde Maudley y su hija lady Priscilla han sido invitados —bajó la voz a un susurro—. No me agrada ninguno de ellos; me recuerdan demasiado a nuestra propia familia. Por eso rechacé en un principio la invitación a cenar y elegí el miércoles como nuestro día de llegada.

Georgianna bajó un poco la cabeza.

—Lo siento, tía.

Lady Colyford le estrujó el brazo.

—No seas tonta. Sir Gerard Hughes compensará esto con creces; es maravillosamente vulgar y uno de mis preferidos. También conocerás a su hija. La señorita Hughes tiene un flujo interminable de tonterías en la punta de la lengua, pero te ruego que muestres cierta tolerancia con ella. Es amable y no le preocupa en absoluto la fastuosidad o la ceremonia. Ella me agrada más por eso.

Georgianna sonrió.

- Haré lo que pueda, tía. Parece que vamos a ser una fiesta bastante inusual.
- Después de todo, uno no puede elegir a sus vecinos.
- Muy cierto. Según mis cálculos, aún nos falta una persona.
- Sí. No sé quién puede ser, ya que Julia no lo mencionó en su carta. Sólo puedo suponer que no lo conozco.

CAPÍTULO 12



La persona que no figuraba en la lista de su tía era el vizconde Devonan, invitado de lord Farr. Georgianna calculó que tenía alrededor de treinta años. Poseía una buena figura, aspecto lánguido y rasgos comunes que parecían inclinados a organizarse en una expresión burlona. A Georgianna le desagradó de inmediato. Cuando se inclinó ante ella desde el otro lado de la habitación, sus ojos tenían una expresión calculadora. La recorrieron de pies a cabeza, como ella imaginaba que un hombre examinaría un caballo para evaluar sus virtudes. Georgianna se percató de que había sido hallada insuficiente cuando él no se acercó a ella, sino que se inclinó para captar algo que lady Priscilla decía. Los ojos de esta dama también se posaron en Georgianna por un momento antes de que se volvieran el uno hacia el otro y sonrieran.

—Están hechos el uno para el otro —dijo lady Colyford en voz baja—. Ambos están tan satisfechos de sí mismos que no pueden necesitar la aprobación de nadie más.

Una sonrisa satírica curvó los labios de Georgianna.

—Si no estoy muy equivocada, acaban de compartir una broma a mi costa. No envidio su diversión; preferiría ser un palo que una mujer menuda y voluptuosa. Si tengo que admirar a alguien, prefiero que sea porque ha hecho algo para ganarse mi respeto y no por mi falta de centímetros.

—Bien dicho, niña.

Por encima del hombro de lord Devonan, Georgianna vio a lord Allerdale entrar a zancadas en la habitación. Se detuvo bruscamente al verlo. Los dos caballeros intercambiaron una breve y abrupta reverencia. Parecía que lord Allerdale iba a pasar junto a su invitado, pero se vio detenido cuando el caballero le colocó brevemente una mano en el brazo.

—Creo que hay aversión mutua ahí —murmuró lady Colyford—. Oh, desenvaina tus garras, querida, creo que estas a punto de ser honrada con las atenciones de lady Priscilla. Según Julia, aún está resentida por no haber conseguido una pareja honorable la temporada pasada. Al parecer, había puesto sus ojos en el heredero de Rushwick el pasado mes de septiembre, quien como era de esperar dados los antecedentes familiares, flirteó escandalosamente con ella, pero no estuvo a la altura. Al menos le queda el consuelo de saber que rechazó a otros tres caballeros eminentemente respetables. Desgraciadamente, ella no fue tan amable como podría haber sido en sus rechazos y, para colmo, disgustó a varias jóvenes muy apreciadas con su lengua venenosa. Cuando regresó a la ciudad para la temporada principal, su popularidad disminuyó.

Georgianna enarcó una ceja.

—Me temo que mis garras no están tan afiladas como las tuyas, tía Hester. ¿No sientes compasión por ella?

—Eres una chica abominable —dijo lady Colyford con una sonrisa apreciativa—. Podría

haber sentido cierta compasión por ella si no estuviera tan sumida en su propio engreimiento. No tiene corazón que perder y sólo estaba interesada en convertirse en duquesa. Muy comprensible, por supuesto —gimió—. Julia me está llamando. Debo ir a presentar mis respetos a lady Farr.

Lady Priscilla se dirigió lentamente hacia Georgianna, con una fría sonrisa en los labios.

—Lady Georgianna, qué agradable es encontrar a una muchacha de mi posición en esta jungla. Le debemos a nuestro género el unirnos y demostrar que algunas de nosotras tenemos algo más que fanfarronería. Creo que la señorita Hughes estará aquí esta noche y es tan caprichosa como para que haya una docena de nosotras.

—¿De verdad? —dijo Georgianna—. Esperemos entonces que ella tenga algún otro rasgo rescatable que mejore este grave defecto.

Lady Priscilla soltó una carcajada.

—¿Por ejemplo?

—¿Buen carácter, tal vez?

Un destello de ira iluminó brevemente los ojos de lady Priscilla.

El mayordomo anunció en ese momento a sir Gerard y a la señorita Hughes. Sir Gerard era un caballero corpulento de tez rojiza, ropa cómoda más que elegante y una amplia sonrisa tan genuina como contagiosa. Su voz grave retumbó en la habitación.

—Cada vez que tu mayordomo me anuncia, Brigham, me siento como de la realeza, ¡maldita sea si no es así!

Cuando Georgianna había sido presentada al marqués, le había parecido de lo más educado, pero él se había mostrado más bien distante con cínicos ojos grises. Sin embargo, ante este jocoso saludo, centellearon divertidos. Él sonrió y avanzó para recibir a su invitado.

—Sir Gerard, aunque me alegra que su importancia haya sido gratificada de esa manera, solo puedo sentir alivio de que usted no sea de la realeza. Si yo tuviera que entretener al Príncipe Regente, me temo que tardaría un año, por lo menos, en recuperarme.

—Tonterías —dijo sir Gerard, estrechando la mano de su anfitrión—. ¡Cualquier hombre que se queje de la hospitalidad de su casa o es un tonto o no le complace nada!

Sir Gerard hizo una reverencia a lady Farr, quien inclinó ligeramente la cabeza. Luego divisó a la dama a su lado.

—¡Lady Colyford! —bramó él, corriendo hacia ella. Cogió su mano y la besó reverentemente antes de estrecharla entre las suyas—. Hágame el hombre más feliz del mundo y dígame que será mía, señora.

Lady Colyford se rio.

—Tenga cuidado con lo que desea, sir Gerard. Uno de estos días yo podría decir que sí y entonces estaría usted en un aprieto. ¡Lo sometería a una dieta estricta y le prohibiría beber oporto!

—¡No sería tan cruel! La alimentaría con manjares tan dulces que por fin pondría algo de carne en sus huesos.

—Qué desagradable —dijo lady Priscilla—. ¡No sé por qué tu tía no lo desprecia!

Lady Brigham se abalanzó sobre la joven que seguía de pie en medio de la sala con una sonrisa indulgente en el rostro. Era un poco rellenita, pero tenía un semblante tan agradable como el de su padre.

—Permítame presentarle a la sobrina de lady Colyford, lady Georgianna, señorita Hughes.

—Me alegra mucho conocerla. Su tía y mi padre son viejos amigos. Sólo se divierten y juegan a esto cada vez que se encuentran. Es una pena que lady Colyford nunca lo considere seriamente, pues estoy convencida de que ella le haría mucho bien. Él realmente debería empezar

una dieta para adelgazar.

Los ojos de lady Priscilla se detuvieron un momento en el pecho bastante voluminoso de la señorita Hughes, el cual ejercía una fuerte presión sobre las costuras de su vestido.

—Tal vez usted podría ponerle el ejemplo, señorita Hughes.

Esta insinuación no tuvo el efecto deseado. La señorita Hughes se rio.

—Usted tiene razón, por supuesto. He tenido que estrenar este vestido por segunda vez. Afortunadamente, al señor Tucker no le importa en absoluto. Dice que prefiere los brazos regordetes.

—¿Quién es el señor Tucker? —preguntó Georgianna.

—Es el hijo del barón Feathercotte —lady Priscilla arrastró las palabras—. Y un subnormal como ningún otro.

Parecía que la señorita Hughes, aunque aceptaba de buen grado cualquier insulto dirigido contra sí misma, no era tan indulgente con los dirigidos contra el señor Tucker.

—Aún no es de dominio público, pero me permito informarle, señorita, de que vamos a casarnos. No me quedará a escuchar cómo lo menosprecia.

Mientras su pecho se inflaba de indignación, el leve sonido de un desgarré penetró en el silencio que se había producido ante este ataque directo. La señorita Hughes enrojeció y se sujetó el costado del vestido justo por debajo de la axila. La risa desdeñosa de lady Priscilla atrajo las miradas inquisitivas de los demás invitados. Georgianna cogió apresuradamente del brazo a la señorita Hughes y la sacó de la habitación.

—No se preocupe. Será arreglado en un momento.

—Gracias, lady Georgianna. No debería haber permitido mi furia de esta manera. Lady Priscilla es como una avispa furiosa que aguijonea a cualquiera que se cruce en su camino. Suelo sentir lástima por ella; qué miserable debe ser sólo poder ensalzarse menospreciando a los demás. Pero no permitiré que mi Finlay reciba semejante calumnia.

La señorita Hughes tal vez parloteaba un poco, pero Georgianna quedó impresionada por su perspicacia sobre el carácter de lady Priscilla. No era tonta.

—Felicidades por su próximo matrimonio.

La señorita Hughes dirigió hacia ella un rostro repentinamente radiante de felicidad.

—Gracias. Conozco a Finlay desde siempre. No le importa mi cháchara y nunca me hace sentir torpe o tonta. Nos sentimos muy cómodos el uno en compañía del otro; creo que sería muy desagradable estar casada con alguien si la relación no fuera así, ¿no le parece? Puede que no sea el más inteligente de los caballeros, pero no es tonto. ¡Se reirá a carcajadas cuando le diga que casi salgo disparada de mi vestido!

Georgianna sonrió.

—Parece que sois perfectos el uno para el otro.

Cuando volvieron al salón, sir Gerard se acercó a su hija y le pellizcó la mejilla.

—No es propio de ti estar aquí menos de cinco minutos sin armar jaleo, gatita.

Él se volvió hacia lady Georgianna, con una mirada cálida en sus ojos.

—Gracias, señorita, por ayudar a mi chica a salir del apuro. Aunque no me sorprende; usted luce como su tía, así que era de esperar que tuviera agudeza mental. Debo decir que estoy encantado de que hayas venido a visitarla; ya era hora de que alguien de su familia lo hiciera.

—Sí, has hecho muy bien, niña —dijo lady Colyford, acercándose en ese momento y cogiendo a sir Gerard del brazo.

Él, inconscientemente, palmeó la mano de su tía y le sonrió con tanto afecto que Georgianna se dio cuenta de que, a pesar de todas sus burlas, la admiraba de verdad. Lo que resultó quizás un

poco más sorprendente, fue la cariñosa sonrisa que su tía le dedicó como respuesta.

Tuvo el dudoso placer de ser acompañada a cenar por el vizconde Maudley. Tenía un aire de orgullosa indiferencia, un mentón hundido y una tendencia a interrogarla como si ella hubiera solicitado el puesto para convertirse en su esposa. Después de solo diez minutos en su compañía, pensó que prefería morir de hambre en una alcantarilla.

Cuando por fin hubieron agotado el abanico de talentos de Georgianna, él dijo:

—Parece una persona muy dotada, lady Georgianna.

—Gracias, señor. ¿Y qué hay de sus destrezas?

Él le dirigió una mirada confundida.

—¿Mis destrezas?

—Sí. ¿Qué habilidades concretas ha desarrollado para asegurarse de que será capaz de sustituir a su padre cuando llegue el momento?

Una sonrisa arrogante se dibujó en sus labios.

—Estoy muy familiarizado con nuestra finca, señorita.

Ella asintió de modo alentador.

—Imagino que sí. Pero, ¿se ha interesado activamente en su administración?

—A mi padre no le gustaría que me interesara demasiado todavía. Él apenas está entrando en la tercera edad. Además, tenemos un administrador muy bueno, señorita.

—Ya veo. ¿Y cómo pasa su tiempo, señor?

—Como cualquier otro joven caballero con fortuna, supongo.

Ella inclinó la cabeza y le envió una mirada interrogante e inocente.

—Como todavía no conozco a muchos jóvenes caballeros con fortuna, creo que tendrá que explicarme un poco más si quiero entender sus hábitos, señor.

Él le dedicó una sonrisa condescendiente y se llevó la copa de vino a los labios.

—No necesita preocuparse por mis hábitos, señorita. No son de su interés.

Ella enarcó una ceja.

—Creo que en ese punto, al menos, podemos estar de acuerdo, señor.

El vizconde Maudley se atragantó con el vino y sufrió un indecoroso ataque de tos. Tal vez fue acertado que lady Brigham eligiera ese momento para levantarse de la mesa. Cuando Georgianna se puso en pie, sus ojos se cruzaron con los de lord Allerdale, los cuales estaban iluminados por la risa y algo que se parecía mucho a la aprobación.

Los caballeros no habían demorado mucho en reunirse con las damas cuando el mayordomo hizo una discreta entrada y habló en voz baja con lord Brigham, quien se acercó a la ventana y apartó la cortina.

Lady Priscilla se había mostrado bastante descontenta durante unos instantes, mirando de vez en cuando hacia donde lord Allerdale y lord Devonan conversaban en privado. De pronto, ella se puso en pie de un salto.

—¿Debería tocar, lady Brigham?

—Me temo que debemos renunciar a ese placer esta noche, lady Priscilla —dijo lord Brigham—. Parece que se avecina una tormenta.

Ella hizo un mohín.

—Pero la noche aún es joven, y no he tenido oportunidad de ponerme al día con todas las noticias de lord Allerdale. ¿Qué tan cerca está?

Sir Gerard frunció el ceño y se acercó a la ventana.

—Tienes razón, Brigham. Tendremos que irnos mientras aún podemos ver la luna —volvió al lado de lady Colyford—. Esperaba disfrutar de una larga charla contigo, querida. ¿Me

prometes que no huirás demasiado pronto?

—Estaremos aquí unos días, por lo menos.

La señorita Hughes se volvió impulsivamente hacia Georgianna.

—Por favor, venga a visitarnos antes de su partida. Es muy agradable hacer una nueva amiga. Georgianna sonrió.

—Será un placer si tenemos tiempo.

Todos salieron a despedir a los invitados. Cuando regresaron a la casa, lord Brigham llamó a su hijo a la biblioteca.

—Oh, cielos —suspiró lady Brigham—. Desearía saber qué sucede entre ellos, pero ninguno me lo dirá.

—Lord Allerdale mencionó que no le gustaba molestarla —dijo Georgianna—. ¿Le sirvo té?

—Gracias —murmuró distraídamente lady Brigham—. Ojalá comprendieran que mantenerme al margen del asunto me molesta mucho más.

—Deja de preocuparte, Julia —dijo lady Colyford—. Imagino que se habrá quedado sin dinero y deseará que su padre le adelante la paga antes de tiempo. Ya sabes cómo se enfada Brigham por estos asuntos. Recuerdo cuando siempre temblabas si perdías una gran cantidad en el julepe o el Faro.

Lady Brigham se echó a reír.

—¡No me lo recuerdes!

—Creo que no conozco ninguno de esos juegos —dijo Georgianna, interesada.

—Espero que no —dijo secamente su tía.

—Oh, no seas tan puritana, Hester. El buen humor de sir Gerard ha sido la única alegría en una velada por lo demás tediosa. Será divertido enseñarle los juegos a lady Georgianna.

—Muy bien —dijo lady Colyford—. Pero sólo jugaremos por botones.

Tiempo después, lord Allerdale las encontró absortas en un juego de Faro.

—¡Oh ho! Veo que he entrado en una guarida de vicio.

Las observó sólo unos instantes antes de sentarse junto a Georgianna. Cogió la escasa pila de botones que había en su codo y dejó que se deslizaran entre sus dedos.

—Mi madre la está desplumando descaradamente, lady Georgianna. No puedo quedarme de brazos cruzados viendo la destrucción de su fortuna.

Él procedió a susurrarle consejos al oído cada vez que ella hacía un movimiento imprudente. Afortunadamente, él no parecía tener el mismo efecto de distracción en Georgianna que el señor Knight y, al final de la velada, ella fue la clara vencedora.

Sonriendo, dividió su montaña de botones en dos montones y empujó uno hacia él.

—Creo que es justo que compartamos el botín, señor.

Él soltó una carcajada algo forzada.

—Si fueran guineas de oro, estaría muy tentado de aceptar su generosidad, señorita.

CAPÍTULO 13



Alexander estaba apoyado en un árbol con los ojos fijos en la granja de los Tweddle. Estaba muy agradecido de que los vientos y la lluvia que habían azotado la zona durante las dos últimas noches hubieran cesado. Si la tormenta hubiese seguido arreciando y la luna no hubiese sido capaz de iluminar su camino, Molly Tweddle podría no haber acudido a su encuentro, y él estaba impaciente por poner fin a este asunto.

Se frotó las manos; había un frío en el aire que anunciaba la cercanía del otoño. El tiempo parecía pasar lentamente y, sólo cuando su cabeza se sacudió repentinamente hacia adelante, se percató de que se había quedado dormido allí donde estaba de pie. Sus ojos se dirigieron hacia la casa. La tenue luz que parpadeaba al otro lado de la ventana se había apagado. ¿Había perdido su oportunidad de hablar con ella, o este encuentro sólo existía en su imaginación? Miró la luna y murmuró un juramento. Debía de ser más de medianoche.

Lanzó una última mirada a la granja y se dio la vuelta para marcharse. No había dado más de un paso cuando oyó el débil chasquido de una puerta que se cerraba suavemente. Se detuvo y se colocó detrás del árbol. Una figura vaga, vestida con una larga capa oscura con la capucha levantada, pasó a toda prisa junto a él.

La siguió a una distancia prudente, esforzándose por distinguirla de las demás sombras. Cuando ella siguió la corriente colina arriba, Alexander tuvo la certeza de que su destino era la cabaña del pastor y aminoró el paso. Ninguno de los dos llevaba una lámpara, pero mientras que ella conocía el terreno a la perfección, él no. Si tropezaba y se caía, lo más probable era que ella lo oyera.

Supo que su corazonada había sido acertada cuando vio una luz en la pequeña ventana abierta de la cabaña. Alexander se acercó lentamente y se sentó en la hierba húmeda que había debajo.

—Espera un poco más, Tom. Si el duque envía algo de dinero, podremos irnos de aquí y empezar de nuevo en otro lugar.

—Sí, eso me sigues diciendo. Pero ya he esperado bastante, Moll. Ni siquiera he tenido a mi bebé en mis brazos y está cerca de cumplir dos meses.

—Si nos vamos sin nada, ¿qué posibilidades tenemos?

—Tal vez no deberíamos irnos. Nunca me ha hecho gracia engañar a todo el mundo.

—A mí tampoco, pero ¿qué otra opción teníamos? ¡Papá aún habla de lo que le pasó al bisabuelo como si hubiera sido ayer!

—Sí, el mío también. No fue culpa de nadie que se rompiera la cabeza contra una piedra, y tu padre aún nos trata como si fuéramos asesinos.

—Bueno, pues ahí lo tienes. Si nos quedamos, mi familia me repudiará y me verá obligada a

ir a vivir contigo. No quiero ni pensar en ello. ¡Tus padres me mirarían todos los días como si fuera una cucaracha! Y me aplastarían con la misma facilidad.

—Tal vez al principio, Moll. Pero en cuanto te conozcan, seguramente te amarán, como yo.

A juzgar por el silencio que se produjo enseguida, Thomas estaba esperando que sus besos persuadieran a Molly. Después de unos instantes, un suave suspiro flotó a través de la ventana.

—Eso no funcionaría, Tom. ¿Cómo crees que me sentiría cada domingo sentada frente a mi propia sangre en la iglesia y ellos fingiendo que no existo?

Alexander había oído suficiente y volvió a bajar la montaña. Aunque se alegraba de que James no hubiera demostrado ser indecente y de que su padre no se dejara embaucar por la pareja perdidamente enamorada, sentía lástima por ellos. Había visto familias destrozadas por la guerra, y era una lástima que estas dos familias estuvieran destrozadas por el amor. Cuando llegó a la Cabaña del Lago, el principio de un plan había empezado a formarse en su mente.

Mientras se acercaba al granero, oyó a alguien tararear. Aunque no era muy afinado, reconoció la melodía como la de un vals. Se dirigió hacia el jardín y vio a la señorita Ravenchurch, vestida sólo con su camisón, bailando el vals descalza a la luz de la luna en brazos de una pareja imaginaria. Preocupado, dio un paso precipitado hacia adelante. La noche distaba mucho de ser cálida y la pobre dama debía de tener frío aunque aún no lo percibiera.

—¡Alto!

Alexander giró sobre sus talones y vio a la señorita Felsham. Ella se apresuró hacia él y le dijo en voz baja:

—Discúlpeme, señor, me he vestido de golpe y probablemente tenga un aspecto espantoso. No es que eso importe en un momento como éste. Había dejado la ventana entreabierta y oí a Agnes hace unos momentos. Me alegra que aún esté levantado, pues me vendrá muy bien su ayuda, sobre todo si ella comienza a alterarse.

—Es una placer ayudarla, señorita. Pero, ¿por qué me detuvo?

—Sé que lady Colyford no está de acuerdo conmigo, pero creo que ella ha llegado a una etapa en la que es mejor no intentar devolverla a la realidad con demasiada brusquedad. Eso sólo la altera y la confunde. Debemos intentar llevarla de vuelta a la cama sin perturbar su... su, oh, sueño a falta de una palabra mejor.

Alexander asintió con decisión.

—Puede dejármelo a mí, señorita.

—¿Qué pretende hacer? —dijo la señorita Felsham, un poco aprensiva.

—Estoy a punto de convertirme en su pretendiente perdido hace mucho tiempo —dijo él, sonriendo.

Caminó con tanto sigilo como podía hacerlo un hombre de su tamaño en dirección a la señorita Ravenchurch. Pronto se percató de que no necesitó haberse tomado la molestia, ya que ella tenía los ojos cerrados y parecía completamente ajena a su presencia. Intentó colocarse en la posición de su pareja imaginaria, pero ella se giró en el último momento y él se quedó con los brazos extendidos. Esto ocurrió otras dos veces y Alexander comprendió lo ridículo que debía de parecer cuando levantó la mirada y vio a la señorita Felsham con la mano en la boca como si intentara reprimir una carcajada.

Él sonrió, pero cuando la señorita Ravenchurch giró repentinamente hacia él, Alexander se movió con rapidez hacia adelante y consiguió por fin sujetarla. Él era tan alto y ella tan pequeña que tuvo que doblar las rodillas y la espalda para no levantarla por completo del suelo. Una clara risita llegó hasta los oídos de Alexander.

Su cuello no tardó en empezar a dolerle, y su espalda protestó cuando sus viejas heridas de

guerra tiraron de su piel. De repente, se abalanzó sobre la pequeña dama y la levantó en brazos. Sus ojos se abrieron de golpe y lo miró con adoración.

—Señor Antsy, ¿qué está haciendo?

Alexander llevaba algunos momentos haciéndose esa pregunta, pero sonrió y dijo:

—Me temo que se ha torcido el tobillo, señorita. Simplemente la estoy trasladando a un lugar más cómodo.

Ella suspiró.

—Usted siempre es todo un caballero.

La señorita Felsham se volvió y se apresuró a entrar en la casa, conduciéndolo a la habitación de la señorita Ravenchurch. Él la tumbó suavemente en la cama y la señorita Felsham la cubrió con las mantas. La señorita Ravenchurch sonrió y murmuró algo indiscernible antes de cerrar los ojos. La señorita Felsham lo condujo fuera de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—Gracias, señor Knight. Ha manejado muy bien la situación.

—Y le he proporcionado algo de diversión, creo.

—No me estaba riendo de la señorita Ravenchurch, como comprenderá.

—Sí, soy plenamente consciente de que mi actuación fue el origen de su alegría, señora.

Ella sonrió ante su tono altivo.

—No me engaña ni por un instante. Es usted uno de los caballeros más serenos que he tenido el placer de conocer.

Él la miró a los ojos llenos de confianza, con expresión repentinamente seria.

—Me temo que la he engañado, señorita. Os he engañado a todos.

—¿Eso cree? Ya lo veremos. Venga al salón.

La señorita Felsham escuchó su historia con un interés respetuoso. Cuando él terminó, ella dijo:

—Lady Colyford pensó que usted debía ser el hijo de Rushwick. Por lo visto, usted se parece mucho a su padre.

Alexander frunció el ceño.

—Pero, ¿por qué ella no dijo nada? ¿Lady Georgianna también está al tanto de esto?

—Parece que usted sí nos ha engañado, después de todo. Lady Colyford no mencionó el asunto porque pensó que usted debía de ser su hijo *ilegítimo*, lo que incómodo un poco la situación, como estoy segura de que puede apreciar. En cuanto a lady Georgianna, dudo mucho que ese tema se haya discutido alguna vez entre ellas. Hace tiempo que soy confidente de lady Colyford, por lo que era natural que compartiera sus pensamientos conmigo.

—Ya veo —dijo, pensativo.

—Lamento lo de su hermano. Entiendo por qué usted quería estar seguro de que el bebé era de él, por supuesto. ¿Puedo preguntarle qué piensa hacer ahora que sabe la verdad? Fue un error que ellos intentaran extorsionar al duque, pero deben de estar desesperados.

—Voy a intentar reunir a las familias. Las comunidades pequeñas como ésta necesitan conservar su sangre joven si quieren sobrevivir.

—Eso es muy bueno de su parte, señor... Lord Somerton. Será toda una hazaña si usted puede lograrlo.

—El vicario es quien lo hará, espero. Le haré una visita a primera hora de la mañana.

Alexander llegó a la casa del vicario a una hora exageradamente temprana y tuvo que utilizar todos sus encantos para persuadir a la señora Dibbons, el ama de llaves, para que le permitiera la entrada. Encontró al vicario disfrutando de un copioso desayuno.

—¡Señor Knight! —dijo, poniéndose apresuradamente en pie—. Espero que no haya nada

problemas en La Cabaña del Lago.

—No, señor. Pero mis asuntos son urgentes, así que disculpe mi visita a esta hora de la mañana. Por favor, continúe con su comida. Puedo hablar mientras come.

El señor Simpson no tardó en perder el apetito y dejó el tenedor. Cuando Alexander hubo concluido su relato, el hombre parecía estupefacto.

—Desearía que me hubiera expuesto sus dudas desde el principio, señor —dijo, nervioso—. No creo que fuera necesario ni correcto que me ocultara su verdadera identidad, a menos que pensara... —sus mejillas se sonrojaron y sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta de su culpabilidad en el asunto—. Me mortifica haber sido el intermediario que hizo posible esta falsa afirmación, lord Somerton. Le aseguro que no tenía motivos para dudar de ella.

—Le creo, señor. Lo único que sospechaba de usted era que quizás era demasiado confiado. Usted ya había demostrado ser un hábil defensor de su rebaño y yo no deseaba que mi investigación se viera entorpecida por lealtades subjetivas. Espero que lo entienda.

—Supongo que sí —concedió.

—Debo agradecerle que convenciera a la familia de no difundir el nombre de mi hermano como padre del niño.

Cuando comprendió el significado de las palabras de Alexander, el señor Simpson se puso muy nervioso.

—¡Es realmente una fortuna, señor! Qué tonto habría parecido yo cuando la verdad saliera finalmente a la luz, como debe ocurrir ahora, pero al menos sólo unos pocos lo sabrán. Que Molly haya dicho falsedades a su mentor espiritual es una ofensa muy grave. Haber perjurado su alma de tal manera es muy angustiante. Rezaré por ella.

Ahora que comprendía que no estaba bajo sospecha y había decidido un curso de acción, el hombre pareció redescubrir su apetito. Volvió a coger el tenedor y se sirvió un huevo revuelto que se estaba solidificando rápidamente.

—Espero que usted haga algo más que eso, señor Simpson —dijo Alexander con firmeza.

El vicario se apresuró a tragar y agitó el tenedor.

—Por supuesto, visitaré a la familia hoy mismo. ¡Menudo alboroto se va a armar!

Alexander removió tranquilamente un trozo de huevo caído en su abrigo.

—De eso no me cabe duda, pero espero que no sea obra suya. Esta es su oportunidad de sanar la ruptura entre las familias, señor. Piense en el respeto que usted cosecharía si lo consiguiera.

El señor Simpson pareció muy impresionado por esta sugerencia. Volvió a dejar el tenedor, frunció los labios y juntó los dedos mientras consideraba las palabras de su invitado.

—Sería un verdadero triunfo si yo pudiera lograrlo —concedió—. Pero la enemistad es tan antigua...

—Puede que no sea tan difícil como usted supone. Tengo razones para creer que Sam Tweddle no cree en guardar rencores, y a Thomas Mossop le convendría crear vínculos entre las familias. Me parece que el verdadero problema es la generación mayor. Reúna a ambas familias en su casa, señor, y utilice sus nada despreciables dotes oratorias para persuadirlas. No culpe sólo a Molly, hágalas ver que todos son culpables. Señale que sus hijos han sido forzados a abandonar el camino de los justos por su terquedad. Predique el perdón. Y para terminar, que consideren que no es sólo el alma de Molly Tweddle la que está en riesgo, señor, sino su persona. La reclamación fraudulenta de la joven es un delito grave. Dudo que ella vaya a disfrutar de una temporada en prisión o en la picota. Usted puede informarles de que mi padre no seguirá adelante con el asunto a menos que ellos reconcilien sus diferencias.

Una lenta sonrisa se dibujó en el rostro del vicario.

—Si añado un poco de la ira de Dios en esto, por si acaso, puede que funcione.

Alexander sonrió.

—Así se habla. Casi desearía estar presente en esta ocasión trascendental.

—Espero que lo esté, señor. Puede que necesite su apoyo.

Alexander negó con la cabeza.

—Yo no haría más que entorpecer su estilo, señor. Además, tengo otros asuntos que atender. Puede comunicar a La Cabaña del Lago el resultado de su reunión. Ahora me iré para que termine su desayuno en paz. Puedo ir a la puerta yo mismo.

—¡Alto!

Alexander se volvió y levantó una ceja inquisitiva.

—Puede que mis palabras resulten persuasivas, pero sólo si pueden ser escuchadas en primer lugar. Puedo imaginar cómo será esa reunión justo ahora: mencionaré lo que han hecho Molly y Thomas y, antes de que pueda culpar a todo el mundo, se lanzarán acusaciones unos a otros, e incluso puede que estallen en violencia. Aunque espero que no sean tan irrespetuosos como para provocar una pelea en mi casa o en mi presencia, estaría mucho más tranquilo si usted estuviera aquí. Estoy seguro de que, con sus antecedentes, puede que tenga cierta experiencia en controlar a turbas enfurecidas.

Alexander frunció el ceño. Aunque el señor Simpson quizá había exagerado un poco, era muy posible que surgieran algunos problemas al principio, pero él deseaba seguir su camino hacia Brigham. Era hora de conversar con Allerdale. Ya se había despedido de la señorita Felsham al descubrir que la señorita Ravenchurch no recordaba nada de lo ocurrido la noche anterior y que esta mañana era ella misma.

—Muy bien. Pero convóquelos ahora, por favor. Para cuando estén todos reunidos habrá pasado la mitad del día. Iré a Brigham a hablar con lord Allerdale y volveré mucho más tarde de lo que pensaba. Le había prometido a lady Colyford que vigilaría a las damas en La Cabaña del Lago. ¿Podría usted ir más tarde para comprobar que todo va bien con la señorita Felsham y la señorita Ravenchurch?

—Puede estar seguro de que lo haré, señor. Y mandaré llamar a los Tweddle y a los Mossop de inmediato, una vez que haya terminado mi desayuno, claro.

CAPÍTULO 14



Georgianna se sintió aliviada al descubrir que el sol brillaba. La tormenta había arreciado durante dos días y ella estaba más que preparada para hacer algo de ejercicio. Abandonada a su suerte, su mente tenía una obstinada tendencia a pensar en el señor Knight, así que había recurrido a la biblioteca de lord Brigham. Tras una exhaustiva búsqueda, había encontrado dos tomos sobre remedios herbales. No había entendido todo lo que había leído, pero, sin duda, se sentía más iluminada que antes.

Lord Allerdale la había descubierto hojeando los libros, tomando notas, y aunque se había burlado de ella, no había habido malicia en sus ocurrencias. Alegando aburrimiento extremo, él la había llevado a la sala de billar y había intentado enseñarle a jugar. Georgianna no había conseguido nada, por supuesto, pero él le había concedido una generosa ventaja, permitiéndole tres intentos de meter una bola por uno de él.

Se había puesto un poco nerviosa cuando lady Brigham los había descubierto, ya que era plenamente consciente de que no era un pasatiempo propio de una dama, pero se había limitado a reír y decir:

—A mí también me gusta intentar cosas nuevas, lady Georgianna. No entiendo por qué nuestras actividades tienen que ser siempre tan limitadas y poco interesantes.

Lord Allerdale había mirado a su madre con una sonrisa ladeada y con una gran cantidad de afecto en sus ojos.

—Es verdad, lady Georgianna. Usted no creería la cantidad de líos de los que mi padre tuvo que rescatar a mi madre. Creo que mi favorito es la vez que ella perdió mucho dinero a manos de un caballero sin escrúpulos. Posteriormente ella descubrió que era un estafador y decidió disfrazarse de asaltante de caminos y retener su carruaje antes que admitir sus pérdidas ante mi padre.

—¡Miles! —protestó lady Brigham—. Harás que lady Georgianna piense que no soy nada respetable.

Él se echó a reír.

—Si mi padre tuviera otro carácter, todo el mundo lo sabría, mamá.

—¿Y usted tuvo éxito, lady Brigham? —preguntó Georgianna, intrigada.

—No, no lo tuvo —dijo lord Allerdale.

—Estaba muy enfadada y decidida a descargar mi venganza sobre él, ¡y estoy segura de que lo habría hecho si mi detestable criada no hubiera corrido en busca de mi lord en cuanto supo lo que se avecinaba! No había esperado eso; había pensado que era la muchacha más fiable.

Lord Allerdale echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—¡Y así era ella, y lo sabes! ¡Pudiste haber muerto! En esa época no había caballero que no

llevara una pistola en el bolsillo cuando transitaba la carretera por la noche.

—¿Y lord Brigham pagó la deuda y la perdonó? —preguntó Georgianna.

Una sonrisa afectuosa curvó los labios de lady Brigham.

—No del todo. Me perdonó, desde luego. No perdonó al hombre que me desplumó. No le gustan las apuestas, cosa que nunca he entendido, pues es extremadamente bueno en todos los juegos de azar, pero él buscó al hombre y recuperó el triple.

Lady Georgianna había empezado a darse cuenta de que lord Brigham, quien siempre aparentó ser el paradigma de la respetabilidad, tenía profundidades ocultas.

—Y no olvidemos la carrera de carruajes...

—¡Miles! *Olvidaremos* la carrera de carruajes. ¡Desearía que no llenaras los impresionables oídos de lady Georgianna con mis tonterías!

—Como deseas, mamá —había dicho él, inclinándose sobre la mano de la mujer, antes de levantar una ceja inquisitiva hacia Georgianna—. ¿Usted conduce?

—No —había admitido ella—. Sin embargo, monto a caballo.

—¿Le gustaría aprender?

—Por supuesto que a ella le gustaría aprender. Y no se me ocurre nadie mejor para enseñarle. Soy el primero en admitir que, cuando se trata de mi hijo, lady Georgianna, lo apoyo totalmente. Sin embargo, hasta mi lord admitirá que es un excelente jinete.

Este comentario había hecho pensar a Georgianna, pues no había pasado por alto la tendencia de lord Brigham a mostrarse tan severo con su hijo en la medida en que su señora se mostraba indulgente.

—Entonces, si mi tía no se opone, ciertamente me gustaría aprender.

—No debes preocuparte por eso. Hester aprecia mucho a Miles y sabe que él no se excedería con nadie respetable, y tú eres prácticamente de la familia, querida.

—Mamá, no había pensado en eso antes. Ya no tengo por qué sentirme inquieto; es perfectamente respetable que enseñe a conducir a mi prima.

Georgianna se había reído.

—Perdóneme si dudo de su inquietud, milord. Y llamarme prima es llevar el vínculo hasta el límite.

Él había sonreído.

—Cuando nos conozcas un poco mejor, *prima*, sabrás que nosotros, y me refiero a mi madre y a mí, ¡siempre llevamos todo hasta el límite! Cuando llegue el primer buen día, le enseñaré a conducir.

Él había sonado tan inflexible, pero Georgianna no estaba del todo segura de que su promesa se mantuviera firme. La noche anterior, antes de acostarse, había devuelto a la biblioteca uno de los libros que había cogido prestados y, cuando había estado a medio camino de la escalera para colocarlo en su sitio, oyó voces. El estudio de lord Brigham daba a la habitación, y ella no pudo evitar oír el final de una discusión.

—¡Pero mi honor está en juego, señor! —había gritado lord Allerdale.

El implacable tono de lord Brigham había sido mucho más mesurado, pero no por ello menos contundente.

—Lo poco que te queda de él. Debes pedir más tiempo a Devonan y seguir mi consejo, Allerdale. Sin embargo, te pido que no te reúnas con él aquí. Él ha disgustado a tu madre, y eso no lo toleraré.

—¿De qué manera, señor?

—Él ha tenido la osadía de enviarle una carta sugiriéndole que utilice su influencia para que

usted no pierda su reputación de caballero. Tuvimos una conversación de lo más desagradable. Le prohibí a ella vender sus joyas o cualquier otra cosa para ayudarte a salir de este apuro.

—¡Señor! Me gustaría...

—No parezcas tan indignado, Miles, sé perfectamente que no le pedirías que lo hiciera, pero eso no significa que ella no lo haría. Movería cielo y tierra para proteger a su único hijo, como bien sabes. Dos jarrones muy raros y caros fueron rotos en el transcurso de esta conversación. Los repondré, por supuesto; por derecho, también debería descontar ese dinero de tu muy generoso subsidio, pero si haces lo que te he pedido, no lo haré. Sin duda, tu madre se sentirá muy miserable por su pérdida de sus propios estribos; hace tiempo que no soy testigo de ello.

—¡Devonan es un canalla! —había gruñido lord Allerdale—. Debería...

—Lo que vas a hacer, Miles, es justo lo que te he ordenado. Devonan no podría haber molestado a Julia si no le hubieras dado las municiones. Ahora arreglarás las cosas. Sin embargo, pensándolo bien, creo que es mejor que yo lo vea en lugar de ti. Enviaré a buscarlo por la mañana; esfúmate, ¿quieres? Dudo mucho que Julia se levante antes del mediodía, pues si logra conciliar el sueño, me sorprendería. Ella es consciente de que Devonan debe de estar muy desesperado para actuar así, y la imaginación de esa mujer se descontrola; ya está prácticamente convencida de que él podría cometer algo cruel contra ti. Como sabes, puedo ser muy persuasivo, pero no le pediré a él que espere más de dos semanas; los nervios de tu madre no lo soportarían.

Parecía que su tía había acertado en su apreciación del problema entre ellos. Georgianna ya había sustituido el libro y bajado con cuidado la escalera. Se apresuró a retirarse. Nadie sabía mejor que ella lo delicadas que podían ser las relaciones familiares; desde luego, no le habría gustado que nadie hubiera oído su última conversación con su madre.

Decidida a minimizar riesgos, se puso un traje de amazona azul oscuro muy atractivo. Si lord Allerdale se echaba atrás, ella iría a dar un paseo en caballo. Lord Brigham le había asegurado que tenía suficientes monturas en su establo.

—Muy elegante —aprobó lord Allerdale cuando entró en la sala de desayunos—. ¿Está lista para su lección de conducción?

—Estoy deseando que llegue —dijo, sorprendida de encontrarlo de tan buen humor.

—Espero que tenga a su mozo de cuadra detrás de usted —dijo lady Colyford.

—Lo haré si lo cree necesario, señorita.

—Lo considero necesario —se volvió hacia Georgianna—. He enviado una nota a la señorita Hughes. He pensado que podemos visitarla esta tarde.

—Bien. Hay más en ella de lo que aparenta.

—Así lo habríamos descubierto todos si no fuera por sus rápidas acciones...

—¡Allerdale! —espetó lady Colyford—. ¡No seas grosero!

—Lo siento —murmuró, con una sonrisa impenitente.

—Me refería a la visión de la joven sobre el carácter humano, señor —dijo fríamente lady Georgianna—. Tal vez debería haberle preguntado su opinión sobre usted.

—Pregúntele. Somos viejos amigos. A mi padre siempre le ha agradado sir Gerard porque, dejando a un lado su fanfarronería, es muy astuto en lo que se refiere a la agricultura. Quizá yo vaya con usted esta tarde.

—Admito que siempre has sido muy amable con Hannah, Miles —concedió lady Colyford—. Por eso me sorprende que te burles de ella.

—Oh, fue sólo la presencia de esa pequeña víbora, lady Priscilla, lo que la molestó. Estoy segura de que ella ahora se estará riendo alegremente de todo el incidente.

—Sí —dijo Georgianna—, ella se rio cuando estuvimos en mi habitación. ¿Sabíais que se va

a casar con el señor Tucker?

Lord Allerdale parecía sorprendido. Después de un momento, dijo:

—No. No lo sabía, pero estoy encantado. Hace unos años, sir Gerard la llevó a la ciudad durante una temporada y ella odió cada momento. Siempre supe que yo la encontraría escondida en el rincón más oscuro de un salón de baile. Hannah no es tímida, pero tampoco está hecha para la vida de la ciudad. Ella y Tucker encajarán perfectamente. Ahora, si has terminado, prima, nos pondremos en camino.

Lord Allerdale la subió al coche de caballos con una sonrisa tan encantadora como cualquiera de las que le había dedicado el señor Knight, pero en lugar de acelerar los latidos de su corazón, la hizo desconfiar un poco. Georgianna había pasado mucho tiempo en compañía de lord Allerdale en los últimos días y lo había visto sonreír muchas veces, pero nunca de esta manera. Había sido amable, ciertamente, y a veces escandaloso, pero en ningún momento había intentado coquetear con ella. Había recordado las palabras de su tía y no había intentado ni rechazarlo ni atraerlo, sino que se había limitado a ser ella misma. Había estado muy contenta con el resultado. Esperaba que él no estropeará las cosas volviéndose repentinamente romántico.

Sus temores se disiparon mientras él se reía de ella y le daba instrucciones al mismo tiempo. Poco importaron las veces que él le dijo que suavizara el control de las riendas o que sintiera la boca de los caballos, pues el camino no fue nada fácil. Cuando vio las puertas que marcaban el límite de la finca, Georgianna le devolvió las riendas.

—No confío en mí misma para conducirnos por un camino público, lord Allerdale.

Ella creyó oír un suspiro de alivio del mozo de cuadra detrás de ellos.

—Eres muy sabia, prima —dijo lord Allerdale, manteniendo un rostro admirablemente serio—. Me temo que debo ser un tutor muy malo.

Georgianna se rio.

—Tonterías. Está claro que no tengo aptitudes para esta actividad en particular.

—Un hecho poco común, para usted, creo. Escuché la nada despreciable lista de logros que ese pesado de Maudley obtuvo de usted la otra noche. Disfruté viendo mientras usted le devolvía la jugada.

—Es usted un descarado fisgón, señor.

—Tal vez —admitió—. Pero preferiría escuchar casi cualquier cosa antes que la conversación de lady Priscilla.

Una vez cruzadas las puertas, él blandió su látigo y puso a los caballos al trote rápido.

—Esto es mucho más cómodo —dijo Georgianna—. ¿Adónde me lleva? No debemos tardar mucho, pues tendré que cambiarme antes de visitar a la señorita Hughes.

La mandíbula de lord Allerdale se tensó y apartó el rostro, con la mirada repentinamente fija en el camino.

—A Cockermouth, señorita. Está a sólo unas millas de distancia. Pensé en matar dos pájaros de un tiro. Mientras disfrutamos de un refrigerio en la posada El Cisne, un establecimiento de lo más respetable, mi mozo de cuadra llevará a cabo algunos asuntos insignificantes para mí.

Georgianna se preguntó si este viaje tendría algo que ver con la discusión que había oído anoche. Tal vez iba a enviar a su mozo a empeñar algo por él para poder pagar su deuda.

El comportamiento de lord Allerdale se volvió más forzado a medida que se acercaban al pueblo. Ella esperaba que no estuviera a punto de deshacerse de una reliquia familiar. Tal vez debería esforzarse por disuadirlo; a pesar de su temperamento voluble, le agradaba y, si podía, lo ayudaría a no hundirse aún más en la desgracia.

—¿Hay algo que lo preocupe? —dijo finalmente—. Parece un poco distraído.

Él la miró, con una expresión enigmática.

—Es usted perspicaz, señorita. Puede que me equivoque, pero creo que uno de mis caballos cojea un poco.

—No había notado nada malo —dijo su mozo de cuadra.

—Pero no tienes una buena vista, Tibbs. Échales un vistazo, por favor.

Acababan de atravesar el arco de la posada. Él le tendió la mano para bajarla del carruaje y luego la condujo a un alegre salón.

—Voy a ordenar algunos refrigerios.

Georgianna se sentó en el asiento de la ventana y observó distraídamente a la gente que caminaba por la calle. Lord Allerdale regresó de inmediato, cerró la puerta tras de sí y le dedicó una sonrisa arrepentida.

—Es la segunda vez que nos encontramos juntos en una posada, pero esta vez creo que nos entendemos un poco mejor. Tal vez, incluso podría afirmar que somos amigos".

Georgianna sonrió.

—Eso espero, señor.

Él se acercó, apartó una silla de la mesa y se sentó. Cruzó las piernas y apoyó un brazo en la mesa. Aunque su postura era relajada, Georgianna percibió tensión en él.

—Lady Georgianna, ¿le está gustando Brigham?

—Estoy disfrutando de una estancia muy agradable, lord Allerdale.

—¿Y le agrada mi madre?

Georgianna sonrió.

—¿Cómo podría no agradarme? Lady Brigham ha sido extremadamente amable y es tan animada y divertida que la persona a la que no le agradara sería realmente rara.

—Creo que su situación en casa no es feliz, lady Georgianna.

Sus cejas se alzaron ante esta abrupta afirmación.

—No le sorprenderá saber que mi madre no siempre es discreta. Ha averiguado parte de su historia, lady Georgianna, a través de mi madrina —él frunció el ceño—. Mi vida tampoco es siempre feliz, pero ésa es una situación que yo mismo me he buscado.

Después de todo, parecía que iba a confiar en ella. Con la esperanza de facilitarle la situación, le dijo:

—Me temo que usted no es el único fisgón, aunque no era mi intención. Anoche oí fragmentos de su conversación con su padre mientras devolvía un libro a la biblioteca. Sólo algo sobre su honor, pedir más tiempo a Devonan y seguir su consejo. Supongo que usted está en deuda con lord Devonan, pero no entiendo por qué lo presiona de esta manera si él es su amigo.

—No esperaré que usted lo entendiera. Es un conocido más que un amigo, pero aunque perteneciera a mi círculo íntimo, no importaría; todas las deudas de juego son deudas de honor, señorita, y deben pagarse inmediatamente.

El ceño de Georgianna se arrugó.

—Pero si eso es así, ¿por qué usted apostó más de lo que podía pagar?

Se levantó y empezó pasearse.

—He sido un tonto durante los últimos meses, señorita. Sucedió algo que me trastornó enormemente...

—¿El hombre del lago?

Él volvió a sentarse.

—¿Así que usted lo sabe? —su rostro se ensombreció—. Le tenía cariño a Somerton. Nos habíamos sacado mutuamente de situaciones espeluznantes. Pero en esta ocasión, le fallé.

—¿Qué ocurrió?

—No lo sé con exactitud —dijo secamente lord Allerdale—. Ambos habíamos decidido enmendar nuestros caminos y pensamos que era prudente que nos mantuviéramos alejados de la ciudad por un tiempo. Sugerí mostrarle algo de mi propio país. Habíamos estado pescando y yo estaba remando de vuelta cuando él se levantó repentinamente y se arrancó la camisa. Dijo que me retaría en una carrera y se zambulló en el agua antes de que pudiera aconsejarle que no lo hiciera. Yo estaba de espaldas a la orilla y, justo cuando llegué, me di cuenta de que él no estaba. Nadé inmediatamente para encontrarlo, pero el agua en octubre es extremadamente fría y no tardé en encontrarme en dificultades.

—Fue un desafortunado accidente —dijo lady Georgianna—, pero no imagino qué otra cosa pudo haber hecho usted.

—No. Tal vez no. Mi padre pensó que yo debería haberle advertido antes, pero nunca pensé que él intentaría semejante cosa —sacudió la cabeza como para despejarla—. Hemos divagado, ¿por dónde iba?

—Me estaba contando que ha sido un tonto.

—Sí. He decidido estar a la altura de la opinión que mi padre tenía de mí y desde entonces casi nunca vengo a casa. Soy muy bueno a las cartas, mi padre se encargó de ello, y generalmente gano más de lo que pierdo. Devonan no es especialmente hábil, y no entiendo cómo perdí tan estrepitosamente contra él. No soy tan tonto como para emborracharme jugando. Pero esa noche, de alguna manera, mi cabeza estaba a la deriva, tal vez estaba enfermo, no lo sé. Sea cual sea la razón, jugué mal. No fue hasta el día siguiente, cuando él me visitó y me mostró mis deudas, que comprendí lo mucho que había perdido. Volví a casa y se lo conté todo a mi padre, pero se niega a adelantarme mi subsidio a menos que haga lo que él desea.

—¿Y qué desea él?

—Que me case, señorita. Cree que la responsabilidad de mi propia familia me pondrá los pies en el suelo. Puede que él tenga razón. Debo admitir que estoy cansado de la vida que he estado teniendo. Listo, le he contado todo. Me agrada y la respeto; se me ha ocurrido que podríamos ayudarnos mutuamente. Creo que su madre está igual de ansiosa por verla casada. Soy consciente de que no he dado una imagen muy buena de mí, pero intentaré enmendarme, señorita.

Georgianna se sintió bastante aturdida. No había esperado una propuesta. Una sonrisa irónica torció sus labios. ¡Y qué propuesta! Desde luego, no podía considerarlo un romántico. Le estaba ofreciendo un matrimonio de conveniencia. ¿Podría funcionar? Él le agradaba y mantenía estrechos lazos con su tía. Cualquier reputación que el hombre pudiera haber adquirido por ser salvaje e imprudente sería fácilmente ignorada por los padres de Georgianna; el heredero de un marqués no era algo que se pudiera desestimar. Se percató de que lord Allerdale la miraba con cierta urgencia.

—Un matrimonio así complacería a mis padres, señor, pero ¿me complacería a mí? Me alegro de que haya sido tan transparente en sus motivaciones y aprecio su honestidad, pero aunque no dudo de que sus palabras son sinceras cuando dice que tiene la intención de estabilizarse y enmendar su conducta, no estoy segura en absoluto de que sea capaz de hacerlo. Es usted volátil, como su madre.

Se inclinó hacia adelante con impaciencia, claramente aliviado de que ella no lo hubiera rechazado rotundamente.

—Sin embargo, ella le agrada, como yo le agrado, creo. Mi madre lleva muchos años sin meterse en líos serios. Creo que no somos irreformables.

—Tal vez —admitió Georgianna—. Pero creo que eso se debe a la influencia de su padre. No estoy convencida en absoluto de que yo pueda tener algún poder sobre usted.

No dudaba de que lord Allerdale fuera capaz de amar; él adoraba a su madre y odiaba disgustarla, pero si alguna mujer quería domarlo, tendría que provocar en él el mismo grado de afecto. El carácter de Georgianna era tan diferente del de lady Brigham que estaba segura de que ella no era esa mujer.

Y, quizá sintiendo que estaba perdiendo esta batalla, se acercó a sentarse con ella en el asiento de la ventana y le cogió las manos.

—Haría mi mejor esfuerzo para hacerla feliz.

Georgianna notó que sus manos no temblaban en las de él y, cuando el hombre se llevó una a los labios, ella permaneció impassible.

—Pero, ¿su mejor esfuerzo sería suficiente? —dijo reflexivamente—. No deseo ser poco delicado, pero igualaré su honestidad. No estoy nada segura de desear un marido de su temperamento; creo que me iría mejor con un hombre sereno. Y aunque hayamos disfrutado de nuestra mutua compañía en los últimos días, no estoy convencida de que exista ninguna chispa de atracción entre nosotros.

Las oscuras cejas de lord Allerdale se alzaron y un brillo depredador apareció en sus ojos. De pronto, la atrajo hacia sí y la besó. Georgianna sintió un incremento de fastidio más que de alarma. Se quedó muy quieta, sin forcejear ni animarlo. Al cabo de un momento, él la soltó y soltó una carcajada seca.

—Tal vez usted tiene razón. Pero eso no es necesario. Basta con que me proporcione un heredero o dos y la dejaré en paz.

El hombre no pudo haber dicho nada que repugnara más a Georgianna. Ahora comprendía por qué había parecido tan sorprendido cuando ella mencionó el compromiso de la señorita Hughes con el señor Tucker. Qué conveniente habría sido esa conexión para él; ella era una vieja amiga que no disfrutaba de la ciudad, por lo que lord Allerdale podría haber tenido fácilmente una amante sin que ella tuviera la menor idea de ello. Estaba encantada de que la señorita Hughes ya estuviera comprometida; estaba convencida de que sería mucho más feliz con el señor Tucker. Georgianna se levantó y se dirigió rápidamente a la silla que él había dejado libre. Cuando habló, su voz fue fría pero tranquila.

—¿Cómo se atreve a besarme? Mis palabras no fueron un desafío, sino una observación basada en hechos reales. En cuanto al tipo de matrimonio que usted describe, no me complacería en absoluto, señor. Debo rechazar su oferta.

Finalmente, la criada llegó, con dos pequeñas copas de vino y un plato de pastelillos. Lord Allerdale bebió la suya con un rápido movimiento y permaneció sentado con el ceño fruncido, mirando al suelo.

—Me parece que no tengo apetito —dijo Georgianna—, y ahora me gustaría volver con mi tía.

Cuando él levantó los ojos, ella vio el brillo salvaje que había observado al salir de la posada tras su primer encuentro. Sin embargo, eso ya no la asustaba. No creía que corriera verdadero peligro con este hombre a su lado. Él sólo tenía mal genio; no le gustaba que lo contrariaran. Sin embargo, respiró un poco más tranquila cuando él se levantó e hizo una reverencia.

—Muy bien, señorita. Iré a decirle a Tibbs que prepare los caballos.

CAPÍTULO 15



Lord Allerdale se ausentó un rato. Georgianna bebió un sorbo de vino y mordisqueó un pastelillo. Esperaba que él recuperara su buen humor a su regreso o su viaje de vuelta a Brigham sería incómodo. Se levantó cuando la puerta se abrió. Lord Allerdale entró a zancadas y le ofreció una reverencia bastante ostentosa.

—Su carruaje la espera, lady Georgianna. Me temo que mi caballo está cojo y no hay otros que se ajusten. El único vehículo de alquiler es un carruaje cerrado de cuatro ruedas que al menos garantizará una rápida conclusión de nuestro viaje.

Georgianna solo sintió alivio ante esta noticia, pues su acompañante tenía un aire bastante temerario. La subió al carruaje y la siguió dentro, cerrando la puerta tras de sí. Mientras se alejaban, Georgianna empezó a sentirse un poco incómoda; no era nada normal estar a solas con un caballero en un carruaje cerrado.

—¿Dónde está Tibbs?

—No confío en nadie más para que cuide de mis caballos, señorita.

Ella podía creer esto; su padre era igual con sus animales favoritos. Al cabo de unos instantes, se volvió hacia ella y le dijo amablemente:

—¿Vendrá la próxima temporada?

Georgianna se relajó; parecía que él no iba a incomodarla, después de todo.

—No conozco los planes de mi madre. Tal vez.

Procedió a describirle las numerosas y variadas diversiones de las que ella podría disfrutar. A pesar de su previo comportamiento escandaloso, Georgianna se encontró riendo cuando él adornó sus descripciones con anécdotas divertidas, aunque ligeramente maliciosas, de los personajes que ella probablemente conocería. Permanecieron así durante media hora.

Finalmente, cuando él llegó al final de su relato, Georgianna se volvió, aún sonriente, para mirar por la ventanilla. Frunció el ceño. Habían estado viajando a buen ritmo y, a estas alturas, ella había esperado reconocer a estas alturas la campiña que rodeaba Brigham. No sólo no era así, sino que vio una señal que le indicó que estaba en el camino Carlisle.

—Ha habido algún error, señor. Vamos en la dirección equivocada.

—En absoluto, lady Georgianna. Los postillones siguen mis instrucciones a la perfección —dijo lord Allerdale, con el brillo nuevamente en sus ojos—. Había esperado que no se percatara aún de nuestro cambio de planes, pero era una leve esperanza, supongo. Es usted una joven muy observadora.

—También estoy muy molesta, justo ahora. Sabe que hoy tengo otro compromiso. ¿Adónde me lleva?

—A Gretna Green —afirmó sin rodeos.

Georgianna experimentó una intensa furia por dentro.

—¿Está loco? —exclamó—. Dele nuevas instrucciones a los postillones, de inmediato.

—No —dijo suavemente él—. Usted se casará conmigo. Mi honor será restaurado y su futuro asegurado.

—Oh —jadeó Georgianna—. No pretenda que le preocupa mi futuro; es el suyo el que intenta proteger. No me lo habría pedido si no se hubiera enterado del compromiso de la señorita Hughes.

—Pero me enteré. Y debo agradecerle por asegurarse de que no pierda mi tiempo. El tiempo, como ve, es esencial.

—No sea tonto —espetó ella—. Es como un niño mimado que siempre tiene que salirse con la suya. Pero conmigo no lo conseguiré. Creo que ambas personas deben dar su consentimiento para casarse, incluso en Escocia, y desde luego yo no lo daré.

Los ojos de lord Allerdale brillaron pero su voz permaneció calmada.

—Puede que cambie de opinión cuando haya pasado la noche en Carlisle.

—Preferiría arruinarme antes que casarme con usted, señor, y cualquier duda que pude haber tenido ahora se ha multiplicado por diez. No sabe nada de honor y no es digno de ser el marido de nadie.

Cuando su mordaz crítica de su carácter y su moral no logró afectarlo, Georgianna cambió de táctica.

—Vamos —le dijo en tono más suave—. Está de mal humor y actúa salvajemente. Piense en el dolor que le causará a lady Brigham.

—Estoy pensando en ella, se lo aseguro. Estará encantada de tenerla como nuera y pensará que el incidente es totalmente romántico. Sin importar lo que usted le diga, ella no podrá llegar a creer que usted no pudo llegar a amarme.

Por desgracia, Georgianna sí podía creer estas afirmaciones.

—Entonces piense que su padre lo menospreciará mucho más —dijo ella, un poco desesperada.

—Tal vez, a corto plazo —concedió—. Pero una vez que vea que tengo intención de tratarla bien, y le aseguro que es así, me perdonará.

Georgianna aceptó finalmente la inutilidad de discutir con él en su estado de ánimo actual. Estaba segura de que su determinación de casarse con ella se debía más a su deseo de aliviar las preocupaciones de su madre, y tal vez incluso de evitar que la mujer cometiera alguna locura, que a su preocupación ante la posibilidad de que su reputación se viera mancillada por la amenaza de lord Devonan de exponerlo como un hombre que no pagaba sus deudas. Estaba segura de que, una vez que su temperamento se enfriara, él se arrepentiría de sus impulsivas acciones. Solo esperaba no encontrarse completamente arruinada antes de que eso ocurriera. Sin embargo, no confiaría en ello, sino que tendría que concentrarse en el problema de cómo escapar de sus garras.

Georgianna miró especulativamente su gabán varias veces, preguntándose si llevaba una pistola en el bolsillo; pero aunque así fuera y ella tuviera la oportunidad de robársela, dudaba mucho que él creyera que tenía el valor de usarla. Ella misma lo dudaba.

Cuando llegaron a Carlisle, tres horas más tarde, Georgianna seguía sin tener un plan coherente. Cualquier idea de armar un alboroto y pedir ayuda a alguien se desvaneció cuando lord Allerdale la sujetó del brazo con fuerza en cuanto bajó del carruaje y la metió en la posada. Ella hizo una mueca. La idea de montar semejante escena la hizo estremecerse, y estaba segura de que a la diabólica mente del hombre no le costaría inventar una historia que la dejara en

ridículo. Ella tendría que ser más perspicaz.

La posada era grande y estaba concurrida, y el único salón privado disponible daba al patio de los establos. Se accedía a él por un tramo de ocho escaleras, era muy pequeño y no tenía chimenea. Georgianna sospechó que probablemente se había utilizado como almacén.

Lord Allerdale se inclinó ante ella y retiró la llave de la puerta.

—Le daré algún tiempo a solas para que considere su posición, lady Georgianna. La frontera no está lejos de aquí; podríamos casarnos hoy y estar en casa al anochecer si usted cambiara de opinión. Al menos la protegería del escándalo de haber pasado la noche en mi compañía.

Él cerró la puerta, y ella oyó el chirrido de la llave en la cerradura.

Georgianna corrió hacia la ventana e intentó empujarla. Subió un par de centímetros, pero luego se atascó. Mirando hacia el patio, notó que no habría podido escapar fácilmente a través de ella; probablemente se fracturaría el tobillo si intentaba saltar a los adoquines desde esa altura. Durante unos minutos infructuosos se paseó de un lado a otro, esperando que él no empezara a beber o las posibilidades de que volviera en sí pasarían de escasas a nulas.

Un pequeño grito se le escapó cuando su pie golpeó un baúl que estaba apoyado contra la pared. Se sentó sobre él, apretó los dientes y se sujetó la extremidad herida. Emitió un sollozo ahogado. El señor Knight había prometido matar a cualquier dragón que la amenazara y, en este momento, deseó que estuviera aquí y atravesara a lord Allerdale con su espada. Sin embargo, él no estaba aquí y, hasta donde ella sabía, no tenía espada, y quizá era mejor así; en un duelo, con pistola o espada, el tamaño del hombre podía jugar en contra de lord Allerdale. Tendría que matar a este dragón ella misma.

Cuando el dolor en los dedos de sus pies se redujo a una leve sensación pulsante, Georgianna se puso de pie y miró de modo acusador al sencillo baúl de madera. Inclinandose repentinamente, lo abrió. Estaba lleno de una selección bastante aleatoria de objetos, desde candelabros deslustrados hasta jarras y cubiertos de más. Se arrodilló, con la mirada fija. Metió la mano en el baúl y sus dedos se enroscaron en un pomo redondo de hierro. Tiró de él y descubrió la larga longitud de un atizador. Se levantó y se acercó a la puerta, comprobando el peso del pomo en la palma de la mano. No era imperceptible en absoluto, pero podría funcionar.

El sonido de una pisada tranquila en la escalera llegó a sus oídos, y Georgianna se apoyó contra la pared. Oyó el ruido de la llave al introducirse en la cerradura y vio girar el picaporte. La puerta se abrió y lord Allerdale entró en la habitación. Dio dos pasos apresurados y se detuvo, con los ojos fijos en la ventana. Soltó una carcajada.

—Parece que la he subestimado, l...

Ella levantó el atizador y lo golpeó. El hombre se tambaleó un momento y luego se desplomó. Georgianna se sintió mal, se arrodilló a su lado y dejó el arma en el suelo. Se aseguró de que aún respiraba y metió la mano en el bolsillo de su gabán. No encontró una pistola, sino una pequeña bolsa con dinero. Se puso de pie, frunció el ceño ante su rostro pálido durante un momento y luego huyó.

Preguntó en el patio si había un caballo en alquiler y sintió un vértigo de alivio cuando descubrió que sí lo había. A pesar de que el mozo de cuadra se demoró sólo unos minutos en preparar el caballo, Georgianna dio golpecitos con el pie con impaciencia y no pudo evitar mirar nerviosamente hacia la ventana del salón. Sólo cuando se alejó de la posada al galope, el corazón dejó de latirle con fuerza en el pecho.

Durante los primeros kilómetros, se encontró mirando ansiosamente por encima del hombro cada vez que oía un carruaje detrás de ella, pero poco a poco se fue relajando. Creía que lord Allerdale tardaría algún tiempo en estar en condiciones de perseguirla. Aun así, le habría gustado

salirse del camino, pero no conocía la tierra y temía perderse por completo.

Llevaba una hora cabalgando cuando vio una señal que anunciaba el pueblo de Thursby. Unas nubes amenazantes perturbaban el cielo, y estaba cansada y necesitaba desesperadamente un refrigerio. Giró hacia el camino angosto y pronto llegó al pueblo. La posada El Barco daba al prado de la aldea y parecía de confianza. Se sintió aliviada al descubrir que también era muy tranquila.

El propietario la miró atentamente cuando ella solicitó un salón privado.

—¿Está sola, señorita? Esto me parece un poco raro.

Lo miró fríamente durante un momento. El hombre tenía un rostro sincero. ¿Debería contárselo? Decidió no hacerlo; cuantas menos personas supieran de este vergonzoso incidente, mejor. Si su padre se enteraba, insistiría en que se casara con lord Allerdale.

Georgianna enarcó una ceja altiva.

—Una serie de desafortunados acontecimientos, que no tengo intención de compartir con usted, me han conducido a su posada, señor. Tengo frío, sed y estoy cansada. Lléveme a un salón privado y tráigame té y pan con mantequilla de inmediato.

Aparentemente impresionado por su actitud confiada, hizo una reverencia y la condujo a una habitación mucho más cómoda que aquella de la que había escapado hacía poco. Él mismo llevó la bandeja y encendió el fuego, lanzándole una mirada inquisitiva mientras se ponía en pie.

—¿Su destino está lejos, señorita?

—A Cockermouth. No me había percatado de lo lejos que estaba.

—¿Seguro que no va en otra dirección, señorita? —dijo él, con ojos amables.

—¿No se lo acabo de decir? ¿Hay alguna diligencia que pase por aquí?

—No muchas paran aquí ahora, señorita —sacudió la cabeza con tristeza—. Solía ser diferente en tiempos de mi padre.

El corazón de Georgianna se hundió.

—Pero resulta que hoy es su día de suerte. El carruaje de Whitehaven parará aquí dentro de una hora, y ése llega a Cockermouth enseguida.

Una sonrisa de alivio curvó los labios de Georgianna.

—¿Cree que podré conseguir un asiento en él?

—No debería haber ningún problema, señorita. Siempre y cuando tenga la tarifa. Le avisaré cuando llegue.

—Gracias. ¿Y tiene a alguien que pueda devolver el caballo que alquilé en Carlisle?

—Eso puede arreglarse fácilmente, señorita.

Ella llevó la bandeja al fuego, la dejó sobre una pequeña mesa y se sentó agradecida en uno de los cómodos sillones que estaban junto a las ardientes llamas. Una vez que hubo comido, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. La agitación del día se apoderó de ella y cayó en un sueño ligero. Se despertó cuando su cabeza cayó incómodamente hacia un lado. Abrió los ojos soñolientos y parpadeó apresuradamente, preguntándose si aún estaba soñando. Cuando la visión frente a ella no se desvaneció, volvió a cerrarlos brevemente y soltó un largo suspiro.

Lord Allerdale estaba sentado completamente a gusto en la otra silla, con una venda manchada de sangre alrededor de la cabeza. Le sonrió tristemente, con una mezcla de diversión y respeto en sus ojos.

—Te felicito, prima. Eres una mujer extraordinaria. Ni una sola vez en este día me has sacado de quicio.

—No me habría servido de nada y me habría hecho perder mucha energía —dijo secamente ella.

—Muy cierto —reconoció él—. También eres muy ingeniosa. Tu método para librarte de mi presencia fue un poco salvaje, pero muy eficaz. ¿Creías que me habías asesinado?

—Comprobé que aún respiraba antes de irme.

—Qué considerado de tu parte. No merecía tanta consideración.

—No, no la merecía. ¿Cómo me ha encontrado?

—Lógica. Un caballo alquilado no puede ir muy lejos en una hora.

Georgianna lo miró con recelo.

—¿Qué piensa hacer ahora?

Él sonrió.

—Parece que, al noquearme, me devolviste la cordura, prima. Voy a llevarte de vuelta con Brigham. Serías una esposa problemática si me pegaras en la cabeza cada vez que pierdo los estribos.

Parecía escéptica.

—¿Usted espera que yo le crea?

—Sí —dijo él—. Puede que mis acciones de hoy hayan sido abominables, pero creo que descubrirás, si recapitulas todas nuestras conversaciones de hoy, que no te he mentado ni una sola vez.

—Creo que olvida el asunto del caballo cojo, señor.

—Sí, lo había olvidado. Pero no es sorprendente que eso haya abandonado mi mente. Es un milagro que me quede algo de sentido común —metió la mano en el abrigo, sacó una pequeña pistola y se la ofreció—. Coge esto como garantía de mis buenas intenciones. Supongo que debo agradecerte que sólo hayas revisado uno de mis bolsillos, ¡o podrías haber estado tentada de acabar conmigo!

Georgianna cogió la pistola y le apuntó.

—¿Qué le hace pensar que no lo haré ahora?

El casero entró en la habitación.

—Lo siento, señorita, estaba en los sótanos. No habría permitido que usted... —sus ojos se abrieron de par en par—. Ahora baje eso, señorita. Cuando vi al patán cobarde afuera, me di cuenta de que mis sospechas eran correctas. Usted se dirigía a Gretna Green, sin duda, pero cambió de idea. No es la primera vez que eso sucede. Unos días encerrada en un carruaje con sus pretendientes ha hecho entrar en razón a más de una mujer. Claro que, para entonces, suele ser demasiado tarde.

—Bueno, no es demasiado tarde para mí. Y no he ido por voluntad propia, se lo aseguro.

—Aun así, señorita, le ruego que no vaya a disparar a nadie en mi establecimiento.

De pronto, Georgianna se rio y le entregó a lord Allerdale su pistola.

—Le creo, ahora lléveme a casa, criatura deplorable.

—No, señorita, no se precipite —dijo el casero—. Sería mejor que subiera a la diligencia. ¿Cómo sabe que puede confiar en él?

Lord Allerdale se levantó.

—La dama no ha entrado en razón, señor, yo lo he hecho. Ella parece muy gentil, ¿verdad? Pero observe el vendaje alrededor de mi cabeza, no sólo me ha apuntado con una pistola, sino que también me ha noqueado con un atizador. He decidido que no congeniaremos.

El casero parecía bastante sorprendido.

—Y podría tener razón, señor.

CAPÍTULO 16



Los Mossop intentaron marcharse en cuanto se dieron cuenta de que los Tweddle también estaban presentes en la casa del vicario, pero Alexander los detuvo con el simple recurso de cerrar la puerta tras ellos y apoyarse en ella. Impresionados por su tamaño y su comportamiento ligeramente amenazador, se sentaron a regañadientes. El señor Simpson interpretó su papel con admiración, como el custodio decepcionado de su rebaño descarriado.

Cuando nombró a Thomas Mossop como el padre del hijo de Molly, se produjo un alboroto. Olvidando por un momento que no guardaba rencores, Sam Tweddle se abalanzó sobre Thomas, pero Alexander intervino para impedir una pelea y luego hizo que sus cabezas colisionaran. Antes de que pudieran volver a ponerse en pie, les apuntó con una pistola y les ordenó que se sentaran y se mantuvieran callados.

El vicario aprovechó el silencio estupefacto que se produjo tras esta maniobra, para bramar un versículo del Apocalipsis.

—Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.

Eso sí que les capturó la atención de los presentes. Expuso la locura de la naturaleza humana y los males de los padres que envenenan a sus hijos con sus propios pecados. Los culpó a todos por igual, hasta que el señor Mossop y el señor Tweddle se miraron de reojo y se removieron en sus asientos.

—Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.

Cuando él mencionó el peligro que corría Molly tanto en esta vida como en la siguiente, ella estalló en lágrimas y se puso en pie de un salto.

—Pero yo no quería causar ningún daño. No se me ocurrió qué otra cosa hacer.

—Entonces será mejor que esperes que mis palabras hayan sido escuchadas y aceptadas de corazón, Molly. Hay alguien en esta habitación, aparte de Dios, que puede ofrecerte el perdón. Pero sólo lo hará si hay una verdadera reconciliación entre ambas familias.

Todos los ojos se volvieron hacia Alexander. El señor Tweddle se puso en pie, con una mirada ligeramente agresiva.

—¿Y quién es usted, señor? No puedo decir que me haga mucha gracia que expongan todas nuestras faltas delante de un extraño.

—Quizás no, señor Tweddle, pero creo que tengo todo el derecho a estar aquí. Soy

Alexander Knight, marqués de Somerton, heredero del duque de Rushwick, y hermano del hombre que Molly afirmó que era el padre de su hijo.

Un jadeo audible recorrió la habitación.

—Lamento su pérdida, señor —dijo el señor Tweddle—. Y lamento todo lo demás. Usted no tiene aspecto de marqués, yo lo habría considerado un soldado por la forma en que se desenvuelve y ladra órdenes.

—Fui Comandante Knight en otra época.

—¡Lo sabía! —dijo, complacido por esta prueba de su sagacidad innata—. Le estaría muy agradecido, señor, si perdonara a mi Molly. En realidad es una buena chica y, como el señor Simpson ha señalado, todos tenemos la culpa.

El señor Mossop se puso de pie.

—También le pediría que mostrara algo de piedad con Molly, señor. Dudo que mi hijo hubiera seguido con su plan si ella no lo hubiera convencido, pero...

El señor Tweddle lo atacó verbalmente.

—Pero si él es como tú, Fred Mossop, que...

—¡Basta! —la voz de Alexander se desgarró—. Ya habéis oído mis condiciones. Si no podéis acatarlas, me veré obligado a asumir medidas más extremas.

Ambos hombres observaron el acero en sus ojos y se calmaron. El señor Tweddle asintió y se acercó a su némesis. Le tendió la mano.

—Se la estrecharé si usted está dispuesto a hacerlo también.

El señor Mossop se quedó mirando la mano de nudillos inflamados durante un momento y luego la aceptó. Thomas y Sam no tardaron en seguir su ejemplo. Molly se arrojó a los brazos de Thomas y estalló en ruidosos sollozos sobre su pecho.

El señor Tweddle miraba con indulgencia.

—Espero que considere oportuno casarlos antes de que pase mucho tiempo, señor Simpson.

El vicario estaba radiante.

—Insisto en ello —dijo el hombre—. Tan pronto como se puedan leer las amonestaciones.

—Nunca podremos agradecerle lo suficiente, señor —dijo el señor Tweddle a Alexander.

—Encárguese de cumplir su parte del trato. Tenga buen día.

Giró sobre sus talones y salió de la habitación, satisfecho con el resultado de la reunión pero impaciente por seguir su camino.

Alexander no llegó a Brigham hasta media tarde. Se irritó cuando descubrió que Allerdale no estaba en casa, pero entregó su tarjeta al mayordomo, muy educado, y pidió que se la entregara a lord Brigham. El hombre la miró y luego le dirigió a Alexander una mirada un poco más respetuosa.

—Desde luego, señor. Si me acompaña por aquí, por favor.

Lo dejó en la biblioteca. Alexander dio una vuelta por la habitación y se detuvo ante una mesa con un libro. *Culpeper, Médico Inglés: Herbolario Completo*. Apoyó un momento las puntas de los dedos en él, seguro de que los dedos de lady Georgianna también habían estado allí no hacía mucho tiempo. Se percató de que la había echado de menos. Una sonrisa irónica torció sus labios. Su determinación de venir aquí no se había debido únicamente a su deseo de hablar con Allerdale; ni siquiera había sido su principal motivo. No lo había comprendido hasta este momento.

Alexander había visto a muchos hombres, que aún no estaban insensibilizados por la guerra, hundidos en la miseria por la pérdida de un amigo, y Allerdale mostraba todos los síntomas. Su inquietud con respecto a ese caballero había cambiado; ya no sospechaba de él en relación con su

hermano, pero tampoco confiaba en que se mantuviera al margen con lady Georgianna.

No se podía confiar en un hombre que no era él mismo y que, por naturaleza, era salvaje. Aunque había sido poco elogioso con ella tras su primer encuentro, Alexander no podía creer que Allerdale hubiera pasado tres días en compañía de lady Georgianna sin sucumbir a su encanto. Imaginaba que Allerdale la consideraría un reto. Sólo esperaba que el hombre no la hubiera conquistado con una demostración de encanto. Alexander había prometido matar a todos los dragones que la amenazaran, y los últimos días habían sido una dura prueba. Ella había ido directamente a la guarida del dragón y él no había podido evitarlo.

Notó un cuaderno que yacía ordenadamente junto a la guía de Culpeper. No estaba seguro de la clasificación de los cuadernos. Si hubiera sido un diario, esperaba haber tenido fuerzas para resistirse a abrirlo, pero si se trataba de una simple lista de notas sobre remedios herbales, como sospechaba, seguramente no habría nada malo en ello, ¿verdad? Lo abrió rápidamente, sólo deseaba ver la letra de la joven. Sonrió, sus escritos eran precisos, pulcros y claros. No habría esperado menos.

—Por aquí, señor.

Alexander cerró el cuaderno, contento de estar de espaldas a la puerta y de que el mayordomo no pudiera saber que había estado curioseando. Lo siguió hasta la oficina de lord Brigham.

—Una botella de burdeos, por favor, Lancet —dijo el marqués.

—Desde luego, señor.

Antes de abandonar la habitación, el mayordomo se acercó a una pequeña mesa situada entre dos sillones y sacó dos copas y una baraja de cartas.

Lord Brigham evaluó con la mirada a su inesperado invitado.

—Es usted la viva imagen de su padre, lord Somerton —señaló un sillón—. Por favor, póngase cómodo.

Alexander ocupó la silla indicada y cruzó las piernas.

—Se preguntará por qué le he hecho esta inesperada visita, señor.

—En absoluto —dijo en voz baja lord Brigham—. Creo que es a mi hijo a quien deseaba visitar, y creo que puedo adivinar por qué.

Alexander se limitó a enarcar una ceja.

—¿A qué rango ha ascendido? —preguntó lord Brigham al cabo de un momento.

—Comandante, señor.

—No me sorprende. Tienes cierta presencia. Aunque su hermano no hubiera mencionado su profesión, yo lo habría sabido; el corte de su abrigo indica sastrería militar. Imagino que desea descubrir por sí mismo todas las circunstancias de la desafortunada muerte de su hermano. Debo decir que me sorprendió que su padre no viniera en persona cuando el incidente ocurrió.

—Creo que habría sido demasiado doloroso para él, y su condición de salud ya no es tan buena como antes. Es un largo camino para un anciano.

—Muy cierto —concedió lord Brigham—. Puedo proporcionarle un relato de lo ocurrido, y lo haré.

Alexander escuchó en silencio la descripción concisa y objetiva de lord Brigham respecto al incidente. Fue como había sospechado, un desafortunado accidente.

—Puede creerme cuando le digo que estos son todos los hechos que Allerdale conoce. Sea cual sea la situación desagradable en la que él se encuentre, siempre confía en mí —lord Brigham frunció el ceño—. Al principio no comprendí lo mucho que lo había afectado la muerte de su hermano, y me temo que fui duro con él.

—Según mi experiencia, señor, no importaría cómo lo tratara. Si un hombre se siente culpable por seguir vivo cuando su amigo no lo está, eso suele consumirlo, sin importar cuántas veces le digan que no había nada que pudiera haber hecho.

Lord Brigham hizo una mueca de dolor.

—Pero yo no le dije tal cosa; le dije que debería haber advertido a su hermano que no se metiera al agua. Por supuesto, a Allerdale nunca se le ocurrió que alguien lo haría en octubre.

Alexander había acudido a Brigham en busca de consuelo; en cambio, se lo estaba proporcionando a este hombre.

—¿Y por qué debería habersele ocurrido? Mi hermano solía ser impulsivo, señor, pero ni siquiera yo habría esperado que hiciera algo así —sonrió irónicamente—. Las relaciones padre-hijo están rodeadas de dificultades, ¿no es así? A lo largo de mi vida me han dirigido algunas palabras duras, y fui directamente en contra de los deseos de mi padre cuando me incorporé al ejército, pero nunca he dudado de su estima. Un hombre debe enfrentarse a sus demonios y vencerlos por sí mismo. Quizá, señor, le ayude a Allerdale saber que no lo considero responsable de la muerte de James.

Lord Brigham miró a Alexander con cierto respeto.

—Usted me parece un poco más joven que Allerdale, pero sus experiencias en el extranjero le han enseñado sabiduría, lord Somerton.

Alexander sonrió.

—Tal vez, un poco.

—Permítame presentarle a mi esposa. A ella le agradó su hermano y deseará conocerlo a usted. También tenemos a nuestra prima, lady Colyford, de visita en este momento, y a su sobrina lady Georgianna Voss.

—Estoy al tanto de ello, señor. Me he estado alojando en el granero de La Cabaña del Lago.

Lord Brigham parecía divertido.

—Estoy seguro de que usted tenía una muy buena razón para alojarse en un lugar tan rústico. Espero que tenga intención de compartirlo conmigo.

—Lo haré con mucho gusto, señor, pero como también tendré que explicárselo todo a lady Colyford, ¿le importaría mucho si espero hasta que nos reunamos con las damas?

El hombre pareció sorprendido.

—Entonces, ¿ella no lo sabe?

—Me temo que he sido culpable de haber cometido un pequeño engaño. He estado viajando de incógnito.

—Debo admitir que estoy muy intrigado. Sin embargo, dudo mucho que usted haya engañado a Hester; ella no pudo haber pasado por alto el parecido entre usted y Rushwick. Creo que él fue uno de sus pretendientes.

Alexander pudo imaginar fácilmente a su padre atraído por lady Colyford cuando era una jovencita, pero le parecía interesante que ella afirmara no acordarse de él.

—Según la señorita Felsham, ella supuso que yo era su hijo ilegítimo.

—Ah, ya veo. Bueno, su padre tuvo bastante reputación en su día, pero me sorprendería mucho descubrir que tuvo un hijo ilegítimo de su edad. Una vez casado y establecido, era un hombre distinto. He observado que el matrimonio a menudo hace que un hombre se vuelva sensato.

Lady Colyford levantó rápidamente la mirada cuando ellos entraron en el salón.

—¡Señor Knight! —exclamó poniéndose en pie—. ¿Ha ocurrido algo en La Cabaña del Lago?

—Nada que deba preocuparla, señora —dijo él.

Lady Brigham se levantó y le sonrió.

—Amor mío —dijo su lord—, éste es lord Somerton, el hijo de Rushwick que ha venido a visitarnos.

—¿El hermano del pobre James? —dijo ella.

—Sí, señora.

Ella se precipitó hacia adelante y le cogió las manos.

—Lamento mucho lo que le sucedió. Era un gran amigo de mi hijo y lo apreciábamos mucho —la mujer se volvió hacia Hester—. Pero, ¿por qué lo has llamado señor Knight?

Alexander se acercó a lady Colyford y le cogió la mano.

—No he disfrutado engañándola, señora. Pero creí que era necesario.

—Espero que tenga intención de explicarse —dijo ella con cierta aspereza—. No era forma de corresponder a mi hospitalidad.

Lord Brigham se rio.

—¡Claro que sí, Hester, sobre todo cuando le permitiste dormir en el granero!

Los ojos de lady Brigham se abrieron de par en par.

—¿El granero, Hester? ¿Permitiste que el hijo de un duque durmiera en tu granero?

De pronto, los labios de lady Colyford se crisparon.

—Y también hice que moviera algunas rocas grandes de mi jardín y cortara leña.

—¡Hester! —chilló lady Brigham—. ¡Eres atroz!

Alexander sonrió.

—Ha sido un placer, señora.

Lady Brigham le indicó que se sentara.

—Ahora debe explicarlo todo. Me muero de curiosidad. ¿Por qué viajaba de incógnito? ¿Hay una dama involucrada, tal vez? Suena muy romántico.

—Había un romance involucrado —dijo él.

Lady Brigham aplaudió.

—Lo sabía. ¡Cuéntalo todo!

—Pero no fue el mío.

Lady Colyford le dedicó una sonrisa cómplice.

—¿Está seguro de eso?

En lugar de responder a la pregunta, Alexander comenzó el relato.

—Bueno —dijo lady Colyford cuando él hubo terminado—. Debo decir que lo ha hecho muy bien, lord Somerton. Es un resultado satisfactorio. Y mi estima por el señor Simpson ciertamente ha aumentado.

—Él desempeñó muy bien su papel, señora.

Naturalmente curiosa, lady Brigham dijo:

—¿Qué habría hecho usted si el niño hubiera sido de su hermano?

—Mi padre habría insistido en que se criara en Rushwick.

—Me complace oír eso—dijo bruscamente lady Colyford.

El mayordomo entró en la habitación y le entregó una tarjeta a lord Brigham.

—Gracias, Lancet. Por favor, trae a lord Westbury.

Lady Colyford gimió.

—Él escogería éste, de todos los momentos, para hacer acto de presencia.

Alexander la miró atentamente, preguntándose por qué este momento, en particular, no era conveniente.

Entonces, lord Westbury entró en la habitación. Era alto y moreno como su hija, pero sus ojos eran del mismo azul claro que los de su hermana. Después de saludar a todos con una reverencia, frunció el ceño hacia lady Colyford.

—Quisiera hablar en privado contigo, hermana. Llevo varias horas de viaje y me ha disgustado encontrarte lejos de casa.

Lady Colyford levantó la barbilla y entrecerró los ojos.

—Como no me habías informado de tu inminente llegada, no puedes culparme por ello. Y no se me ocurre nada que quieras decirme que no pueda ser dicho delante de mis amigos.

Un color opaco impregnó las mejillas de lord Westbury.

—Siéntate, Westbury —dijo lord Brigham con firmeza—. Voy a pedir una copa de vino. Tú, por supuesto, pasarás la noche, y así tendrás una gran oportunidad de hablar con Hester a solas.

—Gracias, Brigham, agradecería una copa —él se volvió de nuevo hacia lady Colyford—. ¿Dónde está mi hija, señora?

Lady Brigham dijo con alegría:

—Debo decirle lo mucho que me agrada su hija, lord Westbury. Es una muchacha encantadora. Sus modales son perfectos.

—Me complace oírle decir eso, señora. Le ruego que mande a buscarla; hace tiempo que no veo a lady Georgianna.

—Si la has visto más de cinco veces en el último año, me sentiré asombrada —dijo secamente lady Colyford.

—Me temo que usted tendrá que esperar un poco más, señor —dijo lady Brigham—. Mi hijo se la ha llevado para una lección de conducción en su carruaje.

Lord Westbury frunció el ceño.

—¿Allerdale se la ha llevado sola?

—No —dijo su hermana—. Insistí en que él llevara a su mozo, por supuesto.

—Ya lo creo —dijo lord Westbury—. ¿Cuánto tiempo llevan fuera?

—Oh, unas cuantas horas —admitió lady Brigham—. Pero los jóvenes pierden la noción del tiempo con mucha facilidad, ¿no es así?

—¿Cuánto tiempo exactamente, señora? —dijo lord Westbury con severidad.

—Oh, partieron en algún momento de esta mañana, creo —replicó frívolamente ella.

—Desde el desayuno —dijo lady Brigham—. Debió haber sido alrededor de las diez y media. Estoy muy disgustada, porque teníamos un compromiso esta tarde.

—¿Por qué no me informaste de esto? —preguntó lord Brigham a su señora.

—Ha estado encerrado en su estudio con lord Devonan todo el día, milord. Y usted había informado a Lancet que no debía ser molestado bajo ninguna circunstancia. Hester ha estado inquieta estas dos horas, pero le he dicho que nada malo puede ocurrirle a lady Georgianna mientras esté con Miles.

—No puedo compartir su optimismo, señora —dijo secamente Alexander—. ¿Y si han sufrido algún accidente? Hay que organizar una búsqueda, de inmediato.

—Por fin alguien con una opinión sensata —dijo lord Westbury.

Lord Brigham se puso en pie.

—Yo lo organizaré. Siéntese, lord Somerton, no conoce el país. Enviaré a los sirvientes y mozos de cuadra, quienes lo conocen muy bien. Dudo que les haya ocurrido algo grave, o el mozo de Allerdale nos habría informado. Probablemente estén bastante cómodos en una posada local mientras esperan alguna reparación insignificante en el carruaje.

Alexander habría preferido unirse a la búsqueda, pero no podía criticar el razonamiento de

lord Brigham.

—Me encargaré de conseguir un refrigerio —dijo lady Brigham, corriendo detrás de su marido.

Se produjo un silencio bastante incómodo en la habitación. Alexander notó la tensión entre lord Westbury y lady Colyford. Se dirigió al otro extremo de la sala y se quedó mirando por la ventana.

Lord Westbury miró a su hermana bajo sus cejas prominentes.

—¿Quién es esa extraña mujer que vive contigo, Hester? —dijo finalmente.

—¿Te refieres a mi compañera, la señorita Ravenchurch? —respondió ella con frialdad.

—Maldita sea, Hester. No puedes tener a esa mujer como acompañante, es evidente que tiene problemas mentales. Pareció creer que yo había llegado para llevarla a dar una vuelta en carruaje por el parque.

—Esa mujer, es una prima lejana nuestra, Westbury. Y puede que a veces se confunda un poco, pero es inofensiva.

El rostro de lord Westbury cambió.

—Ella no puede ser de nuestra sangre —protestó—. Nunca hemos tenido un lunático en la familia. Debes encerrarla, Hester. No podemos permitir que todo el mundo llegue a saberlo.

—Yo, a diferencia de ti, hermano, no soy de los que rechazan a un pariente empobrecido.

—Eso es muy injusto. Fue Serena quien insistió en que te fueras.

—De eso no tengo duda. En cuanto a tu afirmación de que nunca hemos tenido un lunático en la familia, me permito disentir —dijo lady Brigham con voz dura—. ¿Eres consciente de que Serena le dijo a Georgianna que la odiaba?

Las cejas de Alexander se alzaron y envió una mirada de reojo en dirección a lord Westbury, quien parecía bastante aturdido.

—Debes de estar equivocada, Hester. ¿Por qué iba a odiar a su propia hija?

Parecían haber olvidado por completo la presencia de Alexander. Él debía abandonar tranquilamente la habitación, por supuesto, pero estaba ansioso por oír la respuesta.

—Te aseguro que no estoy equivocada. Ella le dijo a Georgianna que se debía a que era una niña, y por eso, según ella, ha tenido que soportar tus maltratos...

—¡Es suficiente! —gruñó lord Westbury.

—Pero no fue suficiente para Serena —dijo mordazmente lady Colyford—. ¡No dudó en informar a Georgianna de que estabas en la ciudad con tu amante! Creo que estarás de acuerdo conmigo en que eso no es algo que una chica que acaba de salir de la escuela debería oír. Imagino que te pusiste furioso cuando te enteraste de que había sido enviada conmigo. Serena lo hizo para castigar a Georgianna, por supuesto, pensando que yo vivía en un cuchitril. A menudo castiga a Georgianna, por cierto. Regularmente interroga a la criada personal de la chica para encontrar alguna excusa que le permita hacerlo. ¿Eras consciente de ello?

Alexander cerró los puños. Él y lady Georgianna nunca habían hablado de sus familias. No le había preguntado porque eso sólo habría dado lugar a preguntas sobre la suya, y no quería mentirle a la joven. Ahora comprendía por qué ella también había evitado el tema.

—No, yo no lo sabía —dijo lord Westbury con voz tensa—. ¿Qué tengo yo que ver con la escuela?

—Está claro que has tenido muy poco que ver, pero ya es hora de que despiertes, Westbury. ¿Eres consciente de que Rupert está fuera de control? ¿Que hizo que su enfermera se cayera por las escaleras?

—Pero Serena culpó de eso a Georgianna.

—Por supuesto que lo hizo. Supongo que has venido para regresarla a Avondale, pero te pediría que consideraras todo lo que he dicho antes de hacerlo. Ella es mucho más feliz conmigo, te lo aseguro.

Alexander hizo una mueca. Esperaba que lady Georgianna nunca tuviera que volver a su casa. Parecía que su vida había sido un infierno.

Lady Brigham llevaba fuera al menos media hora, pero ahora entró a trompicones en la habitación y con una sonrisa encantada en el rostro.

—¿Hay noticias, señora? —preguntó Alexander.

—No, todavía no. Al menos, no noticias sobre lady Georgianna. Sigo convencida de que todo saldrá justo como mi lord ha dicho. Algo estúpido como una rueda rota los habrá retrasado.

—¿Y qué hay del refrigerio? —preguntó lady Colyford.

—Oh, lo había olvidado por completo.

—No te preocupes —dijo lady Colyford—. No creo que mi estómago pueda soportar nada en este momento.

—No, bueno, quizás lo mejor es que le haya pedido a la cocinera que retrase la cena una hora.

CAPÍTULO 17



Eran casi las cinco y media cuando lord Brigham entró en el salón con el ceño fruncido.

—Todo el mundo ha informado y no ha habido ningún avistamiento de ellos. Se han comprobado todos los ruederos y herreros en una distancia razonable, así como las posadas. No pretendo entender esta situación. Lady Colyford, usted es la única que desayunó con ellos. ¿De qué hablaron?

—Muy poco —dijo ella—. Allerdale preguntó a Georgianna si estaba lista para su lección de conducción. Insistí en que él llevara a su mozo de cuadra. Hablamos de visitar a la señorita Hughes, y Miles dijo que podría acompañarnos. Georgianna mencionó que la señorita Hughes iba a casarse con el señor Tucker. Recuerdo que Miles pareció un poco sorprendido por esta noticia, y luego se marcharon.

El ceño de lord Brigham se frunció aún más. Entonces, Lancet anunció a sir Gerard y a su hija. Lord Brigham les presentó a lord Westbury y a Alexander.

—Encantado de conocerlos, estoy seguro —dijo sir Gerard, aunque lanzó una dura mirada en dirección a lord Westbury.

Alexander observó que la señorita Hughes estaba bastante pálida.

—Lamento molestarlo a una hora tan tardía; sé muy bien que suele cenar a las seis —el hombre dirigió a lord Brigham una mirada significativa—. Me temo que traigo noticias que no serán bien recibidas, señor.

Lady Colyford se levantó, cruzó la habitación y le colocó la mano en el brazo.

—¿Sir Gerard? ¿Se trata de Georgianna? ¡No me diga que está herida!

Él le dio unas palmaditas en la mano.

—No que yo sepa, querida —dijo seriamente.

—Entonces, ¿se trata de Miles? —preguntó lady Brigham, con voz trémula.

La mirada de sir Gerard recorrió a los presentes.

—Puede hablar libremente —dijo lord Brigham.

Sir Gerard asintió.

—Muy bien. Me preocupé cuando Hester y lady Georgianna no me visitaron esta tarde.

—Lo siento —dijo lady Colyford—. Debería haber enviado una nota, pero he estado un poco distraída.

—Lo comprendo perfectamente, Hester —el hombre se volvió hacia lord Brigham—. Tu mozo de cuadra, Jem, llegó preguntando si Allerdale y lady Georgianna habían estado de visita. Lo interrogué, por supuesto, y él admitió que estaban desaparecidos desde esta mañana. Cuando se hubo ido, recordé que Hannah había estado sorprendentemente callada todo el día.

Todas las miradas se volvieron hacia Hannah. Su rostro adquirió un indecoroso tono rojo y

lágrimas no derramadas se agitaron en sus ojos.

—¡Hannah! —gritó lady Brigham—. Si sabes algo debes decírnoslo de inmediato.

—Vamos, Hannah —dijo sir Gerard con severidad.

Ella se pasó una mano por los ojos.

—Papá y yo fuimos a Cockermouth esta mañana. Mientras papá hacía sus negocios, yo fui con mi criada a comprar unos guantes. Después dimos un paseo junto al río. De regreso, pasamos por la posada El Cisne. Y vi, vi... —su voz tembló y tragó duro.

—¿Qué es lo que viste? —dijo suavemente lord Brigham.

—Vi a lady Georgianna y a lord Allerdale, sentados juntos en la ventana. Él tenía las manos de ella entre las suyas y luego la besó.

Alexander sintió que un frío escalofrío le recorría la espalda.

—¿Qué hizo después lady Georgianna? —exigió él.

La dureza de su voz quebrantó la compostura de Hannah.

—No lo sé, pasé a toda prisa —dijo entre sollozos.

—¡El muy canalla! —espetó lord Westbury.

—¡No es un canalla! —protestó lady Brigham—. Si ella le permitió besarla, entonces usted no puede culpar a mi hijo. Es una muchacha muy hermosa, ¿qué hombre en su sano juicio no desearía besarla?

—Un hombre de categoría puede desear besar a una dama de alcurnia —dijo lord Westbury entre dientes apretados—, pero no lo hace a menos que esté preparado para casarse con ella.

—¿Y qué le hace pensar que él no está preparado para hacerlo? —dijo lady Brigham—. Han llegado a ser muy buenos amigos en los últimos días.

—Entonces, ¿por qué no han regresado aquí? —espetó lord Westbury.

—Lo siento —sollozó Hannah—. No le dije nada a papá porque supuse que Miles se le había declarado, o al menos yo esperaba que lo hubiera hecho. No me gustan los cotilleos y los dos me agradan. No deseaba ponerlos en una situación incómoda en caso de que estuviera equivocada. Pero cuando descubrí que habían desaparecido, se lo conté todo a papá.

—Esto es espantoso —lady Colyford dijo, con rostro pálido—. Tengo razones para creer que lady Georgianna no recibiría con agrado sus besos.

—¿Cómo puedes saber tal cosa? —protestó lady Brigham—. ¿Por qué no desearía que él la besara?

—Porque creo que su corazón late por alguien más —dijo con voz inexpresiva.

La esperanza y la desesperación se disputaban la primera posición en el pecho de Alexander, quien las dominó sin piedad.

—El hecho de que ella haya desarrollado sentimientos hacia otra persona es irrelevante ahora, Hester —dijo lord Westbury—. Allerdale debe casarse con ella.

—Creo que ésa es su intención —dijo lord Brigham, con voz monótona—. Le guste a ella o no.

El sonido de cristales rompiéndose hizo que todas las cabezas se volvieran hacia Alexander. Abrió la mano y dejó caer al suelo los fragmentos de su copa de vino. Chorros de sangre se derramaron por la palma de su mano y empezaron a manchar la manga de su abrigo. Con calma, sacó un pañuelo y se lo envolvió en la mano.

—Será mejor que me permita ver eso —dijo lady Hester, acercándose a él.

—No tiene por qué molestarse —respondió él con calma, y sólo la contracción muscular de su mandíbula reveló el enorme autocontrol que estaba ejerciendo—. Continúe, por favor, lord Brigham.

—Me temo que es culpa mía. Decidí que era hora de detener el comportamiento salvaje de Allerdale antes de que se matara a sí mismo o a alguien más. Perdió mucho dinero jugando a las cartas con lord Devonan y me negué a pagar su deuda a menos que se casara. Creí que eso le daría otra dirección a su vida, algún sentido, tal vez, y lo estabilizaría. Ayer mismo le dije que debía encontrar esposa en dos semanas. Sin embargo, yo no deseaba que él lo hiciera de esta manera.

—Pero, milord —dijo lady Brigham—. ¿Por qué dos semanas?

—¡Porque yo tenía cierto poder sobre él, y él te molestó! —dijo bruscamente lord Brigham—. Sabía que no estarías tranquila hasta que se resolviera este asunto. No esperaba que se casara en ese lapso de tiempo, sólo que encontrara una dama dispuesta a aceptar su oferta de matrimonio. Cuando Hester mencionó su sorpresa por el compromiso de Hannah con el señor Tucker, pensé que él probablemente había decidido ofrecerse por ella.

—Sin ánimo de ofender —dijo lady Brigham—, pero ellos ciertamente no habrían encajado. Hannah sacudió la cabeza.

—No, no lo habríamos hecho. Hubo un tiempo en que creí estar un poco enamorada de él, pero ahora que amo al señor Tucker, sé que no fue más que un capricho.

Lord Brigham suspiró.

—Él obviamente decidió probar suerte con lady Georgianna, como yo esperaba que lo hiciera. Pero como no han regresado, sólo puedo suponer que ella lo rechazó.

—¿Usted quiere decirme, señor —dijo con frialdad Alexander—, que Allerdale pretende arruinarla para que no tenga más remedio que casarse con él?

—Le repito que ya no tiene más remedio que casarse con él —dijo lord Westbury, exasperado.

Los ojos de lord Brigham no se apartaron de los de Alexander.

—Él no la forzaría, de eso estoy seguro. Pero ¿usted ha pensado que Gretna Green está a sólo unas horas de distancia? Si él puede persuadirla de que ya está arruinada, como lord Westbury considera claramente, podría convencerla de un matrimonio celebrado por el herrero.

Alexander se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Entonces iré a Gretna Green.

Lady Brigham vio algo en su rostro que la alarmó.

—¡Deténgalo, milord! Creo que va a asesinar a Miles.

Lord Westbury frunció el ceño y miró a su hermana, abriendo los labios como si fuera a hablar. Ella le dirigió una severa mirada y él permaneció en silencio.

El crujido de unas ruedas sobre la grava fue audible en el silencio que había descendido ante estas palabras. Alexander se detuvo, giró sobre sus talones y se acercó a la ventana.

—Un carruaje cerrado de cuatro ruedas —soltó.

—Comprendo perfectamente su deseo natural de hacer pedazos a mi hijo —dijo lord Brigham—. Pero le ruego que al menos espere hasta que conozcamos todos los hechos.

—¡Brigham! —chilló su señora.

—Cállate, Julia —dijo él con frialdad.

Unos instantes después, los sujetos de las especulaciones de todos entraron en la habitación. Los tensos músculos de Alexander se relajaron ligeramente cuando sus ojos contemplaron el vendaje alrededor de la cabeza de Allerdale y la serena compostura de lady Georgianna. Los ojos de la joven se abrieron un poco al posarse en él, y luego se llenaron de consternación al ver a su padre.

Lady Brigham voló por la habitación.

—¡Miles! ¡Estás herido! Después de todo, ¿ha sido un accidente?

—No, mamá —dijo él con suavidad.

Ella arrugó el ceño.

—Pero entonces, ¿estáis casados?

Él negó con la cabeza.

—Entonces ciertamente debéis estarlo —dijo lord Westbury, poniéndose en pie.

—No, papá —dijo Georgianna—. He llegado a casa antes del anochecer, por lo que eso no puede considerarse necesario.

—¡Georgianna! —dijo él con severidad—. ¡La señorita Hughes fue testigo de cómo besabas a Allerdale en la posada El Cisne!

—No —dijo Georgianna con firmeza—. No ha sido así. Ella vio a lord Allerdale besándome, no es lo mismo. Y fue el más breve de los abrazos.

—¡Pero tu reputación! —dijo él.

—Como no he divulgado mi nombre en ningún lugar del camino, las únicas personas que conocen el ridículo incidente de hoy, son los presentes en esta habitación. No creo que nadie aquí sea tan malicioso como para difundirlo.

La despreocupación de lady Georgianna contribuyó en gran medida a aliviar la tensión que se había apoderado de la habitación durante varias horas. Se oyó un coro de afirmación de que, por supuesto, ellos no lo difundirían.

Lord Westbury sintió que el suelo resbalaba bajo sus pies. Se volvió hacia lord Allerdale.

—¡No tiene sentido intentar razonar con las mujeres! Pero usted, señor, ¿debe darse cuenta de que su honor exige que se case con Georgianna!

—Me encantaría hacerlo —dijo con calma—. Pero ella no me aceptará. Mi cabeza es testigo de ello.

Los labios de Alexander comenzaron a crispase.

Lady Bringham miró a Georgianna con respeto.

—¿Tú has hecho esto?

—Sí, señora. Me agrada su hijo, pero no podía contemplar la posibilidad de casarme con alguien de temperamento tan voluble.

—Perfectamente comprensible, estoy seguro —dijo lord Bringham—. ¿Puedo preguntarte qué usaste para inmovilizarlo?

—Un atizador, señor.

Lady Bringham jadeó.

—¡Pero pudiste haberlo matado!

Lord Allerdale soltó una carcajada seca.

—Agradezca que ella no haya descubierto mi pistola, señora.

—Mis felicitaciones, lady Georgianna. Parece que eres una joven habilidosa —dijo lord Bringham, con un atisbo de sonrisa en los labios—. Debo suponer que el lamentable temperamento de Allerdale continuó cuando recuperó el conocimiento. ¿Lo noqueaste?

—Sí, señor. Sin embargo, no puedo decir con exactitud si su temperamento mejoró de inmediato, porque hui del lugar. Después de asegurarme de que él respiraba.

Los ojos de lord Bringham comenzaron a bailar, pero su voz se mantuvo perfectamente firme cuando dijo:

—Te estoy sumamente agradecido. Sin embargo, habéis llegado aquí juntos, y la relación entre ambos parece ser bastante amistosa.

—Cuando no está siendo fastidioso, lord Allerdale es muy buena compañía.

—Es muy magnánimo de tu parte decirlo —dijo lord Brigham—. Perdona mi curiosidad, pero ¿cuáles fueron tus acciones inmediatamente después de golpearlo en la cabeza con un atizador?

—Le robé el monedero, señor, pues usted debe saber que no llevaba dinero conmigo. Alquilé un caballo y cabalgué hasta una posada. Mi intención era coger la diligencia de Whitehaven, pero lord Allerdale me encontró allí antes de que ésta llegara.

El hombre levantó una ceja.

—¿Y confiaste en él para que te trajera de vuelta a Brigham?

—Sí, porque él ya no estaba de mal humor, y me dio su pistola.

Lady Brigham jadeó.

—Pero, Miles, ¿cómo sabías que lady Georgianna no te dispararía? Debía de estar muy enfadada en ese momento.

Allerdale sonrió.

—Estaba cansada y era evidente que no confiaba en mí, pero no había ira en ella. Fue el casero quien llegó a rescatarme. La descubrió apuntándome y le rogó que no me metiera una bala mientras estuviéramos en su establecimiento.

Lady Brigham tragó saliva.

—Entonces, ¿ella iba a dispararte?

Georgianna puso los ojos en blanco.

—Lord Allerdale sabe muy bien que no iba a hacerlo. Le devolví la pistola.

Lord Westbury miraba a su hija con fascinación, aparentemente incapaz de moverse o hablar.

Lord Brigham no se sentía de la misma manera. Le dedicó una reverencia a Georgianna.

—Aunque comprendo perfectamente tu reticencia a casarte con mi hijo, no puedo evitar desear que lo hagas.

—Eso es una causa perdida, me temo —dijo lord Allerdale—. Tendrá que ser lady Priscilla.

—¡No, me niego a tenerla como nuera! —dijo lady Brigham con firmeza. Colocó una mano en el brazo de su marido—. ¿Tengo tu permiso para hablar?

—Sí, mi amor.

La mujer se volvió hacia Allerdale con el rostro animado.

—No es necesario que te cases por ahora, Miles. Tu padre estuvo encerrado en su estudio durante algunas horas con lord Devonan y ha recuperado todo lo que perdiste.

Allerdale frunció el ceño.

—¿No estás contento, hijo mío? —dijo ella, desconcertada.

Allerdale se volvió hacia su padre y le dijo:

—Se lo devolveré, señor, sin importar el tiempo que me lleve.

—Muy acertado —dijo lord Brigham—. Pero después de jugar unas cuantas manos con Devonan, me di cuenta de que la única manera de que él pudiera haberte ganado, ya que dices que no estabas borracho; y nunca me he enterado de que me has mentado, fue con engaños o drogas. Teniendo en cuenta los síntomas que me describiste, me inclinaría por lo segundo. Una vez que me di cuenta de ello, no sentí ningún remordimiento en vaciarle los bolsillos. Si de verdad deseas pagarme, empezarás una nueva vida y te interesarás más por las minucias de la gestión de nuestras fincas.

Allerdale le dedicó una reverencia.

—Como desee.

De pronto, lord Westbury encontró su voz.

—Aún no estoy satisfecho...

—Papá —dijo Georgianna, acercándose a él y cogiendo una de sus manos entre las suyas. Lo miró a los ojos y le dijo suavemente—: No te conozco muy bien, pero no creo que quisieras que me viera atrapada en un matrimonio infeliz.

Él parecía un poco desconcertado.

—No, claro que no, pero...

—Y no puedo evitar pensar que considerarías a lord Allerdale un yerno incómodo. Nunca sabrías con certeza si él montaría algún escándalo esta semana o la otra.

—Bueno, sí, supongo que tienes razón, pero...

—Papá, por favor, olvídale. No he sufrido ningún daño. Y si has venido a llevarme de vuelta a Avondale, te ruego que no lo hagas. Al menos, no todavía. He sido tan infeliz durante tanto tiempo que ni siquiera era plenamente consciente de ello hasta que vine a quedarme con la tía Hester. Ella me ha mostrado más bondad y comprensión como nunca antes en mi vida.

Lord Westbury, quien también había desconocido la amabilidad en su propia casa, se sintió extrañamente conmovido. Acarició distraídamente las manos que aún encerraban una de las suyas y dijo con más suavidad de lo que era habitual en él:

—Me complace oír eso, niña. Hablaremos más mañana, cuando las cosas se hayan calmado un poco.

Lady Brigham resopló y se llevó un pañuelo a los ojos, lady Colyford suspiró, Alexander resistió la tentación de estrechar a lady Georgianna entre sus brazos y declararle que nunca permitiría que volviera a ser infeliz, y sir Gerard cogió a su hija del brazo y dijo de buen humor:

—Al fin y al cabo, nos hemos agobiado por nada, ¿eh? Nos iremos ahora y os dejaremos cenar.

—Desde luego que no —dijo lord Brigham—. Os quedaréis, por supuesto.

—Pero no estamos vestidos para eso —protestó sir Gerard.

—Ninguno de nosotros está vestido para ello —dijo lady Brigham—. Y la cena se arruinará considerablemente si la cocinera tiene que esperar a que todos nos pongamos presentables. Puede que lady Georgianna desee ponerse algo más cómodo, pero aparte de eso sólo esperaremos a que yo limpie la cabeza de Miles y le ponga una venda limpia y a que Hester atienda la mano de lord Somerton antes de sentarnos.

Alexander se encontró con la mirada sorprendida de Georgianna y le ofreció una de disculpa.

—¿Somerton? —dijo lord Allerdale, palideciendo—. ¿Es usted el hermano de James?

—Sí —dijo Alexander, consciente de una punzada de compasión por el hombre al que había deseado aniquilar hacía poco tiempo—. Hablaremos más tarde, Allerdale, después de cenar.

CAPÍTULO 18



Con la ayuda de Grantley, Georgianna estuvo lista en menos de veinte minutos. Se alegró de que su tía acudiera a ella antes de bajar. No había tenido tiempo de pensar en el descubrimiento de que el señor Knight era, en realidad, lord Somerton y heredero de un ducado, pero era consciente de una vaga sensación de inquietud.

Había confiado instintivamente en el señor Knight; su relativa carencia de estatus había permitido que no lo viera ni como una amenaza ni como una oportunidad. Había sido más ella misma en su compañía que con cualquier otro caballero. Pero él no había sido en absoluto el señor Knight. Había interpretado un papel, un papel que Georgianna aún no comprendía.

—Imaginé que podrías estar un poco confundida, querida —dijo lady Colyford—. Pensé que sería mejor explicártelo antes de que bajemos.

Georgianna escuchó atentamente mientras su tía exponía las razones del engaño del hombre y el resultado del mismo.

—Es un desenlace muy satisfactorio —admitió, pero aun así no pudo evitar sentirse un poco traicionada de alguna manera.

Cuando comenzaron a bajar las escaleras, preguntó:

—¿Cómo se ha lastimado la mano el señor... lord Somerton?

Lady Colyford dijo con indiferencia:

—Cuando lord Brigham dijo que temía que Allerdale tuviera la intención de casarse contigo, te gustara o no, lord Somerton estrujó con fuerza el vaso que sostenía y éste se rompió.

Georgianna hizo una mueca de dolor.

—Parecía muy disgustado por todo el asunto —continuó su tía—, y estaba a punto de ponerse en camino hacia Gretna Green, pensando en el asesinato, cuando tu carruaje se detuvo fuera.

Georgianna sintió alivio en parte de su cansancio. Quizá él seguía siendo su señor Knight. Después de todo, su nombre era lo importante, no su título.

—¿Es muy grave la herida?

—No —le aseguró su tía—. Había un corte profundo, el resto eran superficiales. He limpiado las heridas, esparcido un poco de polvo de basilicum y le he vuelto a vendar la mano.

—Me pregunto si lady Brigham tendrá en casa zumo de salicaria o de lapa. Ambos son útiles para limpiar y curar heridas.

—Entonces deberás apuntar los métodos en mi libro cuando volvamos a la Cabaña del Lago.

Georgianna sonrió, pero no estaba nada segura de que fuera a volver allí por mucho tiempo.

Lady Brigham hizo un gran esfuerzo por encantar y entretener a lord Westbury durante la cena, y sus esfuerzos no fueron en vano. Georgianna lo oyó reír en varias ocasiones. Se percató

de que era un sonido profundo e intenso que no había oído en él. Eso la entristeció mucho. Qué diferentes habrían sido las vidas de sus padres si no se hubieran casado sólo por obligación.

Georgianna dividió su tiempo a partes iguales entre lord Brigham y la señorita Hughes, cediendo sólo una vez a la tentación de mirar a lord Somerton al otro lado de la mesa. Él tenía la cabeza girada hacia su tía, y Georgianna dejó que sus ojos se detuvieran un momento en su fuerte perfil antes de posarlos en su mano vendada. Quedó sorprendida y conmovida por el hecho de que ella pudiera inspirarle emociones muy fuertes.

Cuando las damas volvieron al salón, Hannah cogió a Georgianna del brazo y la condujo a un sofá ligeramente apartado del grupo principal de sillas.

—Espero que no me reproche que haya tenido que contarle a todo el mundo lo que vi, lady Georgianna. Eso la puso en una posición muy incómoda con su padre. No habría dicho una palabra si no hubiera estado desaparecida todo el día.

—Hizo lo correcto, señorita Hughes —le aseguró Georgianna—. Sólo espero que eso no haya causado ningún disgusto entre usted y sir Gerard.

—Él estaba enfadado conmigo —admitió—. Especialmente siendo usted la sobrina de lady Colyford. Estaba muy preocupado por los disgustos y problemas que eso podría provocarle a ella. Debo decir que me sentí muy aliviada de que lord Westbury no dijera nada en absoluto contra ella, porque papá no lo habría tolerado y se habría desatado una escena terrible.

—¿Llevan mucho tiempo siendo amigos? —preguntó Georgianna.

—Conocimos a lady Colyford cuando vino por primera vez hace cinco años. Se quedó con lady Brigham hasta que se pudieron hacer algunas reparaciones en La Cabaña del Lago. Tu tía fue bastante grosera con papá, o al menos eso *me* pareció, pero le provocó grandes carcajadas. No lo había oído reír así desde el fallecimiento de mamá, dos años antes. Desearía que ella considerara seriamente a papá; me preocuparé cuando yo no esté presente para cuidarlo.

—Tenía la impresión de que el señor Tucker vivía cerca.

—Así es —dijo Hannah—. Y visitaré a papá a menudo. Pero él siempre hace que los criados se vayan una vez que hemos cenado y no tenemos invitados; dice que no ve por qué ellos no deberían disfrutar también de su velada cuando sólo estamos nosotros en la casa, y ¿quién le despertará cuando se quede dormido en su estudio a altas horas de la noche, lo regañará para que no se tome otra copa de vino o le recordará que la langosta le causa sarpullido?

—Ya veo —dijo Georgianna con aire pensativo, recordando repentinamente algo que le había dicho la señorita Felsham.

Tu tía tiene un corazón muy bondadoso y asume sus obligaciones con mucha seriedad. Pero las obligaciones a veces pueden impedir que una persona busque su propia felicidad.

¿Las obligaciones de la tía Hester con los distintos miembros de su casa le habían impedido profundizar en su amistad con sir Gerard? ¿Georgianna se había convertido en otra obligación?



Una vez que las damas hubieron abandonado el comedor, lord Brigham dijo:

—Allerdale, lleva a lord Somerton a la biblioteca y enséñale mi cuadro de La batalla de Salamanca. Estoy seguro de que querrá verlo.

Alexander lo siguió hasta allí, notando la tensión en los hombros de Allerdale.

—No hace falta que me enseñes el cuadro —dijo secamente, cerrando la puerta tras ellos—. Después de todo, yo estuve allí. Ninguna representación artística de una batalla captura jamás el olor acre de la pólvora, los gritos estridentes que se elevan por encima del estruendo de la

artillería cuando las balas de cañón destrozan brazos o piernas a los hombres, o el hedor a muerte y miedo que impregna el aire.

Allerdale se volvió hacia él y le ofreció una sonrisa más bien sombría.

—Supongo que no. ¿Intentas ponermelo nervioso? No es necesario, te lo aseguro. Dime, ¿ha matado a muchos hombres?

—Demasiados para contarlos —dijo Alexander—. Pero nunca había experimentado el deseo casi abrumador de matar a un hombre que no es mi enemigo en batalla, a sangre fría.

Allerdale miró la mano de Alexander.

—No a sangre fría, creo. No puedo decir nada en mi defensa, pero de haber sabido que me estaba interponiendo entre dos personas muy enamoradas, quizá no lo hubiera hecho.

Alexander enarcó una ceja.

—¿Quizá?

Allerdale frunció el ceño.

—No te mentaré, Somerton. *Confío* en que no lo habría hecho, pero no puedo estar del todo seguro.

Una leve sonrisa iluminó el semblante de Alexander.

—Siéntate, Allerdale. Voy a servirnos una copa.

—Creo que esa debería haber sido mi frase —dijo secamente Allerdale—. Veo que no has perdido la costumbre de dar órdenes.

—Siéntate antes de que te caigas —dijo Alexander con firmeza—. Esa cabeza te está molestando más de lo que quieres admitir. Probablemente está retumbando como un tambor, algo que deberías agradecer.

—¿Y eso por qué?

—Porque es lo único que me ha impedido golpearte el rostro.

Allerdale soltó una carcajada.

—Piensa en tu mano, Somerton.

—El placer que eso me habría proporcionado habría superado con creces la incomodidad, te lo aseguro.

Sirvió dos copas de brandy y entregó una a Allerdale antes de sentarse en la silla frente a él. Estiró sus largas piernas y las cruzó por los tobillos, acomodándose a su gusto.

—No sólo he matado a muchos hombres, Allerdale, también he visto morir a muchos amigos —dijo en voz baja—. Nunca es algo fácil de presenciar, pero la primera vez es la peor.

—No vi morir a James —dijo Allerdale, dando un buen trago a su brandy—. Si hubiera mirado por encima del hombro, habría visto que estaba en apuros y habría podido salvarlo. Me adentré en el lago, pero no sabía exactamente dónde mirar. En un momento él estaba allí, lleno de vida, y al siguiente desapareció.

—Fuiste un tonto al hacerlo —dijo Alexander—. Ese día pudieron haberse perdido dos vidas. He estado muchas veces en el lago y puedo decirte que incluso, a mayor profundidad, hay lugares donde las rocas merodean a pocos metros por debajo de la superficie. Lo más probable es que se golpeará la cabeza al zambullirse y perdiera el conocimiento,

—Espero que tengas razón —dijo Allerdale—. Nos habíamos rescatado mutuamente de tantas situaciones delicadas cuando andábamos haciendo travesuras, que parecía tan irreal, tan inútil, que muriera haciendo algo tan inofensivo.

—Lo mismo había pensado —dijo Alexander—. Comparte conmigo alguna de esas aventuras que podrían haberos metido a los dos en problemas, por vergonzosas que fueran. Vi a mi hermano sólo un puñado de veces en los últimos seis años. Me gustaría poder imaginar su

vida durante ese tiempo.



Cuando sólo se les unieron el marqués, lord Westbury y sir Gerard, lady Brigham se acercó a su lord y le dijo un poco ansiosa:

—¿Dónde están Miles y lord Somerton?

—En la biblioteca, querida.

—¿Cómo has podido dejarlos solos? —dijo ella—. ¡Lord Somerton es enorme y Miles está herido! ¿Cómo sabes que no le hará daño? Iré con ellos.

—No, no lo harás —dijo lord Brigham en voz baja—. Tendrás que confiar en mi juicio, Julia. Somerton no le hará ningún daño a Miles, e incluso puede que le haga algún bien.

La condujo a un rincón tranquilo para explicarle su razonamiento, y lady Colyford aprovechó el humor inusualmente apacible de su hermano para darle algunos consejos de hermana sobre cómo tratar a su hija.

Sir Gerard sonrió a Hannah y Georgianna.

—Haciendo amigas, ¿eh? Me alegra verlo, pero me temo que debemos seguir nuestro camino.

—¿Quizás vendréis mañana? —dijo Georgianna—. Hay algunas cosas que me gustaría hablar con la señorita Hughes.

Lord Brigham levantó la mirada:

—Y yo todavía no he tenido ocasión de hablar de la producción lechera de sus cuernos largos.

—Vacas —susurró Hannah a Georgianna.

—Yo tenía la intención de que volviéramos a la Cabaña del Lago mañana —dijo lady Colyford—. No me gusta dejar a la señorita Felsham y a la señorita Ravenchurch solas durante demasiado tiempo.

—Tonterías —dijo lord Westbury—. La señorita Felsham parece una mujer muy sensata.

—Bien dicho —lo apoyó sir Gerard.

—Sois todos bienvenidos a quedaros todo el tiempo que deseéis —dijo lord Brigham—. No debería haber ninguna incomodidad porque tengo la intención de enviar a Allerdale a nuestra finca en Yorkshire mañana. Es del tamaño perfecto para que él la administre, y allí tengo un muy buen mayordomo que lo mantendrá ocupado.

Georgianna miró a su padre, esperando que protestara.

Él se limitó a sonreír y dijo:

—Muy acertado, Brigham. Podemos abusar de tu hospitalidad uno o dos días más.

Lord Westbury se sentía inusualmente relajado. No le desagradaba la agradable compañía femenina, y la combinación de deferencia y picardía de lady Brigham le había parecido bastante fascinante. También se había beneficiado de una muy buena cena, un vino de calidad y un brandy delicioso. La insinuación que su hermana acababa de soltarle al oído había dado el remate a una velada muy agradable.

—Todo el mundo es bienvenido a cenar en el salón mañana por la noche —dijo sir Gerard—. Ya es hora de que te devuelva algo de tu hospitalidad, Brigham.

Cuando salieron de la habitación, lord Westbury ocupó el lugar ahora vacío junto a Georgianna. La miró durante unos instantes sin hablar. Ella le devolvió la mirada y luego sonrió tentativamente.

—¿Papá?

Sus labios se torcieron.

—Me pregunto cuántas veces te habré oído pronunciar esa palabra.

—No muchas —admitió ella sin rencor.

Él levantó la mano como si fuera a tocarle la mejilla, pero la dejó caer en el último momento.

—Te has convertido en una hermosa joven mientras yo estaba ausente.

—Gracias, papá.

Él se aclaró la garganta.

—Georgianna, hace un rato dijiste que no me conocías muy bien y, para mi vergüenza, hoy me he dado cuenta de que no te conozco en absoluto.

—Eso puede tener solución —dijo ella con calma.

Él sacudió la cabeza y soltó una suave risita.

—Tu compostura habla bien de ti, y hoy la necesitabas. La mayoría de las damas en tu situación se habrían desmayado.

—Creo que no sufro de un exceso de sensibilidad.

—Pero no creo que seas insensible.

—No —coincidió ella.

—Tu futuro marido agradecerá ambas circunstancias.

—¿Mi futuro marido? —dijo ella con recelo.

Él sonrió irónicamente.

—No te preocupes, niña, no voy a insistir en que te cases con Allerdale o con cualquier otra persona que no te agrade; sin duda, encontrarías la manera de deshacerte del desafortunado caballero.

Georgianna se rio.

—Tal vez, señor.

—¿Pero estaría en lo cierto al pensar que hay cierto caballero conocido tuyo que no te resulta desagradable?

Los ojos de Georgianna descendieron a las manos que estaban cuidadosamente cruzadas sobre su regazo, pero el tono rosado que iluminó sus mejillas habló por ella.

—A juzgar por tus acciones de esta tarde, lord Somerton ciertamente no te es indiferente, Georgianna.

—Sí me gusta, papá —dijo finalmente—. Hay *algo* entre nosotros, aunque no hemos hablado de ello. Pero no lo conozco lo suficiente como para estar segura de que congeniemos.

Lord Westbury sonrió.

—Eso también tiene solución, Georgianna.

CAPÍTULO 19



Unas pisadas ligeras hicieron que Alexander pasara del sueño profundo al insomnio en un instante. Abrió los ojos de golpe y se incorporó bruscamente.

—¿Sigue durmiendo con un ojo abierto, señor? —dijo su ayuda de cámara, con un tono de aprobación en la voz.

—¡Johns! ¿Es mi padre?

—Tranquilo, milord. No hay necesidad de alarmarse. Su Excelencia no tiene ningún problema que unos días de reposo no puedan curar.

—¿Él está aquí?

—Le dije a él que a usted no le gustaría nada esto, y él me llamó canalla insolente por las molestias.

Alexander se rio.

—Y un montón de otras cosas, imagino. ¿Él está muy cansado?

—Ayer estaba un poco fatigado —admitió el ayuda de cámara—. Deberíamos haber parado en Kendal, pero él insistió en que siguiéramos hasta Buttermere. Pasamos la noche en la vicaría y esta mañana está muy recuperado. Llegamos hace una hora.

—¿Qué hora es?

—Más de las diez, señor. ¿Fue una noche pesada?

Alexander apartó las sábanas y se acercó al lavabo.

—Siento la cabeza un poco pesada —admitió, inclinándose y vertiendo sobre su cabeza el agua que había en la gran jarra a su lado.

Johns había cogido el abrigo que Alexander había dejado sobre una silla la noche anterior y estaba examinando la manga. Miró la mano vendada de Alexander.

—¿Quiere que le eche un vistazo, señor?

—No es nada. Me he cortado con un vaso roto.

—¿De verdad? Parece un gran descuido de su parte, milord.

—¿Serás capaz de quitar la mancha de mi abrigo?

Johns soltó una carcajada seca.

—No será la primera vez, ¿verdad, señor? Menos mal que le he traído media docena más y hemos recogido sus cosas de ese lugar donde se alojaba.

—¡Buen hombre! —dijo Alexander—. Ése es el problema de ser tan grande; no puedo coger prestada ni una camisa limpia si la necesito.

—Sí, eso me mantiene despierto por la noche preguntándome cómo voy a hacer para que usted esté elegante —suspiró Johns.

Alexander sonrió.

—Me conformo con limpio y pulcro.

—Oh, creo que podemos conseguir algo un poco mejor que eso, señor.

Alexander se apresuró a bajar las escaleras unos veinte minutos más tarde, con un abrigo oscuro, el pañuelo de cuello adornado con un alfiler color ámbar y las botas pulidas hasta lograr un brillo reluciente. Se detuvo un momento al pie de la escalera, inseguro de si ir al salón o al estudio de lord Brigham.

El mayordomo acudió en su ayuda.

—Creo que su padre está en la sala de desayunos. Le mostraré el camino.

Pero cuando entró en la habitación, los únicos presentes eran lord Westbury y lady Georgianna. Ella sonrió cuando él hizo una reverencia, pero había una expresión tensa en sus ojos.

—Buenos días, lord Somerton —dijo el conde—. Sírvese algo para desayunar. Le recomiendo los riñones; están especialmente buenos.

—Buenos días, señor. Buscaba a mi padre.

—El duque ha dado un paseo por los jardines con mi hermana.

—Veré si puedo descubrir... —hizo una pausa al recibir una mirada suplicante de lady Georgianna—. No, tal vez desayune primero.

—Ya lo creo —dijo lord Westbury—. Usted tiene mucho que alimentar y mantener.

Alexander se sirvió una generosa ración de jamón y huevos.

—Así se hace —dijo lord Westbury, deslizando la servilleta por sus labios antes de levantarse—. Debo hablar con Brigham, ya debería haber echado a ese sinvergüenza que tiene como hijo.

—¿Café o ale, señor? —preguntó un lacayo.

—Café, por favor.

—Traeré otra olla, señor —dijo el hombre.

En cuanto salió de la habitación, Alexander preguntó:

—¿Qué le preocupa, señorita?

—No estoy preocupada, precisamente —dijo Georgianna—. Es sólo que creo que mi tía se beneficiará de una conversación privada con su padre. Por favor, no me pregunte nada más, porque no me corresponde hablar de ello.

—Como desee. ¿Él parecía gozar de buena salud?

—Le dolía un poco la espalda —dijo Georgianna—. Dijo que un paseo lo aliviaría. ¿Cómo está su mano?

Estaba a punto de decirle que eso no le preocupaba en absoluto cuando el lacayo regresó con una humeante olla de café. Mientras servía una taza, Alexander recordó el cuaderno de la joven.

—Me duele un poco. Quizá debería pedirle a su tía que le eche otro vistazo.

—Estaré encantada de ocuparme de ello, señor.

—Gracias. Quizá después de ver a mi padre.

Lady Brigham entró en la habitación.

—Chocolate, por favor, Henry —dijo, sentándose y cogiendo un pastel de miel—. No me alegro en absoluto de que Miles haya sido echado de casa tan pronto. Estoy segura de que todo ha sido muy incómodo para ti, Georgianna, pero, después de todo, fue él quien resultó herido.

Parecía que el lacayo tenía más prudencia que su señora, pues se retiró discretamente.

—No tenía por qué haberse ido por mi culpa —dijo Georgianna.

—Admito que has sido muy amable, querida —concedió lady Brigham—. Pero parece muy injusto que mi lord expulse a su hijo de la casa mientras abre sus puertas a toda persona que

cruza el umbral.

Comprendiendo que ningún razonamiento llevaría a lady Brigham a percatarse de lo deshonrosas que habían sido las acciones de su hijo, Alexander dijo:

—Creo que se dará cuenta, señora, de que Allerdale deseaba irse. Se sentirá mucho más feliz una vez que le haya pagado a su padre por haberlo sacado de sus recientes apuros.

—Todo esto del pago es una tontería; ni siquiera fue su culpa que Devonan...

La paciencia de Alexander se estaba agotando. Tal vez había llegado a algún tipo de entendimiento con Allerdale la noche anterior, pero desde luego no le había perdonado que se fugara con Georgianna ni que le robara el beso que debería haber sido suyo.

—Señora —dijo, en el tono severo que más de un subalterno de su regimiento había llegado a temer—. La última aventura de Allerdale fue la peor de una serie de actos insensatos, por no decir peligrosos, que podrían haber acabado con su vida.

Los ojos de lady Brigham se abrieron de par en par, conmocionados, respetuosos y temerosos. Al parecer, al menos sí pudo entender esto.

—Lord Brigham ha demostrado una gran sabiduría al enviar a Allerdale a Yorkshire para administrar su propiedad. Por sorprendente que parezca, un hombre que no puede ser guiado fácilmente, a veces es un excelente líder. La responsabilidad que ahora se le ha asignado, podría ser su mejor aliado.

—Esperemos que así sea —dijo lord Brigham en voz baja.

Todas las miradas se dirigieron hacia donde estaba él, en el umbral de la puerta, con el atisbo de una sonrisa en los ojos.

—Lord Somerton, espero que esté ansioso por ver a su padre. Lo encontrará en la biblioteca.

—Gracias, señor —dijo, levantándose de inmediato y dirigiéndose hacia la puerta.

—Y tu tía, lady Georgianna, ha subido a su habitación. Parecía un poco afligida.

Lady Brigham se levantó de un salto.

—Iré a verla.

—No se preocupe, señora —dijo Georgianna con firmeza—. Yo iré.

—Buena chica —dijo lord Brigham, volviendo los ojos hacia su esposa, quien aún parecía agitada y un poco llorosa—. Sería un honor, milady, que diera una vuelta por la rosaleta conmigo.



Georgianna había comprendido perfectamente cómo su tía había reconocido inmediatamente a lord Somerton como el hijo del duque en cuanto ese caballero había entrado en la habitación. Sus ojos se habían vuelto rápidamente hacia su tía. Lady Colyford se había puesto rígida y un poco pálida, pero le había devuelto el saludo con perfecta cortesía antes de levantarse de la mesa, declarando que había prometido cortar algunas flores y que debía hacerlo antes de que el día fuera demasiado caluroso. Sin embargo, el duque había sido más rápido.

—Iré con usted, lady Colyford —le había dicho—. Me duele la espalda y no puedo soportar sentarme de nuevo.

El lacayo les había abierto la puerta e ido en busca de una cesta.

—Creo que él era uno de los varios jóvenes que persiguieron a Hester cuando hizo su debut —le había dicho lord Westbury a Georgianna—. Debo decir que me alegro de que ella tuviera la sensatez de no sucumbir a sus encantos, pues él era tan imprudente como Allerdale en su juventud, según todos los indicios. Se transformó en un nuevo hombre después de casarse, así

que puedo entender por qué lord Brigham desea que Allerdale se case, pero pensándolo bien, estoy muy contento de que no te hayas casado con él. Cuanto menos se hable de eso, mejor, ¿eh? Me complace decir que Somerton parece estar en otro nivel completamente diferente.

Georgianna se había sorprendido al descubrir que su padre valoraba más el carácter que el rango. Le estaba pareciendo mucho menos autoritario y rígido que cuando estaba en Avondale.

Ella se había preguntado si debería encontrar alguna excusa para ir tras su tía y el duque, pero había decidido no hacerlo. Había pensado que, si se casaba con lord Somerton, le gustaría mucho que su tía siguiera formando parte de su vida, y eso resultaría mucho menos incómodo si ellos hacían las paces.

Encontró a lady Colyford sentada en una silla, con una carta colgando de su mano a su lado y la mirada perdida. No levantó la cabeza cuando Georgianna entró en su habitación, pareciendo ignorar su presencia. Georgianna se arrodilló a su lado, le quitó la carta y le estrechó la mano entre las suyas.

—¿Tía Hester? —le dijo suavemente.

La lucidez volvió lentamente a los ojos de lady Colyford.

—Georgianna —dijo en voz baja—. Oh, Georgianna.

Mientras lágrimas silenciosas empezaban a caer por las mejillas de lady Colyford, Georgianna se levantó, se sentó en el brazo de la silla y rodeó los hombros de su tía con los brazos. Permanecieron así durante algún tiempo. Finalmente, lady Colyford le dio unas palmaditas en el brazo.

—Ya estoy bastante recuperada, niña —dijo en voz baja.

Georgianna acercó la otra silla de la habitación a la de su tía y se sentó.

—No debería haberte dejado sola con él. Lo siento.

—Hiciste bien, niña. Tuvimos una charla muy interesante y esclarecedora. Yo estaba llorando por las oportunidades perdidas, lo cual es una gran tontería; siempre hay que mirar al futuro, no al pasado. Todo lo que yo creía saber se ha vuelto lo opuesto. Puedes imaginarte mi indignación cuando Sebastian me dijo que me había perdonado hacía tiempo y que esperaba que pudiéramos ser amigos.

—¿Perdonarte? ¿Por qué?

Lady Colyford suspiró.

—Él se largó a París porque, al volver a casa después de la mascarada, recibió la noticia de que su padre estaba peligrosamente enfermo de fiebre. Partió de inmediato. Permaneció allí hasta que el duque estuvo lo bastante bien como para traerlo a casa.

—Pero, ¿por qué no te avisó?

—Afirma que lo hizo, aunque no pensó en ello hasta que estuvo unos días en París. No era propio de una dama recibir una carta de un caballero que no era de su familia, así que tal vez mi padre la destruyó. No, él la habría abierto si la hubiera recibido. Creo que es mucho más probable que se perdiera de algún modo.

—Entonces, ¿él tenía intención de casarse contigo?

—Sí —murmuró su tía—. Pero para cuando regresó y dejó a su padre en la residencia Rushwick, yo ya estaba casada. El muy tonto pensó que se había equivocado conmigo, que yo había sido demasiado voluble para esperarlo.

Georgianna consideró esto por un momento.

—Es comprensible —admitió finalmente—. Llevabais poco tiempo conociéndoos y sólo os veáis en eventos sociales.

Lady Colyford soltó una carcajada áspera.

—Muy cierto.

—¿Nunca os visteis después?

—Colyford y yo no íbamos a menudo a la ciudad; es una actividad muy cara. En las raras ocasiones en que coincidíamos, nos evitábamos. Eso no ocasionaba ningún comentario; a pesar de su título, muchas matronas de sociedad no lo aprobaban.

Georgianna recordó la ira en los ojos de lord Allerdale cuando ella había permanecido impasible ante su beso.

—Supongo que el duque se enfadó mucho y se deleitó haciendo honor a su reputación después de que lo traicionaras.

—¡Georgianna! Yo no lo traicioné.

—Cuando pensó que lo habías traicionado entonces.

Lady Colyford sonrió.

—Muy cierto —de repente, se echó a reír—. Niña antipática. Te estoy contando una historia trágica, dramática y desgarradora; deberías estar retorciendo las manos, sujetándote el pecho y condenando al cruel destino.

Georgianna enarcó una ceja.

—Creo que has estado leyendo demasiadas novelas de la señorita Felsham.

Lady Colyford se serenó.

—La señorita Felsham ha dado la segunda sorpresa del día. Lee la carta que ella envió con Rushwick.

Georgianna la recogió de donde la había dejado en el suelo.

Querida Hester,

Para cuando leas esto, la señorita Ravenchurch y yo estaremos de camino a mi casa. Sus síntomas están empeorando y pronto necesitará que la vigilen cada momento del día. Como sabes, tengo una considerable experiencia en el cuidado de alguien en su condición, al igual que mi personal.

Soy plenamente consciente de que mis acciones pueden parecer un poco prepotentes, pero espero que sepas que creo que estoy actuando por el bien de todos. He descuidado mis asuntos durante demasiado tiempo, al igual que tú, creo.

Ha sido un paraíso encantador, querida, pero ya es hora de que ambas volvamos a ocupar nuestro lugar en la sociedad. Te echaré de menos, Hester, pero no echaré de menos los carámbanos que a veces se forman en el interior de mi ventana en invierno ni la forma en que el frío hace que me duelan los huesos.

Soy plenamente consciente de que soy una vieja entrometida, pero le he pedido al duque que hable contigo sobre lo ocurrido hace tantos años para tu propia tranquilidad. No he dicho más que eso y te pido que lo escuches. Esa cicatriz nunca se ha curado del todo, ¿verdad?

También te pediría que buscaras la felicidad que podría ser tuya si pudieras superar tu obstinada creencia de que tu independencia es lo más importante. Con el tiempo, se convertirá en un premio vacío.

Tu querida amiga,

Leticia Felsham

P.D. Anima a Georgianna a confiar en sus sentimientos; su cabeza domina demasiado a menudo su corazón. Ella y lord Somerton harían una pareja admirable; ambos son más sabios de lo que sus años les permiten.

Georgianna leyó el último párrafo varias veces antes de levantar la cabeza.

—Creo que es mejor así —dijo finalmente.

—Pero la pobre Leticia ya ha sacrificado mucho de su vida por su padre. ¿Por qué iba a pasar el resto de su vida cuidando de mi pariente?

—Ella me dijo que le gustaba sentirse necesitada y que tú ya no la necesitabas. Además, si su personal está acostumbrado a estos casos, ella no tendrá que estar siempre con la señorita Ravenchurch.

—Pero, ¿qué voy a hacer? —dijo lady Brigham—. No puedo vivir sola en la Cabaña del Lago.

—Supongo que emplearé a otra acompañante o seguirás el consejo de la señorita Felsham. Ahora, prometí que echaría un vistazo a la mano de lord Somerton. Iré a preguntar al ama de llaves qué tiene en su almacén.

—¿Y tú también seguirás el consejo de la señorita Felsham, Georgianna?

Georgianna hizo una pausa con la mano en el pomo de la puerta.

—Ni siquiera sabemos si lord Somerton tiene intención de declararse por mí, tía. Todo son conjeturas.

Lady Colyford sonrió.

—Tal vez no seas tan sabia, después de todo.

—Nunca he afirmado serlo. Mi padre va a invitar a lord Somerton a una visita a Avondale. Entonces, ya veremos —dijo Georgianna, mirando por encima del hombro.

El rostro de su tía cambió.

—Después de todo, él tiene que conocer a mi madre —dijo Georgianna y salió de la habitación.

La señora Ferrars, el ama de llaves en Brigham, informó a Georgianna de que lo que necesitaba eran raíces de consuelda, e inmediatamente envió a una de las criadas de la cocina a recoger algunas.

—Algunos dicen que hay que poner las raíces sobre la zona afectada, pero no es necesario. Si las machacas, producirán un jugo espeso y pegajoso. Extiéndelo sobre la herida y véndala de nuevo. Hace maravillas.

Georgianna siguió estas instrucciones y, armada con su pócima, un poco de agua hervida y una venda fresca, fue en busca de lord Somerton.

CAPÍTULO 20



—No debería haber venido hasta aquí, señor —dijo Alexander al entrar en la biblioteca.

El duque le dedicó una sonrisa algo cansada.

—Me he dicho lo mismo muchas veces en los últimos dos días, muchacho. No podía librarme de la sensación de que podrías meterte en alguna travesura.

—Tal vez James se parecía más a mi madre que yo, señor, pero creo que soy yo quien ha heredado su carácter sereno.

Rushwick soltó una risita y sus ojos se posaron en la mano de su hijo.

—Entonces, usted se ha enterado de la más reciente idiotez de Allerdale —dijo Alexander.

—Brigham fue sorprendentemente franco. Y muy agradecido de que tú, al menos, pudieras controlar tu temperamento. Espero que no te hayas lastimado gravemente.

—No. Un simple rasguño, apenas lo noto. Sinceramente, no creo que yo hubiese mantenido la calma de no haber sido por el cómico final del secuestro. Entró en el salón con la cabeza envuelta en una venda que amenazaba con deslizarse sobre un ojo, y una expresión bastante avergonzada. Pero fue la compostura de lady Georgianna lo que lo salvó. Sabe mantener la calma de manera extraordinaria.

—Así parece —dijo el duque—. Como este secuestro despertó en ti tanta ira, ¿puedo suponer que estás enamorado de la muchacha?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿por qué aún no le has propuesto matrimonio?

Una sonrisa irónica torció los labios de Alexander.

—Sin duda lo habría hecho si Westbury hubiera mantenido su opinión de que Allerdale debería casarse con ella. Sin embargo, me alegro de que él no me haya obligado. No estoy seguro de sus sentimientos, y creo que ella tampoco. Después de todo, es muy joven, aunque a veces es fácil olvidarlo. No es de las que se precipitan en sus decisiones, señor, y no quisiera dar un paso en falso.

—Entonces debes conocerla mejor.

—Eso pretendo, señor.

El duque frunció el ceño.

—Se parece mucho a su tía, pero Hester era mucho más impulsiva en su juventud.

—Sí, sospecho que hay una historia en alguna parte.

—Si pretendes casarte con su sobrina, será mejor que lo sepas.

—No me extraña que lady Colyford me haya mirado como si hubiera visto un fantasma cuando nos conocimos —dijo cuando el duque le hubo aclarado la naturaleza de su relación.

—Me sorprende que ella no te echara de inmediato.

—Ella pensó que yo era su hijo ilegítimo, señor, y sintió cierta compasión por mí, creo.
Rushwick soltó una carcajada.

—Ella no tenía una gran opinión de mí, ¿verdad? Difícilmente puedo culparla, supongo, ahora que sé la verdad, pero te aseguro que después de casarme con tu madre, yo era todo un ejemplo de respetabilidad.

—Lo sé, señor.

—Sí, bueno, no prolongues demasiado tu cortejo con lady Georgianna, ¿quieres? No querrás que nadie más te robe el protagonismo.

Levantaron la mirada cuando un ligero golpe retumbó sobre la puerta. Georgianna entró e hizo una reverencia.

—Siento interrumpiros, pero como lord Somerton me ha informado de que tiene la mano bastante dolorida, creo que debo atenderla cuanto antes.

Rushwick enarcó una ceja irónica hacia su hijo, cogió su bastón y se levantó.

—Gracias, lady Georgianna. Nos hemos puesto al día con todas nuestras noticias, y ahora iré a recostarme un rato.

Ella dejó sus cosas en la mesa auxiliar junto a la silla de lord Somerton y fue a buscar otra.

—Permítame —dijo, levantándose rápidamente y trayéndole una.

—Gracias —murmuro ella, sentándose y cogiéndole la mano.

Se apresuró a quitarle la venda y a examinarla de cerca. Alexander bajó la mirada hacia su cabeza inclinada y se detuvo en su delicada nuca. Sintió el impulso de depositar allí el más ligero de los besos.

—Tuvo suerte de no haber sufrido más daño —dijo suavemente Georgianna, frotando con delicadeza el corte más profundo.

—Estaba imaginando que mi mano se encontraba alrededor del cuello de Allerdale —admitió—. Había prometido matar a todos los dragones que la amenazaran, ¿lo recuerda?

Ella levantó la mirada y sonrió.

—Sí pensé en eso, por un momento, cuando estuve encerrada en el salón de la posada en Carlisle. Pero creo, tal vez, que fue mejor que me rescatara a mí misma.

—Desde luego —coincidió, complacido de que ella hubiera pensado en él.

Ella sumergió un dedo en el ungüento que había preparado y comenzó a untarlo en su mano. El ligero escozor que sintió fue compensado con creces por la sensación cálida y placentera que se extendió por su palma.

Georgianna empezó a envolverle la mano con la venda limpia.

—Debió haber estado muy enfadado para haber estrujado un vaso con la mano.

Alexander inspiró larga y profundamente. Parecía que lady Georgianna le estaba dando una oportunidad; él no había esperado eso.

—Creo que debe saber por qué la noticia de que Allerdale pretendía casarse con usted me afectó tanto, señorita.

Georgianna introdujo un alfiler en el extremo de la venda y levantó los ojos hacia los de él. Alexander miró sus profundos ojos azules y vio una tranquila determinación y una pizca de vulnerabilidad.

—Mi padre va a invitarlo para que nos visite en Avondale. Espero que acepte. Me gustaría conocerlo mejor, señor —dijo en voz baja.

Alexander cogió su mano y se la llevó a los labios.

—Gracias por curar mi herida, hermosa doncella. Ciertamente aceptaré su invitación.



Del grupo de Brigham, sólo el duque no partió hacia la residencia Broughton. Alexander se ofreció a quedarse y hacerle compañía, pero solo recibió gritos.

—¡No te preocupes, Somerton! Estaré contento con una cena ligera, un buen burdeos y acostándome temprano.

Sir Gerard los saludó con la típica bonhomía.

—Seremos un número impar para la cena, pero estoy seguro de que a ninguno de vosotros le importará un bledo. He invitado a mi futuro yerno, el señor Tucker. No podría estar más satisfecho con la elección de Hannah —dijo, como si ella hubiera tenido una multitud de admiradores para elegir—. No estoy seguro de lo que haré sin ella, pero al menos me sentiré tranquilo sabiendo que está felizmente establecida.

El señor Tucker, un caballero robusto, de rostro rubicundo y semblante amigable, pareció un poco avergonzado por estas palabras de aprobación, pero sonrió y dijo:

—No tiene por qué preocuparse por eso, señor, haré todo lo que esté en mis manos para que Hannah sea feliz.

—Adoro las bodas —dijo lady Brigham—. Espero que seamos invitados.

—Todavía no hemos fijado la fecha —dijo sir Gerard—, pero seréis de los primeros en saberlo, podéis estar seguros.

Lord Westbury, aunque se inclinaba a pensar que sir Gerard era un poco vulgar, no pudo evitar sentirse impresionado por la residencia Broughton. Se trataba de una casa solariega fortificada que conservaba intacta una torre del siglo XIV. La casa principal era ligeramente más moderna, pero el gran salón albergaba un bello ejemplo de ornamentos tallados sobre las repisas de la chimeneas al estilo artístico isabelino, además de impresionantes paneles de roble y algunos exquisitos ejemplos de mobiliario francés en su máxima expresión.

—Muy impresionante —dijo—. Dígame, Sir Gerard, ¿las chimeneas y ventanas de la torre son originales?

—Desde luego que lo son. Los suelos también. ¿Quiere que le dé un rápido recorrido? Tenemos media hora antes de la cena.

—Gracias —dijo lord Westbury—. Eso me gustaría mucho.

—Nunca pensé que vería a mi hermano relacionándose con alguien de la clase de sir Gerard —murmuró lady Colyford a Georgianna.

—¿Nunca habéis sido amigos?

Lady Colyford suspiró.

—Él me adoraba cuando era niño, pero tuvimos muy poco contacto una vez que me casé. Tu abuelo nunca me perdonó mi indiscreción y consideró oportuno informar a tu padre cuando tuvo edad para entenderlo.

—Me pregunto, tía, si has sido bastante justa con papá. Puede que él no sea tan orgulloso como crees. No sólo no ha insistido en que me case con Allerdale, sino que dice que no me obligará a casarme con nadie que no sea de mi agrado.

—Me alegra oírlo. Pero el hecho es que cuando llegué a Avondale y solicité su ayuda, no la recibí.

—Eso estuvo mal por parte de papá —reconoció Georgianna—. Pero mamá no es nada agradable cuando está disgustada. No me sorprende que papá pase muy poco tiempo en casa.

—Creo que tu abuelo concertó el matrimonio. Supongo que Westbury tuvo muy poca elección en el asunto; cuando tu abuelo daba una orden, esperaba ser obedecido —suspiró—. Tal

vez he sido culpable de atribuirle los mismos defectos a Westbury. En cualquier caso, me alegro de que lo estés conociendo mejor. No creo que tu madre sea tan mezquina contigo cuando se dé cuenta de que lo tienes como aliado.

Georgianna vio que la señorita Hughes le hacía señas, así que se acercó a ella y al señor Tucker.

—Quería darle las gracias, lady Georgianna, por acudir al rescate de Hannah la otra noche —dijo, con un brillo en los ojos.

—Ha sido un placer, señor. Podría haberle sucedido a cualquiera, estoy segura.

El señor Tucker soltó una risita profunda y gutural.

—Si algo puede ocurrir, puede estar segura de que le ocurrirá a Hannah, ya sea rasgarse el vestido con un clavo o caer en un charco de barro.

—Finlay, preferiría que no exhibieras todos mis accidentes delante de nuestros invitados.

—Pero no lo he hecho, querida, apenas he empezado.

Georgianna sonrió.

—Me temo que eso tendrá que esperar, señor Tucker, pues creo que estamos a punto de entrar a cenar.

—No seremos muy ceremoniosos esta noche —dijo sir Gerard—. Podéis sentaros donde deseéis.

—Me alegra oírlo, sir Gerard —dijo lord Westbury—. Me gustaría hablar con usted un poco más sobre la historia de esta casa. Debo decir que pensé que Jacobo I había insistido en que todas las torres peel fueran derribadas.

—Lo hizo —confirmó sir Gerard—, pero mi familia siempre se ha mantenido lejos de los problemas y ha seguido su propio camino, tanto si estábamos bajo la influencia de los ingleses como de los escoceses.

—Creo que se está forjando una gran amistad —dijo Alexander a Georgianna mientras le ofrecía una silla.

—Tengo mis propias razones para esperar que usted tenga razón —dijo Georgianna con una pequeña sonrisa.

Alexander adoptó un tono severo.

—Si pretende decirme que tengo un rival respecto a su afecto...

Georgianna se rio.

—No sea tan ridículo; sir Gerard anhela a mi tía.

—Puedo ver perfectamente cómo ellos encajarían, pero no puedo imaginar a lady Colyford abandonando a sus amigas —dijo Alexander.

—No tendrá que hacerlo —dijo Georgianna en voz baja—. Ellas ya la han abandonado.

Alexander enarcó una ceja.

—¿Acaso la señorita Felsham tiene algo que ver?

Georgianna pareció sorprendida.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Ella es una dama muy tranquila, observadora y sabia.

Él procedió a describirle su encuentro con la señorita Ravenchurch a la luz de la luna. Su descripción del ridículo que él había hecho fue tan buena que Georgianna se echó a reír a carcajadas. Cuando recobró la compostura, su conciencia la abofeteó.

—No debería haberme reído.

—En los momentos más oscuros hay humor —dijo Alexander en voz baja—. La risa me ha salvado muchas veces de la desesperación. Además, usted se reía de mí, no de la señorita

Ravenchurch.

Sir Gerard no era extraño a la risa y, en ese momento, se echó a reír con una carcajada desenfrenada.

—¿Fantasmas? ¡Hester! ¿No me digas que crees en ellos?

Lord Westbury enarcó una ceja ante la confianza mostrada entre ambos, pero no dijo nada.

—No he dicho que crea en ellos —dijo ella—. Me limité a preguntar si había habido indicios de ellos en esta casa. Al fin y al cabo, es muy antigua. La casa en la que yo crecí también era antigua, y se rumoreaba que había una dama vestida toda de gris que vagaba por la galería.

Lord Westbury levantó la cabeza, pues eso había llamado su atención.

—Así que era verdad. Lo había olvidado. Recuerdo que cogiste prestado el vestido de tu institutriz, Hester, e intentaste asustarme.

—¿Intenté? —dijo ella con una sonrisa irónica.

Lord Westbury levantó las manos.

—Admito que corrí gritando, pero no podía tener más de nueve años, después de todo.

—Y ciertamente te vengaste. Pusiste una babosa en mi reticule.

—¿Lo hice?

—Sí, pero te perdoné. No soy nada impresionable.

—Entonces no fue una gran venganza, ¿verdad?

—Por desgracia —continuó ella—, mi institutriz era muy impresionable. Me preguntó si llevaba un pañuelo conmigo cuando tuvo un ataque de estornudos. Saqué el que tenía en mi reticule y se lo entregué. Ella lo abrió y la babosa cayó en su regazo. Pensó que lo había hecho a propósito y se quejó amargamente con mamá. Estuve profundamente avergonzada una semana.

—Deberías haberles dicho que fui yo —dijo lord Westbury, un poco avergonzado.

—¿Por qué? Me lo había merecido. Además, podría haber soportado cualquier desaprobación después de ver la expresión de absoluto horror en el rostro de la señorita Granger. Nunca me agradó.

Sir Gerard la miró con indulgencia.

—No me sorprende que ella no te delatara, Westbury. Dos de las cosas que más admiro en Hester son su espíritu y su lealtad a sus amigos.

Él sacudió la cabeza y adoptó una actitud triste.

—Hace demasiado tiempo que no te tengo bajo mi techo, Hester. Sabes que el deseo más profundo de mi corazón es que te quedes aquí permanentemente.

—¿Eh? —balbuceó lord Westbury—. Me permito informarle, sir Gerard, que esa broma fue de mal gusto...

Sir Gerard soltó una risita y cogió su vaso.

—Me refería como mi esposa, por supuesto.

—Oh, ya veo. Bueno, eso cambia las cosas...

—Quizá lo sea uno de estos días —dijo Hester.

Sir Gerard se atragantó con el vino y luego se secó los ojos brillantes con la servilleta.

—¿Lo dices en serio, Hester?

De pronto, esa dama se llevó las manos al pecho y dijo en tono trágico:

—La señorita Felsham se ha ido y se ha llevado con ella a la señorita Ravenschurch, Gerard. ¡Mis amigas me han abandonado! ¿Qué voy a hacer? Me encuentro sin amigos y completamente sola.

—¿Y nosotros no somos tus ami...?

La sensación de la mano de su lord estrujando su rodilla silenció a lady Brigham.

—Hester —dijo lord Westbury—. No estás sola. Puedes venir a Avondale y vivir allí todo el tiempo que desees. Siento mucho no haber insistido en ello antes.

—¡No, al diablo con eso! —protestó sir Gerard—. He pasado años intentando persuadir a Hester para que sea mi esposa, Westbury, ¡no me quites la oportunidad ahora!

Cogió la mano de lady Colyford y la besó fervientemente.

—¡Hester! ¡Sácame de mi miseria! Di que te casarás conmigo.

—Muy bien, Gerard —dijo ella, con los ojos sospechosamente brillantes, aunque no estaba del todo claro si por diversión o por alguna emoción más profunda—, me casaré contigo.

Sir Gerard miró a su hija a través de la mesa, con una expresión de triunfo en los ojos.

—Me temo que tendrás que esperar un poco más, Hannah. Tengo la intención de casarme con Hester lo antes posible, antes de que ella entre en razón.

CAPÍTULO 21



Poco más de un mes después, lord Westbury y Georgianna llegaron a Avondale. Se habían quedado en Brigham para presenciar la boda y asistir al desayuno posterior, que fue un acontecimiento extremadamente alegre y placentero. Padre e hija se conocían ahora mucho mejor que antes y ambos estaban encantados con el otro.

Lord Westbury encontró en Georgianna todo lo que podía desear en una hija. Su dignidad, inteligencia y compostura iban acompañadas de un humor en crecimiento y una amabilidad sutil. Cuando habían regresado a la Cabaña del Lago para recoger el resto de sus cosas, no se habían alejado más que unos metros del final del camino de entrada, cuando ella le pidió que detuviera el carruaje, rebuscó en uno de sus baúles y sacó una vieja muñeca de madera.

—Debo llevar a Peggy con Martha Tweddle —había dicho ella—. Ya no la necesito.

Una vez hecho esto, él le había preguntado por la muñeca y se había horrorizado al descubrir que, hasta hacía muy poco, Georgianna sólo había tenido un objeto inanimado en quien confiar. Le había dado unas palmaditas un poco torpes en la mano, y había dicho:

—Puedes hablar conmigo siempre que quieras, querida. No es que entienda mucho de mujeres; todas sois un misterio para mí.

Georgianna había dicho:

—Ahora tengo amigas de verdad, papá. Marianne, con quien compartí habitación en el seminario, es mi amiga especial, y no puedo entender por qué no he sabido nada de ella. Le escribí antes de salir de Avondale, y llevo tiempo esperando saber si se ha casado con el conde de Cranbourne.

—Entonces esperemos que encuentres una carta esperándote cuando volvamos a casa.

Por su parte, Georgianna pensaba que su padre era muy buena compañía. Era culto y respondía pacientemente a todas las preguntas que ella le hacía sobre diversos temas, desde sus antepasados hasta política. En particular, le había pedido que le explicara la guerra que se había librado recientemente en Portugal, España y Francia, deseosa de comprender algo de lo que había vivido lord Somerton.

Hacía algunas semanas que él había llevado al duque a su casa, y ella descubrió que sus pensamientos giraban a menudo en torno al hombre. Había aceptado la invitación del padre de Georgianna y no tardaría en llegar a Avondale. Ella sintió un ligero cosquilleo en el estómago sólo de pensarlo y sonrió, pues esta correlación entre emoción y respuesta física le parecía fascinante.

Cuando Avondale estuvo por fin al alcance de sus ojos, Georgianna examinó detenidamente sus sentimientos. Esta vez no sentía gran ansiedad por regresar a su hogar, pero tampoco experimentaba ningún afecto especial por la casa o sus alrededores. Ciertamente, no le supondría

un gran esfuerzo abandonarla.

Cuando descendieron del carruaje frente a la casa, Rupert salió a toda velocidad por la puerta principal. Sus ojos se abrieron de par en par al ver a su padre. Al intentar detenerse bruscamente, perdió el equilibrio y cayó, deslizándose todo su cuerpo sobre la grava hasta acabar a los pies de lord Westbury.

Una voz estridente lo siguió a través de la puerta abierta, haciendo que lord Westbury diera un respingo.

—¡Señorito Rupert! ¡Señorito Rupert! ¡Niño travieso!

Stokes se apresuró a salir, con una mirada severa en su rostro. Jadeó al ver a lord Westbury e hizo una reverencia.

Rupert se incorporó y se llevó la mano a la mejilla enrojecida.

—Buenos días, papá —dijo con recelo.

—Buenos días, Rupert —dijo lord Westbury con calma—. Dime, ¿te duele la mejilla?

—Sí, señor —dijo, poniéndose en pie.

—Bien. Que te sirva de lección. No debes huir de tu niñera. Mi padre solía azotarme si me portaba mal.

Al niño le tembló el labio inferior.

—¿Hará eso conmigo, señor?

—No en esta ocasión —dijo lord Westbury con severidad—. Pero estaré muy tentado de hacerlo la próxima vez que oiga que te has portado mal. Ahora, sube al aula y no corras.

Rupert caminó con aire sereno hacia la casa. Stokes se volvió para seguirlo.

—Espera un momento, eh...

—Stokes, señor.

—Ah, sí. Creo que te haces cargo temporalmente de mi hijo mientras la señorita Tremlow se recupera de su tobillo roto.

—Ella se ha ido, milord. Se fue tan pronto como pudo moverse con un bastón.

—Difícilmente se la puede culpar. Pero parece que no tienes mayor control sobre mi hijo que el que ella tenía.

—Hago lo que puedo, señor, pero estoy entrenada para ser dama de compañía, no niñera.

—Soy consciente. Tú eras, de hecho, la criada de mi hija, ¿no es así?

Stokes dirigió una mirada incómoda a Georgianna.

—Sí, milord.

—Parece que tampoco lograste con éxito ese rol.

—Sólo seguí las órdenes de lady Westbury, señor.

—Exactamente. Pero eran más bien las órdenes de lady Georgianna las que deberías haber seguido. Después de todo, ya no es una niña.

—Papá —dijo Georgianna, apoyando una mano en su brazo.

Él la miró.

—Seguramente estás a punto de decirme que no la despida. No gastes saliva.

—¡Oh, señor! —chilló Stokes.

—No lo haré inmediatamente, Stokes. Es hora de que Rupert tenga un tutor en lugar de una niñera. Tardaremos algunas semanas en encontrar uno; eso debería darte amplia oportunidad de buscar un nuevo puesto a tu alrededor.

Stokes se dio la vuelta y huyó hacia el interior de la casa entre sollozos, pasando junto a Adams entre empujones, quien había salido a recibirlos.

—Bienvenidos a casa, lord Westbury, lady Georgianna.

—Gracias, Adams. ¿Lady Westbury está en casa?

—Sí, señor, está en su salón.

—Excelente. Hay una serie de asuntos que debo discutir con ella.

—¿Deseo algún refrigerio, señor?

—No, Adams. Creo que será mejor que no se nos moleste. Sin embargo, estoy seguro de que a lady Georgianna le vendría bien algo.

Mientras lord Westbury se dirigía a la escalera, Adams se volvió hacia Georgianna y levantó una ceja.

—Creo que te darás cuenta, Adams —dijo suavemente ella—, de que varias cosas están a punto de cambiar para mejor. Ahora, deseo beber té el salón de la señora Adams, por favor.

El mayordomo se permitió una pequeña sonrisa.

—Creo que *usted* ha cambiado, lady Georgianna, también para mejor.

—Creo que nunca había sido yo misma tanto como ahora, Adams.

La señora Adams esbozó una amplia sonrisa cuando ella entró en su salón.

—¡Lady Georgianna! ¡Creo que nunca la he visto con tan buen aspecto!

—Gracias, señora Adams. Estoy muy bien.

—Espero que me perdone por mi atrevimiento, milady, pero ¿eso podría tener algo que ver con el caballero que llega mañana?

—¿Mañana? Creía que no llegaría hasta dentro de unos días.

El ama de llaves esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Parece que él se impacientó un poco, lady Georgianna. Recibimos una carta esta misma mañana diciendo que tenía unos asuntos que atender en la zona y que llegaría un poco antes de lo esperado.

El color que inundó las mejillas de Georgianna lo dijo todo.

—Ah, es una visita muy grata, por lo que veo. Nunca pensé que un matrimonio con lord Wedmore funcionaría; era demasiado formal para usted. ¿Lord Somerton es *el indicado*, milady?

—Creo que sí —dijo Georgianna en voz baja—. No estaba completamente segura, pero el viaje a casa me ha dado tiempo de sobra para reflexionar sobre todo lo que sé de él, de nosotros. Es un caballero, es fuerte pero gentil, es amable pero también formidable, es serio pero también gracioso... —de pronto, Georgianna se rio—. Sueno muy sentimental.

—En absoluto, milady —dijo la señora Adams, con los ojos inundados de lágrimas—. Sueno como una joven muy enamorada, y yo no podría estar más contenta.

—Sí, bueno, no nos adelantemos, señora Adams. Mis reflexiones de las últimas semanas podrían *haberme* persuadido de nuestra idoneidad, pero no sabemos, después de todo, lo que hay en la mente de lord Somerton. Ahora, Rupert tiene varias rozaduras pequeñas en la mejilla, ¿tiene usted tal vez un ungüento hecho con milenrama en el almacén?

La señora Adams parecía muy impresionada.

—En efecto, lo tengo, milady.

Georgianna se dirigió al aula y encontró a Rupert en su caballo balancín, blandiendo un látigo imaginario.

—¡Más rápido, Estrella, más rápido!

—¿Estrella? —dijo Georgianna al entrar en la habitación—. Es un nombre inusual para un caballo, pero me gusta bastante.

Rupert dejó caer su brazo y permitió que su furioso balanceo disminuyera.

—Me interesan mucho las estrellas, Georgie —dijo, utilizando el nombre con el que la había llamado antes de poder pronunciar su nombre completo—. Pero ninguna de mis niñeras ha

sabido nada de ellas.

—¿Ah, sí? —dijo Georgianna, sentándose y colocando el frasco de ungüento sobre la mesa—. Debo admitir que yo tampoco sé nada de ellas. Es una triste deficiencia en mi educación, pero se cree que a las damas no les interesan esas cosas.

Rupert frunció el ceño mientras asimilaba esta información.

—¿Estás interesada, Georgie?

—Me gustaría mucho saber sobre las estrellas, Rupert. Tal vez el tutor que nuestro padre va a encontrar para ti te enseñe sobre ellas, y entonces tú podrás enseñarme a mí.

Rupert se bajó del caballo balancín.

—¿Papá va a buscarme un profesor hombre?

—Oh, sí —dijo Georgianna—. Creo que ya es hora, ¿no crees?

Rupert sonrió, mostrando un encantador hueco donde había perdido uno de los dientes delanteros.

—Si él puede enseñarme sobre las estrellas, intentaré ser obediente.

—¿Intentar?

—Seré obediente —dijo con más firmeza.

—Ven aquí, diablillo —dijo suavemente Georgianna—. Tengo un ungüento para aliviar la herida en tu cara.

Rupert frunció el ceño.

—Stokes me limpió la rodilla y dolió.

Georgianna sonrió.

—Puede que no sepa mucho de estrellas, hermanito, pero tengo conocimientos sobre remedios herbales. Confía en mí.

Rupert consideró sus palabras un momento y luego se acercó y se sentó a su lado.

—Confío en ti, Georgie.

Georgianna sonrió.

—Y deberías, pequeño revoltoso.

Le colocó suavemente el ungüento en el rostro.

—¿Estás mejor?

—Sí —dijo él.

Entonces la sorprendió cuando la abrazó y comenzó a llorar.

—No te vayas otra vez, Georgie. Todo es tan aburrido y horrible cuando no estás aquí.

Georgianna le acarició suavemente la espalda.

—Puede que algún día vuelva a marcharme, Rupert.

Rupert se apartó y se limpió furiosamente los ojos.

—¡No! Todo volverá a ser horrible si te vas.

—No necesariamente —dijo ella con suavidad—. No sólo vas a beneficiarte de un tutor que te enseñará sobre las estrellas, sino que papá va a estar en casa más a menudo.

—Pero él me azotará —dijo ásperamente Rupert.

—Sólo si insistes en portarte mal —señaló Georgianna—. Y cuando le dije que no te habían dejado montar el poni que te compró, se enfadó muchísimo.

—¿Quieres decir... que me va a dejar montar mi poni? —dijo Rupert, con los ojos brillantes de esperanza.

—No sólo te va a dejar, Rupert, sino que va a insistir en ello.

El chico empezó a correr por la habitación.

Stokes, habiendo recuperado la compostura, entró.

—¡Señorito Rupert!

Georgianna se levantó.

—Creo que aún no te has disculpado con Stokes, Rupert.

Un ceño resentido arrugó la frente del niño. Al ver que la mirada de Stokes no se dirigía a ella, Georgianna fingió tener riendas en la mano y simuló el movimiento de montar a caballo.

Rupert sonrió y dijo:

—Siento haber huido de ti, Stokes.

—Bueno, no pareces muy arrepentido...

—Stokes —dijo Georgianna con firmeza—. Lleva a Rupert a los establos y pide que nuestro mozo de cuadra, Stanley, le dé su primera lección de equitación.

—¿Con qué autoridad, señorita?

—Creo que descubrirás que mi padre y yo somos como uno solo en este asunto, Stokes. Pero si quieres que le diga que me has desobedecido, lo haré.

Sintiendo que el reparto de poder dentro de la casa había cambiado, Stokes inclinó la cabeza y dijo:

—Muy bien, señorita.

Rupert emitió un chillido de pura alegría y corrió hacia la puerta.

—Recuerda el látigo, Rupert —dijo secamente Georgianna.

Su hermano redujo inmediatamente sus pasos.

Un lacayo se apartó de un salto cuando Rupert pasó corriendo junto a él.

—¿Marcus? —dijo lady Georgianna.

—Tiene una visita, milady. Lady Cranbourne la espera en el salón.

Al parecer, las reglas aplicables a los colegiales no incluían a las señoritas, pues Georgianna se levantó las faldas y echó a correr. Cuando estuvo a pocos pasos de Stokes en las escaleras, aminoró la marcha y adoptó un porte más digno.

Se detuvo un momento en la puerta del salón, pero cuando la sincera mirada castaña de Marianne se cruzó con la suya, se precipitó hacia adelante y abrazó a su amiga. Marianne soltó una carcajada cuando estuvo a punto de ser derribada por la ferocidad del recibimiento de Georgianna. Se abrazaron durante un momento y luego ambas empezaron a hablar a la vez.

—¿Por qué no escribiste?

—¡Nunca me contestaste la carta!

Se separaron cuando Adams entró en la habitación.

—Espero no ser muy atrevido, lady Georgianna, pero pensé que usted y su amiga podríais disfrutar de una copa de ratafía.

Los ojos de Georgianna se abrieron de sorpresa mientras decía:

—Gracias, Adams.

Cuando él hubo salido de la habitación, Marianne sonrió.

—Es un excelente mayordomo.

—¿Qué te hace decir eso? —preguntó Georgianna.

Marianne cogió una copa y la levantó frente a ella.

—Un buen mayordomo siempre sabe si hay motivo de celebración. Si yo fuera muy presuntuosa, podría suponer que sólo mi visita lo ha impulsado a traernos algo más que limonada o té, pero no lo soy, y me inclino a creer que tú tienes noticias interesantes.

Georgianna también levantó su copa.

—Espero que hayas encontrado la felicidad con lord Cranbourne, Marianne.

—Oh, la he encontrado —dijo ella en voz baja.

Dieron un sorbo a sus bebidas y luego se sentaron juntas en un pequeño sofá.

—Ahora —dijo Georgianna—. Cuéntame todo lo que ha sucedido desde que me fui de Cranbourne.

Cuando Marianne describió cómo había bajado por una orilla llena de barro para rescatar a un cachorro de zorro que, después de todo, no necesitaba ser rescatado, antes de ser salvada y oír rápidamente la propuesta de matrimonio de lord Cranbourne, Georgianna sonrió.

—Muy propio de ti que te pidieran matrimonio cuando estabas cubierta de barro.

Se carcajeó abiertamente cuando oyó cómo sir Robert Pinkington había llevado a lady Brancaster a la catedral para casarse con ella, ayudado por la señorita Bragg.

—¿Y Charlotte?

—Se casó con sir Horace la semana pasada. Su boda se retrasó un poco porque su tutor deseaba casarse primero.

—Me alegro mucho. Charlotte y sir Horace serán una pareja digna de admiración. Son muy amables el uno como el otro y nunca habrá palabras desagradables entre ellos. Sin embargo, no me sorprende en absoluto que lord Seymore antepusiera sus propios deseos a los de Charlotte —dijo Georgianna—. ¿No lo ha hecho siempre? ¿Quién es la pobre mujer que tuvo el dudoso placer de convertirse en su esposa?

—La señorita Hayes. Nos equivocamos con él, Georgianna. Siguió a Charlotte a Priddleton para asegurarse de que era feliz con su tía abuela, y cuando descubrió que lo era, se quedó allí para conocerla mejor. Simplemente no había sabido qué hacer con ella antes, y ella parecía mucho más feliz en el seminario que en la casa del hombre.

Georgianna pensó en su padre y concedió que el panorama que Marianne había descrito era totalmente posible.

—Al parecer, él había conocido a la señorita Hayes unos años antes, cuando ella debutó, sólo que se comprometió con otro hombre. Pero ésa es una larga historia y debe esperar a otra ocasión —dijo Marianne—. Anthony, me refiero a Cranbourne, ahora está ocupado cuidando el establo de tu padre, pero estoy segura de que se unirá a nosotros en poco tiempo. Estamos de camino a casa después de una breve visita a Londres.

—¿En esta época?

—Lo sé —dijo Marianne—. Hacía un calor horrible y había mucho polvo, pero Cranbourne insistió en que quería comprarme un collar de ámbar, además de otras cosas que le aseguré que no necesitaba. Le insistí para que me trajera aquí, pues deseaba ver por mí misma qué había sucedido contigo.

—El ámbar es un color precioso —dijo Georgianna, un poco melancólica.

—Sí —reconoció Marianne—. El cachorro de zorro que intenté rescatar tenía los ojos ámbar.

—Los ojos de lord Somerton son dorados, pero se tornan ámbar cuando se conmueve —dijo Georgianna en voz baja.

Marianne insistió y, en muy pocos minutos, obtuvo hasta el último detalle de las aventuras de Georgianna.

Miró a su amiga con cariño y dijo:

—¡Georgianna! Hablas de todos estos emocionantes acontecimientos como si recitaras la lista de la compra. Pero no puedes ocultarme tus sentimientos por lord Somerton; tus ojos cambian cuando hablas de él.

—¿De qué manera? —preguntó Georgianna.

—Se suavizan y brillan —le informó Marianne—. ¿Vas a casarte con él?

Georgianna se sonrojó.

—Sí, creo que sí, si él me lo pide.

Marianne se rio y cogió las manos de Georgianna.

—Recuerdo perfectamente cuando me dijiste que no creías que disfrutarías estando enamorada porque los sentimientos que el amor despertaba en sus víctimas eran confusos y contradictorios, o algo por el estilo. ¿Es así como te sientes ahora?

Georgianna negó con la cabeza.

—No, en absoluto. Conozco mis propios sentimientos.

—Entonces, ¿qué pasa? —preguntó Marianne.

Georgianna dijo con cierta dificultad:

—No sé lo que ocurre en el lecho conyugal, Marianne, pero sí sé que mi madre siempre lo ha encontrado extremadamente desagradable.

Marianne sonrió a su amiga de manera reconfortante.

—¿Lord Somerton te ha besado alguna vez la mano descubierta o te ha susurrado al oído?

—Sí.

—¿Y te hormigueó la mano con su beso? ¿Su aliento en tu oreja o en tu cuello te hizo estremecer?

—Sí.

—¿Deseas que te bese?

—Casi se lo he permitido dos veces —susurró Georgianna.

Se oyeron pisadas en el pasillo y Marianne estrujó la mano de su amiga y dijo rápidamente:

—La próxima vez, permíteselo. No tienes por qué preocuparte, Georgianna; si él provoca semejantes respuestas en ti, es un indicio seguro de que disfrutarás de la experiencia.

Ambas se levantaron mientras lord Cranbourne entraba en la habitación. Él hizo una reverencia y sonrió.

—Lady Georgianna, me complace verla sana y salva. Marianne no descansaría hasta descubrir por sí misma que era así.

—Gracias por traérmela. Nuestras cartas se perdieron de alguna manera.

—Nuestro sistema postal no es muy bueno —reconoció él—. Acabo de conocer a su hermano, señorita, sentado a horcajadas sobre un poni con un semblante extremadamente orgulloso, pero no puede entender por qué debe ser guiado y no puede ir galopando por el terreno en su montura.

Georgianna se rio.

—¡Es la primera vez que él monta a caballo!

—¡Entonces él es ciertamente intrépido! —dijo lord Cranbourne—. Lamento interrumpir esta feliz reunión, pero aún nos queda camino por recorrer. Por favor, venga a vernos muy pronto, lady Georgianna.

CAPÍTULO 22



Después de que Marianne y lord Cranbourne se marcharan, Georgianna se dirigió a su habitación. Kate seguía ocupada desempacando sus baúles.

—Listo, milady. Hay agua caliente en el mueble, por si desea lavarse.

—Una lavada y un cambio de ropa —dijo Georgianna—. Y arréglame el pelo, Kate, por favor.

Georgianna no esperó a que la llamaran esta vez, sino que fue a la sala de estar de su madre por propia voluntad. Se habían distanciado tras una discusión y deseaba llegar a algún tipo de acuerdo antes de la llegada de lord Somerton. Cuando llamó ligeramente a la puerta, la criada de su madre respondió. Frunció el ceño al ver a Georgianna.

—Mi señora está indispuesta. No puede ver a nadie en este momento.

—Lamento que no se encuentre bien —dijo Georgianna con frialdad—, pero *veré* a mi madre.

Cuando la criada se quedó en la puerta, Georgianna enarcó una ceja.

—¿Vas a apartarte o tengo que moverte?

La criada se quedó con la boca abierta, pero cuando Georgianna dio un paso adelante, bajó la mirada y pasó corriendo junto a ella. Georgianna entró en la habitación y cerró la puerta suavemente tras de sí.

Las cortinas estaban cerradas y la habitación sólo estaba iluminada por una lámpara de aceite y el resplandor del fuego. Lady Westbury estaba tumbada en una sofá cama, con un pequeño recipiente que contenía diversas sustancias aromáticas disueltas en vinagre. Se lo llevó a la nariz cuando Georgianna se acercó.

—¿Has venido a regodearte? —dijo amargamente—. ¿Te alegras de verme tan abatida?

Georgianna se sentó y dijo suavemente:

—No a ambas preguntas, mamá. He venido porque nos separamos en muy malos términos y esperaba que tal vez pudiéramos empezar de nuevo.

La risa de lady Westbury tenía un toque claramente histérico.

—¿Empezar de nuevo? Has puesto a tu padre en mi contra. Nunca me había hablado como lo ha hecho hoy. Ha considerado oportuno darme instrucciones sobre cómo trataros a ti y a Rupert. Ha hecho caso omiso de mis opiniones e incluso ha insinuado que he faltado a mi deber con vosotros. Y esto viene de un hombre que ha estado encantado de dejarme toda la responsabilidad de la educación de nuestros hijos.

—No he puesto a papá en tu contra, mamá, al menos no intencionadamente. Y es cierto que nos ha dejado a Rupert y a mí a tu cuidado. Entiendo que te hayas sentido muy sola. Pero creo que papá piensa pasar mucho más tiempo en casa en el futuro.

Lady Westbury volvió la cara hacia el fuego.

—No le quiero aquí.

Georgianna suspiró.

—Mamá, Rupert lo necesita y, aunque no lo admitas, creo que tú también.

Lady Westbury se incorporó y se rio desdeñosamente.

—¿Cómo te atreves a decirme lo que necesito? ¿Crees que porque has capturado al heredero de un duque eres repentinamente superior a mí?

Georgianna se levantó.

—No me siento superior a nadie, mamá.

Los ojos de lady Westbury brillaron en la penumbra.

—Siempre supe que eras una mentirosa, Georgianna. Todas esas tonterías que soltaste sobre que deseabas sentir algo de afecto y respeto por tu marido son un buen ejemplo. Debo admitir que subestimé tu ambición. No me extraña que lord Wedmore te resultara desagradable; tenías esperanzas mucho mayores.

Dándose cuenta de que sería inútil intentar persuadir a su madre de lo contrario, Georgianna suspiró y dijo:

—No creo que sepas nada de mí, mamá. Ahora te dejo.

Esperaba que su madre recuperara la compostura antes de la llegada de lord Somerton. Sin embargo, se percató de que ya no tenía poder para herirla y sólo sintió lástima por ella.



La tarde siguiente, Georgianna y lord Westbury vieron cómo Rupert era conducido por el patio del establo.

—Dame las riendas, Stanley —exigió él, no por primera vez—. No soy un bebé.

—Él es muy valiente, lo reconozco —dijo lord Westbury.

El niño asintió mientras el mozo de cuadra levantaba una ceja interrogante. Stanley le enseñó a sujetar las riendas, le indicó que estrujara suavemente las piernas contra los costados del poni y caminó junto a Rupert mientras éste paseaba al caballo por el patio sin ayuda.

—Bien hecho, Rupert —dijo Georgianna.

—Tiene talento natural —dijo lord Westbury, con un tono orgulloso en la voz.

Durante el último año, Rupert no había pasado por los establos sin observar cómo montaban a caballo los mozos de cuadra. Mantuvo un porte angelical mientras paseaba una vez más al poni por el patio, pero en cuanto Stanley se relajó y dio un paso atrás, golpeó con los talones los costados de su montura. El obediente poni empezó a trotar y Rupert descubrió que montar no era tan fácil como parecía. Tensó las riendas y tiró, gritando:

—¡Para, Estrella! Para.

Alexander entró cabalgando en el patio y, despreocupadamente, se inclinó y cogió las riendas a Rupert, llevándolo de vuelta junto al mozo de cuadra. Tal vez el heredero de lord Westbury se había asustado un poco, pero no le impresionó demasiado este trato arbitrario.

—No necesitaba ayuda —refunfuñó el niño.

—¿Ah, sí? —dijo Alexander, bajándose de la silla de montar.

Él interceptó una mirada de lord Westbury, sacudió ligeramente la cabeza y le guiñó un ojo.

—¿Y supongo que tampoco necesitas ayuda para desmontar? —dijo, bajando a Rupert.

Georgianna ocultó una sonrisa cuando Rupert tuvo que retroceder varios pasos para poder mirar a Alexander a la cara. Luego entrelazó las manos a la espalda y sacó el pecho.

—Algún día seré conde —le informó con gravedad—. Y no me gusta ser cargado por extraños.

—¿En serio? —dijo Alexander—. Algún día seré duque, lo que te supera en rango, chiquillo —se agachó hasta que su cabeza quedó a escasos centímetros de la de Rupert—. Y fui comandante en el ejército. ¿Sabes lo que solía hacer a los hombres que me faltaban al respeto o no seguían mis órdenes?

Rupert negó con la cabeza.

—Los castigaba.

—¿Cómo? —preguntó Rupert con recelo.

—Eso dependía de la gravedad de la ofensa. Tú, chiquillo, sólo has sido culpable de malos modales, así que tu castigo será relativamente leve.

Cuando Rupert dio otro paso atrás, Alexander lo levantó, lo metió debajo de un brazo y empezó a hacerle cosquillas sin piedad. El chico no tardó en retorcerse y reír hasta derramar lágrimas. Al final gritó:

—Pare o me enfermaré.

—¿Te arrepientes de haber sido tan maleducado y desagradecido? —dijo Alexander.

—Sí —jadeó Rupert—. Lo siento. Por favor, bájeme.

—Muy bien.

—Haz tu reverencia a lord Somerton, Rupert —dijo su padre.

Así lo hizo y dijo:

—Gracias por su ayuda, lord Somerton.

Alexander sonrió.

—Así está mejor. Si veo que tus modales mejoran en los próximos días, puede que incluso te lleve frente a mí en mi semental. ¿Eso te gustaría?

Los ojos del niño se abrieron de par en par.

—¿Lo dice en serio, señor?

—Siempre hablo con la verdad, Rupert.

Cuando el niño regresó a la casa, Alexander hizo una reverencia.

—Espero que no le importe que llegue uno o dos días antes, señor.

Aunque su pregunta iba dirigida a lord Westbury, sus ojos no se apartaron de Georgianna.

—Por supuesto que no, Somerton. Ven a mi estudio y bebe una copa de vino.

Cuando Alexander no contestó, miró a su hija y a su invitado mientras intercambiaban miradas, sonrió y tosió discretamente.

—O tal vez le apetezca estirar las piernas después de su paseo. Georgianna, ¿puedo sugerirte que le enseñes el lago a lord Somerton?

Una lenta sonrisa se dibujó en el rostro de Georgianna. No la invadió una gran alegría, pero era consciente de una cálida sensación de satisfacción, como si hubiera encontrado algo importante que había perdido.

—Por supuesto, papá.

Aceptó el brazo ofrecido por Alexander y salieron del patio al jardín. La voz de lord Westbury los siguió.

—No os pago para que os quedéis boquiabiertos. ¡Ya podéis quitaros esas sonrisas tontas de la cara y volver al trabajo!

Caminaron en silencio durante un rato, cada uno feliz de estar en presencia del otro. Cuando llegaron al gran lago ornamental, Georgianna dijo:

—No se puede comparar con el lago en Buttermere. Nada que el hombre haga para recrear la

naturaleza lo iguala, ¿verdad?

—No —dijo Alexander, cogiéndole las manos y mirándola a los ojos—. No podía mantenerme alejado por más tiempo, Georgianna. Sé que no siempre has sido feliz aquí y quería protegerte de cualquier disgusto.

—No tenía por qué preocuparse. Mi padre y yo nos entendemos mucho mejor ahora.

La miró inquisitivamente.

—¿Y tu madre?

—Mi madre es una mujer muy infeliz —admitió—. Pero ya no tiene poder para hacerme daño.

—¿Y eso por qué? —dijo él en voz baja, acercándose tanto a ella que su abrigo rozó su vestido.

—Porque ya no es su amor lo que deseo —susurró ella—. Es el suyo.

Los labios de Georgianna se entreabrieron y su corazón palpitó al ver cómo los ojos del hombre se tornaban de ese ámbar ardiente con el que había soñado tantas veces en las últimas semanas. Cuando sus labios bajaron lentamente hacia los suyos, ella inclinó la cabeza para encontrarlos. Sus párpados se sintieron pesados y se hundieron sobre sus ojos cuando los labios firmes y cálidos de Alexander rozaron los suyos. Ella se estremeció.

—Estaba más que furioso cuando descubrí que Allerdale te había besado —murmuró Alexander.

Georgianna levantó las manos y las colocó en su cara.

—Puede que él haya sido el primer hombre que me ha besado —dijo en voz baja—. Pero tú eres el primer hombre al que he besado.

Georgianna presionó los labios contra los suyos y no protestó cuando él la estrechó contra sí. A medida que el beso se hacía más profundo, el mundo se desvaneció hasta que sólo quedó su abrazo y el deseo que ardía entre ellos. Fue inundada por sensaciones calientes y dulces, y se entregó a las gloriosas sensaciones.

Cuando Alexander levantó la cabeza, Georgianna emitió un pequeño maullido de decepción.

—Comprendo tu deseo de conocerme mejor —dijo, con la respiración agitada—. Pero confía en tu corazón, Georgianna, confía en mí. Me sentiría honrado si aceptaras ser mi esposa, la madre de mis hijos y la luz de mi vida.

—Mi corazón y mi cabeza coinciden en esto —dijo Georgianna con firmeza, entrelazando sus dedos con los de él—. Tus acciones demuestran tu carácter, Alexander Knight. Nada me complacería más que ser tu esposa.

OTRAS OBRAS DE JENNY HAMBLY

¡Gracias por vuestro apoyo! Espero que hayáis disfrutado de la lectura de Georgianna. Os agradecería mucho que dejarais una breve reseña en Amazon.

Me encanta recibir mensajes de mis lectores y podéis escribirme a: jenny@jennyhambly.com

[Las damas de la señorita Wolfraston Libro 1](#)

[Las damas de la señorita Wolfraston Libro 2](#)

ACERCA DEL AUTOR

Me encanta la historia y, en particular, el periodo de la Regencia. Crecí leyendo a Jane Austen, Charlotte y Emily Bronte, y Georgette Heyer.

Me gusta pensar que mis personajes, aunque imperfectos, son agradables, fuertes y fieles a la época.

Vivo junto al mar en Plymouth, Inglaterra, con mi pareja Dave. Me gusta leer, navegar, el vino, madrugar para ver la salida del sol en verano y pasar largas y tranquilas veladas junto a la estufa de leña de nuestra cabaña en los acantilados de Cornualles en invierno.

